

PAUL DOHERTY

LA CANCIÓN DEL GLADIADOR

*Poco después de la conversión de Roma al cristianismo, unas
extrañas muertes amenazan el orden del Imperio*



Lectulandia

El emperador Constantino y su madre Helena están intentando dar sentido al Cristianismo que se está extendiendo poco a poco por todo el Imperio. Sin embargo ahora los problemas también surgen entre los propios cristianos. No consiguen ponerse de acuerdo. Los eruditos están enzarzados en una amarga discusión sobre si Jesucristo es o no es el hijo de Dios.

Constantino invita a representantes de ambos bandos a discutir el tema ante él, en su villa a las afueras de Roma. De repente empiezan a tener lugar extraños sucesos. Cristianos de ambas ideologías aparecen asesinados y además la Espada Sagrada supuestamente utilizada para asesinar a San Pablo desaparece.

Ante esta serie de sucesos, la Emperatriz Helena recurre nuevamente a Claudia para desenmarañar toda una red de intrigas que están desencadenándose a su alrededor. Por su parte Claudia seguirá investigando sobre el asesino de su hermano y el hombre que la violó.

Lectulandia

Paul Doherty

La canción del gladiador

ePub r1.0
pepitogrillo 17.01.16

Título original: *The song of the gladiator*

Paul Doherty, 2005

Traducción: Juan Miguel Lobo Pérez

Editor digital: pepitogrillo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Angela Francescotti, con toda mi gratitud.

Personajes principales

EMPERADORES

DIOCLECIANO:	Anterior emperador, ahora retirado.
MAJENCIO:	Anterior emperador de Occidente, derrotado y muerto por Constantino en el Puente Milviano.
CONSTANTINO:	Nuevo emperador de Occidente.
ELENA:	Madre de Constantino, emperatriz y Augusta.
LICINIO:	Emperador de Oriente.

OFICIALES DEL IMPERIO

ANASTASIO:	Sacerdote cristiano y escribano al servicio de Elena.
BURRUS:	Guardia personal de Elena.
CRISO:	Cabecilla de los agentes de Constantino.

LA VILLA PULCRA

GAYO TULIO:	Capitán de la Guardia.
ATANASIO, JUSTINO, SÉPTIMO y DIONISIO:	Oradores.
NARCISO:	Esclavo.
TIMOTEO:	Maestresala.
MELEAGER:	Gladiador.
RUFINO:	Banquero mercantil, amigo personal de Constantino.

LA IGLESIA CRISTIANA

MILICIADES:	Papa, obispo de Roma.
SILVESTRE:	Asistente de Miliciades, principal sacerdote de la comunidad cristiana en Roma.

EN LA TABERNA «LA BURRA»

POLIBIO:	El propietario.
POPEA:	Su concubina.
OCÉANO	Exgladiador
JANUARIA	Sirvienta
CLAUDIA:	Sobrina de Polibio.
MURANO:	Gladiador.
SIMÓN:	El estoico.
PETRONIO:	El proxeneta.
SALUSTIO:	El husmeador.
ESPICERIO:	Gladiador.
VALENS:	Antiguo médico del ejército.
AGRIPINA:	Novia de Espicerio.
DACIUS:	Cabecilla de una banda.

Introducción

Según cuentan los evangelios, durante el juicio de Cristo Pilatos quería dar libertad al prisionero. Le hizo cambiar de opinión un grito que le advirtió de que se buscaría la enemistad del cesar. Según dicen los historiadores, Pilatos reconoció enseguida la amenaza. Todos los gobernadores y oficiales romanos se sometían al escrutinio de los agentes secretos del emperador, los *agentes in rebus*; literalmente, «los que hacen las cosas». El Imperio romano contaba con una fuerza policial, tanto militar como civil, con marcadas diferencias entre las distintas regiones, aunque no sería exacto afirmar que el Imperio contaba con un cuerpo semejante a nuestro actual Departamento de Investigación Criminal. En lugar de eso, el emperador y sus principales políticos pagaban grandes sumas a una legión de informadores y espías. Frecuentemente, estos eran difíciles de controlar, como en cierta ocasión comentó irónicamente Walsingham, el espía principal de Isabel I: «No estaba completamente seguro de para quién trabajaban sus hombres, si para él o para la oposición».

Los *agentes in rebus* eran una especie aparte entre esta horda de recolectores de chismes, contadores de historias y, en ocasiones, informadores extremadamente peligrosos. El emperador los utilizaba, y su testimonio podía dar al traste con una prometedora carrera. Esto se aplicaba fielmente al sangriento periodo bizantino, al comienzo del siglo cuarto de Nuestro Señor.

El emperador Diocleciano había dividido el Imperio en dos mitades, la oriental y la occidental. Cada división contaba con su propio emperador y un gobernador, que recibía el título de César. El Imperio se resentía por las dificultades económicas y las constantes incursiones de las tribus bárbaras. Su religión oficial se veía amenazada por la floreciente religión cristiana, que hacía sentir su presencia en todas las provincias y en todos los estratos sociales.

En el año 312 A. D. un joven general, Constantino, con el apoyo de su madre Elena, mujer nacida en Britania, que coqueteaba ya con la Iglesia cristiana, centró sus miras en el Imperio de Occidente. Desfiló hacia el sur de Italia para enfrentarse a su rival en el puente Milvio. Según el relato de Eusebio, biógrafo de Constantino, el aspirante a emperador tuvo una visión de la cruz sobre las palabras «*In hoc signo vinces*» («Con esta señal, conquistarás»). Como continúa la historia, Constantino instó a sus tropas a que adoptaran el símbolo cristiano y consiguió una aplastante victoria. Derrotó y dio muerte a Majencio y desfiló triunfalmente hasta Roma. Constantino era ahora el nuevo emperador de Occidente y su único rival era Licinio, que gobernaba el Imperio Oriental. Fuertemente influenciado por su madre, Constantino tomó las riendas del Gobierno y comenzó a negociar con la Iglesia católica, dando así fin a siglos de persecución. Sin embargo, las intrigas y asesinatos seguían estando a la orden del día. Había multitud de asuntos pendientes en Roma, y los *agentes in rebus* tenían las arcas repletas. Elena favorecía a la Iglesia cristiana, pero pronto cayó en la cuenta de que la conspiración y el asesinato eran tan comunes

entre ellos como en la corte...

Capítulo 1

«*Fallida mors, aequo pulsat pede
pauperum tabernas regumque turres*».

(«La pálida muerte golpea indistintamente
en las chozas de los pobres y en las torres de los reyes»).

Horacio, *Odas*, 1.4

«¡ **I**gula! ¡Mátalo!», se elevaba al cielo el clamor de la multitud, hacinada en el anfiteatro polvoriento y plagado de pulgas. El día estaba siendo muy caluroso. El sol del verano, implacable demonio del cielo azul, golpeaba con fuerza sobre los espectadores, cuyo apetito por la sangre se había despertado y ahora pedían más. En el anfiteatro, dos hombres luchaban por su vida, amagando y escurriéndose en la arena, envueltos en sudor, con la garganta tan seca como el polvo que pisoteaban.

El editor o promotor de los juegos, el banquero Rufino, había realizado un gran esfuerzo para mantener lo más frescos posibles a sus decenas de miles de invitados. Un complicado sistema de poleas y cuerdas extendía un enorme toldo de lana sobre el anfiteatro, proporcionando una sombra exigua, mientras unos aspersores especiales extendían un agua perfumada que calmaba ligeramente la sensación de bochorno del público. Sin embargo, Rufino no debía preocuparse. El calor, la sed, el polvo y el despiadado sol no eran obstáculo para la insaciable sed de sangre de la multitud. Muchos de ellos llevaban allí desde antes del amanecer y, tras la espera, habían accedido al recinto por medio de unos vomitorios de colores ocre y negro, que se dividían en una serie de pequeños túneles cavernosos que conducían a los espectadores hasta las localidades numeradas. Cada recién llegado portaba en su mano el apreciado trozo de hueso con el número que le había sido asignado. Muchos de estos lo había distribuido gratuitamente el promotor. Rufino se esforzaba al máximo para complacer a la multitud romana; no por él, sino por el nuevo emperador Constantino, que se había hecho con la toga púrpura imperial hacía unos dieciocho meses y que ahora se disponía a saborear los frutos de su victoria.

En un extremo del anfiteatro, sobre el podio, se alzaba el palco imperial, profusamente decorado. De su parte frontal y sus extremos colgaban unas preciosas telas púrpuras, entrelazadas por delicadas ramas de hiedra pintadas con tonos dorados. La multitud estaba tan absorta observando la lucha de los dos gladiadores que apenas reparó en Rufino, sentado junto a su emperador, o en la persona que descansaba al otro lado de Constantino: «*Elena augusta atque pia mater*», la «noble y

sagrada madre» del emperador.

El propio emperador no prestaba atención a los juegos, mostrando un semblante duro y sumido en la concentración: la punta de la lengua asomaba entre la comisura de sus labios. Agitaba sobre su regazo una bandeja de lectura y leía los numerosos documentos que Criso, su chambelán imperial de mofletudo rostro, le iba ofreciendo para someterlos a su escrutinio. Elena realizaba una actividad similar, estudiando los informes que le iba pasando su secretario personal, Anastasio, el sacerdote cristiano. Elena empleaba a Anastasio no solo por sus vínculos con la nueva fe, sino también porque era un hombre culto, instruido en las lenguas griega y romana. Sobre todo, se trataba de un hombre sumamente discreto: no podía hablar, pues los torturadores imperiales le habían cortado la lengua durante las recientes persecuciones.

Elena estudiaba el trozo de pergamino que descansaba sobre su regazo, el informe de un espía del consejo de la ciudad de Corinto sobre ciertas maniobras navales. Se masajaba el muslo con los dedos, un gesto más que evidente de que su calculadora mente barruntaba algún problema. Su hijo amado era ahora el emperador, al menos del Imperio Occidental, pero en Nicomedia acechaba el advenedizo Licinio, autoproclamado emperador de Oriente. Elena entornó los ojos y miró a los gladiadores que luchaban en el anfiteatro.

«Uno de ellos lo está pasando mal», susurró para sus adentros. Se apoyó contra la balaustrada. Sí, el reciario, el luchador de cabellos dorados con la red de pesca, había recibido una aparatosa herida en su hombro derecho y comenzaba a ralentizar sus movimientos.

Elena contemplaba a los gladiadores, pero su mente estaba en otro sitio. A decir verdad, su hijo Constantino y Licinio eran, en realidad, como dos gladiadores, luchando por el mayor premio del mundo, un Imperio que se extendía desde el gran océano occidental hasta el mar Negro, desde las candentes arenas del norte de África hasta los helados bosques que flanqueaban el Rin. Por el momento, ambos se limitaban a observarse, buscando algún signo de debilidad. Tarde o temprano, más bien temprano que tarde, Constantino tendría que hacer frente a su oponente. ¿Trasladaría sus ejércitos hacia el este, o sería Licinio el que invadiera el oeste? ¿Tendrían un precio las tropas de Licinio? ¿Podría seducir a sus oficiales para que traicionaran su alianza?

Elena se mordió el labio inferior. ¿Sería, quizá, más fácil envenenar a Licinio con unas gotas de poción mezcladas con su vino? Pero ¿qué ocurriría entonces? ¿Habría otro levantamiento? Volvió a estudiar los informes. Definitivamente, la elevada actividad en la corte de Licinio era una evidencia clara de que planeaba algo. ¿Y qué se proponía su flota, concentrada en la bahía de Corinto? ¿Maniobras militares? ¿O estaría preparándose para la batalla? Junto a ella, Constantino bebía su vino con rapidez, y Elena le propinaba un toque de atención con el codo. Como era habitual, su hijo se giraba y simulaba estar enfadado, pero eso no preocupaba a Elena. Se mostraba orgullosa de su temperamento templado y frío; de esa forma había

sobrellevado al padre de Constantino, además de a los sacerdotes insolentes y a los oficiales amotinados del ejército.

Los cabellos grises de Elena se encontraban recogidos según la moda tradicional, y llevaba un mantón púrpura y dorado sobre sus hombros que contrastaba con su simple toga de lino de color blanco níveo. No lucía joya alguna en su atuendo, a excepción de un anillo de amatista sobre el dedo meñique de su mano izquierda. Se había descalzado de sus elaboradas sandalias españolas y se relajaba introduciendo los pies en un baño con agua fresca perfumada que le había preparado un esclavo. Como veterana de las campañas de su marido y de su hijo, jamás olvidaba el consejo de un viejo soldado: «Si quieres mantenerte fresca, humidécete la nuca e introduce los pies en una vasija con agua fría». No llevaba maquillaje, ni pinturas de ningún tipo sobre su rostro alargado, sus sobresalientes mejillas, sus profundos ojos negros, su nariz respingona, su generosa boca o su mentón prominente. No encontraba sentido a tal ornamento; quería mostrarse severa y dar esa apariencia. Algunos susurraban que carecía de gusto; después de todo, no era más que la hija de un tabernero. Elena no prestaba la menor atención a tales habladurías, y la única concesión que hacía a la moda era depilarse las cejas y ponerse algo de carmín en los labios. Se complacía en imitar a las matronas guerreras de la antigua Roma. Y, lo que era más importante aún, como había confesado a su hijo: en público, el calor hacía que incluso los cosméticos más caros se escurriesen. Elena desvió la mirada hacia las mujeres que tenía a su espalda y esbozó una deslumbrante sonrisa. Estúpidas fulanas, ¡sus rostros se asemejaban ahora a los de las guerreras germanas! Muy bien. Se giró de nuevo, estiró los dedos de los pies y propinó otro codazo a su hijo. ¡Le había dicho mil veces que no se hurgara la nariz en público! Le entregaron un nuevo documento. Apretó el brazo de Anastasio y le habló muy despacio, para que pudiera leer sus labios. El sacerdote respondió enseguida con unos signos que Elena confiaba ser la única en entender. Paseó la mirada por el anfiteatro. Bien, la multitud seguía gritando al pobre bastardo que se arrastraba sobre la arena. Elena prefería que la muchedumbre dirigiese su mirada al espectáculo en vez de al palco imperial. Codeó ligeramente a su hijo para que prestase mayor atención. Al gentío no le gustaba pensar que los grandes, los señores de la túnica púrpura, no disfrutaban de la carnicería y del baño de sangre que proporcionaban los juegos.

—¿Constantino?

El emperador la ignoró, abstraído en una acalorada conversación con Rufino.

—¿Querido hijo? —El emperador continuó dándole la espalda—. ¡Constantino! —gritó Elena—. ¡No me vuelvas la espalda! Deja de cuchichearle cosas a Rufino y echa un ojo a la multitud.

—Madre —Constantino giró el rostro, mostrando una inaceptable barba incipiente, la frente empapada de sudor y unos ojos azules cansados y enrojecidos.

—Constantino, has estado bebiendo. Has pasado demasiadas noches de fiesta con tus oficiales.

El emperador miró intensamente a su madre mientras amainaba el clamor del público. Enseguida comprendió la razón: el gladiador caído había recuperado el aliento y se había librado de su oponente, al que había cogido desprevenido. Había pensado que su rival estaba acabado y desvió la vista hacia el palco imperial. Ahora, el luchador de la red volvía a estar en guardia, y la multitud se llenó de satisfacción ante el imprevisto recrudescimiento de la lucha.

—Sacerdotes —susurró secamente Constantino.

—¿Qué ocurre con ellos? —preguntó intrigada Elena. De repente, había dejado de preocuparle que Constantino ignorase a la multitud.

—Sacerdotes cristianos —respondió Constantino—. Han vuelto a las andadas, madre. Los cristianos discuten entre sí por oscuros asuntos de su doctrina.

—¡Simples palabras!

—Ha habido un altercado en Ostia —declaró Constantino—, entre los adeptos de dos sectas. Aparentemente, luchaban por la concepción de la idea de Dios. Si Jesucristo se hizo hombre, ¿comparte, entonces, la misma esencia que Dios Padre? — Los gruesos dedos de Constantino retiraron el sudor de su frente—. Quieren que sea yo el que resuelva este asunto, aunque no entiendo ni una maldita palabra. Quizá deberíamos traer a esos estúpidos bastardos al anfiteatro, para que zanjaran sus diferencias.

—¡Constantino!

—Mil perdones, madre.

—No bebas tanto.

—Por supuesto que no, madre.

Constantino suspiró profundamente, se giró hacia un sirviente y le acercó la copa para que la rellenase de vino tinto.

Elena sacudió la cabeza y volvió la vista hacia el ruedo. Una brisa repentina agitó ligeramente los toldos. Elena observó a la multitud. En las gradas se ofrecía una completa representación del Imperio. En los escalones más bajos del anfiteatro, separada del resto por un muro, se sentaba la aristocracia, con su blanca vestimenta. Encima de ellos se divisaban las túnicas oscuras de aquellos de inferior rango. Por último, los pobres, procedentes de los suburbios, se veían relegados a la zona más alta. «Ellos son el problema», reflexionó Elena mientras agitaba vigorosamente su abanico, «las decenas y decenas de miles de pobres que habitan Roma y las demás ciudades importantes del Imperio». ¿Qué habría que hacer para unirlos a todos, para mantenerlos cohesionados, para que adorasen a su emperador? Se habían sucedido guerras civiles durante décadas. ¿Lo conseguiría el cristianismo? Elena esbozó una sonrisa.

La nueva fe emergía de las catacumbas de Roma con su doctrina radical, que aseguraba que Dios se había hecho hombre, había muerto en la cruz y se había levantado de entre los muertos. Cristo traía el nuevo mensaje de que todos los hombres eran iguales. Se prometía la vida eterna a todos ellos, incluso a los esclavos,

si seguían los preceptos del crucificado. ¿Qué otra fe podía prometer algo parecido? Los antiguos emperadores habían visto en el cristianismo una amenaza, y lo habían hostigado con ahínco. Constantino lo había cambiado todo. Era un general ambicioso; había conducido a sus legiones desde Britania para presentar batalla al antiguo emperador, Majencio, y le había derrotado en la batalla del puente Milvio. ¡Allí había empezado todo!

Elena continuó abanicándose con fuerza. Siempre se había cuestionado la veracidad de esa historia. Preguntaba insistentemente a su hijo, una y otra vez, para que le contara lo que había sucedido en realidad. Si Constantino profesaba alguna fe, era la del culto al sol. Sin embargo, antes de aquella fatídica batalla había soñado que Cristo se le aparecía y le ordenaba que sus soldados portaran sobre sus escudos los símbolos de ji y del ro, las primeras dos letras de la palabra griega *Christos*, «el Elegido», Jesús de Nazaret. Al siguiente día, Constantino había tenido otra visión, de una cruz negra con un potente sol a su espalda, y bajo ella las palabras «Con este signo conquistarás». ¿Había experimentado en realidad tal visión, o era un simple producto de su imaginación calenturienta? Constantino podía actuar como un rudo soldado, ser tan tosco como una mula, pero en el fondo era un soñador. Cuando niño sufría ataques, se quedaba ausente, como si contemplase algo que Elena no podía ver.

Elena cerró de golpe el abanico. ¡La visión se había producido en realidad! Su hijo había sido proclamado emperador de Occidente, señor de Roma. Había exterminado a sus oponentes. Un día marcharía hacia Oriente, presentaría batalla a ese bobo borracho de Licinio, lo haría añicos y se proclamaría *imperator totius mundi*, emperador de todo el mundo.

A pesar de todas sus visiones, Constantino no había cambiado ostensiblemente: seguía siendo el mismo soldado sudoroso y deslenguado que engullía jarras de vino, comía demasiado y tocaba el culo a las cortesanas. Sin embargo, a su manera sí que había cambiado: se hizo más dependiente de Elena. Una vez que sus legiones entraron en Roma, ella, junto con Anastasio, se puso al frente de los *agentes in rebus*, esa horda de espías y agentes secretos que controlaba el Imperio, dentro y fuera de sus límites. Elena había tomado las riendas del poder, determinada como estaba a endurecer el mandato de su hijo y dispuesta a llegar a un entendimiento con la poderosa religión cristiana. Si pudiera controlar esto, se aseguraría el control de las masas. Había iniciado unas conversaciones secretas con Milciades, el líder cristiano en Roma, y con su lugarteniente Silvestre, el locuaz sacerdote de cabellos plateados.

Quizá, con el tiempo, el Imperio alcanzase un entendimiento con esta fe radical.

—Madre, madre —Constantino se inclinó hacia ella, agitándole ligeramente el brazo—, no debes quedarte dormida.

—No me estoy durmiendo —respondió—, estoy deseando librarme de este condenado calor. Quiero abandonar Roma —dijo, mirando a su hijo—. Deberíamos ponernos en marcha pronto...

—Ah, la Villa Pulcra —bromeó Constantino—. La preciosa villa, refrescada por

la brisa de las colinas. No te preocupes, madre, estaremos pronto allí —el emperador guiñó un ojo—. Y puedes llevarte a todos tus amigos contigo.

Elena sabía perfectamente a quiénes se refería. Constantino había garantizado la tolerancia para los cristianos, pero ahora la nueva fe generaba sus propios problemas internos. A Elena le rechinaron los dientes. Problemas, siempre había problemas.

—Madre, mira —Constantino estaba decidido a burlarse de Elena—, parece que la pelea llega a su fin.

El reciario de cabellos dorados, vestido con una falda con bordados plateados, protecciones en ambas piernas y en el brazo izquierdo y con el hombro cubierto con una placa de bronce, no había tenido suerte. Intentó acabar abruptamente la pelea. Estiró el brazo en el que había liado su red y la lanzó hacia su oponente. La red, de unos dos metros de superficie y lastrada con unos pesos en los extremos, debía haber atrapado a su oponente, un tracio ataviado con una pesada armadura, un casco con visera y un penacho amarillo de crin de caballo. Pero el tracio había sido más rápido. Consciente de la red y de la velocidad de su oponente, más ligero de peso, fue retrocediendo lentamente, y cuando la red se desplegó en el aire la atrapó con su escudo y tiró fuertemente de ella, tratando de acercar al rival hacia la punta de su espada. El reciario se apresuró a deshacerse de su tridente y sacó su puñal para liberarse. Seguidamente, recogió el tridente con ambas manos, retrocediendo hacia la pared del podio. El tracio le siguió, pateando el suelo y lanzándole arena a los ojos. El hombre de la red estaba acabado; ahora estaba atrapado. La multitud elevó un clamor para que la lucha llegara a su fin, pero el tracio permaneció en guardia. El calor era intenso. Ninguno de los dos había bebido agua en las últimas horas, y el reciario sangraba profusamente, perdiendo la fuerza por sus heridas. De pronto, le abordó el pánico. Podía sentir cómo se debilitaba por momentos, así que reunió fuerzas para lanzar un contraataque desesperado y arrojó su arma hacia el pecho de su oponente. El tracio desvió el arma con un fuerte golpe que lanzó el tridente por los aires y clavó su espada en el cuello del luchador de la red. La lucha había concluido. El reciario se desplomó sobre la arena, sangrando abundantemente por sus múltiples heridas. Esta vez, el tracio quería asegurarse. Se puso en pie sobre el cuerpo de su oponente entre el rugir del público.

«*Hoc habet! Hoc habet!* ¡Acaba con él!».

El tracio conocía las normas; él era gladiador, no un carnicero. Observó cómo la vida se fugaba de los ojos de su oponente y las convulsiones de su cuerpo en la agonía de la muerte. Levantó su espada y su escudo para recibir las ovaciones de la multitud. Eufórico, el tracio dio una vuelta de honor, deteniéndose cada pocos pasos para levantar sus armas y para recoger las monedas y las flores que llovían desde las gradas.

Se abrieron los portones que había bajo el podio y que daban acceso a los túneles y de ellos emergió una siniestra figura que cubría su cara con una máscara de terracota de Caronte, el barquero de los muertos. Le escoltaba otro personaje ataviado

como Mercurio, el pastor de las almas. Estas dos figuras espectrales se dirigieron hacia el gladiador muerto, mientras el tracio recibía la aclamación del público. Mercurio portaba una barra de hierro con el extremo al rojo vivo, con la que se apresuró a agujinear el cuerpo del desgraciado guerrero para asegurarse de que había fallecido, mientras Caronte golpeaba la cabeza del gladiador con una gran maza. Apareció un grupo de hombres con una camilla y sacaron al gladiador muerto del ruedo mientras el vencedor entregaba sus armas al lanista, su patrocinador. El cadáver del vencido sería desnudado y toda la sangre que se le pudiera extraer se recogería en unos frascos, para venderla posteriormente como cura para la epilepsia. Sus restos mortales acabarían en una oscura fosa o se entregarían como pasto para las fieras salvajes.

En el palco imperial, Elena se recostó sobre el respaldo de su trono. Una vez saciada de sangre, la multitud desviaba su atención a otros asuntos mientras esperaba el gran acontecimiento del día: la pelea entre Espicerio, el reciario más famoso de Italia, y Murano, el secutor, el preferido del público romano. Ambos eran gladiadores experimentados, con una nutrida serie de combates victoriosos a sus espaldas. Los dos habían recibido la *rudis*, la espada de madera de la libertad, y ambos esperaban que, a la finalización de los juegos, les otorgasen la corona que les proclamaría *victor ludorum*, campeón de los juegos.

En el anfiteatro, unos peones removían la arena con unos grandes rastrillos, levantando una nube de polvo amarillento. Unos muchachos, cargados con cubos de agua, se encargaban de limpiar las manchas de sangre de la pared de mármol del podio. Unos pocos escalones por encima, la multitud se desplazaba como ruidosas olas del mar. Algunos se apresuraron a buscar algo de beber o comer. Otros, temerosos de perder su sitio, se desgañitaban tratando de llamar la atención de los vendedores ambulantes, que ofrecían vino barato, pasteles de miel, pescado ahumado, galletas de sésamo e, incluso, higos azucarados envueltos en hojas de parra. Unos músicos con trompetas trataban de crear alguna melodía, pero nadie les prestaba atención.

Elena dio un sorbo a su copa de vino blanco y se recostó en su sillón, escuchando con disimulo las conversaciones de su hijo, que había bebido tanto que hablaba ahora a gritos, compartiendo sus asuntos con todos los presentes en el palco imperial.

—¿Has visto cómo se aman esos cristianos entre sí, Rufino? —bromeó Constantino—. Se lanzan a morder la yugular del prójimo para discutir si Cristo es igual a Dios Padre.

Sin embargo, esto no divertía a Elena en absoluto. Necesitaba a los cristianos y se esforzaba por comprender su Dios trivalente. Había procurado aprender la doctrina básica. Aparentemente, su Dios era tres personas en una: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Hijo se había hecho hombre, Jesús de Nazaret, aunque seguía siendo igual que el Padre, de su misma sustancia. Sin embargo, un grupo de cristianos, conducidos por un estudioso llamado Ario, sostenía que Jesús no era igual que el Padre, ni era de

la misma sustancia. Miliciades, obispo de Roma, había decretado que esta corriente era herética y había apelado a Elena para que incitase a su hijo a intervenir.

Elena se acarició el rostro con un pañuelo perfumado. Se había salido con la suya. A pesar de sus burlas, Constantino estaba en deuda con la nueva religión. Había decidido celebrar su cumpleaños pasando una semana en la Villa Pulcra, en el sur de Roma, y había invitado a representantes de ambas facciones cristianas para debatir el asunto en su presencia. El obispo de Roma había citado a un grupo de retóricos, oradores públicos de la escuela de Capua, como ejemplo de este enojoso problema. La escuela estaba dividida por la herejía: unos seguían las enseñanzas de Ario; los otros, la línea ortodoxa que proclamaba que Padre, Hijo y Espíritu Santo compartían la misma sustancia. Elena se mostraba perpleja ante la intensidad que habían cobrado las rivalidades teológicas en Capua. La virulencia de las confrontaciones era tal que los escolares acudían a la sala de debates armados de espadas y escudos. En el exterior, las masas se congregaban ante las puertas. Unos gritaban que el Hijo era igual que el Padre y los demás, lo contrario. Algunas casas habían sido atacadas, e introducían barro y basura en la sala de debate para acribillar con ella a los oponentes. E incluso se habían sucedido algunos ataques nocturnos y serías peleas a navajazos en tabernas y comederos.

Constantino, completamente desconcertado, había convocado a retóricos de ambas facciones para que se presentaran ante él en la Villa Pulcra. Elena cerró los ojos y suspiró. A Constantino le encantaban estas situaciones, y no había nada que le gustase más que ver a la gente enfrascada en debates acalorados. Aquello estaba bien, siempre que mantuviese cerrada la boca y que no comenzase a reír a carcajadas. Elena había hecho todo lo posible por endulzar la situación, ofreciendo una espléndida generosidad y la oportunidad de que estos visitantes inspeccionaran y veneraran la gran reliquia cristiana, la espada sagrada, una *gladius* romana preservada milagrosamente a lo largo de los siglos, la misma espada que se utilizó en la ejecución del apóstol cristiano Pablo, llevada a cabo por el emperador Nerón. ¡Aquello era algo que fascinaba a Elena! Le apasionaban tales hallazgos, y empleaba gran empeño en coleccionar estas reliquias cristianas. Aún continuaba buscando la corona de espinas que colocaron en la cabeza del torturado Cristo durante su Pasión, la lanza con la que le atravesaron el costado y los clavos que sujetaron al Salvador Cristiano a la cruz. La espada sagrada había sido el hallazgo más importante de Elena hasta la fecha. La expondría en la villa; quizá convenciese a los eruditos de la necesidad de mantenerse unidos.

«¡Ahora, ahora, ahora!», aullaba la multitud. Habían saciado su sed y aplacado su hambre y ahora exigían que comenzara la lucha entre Murano y Espicerio.

Elena dejó su copa en el suelo y se giró. Tras ella se sentaban algunos oficiales, notables, sacerdotes y vírgenes vestales. Las últimas eran fácilmente distinguibles por sus túnicas griegas con grandes pliegues, sus cabellos recogidos con cintas de lana blanca y roja y sus mechones sueltos sobre los hombros. Pero Elena no estaba

interesada en ellas. Miró hacia la esquina opuesta del palco, donde una mujer joven permanecía sentada sobre un taburete, en un lugar elevado, para no perderse detalle de lo que ocurría en el ruedo. Elena guiñó un ojo a Claudia, su ratoncita, su sabueso, su espía más preciada. Estaba convencida de que nadie más en el palco había reparado en la presencia de Claudia, con su apariencia de muchacho y su pelo corto. Su piel era de un tono pálido como el marfil y sus facciones eran bastante comunes; si poseía alguna belleza en su figura, estaba sin duda en sus relucientes ojos, que proporcionaban una mirada sosegada y constante. No llevaba maquillaje ni joyas, tan solo una túnica de cuello circular que le colgaba bajo las rodillas. Protegía sus pies con robustas sandalias, parecidas a las que calzaban los soldados.

Elena movió los labios para formar la palabra «ratoncita», a lo que la joven respondió con una rápida sonrisa y una ligera reverencia. Elena volvió a sus reflexiones. Claudia sería útil para mediar en los problemas a los que se enfrentaba el emperador; ¡esa astuta ratoncita, la más perfecta de sus agentes, con ese don natural para husmear el mal! Era una chiquilla de los suburbios, una antigua actriz; podía actuar como una dama si se lo proponía, pero rara vez lo hacía. No le gustaba llamar la atención, lo que la hacía doblemente valiosa y poderosa. La gente hablaba despreocupadamente, como si ella no se encontrase allí, y tenía una gran habilidad para observar pequeñas incongruencias y peculiaridades. ¿Sería Claudia cristiana?, se preguntaba Elena. Con toda seguridad, existía un vínculo entre ella y el sacerdote Silvestre, al igual que con Rufino. Quizá el banquero hubiera prometido a Claudia ayudarla a encontrar al hombre con el cáliz púrpura tatuado en la muñeca, que la había violado hacía dos años tras asesinar a su hermano retrasado, Félix. Era extraño, reflexionaba Elena, que Claudia hubiera aceptado su invitación a asistir a los juegos; la niña había declarado que no le gustaban estos espectáculos, pero ¿no se sentía atraída hacia uno de los gladiadores?

—Augusta, ¿puedo sentarme contigo? —Fulvia Julia, la esposa de Rufino, permanecía en pie junto a ella; a su lado aguardaba un esclavo, que sujetaba en alto un taburete.

—Por supuesto —la sonrisa de Elena era tan falsa como la de Fulvia Julia.

—Muy bien —Fulvia Julia tomó asiento—. Augusta —susurró, mientras daba suaves golpecitos al brazo del sillón de Elena—, eres muy valiente al no llevar maquillaje ni joyas. ¡Es tan... simple! —La muy arpía soltó una risilla estridente.

—¿No has leído *Los remedios del amor*, de Ovidio? —Elena sonrió—. Dice que todo se oculta bajo las gemas, el oro y las pinturas —se inclinó ligeramente hacia ella—. Una mujer falsa ofrece la peor versión de sí misma.

—¡Augusta, eres tan culta! Bueno —dijo Fulvia Julia, mientras aplaudía y señalaba hacia el ruedo—, ¿quién crees que va a morir?

Murano el gladiador, que aguardaba entre las sombras del túnel de entrada, se hacía la misma pregunta. Había orado ante una estatua de Marte y había quemado algo de incienso en el fuego, mezclándolo con un mechón de su cabello rojizo. Se

había refrescado los ojos con agua y los había perfilado con kohl, resaltando aún más su profundo color azul. Estaba preparado para la prueba. Su oponente y él eran hombres libres, así que podían blandir sus propias armas; no tenían que esperar hasta poner los pies sobre la arena del ruedo. Estaban aquí por propia voluntad. Murano sacudió la cabeza. Él estaba aquí porque debía; esta era la única cosa que sabía hacer: luchar.

Murano bizqueó ante la luz del sol. Era frasio por nacimiento pero, en realidad, no era más que otro luchador de los suburbios, sin familiares ni amigos. Fortunata, su hermana, había muerto, y sus únicos amigos eran sus compañeros de la taberna Las Burras. Había rondado a la sirvienta de la taberna, Januaria, pero en su corazón... Bueno, pensó el luchador haciendo una mueca, la pequeña Claudia lo sabría todo.

Paseó la mirada por el túnel. Sus paredes, teñidas de macabros tonos amarillos y negros, estaban cubiertas de pintadas; las últimas palabras y mensajes de otros gladiadores que habían aguardado aquí en el pasado, en la Puerta de la Vida, ante el cegador resplandor de la arena. ¿Sería este el día en el que habría de morir? Murano había resultado victorioso en, al menos, una docena de combates. Tan solo había perdido dos, aunque le habían declarado *amissus*: derrotado, pero con derecho a conservar la vida.

—¿Estás preparado, Murano?

Polibio, tío de Claudia y propietario de la taberna Las Burras, gesticuló hacia la mesa sobre la que se apilaba su armadura. Le miraba cariacontecido, aunque con ojos picaros. Trataba ahora de parecer triste, frotándose el extremo de su nariz achatada y endureciendo la mandíbula, como si Murano hubiera perdido ya el combate.

—¡Que soy yo el que tiene que luchar! —bromeó Murano.

Polibio se acarició sus escasos y sudorosos cabellos, para limpiarse seguidamente las manos en su túnica azul oscuro.

—¡Ojalá no tuvieras que hacerlo! —dijo Océano, saliendo de entre las sombras.

Era un antiguo gladiador, con un robusto pecho, prominente barriga y unos brazos y piernas robustos como columnas. Era de la opinión de que resultaba mejor tener un jardín vacío que unas cuantas flores marchitas, así que se afeitaba el cráneo a diario y lo rociaba con aceite barato, por lo que, en palabras de Polibio, brillaba como un huevo fresco de paloma. Solo tenía una oreja, que soportaba un enorme zarcillo de bronce; la otra se la habían arrancado de un mordisco durante un combate. Océano la había secado cubriéndola de salmuera y ahora colgaba de su cuello, atravesada por un cordón.

Se acercaron otros asiduos de la taberna; Simón el Estoico, al autoproclamado filósofo, ataviado con su habitual túnica desaliñada. Ese día su rostro taciturno aparecía aún más lúgubre, y sus amargos labios parecían estar dispuestos a recitar algunos versos trágicos. Murano quería estar solo, pero ellos tan solo trataban de ayudar; al menos, le distraían de las numerosas manchas de sangre que salpicaban el suelo, así como de esas dos figuras espectrales, Caronte y Mercurio, que permanecían

recostadas sobre la pared, mirándole como si fuera una res conducida hacia el matadero. En el exterior, los cánticos de la multitud atronaban inquietantemente, pero cuando estos se aplacaron, la música estridente tensó los nervios de Murano e hizo brotar el sudor de la parte posterior de su cuello. Deseaba que la espera llegase a su fin.

—Estoy dispuesto —declaró.

Se acercó a la mesa y se desnudó. Océano le lavó el cuerpo con una esponja empapada en agua fría, le secó y comenzó a embadurnarle de aceite. Cuando acabó, Murano se puso un taparrabos triangular alrededor de la cintura, pasando el extremo entre las piernas y tirando de él para anudarlo en la parte frontal. Seguidamente, se aseguró el pesado cinturón con su cierre dorado. Murano dio algunos saltos, liberando los músculos del estómago de la presión del cinturón. Cuando quedó satisfecho, se puso una protección de cuero sobre el brazo izquierdo, seguida de unas placas de bronce repujado que se aseguró sobre las espinillas. Océano se cercioró de que todas las correas estaban correctamente ajustadas, y aplicó aún más aceite sobre los pies descalzos de Murano, sus muslos, los hombros y el brazo derecho. El gladiador recogió su robusta espada y su casco oblongo de legionario, sopesándolo, comprobando que todo estaba bien. Finalmente, le ofrecieron el casco con visera, con una pantera grabada sobre la parte superior, del que colgaba una cresta de crin de caballo de color negro azulado. Sus correas eran muy robustas y Murano se las colocó cuidadosamente, asegurándose de que no le molestasen y de que podía ver con claridad a los amigos que le rodeaban a través de los huecos de los ojos.

—Orad por mí, amigos míos —su voz sonó sofocada—. Que la fortuna esté conmigo.

Se quitó el casco y sonrió, aunque el estómago se le encogía y le temblaba un músculo de su muslo derecho. Murano había organizado su despedida la noche anterior en el *cena libera*, el comedor gratuito, donde los gladiadores que tenían que combatir al día siguiente celebraban la que podía ser su última noche con vida. Se volvió ante el sonido de voces y vio una banda de jóvenes que correteaban túnel abajo con los rostros pintados, el pelo teñido y las pestañas postizas.

—¡Pervertidos! —gruñó Océano—. De la única forma que pueden excitarse es viendo a un hombre prepararse para la muerte.

Murano sonrió, tratando de suavizar la tensión. Le contó que esos pervertidos, hombres y mujeres, se concentraban ante la Puerta de la Vida para hostigar y provocar a los *noxii*, los criminales condenados a morir ante las fieras; le dijo que esos degenerados a veces ofrecían sus cuerpos a los prisioneros maniatados. En una ocasión, un antiguo emperador había dado órdenes secretas de que, una vez sacaran al ruedo a los *noxii*, esos pervertidos debían ser igualmente arrojados a la arena para enfrentarse a las fieras salvajes. La historia de Murano provocó risas, que enmudecieron abruptamente ante el eco de una fuerte risotada que recorría el túnel.

—Espicerio —declaró Polibio— y todo su séquito.

El luchador de la red apareció entre la penumbra, alto y ágil, rápido de pies, con su abundante pelo negro recogido con una cinta roja. Ya estaba completamente armado, y llevaba un taparrabos color plata y un cinturón con un cierre dorado, rematado con una daga puntiaguda enganchada en el anillo de la hebilla. Un tejido acolchado de color dorado protegía su brazo izquierdo y ambas piernas; una llamativa coraza cubría su brazo derecho, mostrando la forma tallada de un león rugiente y dos cabezas de toro en los extremos. Llevaba un cordón de plata en el cuello, del que colgaba un diente de león. Espicerio aseguraba haber matado a su propietario con sus manos desnudas. Tan pronto como se dignó a apreciar la presencia de Murano, levantó el puntiagudo tridente y agitó la red que llevaba recogida sobre su mano izquierda.

—Vamos, Murano, ven por ella.

Murano se colocó el casco y se retiró. Observó cuidadosamente al redero, estudiando su mirada penetrante, su boca sonriente. Se percató de que Espicerio, como era su costumbre, se había pintado la cara y había trazado unos círculos con kohl alrededor de los ojos. Había aplicado carmín a sus labios y apestaba a perfume caro. Espicerio acercó el rostro, pestañeando ostensiblemente.

—¿Un beso, un beso, Murano?

La mujer que caminaba a la izquierda de Espicerio soltó una risotada, tan estridente que Murano sospechó que estaba borracha.

—Esta es Agripina —comentó Espicerio—. Una noble hija de una noble familia.

Agripina era alta y esbelta. Llevaba los cabellos recogidos en una red, como gesto de camaradería hacia su novio. La nívea gasa blanca que llevaba sobre los hombros hacía poco por ocultar el generoso escote de su túnica. Calzaba zapatos rojos y llevaba zarcillos, brazaletes y pulseras del mismo color, como para proclamar su adoración hacia el matiz de la sangre.

—Vengo a darle el beso de despedida a Espicerio —anunció con coquetería—. Mejor dicho —corrigió, sacudiendo la cabeza—, para desearte suerte. ¡Le besaré gustosa a su vuelta!

—¡Bésame el culo! —respondió Océano, dando un paso adelante. Espicerio hizo ademán de hacerle frente, pero Murano le bloqueó el paso.

—Ya habrá tiempo para eso, dentro de muy poco —murmuró.

—Sí —replicó el luchador de la red, mientras bajaba el tridente y volvía a apoyarlo bajo el brazo—, pronto habrá tiempo para todo.

El director de los juegos se adelantó unos pasos, nervioso y cubierto de sudor. Hizo un gesto hacia una bandeja con una pequeña ánfora de vino y dos copas, situada sobre una desgastada mesa junto a la pared. Indicó a los gladiadores que se acercaran y rellenó las dos copas de barro. Cada uno tomó la suya e hizo un brindis a su oponente.

—*Usque ad Mortem* —declaró Murano.

—*Usque ad Mortem* —replicó Espicerio—. Hasta la muerte.

Vaciaron sus copas y volvieron con sus acompañantes para ultimar los preparativos. El director se acercó hasta la Puerta de la Vida y gesticuló con las manos. Un estridente toque de trompetas acalló al público y los dos luchadores volvieron a por otro trago. Espicerio comprobó la red acoplada a su muñeca; Murano, junto a él, se ajustaba el casco a la cabeza.

«¡Ahora!», gritó una voz.

Salieron de entre las tinieblas hacia la luz cegadora. Las trompetas tocaban con fuerza, los címbalos entrechocaban, la enfervorecida multitud estalló en un atronador aplauso. Los músicos, operarios y empleados de la limpieza se habían retirado. Murano avanzaba despacio sobre la arena, Espicerio mantenía el paso. Se detuvieron ante el palco imperial y escenificaron el saludo. Una figura emergió desde lo alto y elevó lánguidamente el brazo como respuesta. Los dos gladiadores se giraron, se saludaron y retrocedieron algunos pasos. El clamor del público decreció hasta convertirse en un murmullo emitido por los autoproclamados expertos, que se apresuraban a dar su opinión sobre los combatientes.

Murano trataba de no distraerse. Claudia estaba en el palco imperial; deseaba que no hubiera. No se sentía bien y trataba de sacudirse sus miedos. Había visitado a un mago, que sacrificó a una paloma en un estanque de agua, e imploró a los dioses para que le asistieran. No quería morir. Debía ser *victor ludorum* y recibir la corona de gladiador. Espicerio seguía moviéndose, alejándose de la pared, donde su red podía quedar enganchada. Murano le seguía lentamente. Espicerio empezó a representar esa extraña danza que todos los rederos hacían, moviéndose rápidamente de derecha a izquierda, tratando de detectar algún punto en el que se bloqueara la visión de su oponente. Murano alzó la espada y el escudo. Ignoró la espada y el tridente, pero no dejaba de observar el rostro de Espicerio, sus ojos: ¿hacia dónde se movería?

Los pies descalzos de Murano tropezaron con algo semienterrado en la arena. Retrocedió un paso y miró hacia el suelo: una mano amputada que no habían visto los operarios de los rastrillos, un siniestro recordatorio de la caza de las bestias que había tenido lugar por la mañana. Espicerio no se había percatado de ella. Murano avanzó precipitadamente y simuló un tropiezo. Espicerio atacó, lanzando la red sobre su cabeza. Murano se retiró enseguida, evitando la red. Murano se movió deprisa, pero Espicerio era más rápido y lanzó el tridente hacia la cara de su oponente, que lo esquivó con habilidad. La multitud lanzó una ovación de aprobación. Espicerio comenzó a danzar de nuevo, alardeando ante el público. Se acercó demasiado y pagó por ello: un corte en el muslo derecho que le serviría de advertencia. Murano ignoró el aplauso y siguió a Espicerio, pero algo no iba bien: la herida que le había infligido era superficial; sin embargo, el redero pestañeaba continuamente, sacudiendo la cabeza. ¿Se trataría de una argucia? Murano se acercó con cuidado y se detuvo. Espicerio dejó de encogerse. Se irguió y miró a su oponente, con los ojos muy abiertos y moviendo continuamente la boca. El tridente se le cayó de las manos. Avanzó un paso, enredándose los pies en la red, y se desplomó en el suelo.

Se hizo el silencio durante un instante, roto enseguida por un rugido de reprobación. La multitud había acudido para ver sangre, no para observar a alguien que se desmayaba en la arena. Se abrió la Puerta de la Vida y Mercurio hizo su entrada, empuñando su hierro candente. Lo presionó contra la pierna de Espicerio, que emitió un gruñido, trató de moverse y después se quedó inmóvil. Caronte levantó ligeramente el cuerpo. El rostro de Espicerio estaba pálido, sus ojos pestañeaban sin parar y no cesaba de toser y resoplar. Caronte le giró completamente y Espicerio comenzó a vomitar.

«¡Veneno!». La palabra parecía revolotear alrededor del anfiteatro como un pájaro. Murano comenzó a retirarse en cuanto comenzaron los abucheos. Caminó dando grandes zancadas hacia la Puerta de la Vida. El director de los juegos sujetaba en su mano una de las copas de vino y la agitaba en alto.

Gayo, el centurión principal del *Comitatus* imperial, la escolta montada que acompañaba siempre al emperador, tomó una manzana amarilla y le propinó un buen mordisco. Cerró los ojos y saboreó su dulce néctar. Descansaba sentado bajo la fresca columnata que asomaba hacia el jardín del peristilo de la Villa Pulcra. Estaba entregado a sus pensamientos; tenía mucho sobre lo que reflexionar, mucho que hacer y muy poco tiempo para llevarlo a cabo. Sin embargo, abrió completamente los ojos. Esto significaba un cambio muy agradable en comparación con las mohosas barracas y los sofocantes establos de los palacios imperiales. Se sentía aliviado al no tener que llevar el uniforme imperial; al contrario, podía relajarse con su fresca túnica bordada y su toga corta, aunque bajo los pliegues de la túnica llevaba un estrecho cinturón de piel del que colgaba una elaborada cartuchera con una afilada daga en su interior.

Gayo no había nacido demasiado lejos de esta villa. Afirmaba ser romano, aunque algunos mantenían que sus ancestros eran hispanos, lo cual explicaba su tez morena y su fuerte temperamento. Aún no había alcanzado los treinta y ya era uno de los oficiales de mayor confianza de Constantino. Había recibido la corona del valor por su coraje en la batalla del puente Milvio y por su incansable persecución de los enemigos cuando trataban de retirarse. A pesar de ello, aún no daba crédito por haber resultado elegido para asistir a una reunión como esta. Desde luego, no había presentado objeción alguna, y había recibido envidiosas felicitaciones de sus compañeros oficiales. Había abandonado Roma hacía unos días, escoltando los carros y los ponis negros, la larga hilera de esclavos y sirvientes, y la variada carga procedente del palacio del Palatino, en su camino hacia esta villa imperial. Le había resultado muy reconfortante abandonar la ciudad, recorrer la Vía Latina hacia la calzada exterior, que conducía a Tibur y a la residencia de verano de Constantino.

Esta gran villa, que contaba con una enorme granja, se extendía al pie de las colinas Albanas, un lugar de espesos bosques, pastizales y prados regado por el fresco y burbujeante río Anio. La villa estaba protegida por su propia muralla, con torres de vigilancia y una amplia puerta fortificada. En su interior albergaba un auténtico paraíso de jardines, fuentes, acequias y canales, pórticos engalanados y frescas

columnatas. Había hermosas avenidas flanqueadas por cipreses, olivos y pinos que, según había asegurado a Gayo el anciano y charlatán jardinero, se regaban con vino. Florecían álamos y encinas, rodeados de arbustos tales como el mirto, el boj, la adelfa y el laurel. Alrededor de la villa se sucedían los huertos de manzanos, perales, melocotoneros y cerezos, además de jardines de rosas, lilas y violetas, en cuyo centro se ubicaban unos hermosos estanques, repletos de peces de colores, sobre los que flotaban exóticas flores de loto.

Una vez descargados los carros y atendidos los ponis, Gayo se había dedicado a pasar los últimos dos días paseando por la villa. La belleza de su atrio, o salón recibidor, quitaba el aliento, con su gran estanque bañado por el sol, sus elaboradas columnas y los frescos de vivos colores que adornaban sus paredes. El triclinio o comedor era tan lujoso como las numerosas habitaciones y alcobas para la familia imperial y su corte. La villa satisfacía todos los lujos y necesidades de sus inquilinos. Tenía su propia cocina, panadería, viñedos y bodegas. Había incluso una letrina con veinte asientos de mármol en el extremo opuesto de la hacienda, cerca de la pared que la separaba de la granja, que era una pequeña mansión en sí misma, con sus establos, porqueras, gallineros, palomares y huertas.

Gayo tenía su habitación junto al peristilo. Era más bien estrecha, pero poseía una gran ventana, un arcón tallado, un taburete, una mesa pequeña y un cómodo catre. Había incluso un tapiz en la pared que representaba a Eneas huyendo de Troya; en el suelo había un hermoso mosaico, desde cuyo centro un delfín asomaba la cabeza entre olas azules como el cielo. Gayo tenía poco que hacer, aparte de tramar y conspirar, mientras se aseguraba de que sus guardias se mantenían vigilantes. Los preparativos para la llegada de los señores de la púrpura no eran asunto suyo; los chambelanes y mayordomos se ocuparían de ello. Gayo estaba a cargo de la seguridad y había memorizado escrupulosamente el plan para la villa. Solo había una distracción que le preocupaba: los otros soldados. No pertenecían a los regimientos imperiales; eran simples mercenarios germanos, ataviados con anchos pantalones y túnicas, de sombríos rostros ocultos bajo sus largas cabelleras y bigotes. Los germanos eran gente amistosa que servía bajo la dirección de Burrus, el guardia personal de la emperatriz Elena. Habían llegado dos semanas atrás para proteger lo que llamaban, en su limitado latín, el *sanctus gladius*, la espada sagrada, aparentemente una gran reliquia cristiana que había encontrado la emperatriz cerca de la tumba de Pablo, uno de los primeros líderes de la Iglesia cristiana. Pablo había sido decapitado por el emperador Nerón, hacía unos doscientos cincuenta años; sus fieles se habían hecho con la espada que le había seccionado el cuello y la habían conservado en un lugar secreto. Gayo interpretaba esta historia como un cuento de niños, pero los germanos se sentían sobrecogidos ante esta reliquia y se tomaban su tarea con gran seriedad.

Gayo se rascó una pequeña cicatriz sobre el brazo mientras contemplaba una carpa dorada que buceaba tranquila entre las cañas. No podía creer que una espada se

hubiera conservado durante más de doscientos años, pero todo estaba cambiando. Gayo entornó los ojos con gesto de desdén. Los cristianos se extendían como ratas, procedentes de sus cloacas y catacumbas. Cuando no metían las narices en asuntos que no eran de su incumbencia, se dedicaban a pelearse entre ellos. Gayo taconeó impacientemente en el suelo. Como él, otros oficiales recelaban de esta religión cobarde, que estaba reemplazando a las glorias de Mitra. ¿Para esto habían luchado tanto? Su alianza era con Roma, aunque la augusta insistía en que esa maldita espada se había hecho más valiosa que un estandarte imperial. Burrus le había contado todo sobre la supuesta reliquia; el germano era parlanchín, especialmente después de beber varias copas del espeso vino de Lesbos, y había confesado a Gayo que se había tomado su trabajo muy en serio, tanto por la fascinación como por el amor que sentía hacia su emperatriz.

—Me alimenta muy bien —balbuceaba—. Lirones —continuó—. Pensé que no me gustarían, pero bañados en miel, aderezados con semillas de sésamo... —decía, mientras se acariciaba ostensiblemente el estómago. Sin embargo, no era igual de indulgente con la llegada de los filósofos—. Cristianos —se burlaba—; no tienen nada mejor que hacer que chismorrear como cotorras.

Han traído aquí la espada con el propósito de impresionarles.

—¿Dónde la guardan? —había preguntado Gayo.

—Justo detrás del atrio —le confió Burrus— hay una puerta que conduce hacia una bodega. Aparentemente, el constructor de esta villa pretendía crear una sala helada, enyesando las paredes y relleno el suelo de cemento, dejando en el centro un gran círculo de tierra en el que se sostendría el bloque de hielo. Fue un lamentable fracaso, así que la cámara cavernosa se transformó en una cámara reforzada en la que el propietario podría conservar su tesoro. Ahora —Burrus se inclinó aún más, perdiendo ligeramente el equilibrio por el exceso de vino—, aquello —continuó, atropellando las palabras— es el *locus sacer*, el lugar sagrado.

Timoteo, jefe de los mayordomos de la villa y cristiano confeso, quien llevaba alrededor del cuello la señal del pez, había asentido con la cabeza. El maestresala, con su enrojecido y jovial rostro y su risa contagiosa, siempre se unía a sus cenas. Nunca se había sentido ofendido por el desprecio que mostraba Burrus hacia los cristianos, pero siempre le advertía de que debía andarse con cuidado, pues algún día la emperatriz Elena sería bautizada y recibiría al cristianismo como la única fe verdadera. El germano había respondido a esta afirmación con un gruñido de reproche, para continuar haciendo preguntas acerca de este gran Pablo antes de ofrecerse a Gayo para mostrarle la afamada reliquia. El sirviente les acompañó escaleras abajo hacia la robusta puerta de hierro. A cada lado de esta permanecían dos hombres de Burrus con aspecto bastante aterrador, bañados por la luz parpadeante de las antorchas colgadas en la pared, frente a ellos. Se pusieron en pie torpemente, aturridos por el efecto del alcohol.

—¿Está mejor tu pierna? —preguntó uno de ellos a Timoteo.

—Sí, mucho mejor —respondió apresuradamente el maestresala—. Vamos, Burrus, la llave...

Aparentemente, había dos cerraduras en la puerta, cada una con su propia llave. Burrus tenía una, Timoteo la otra. El mercenario introdujo la suya y la giró; el sirviente hizo lo propio y la puerta que daba acceso al lugar sagrado se abrió. El interior de la cámara estaba oscuro y olía intensamente a incienso y a cera de abejas. Gayo traspasó el umbral y miró a su alrededor.

La habitación era alargada y cavernosa, un lugar de sombras danzantes bajo la luz de las velas que descansaban sobre los nichos de alabastro, repartidos por las paredes. El techo era alto, atravesado por robustas vigas que soportaban el peso del suelo del nivel superior. En el centro destacaba un enorme círculo de tierra, rociada con virutas de oro. Su contorno estaba reforzado por una serie de ladrillos pulidos, dispuestos en forma de colmillo de perro. Alrededor del círculo había una serie de frascos de incienso en los que podían leerse los símbolos ji y ro de la fe católica y que despedían una delicada fragancia. El objeto de tanta veneración colgaba de una robusta cadena, en una de las vigas del techo: la espada sagrada del legionario que había ejecutado a San Pablo. Alrededor del círculo de piedra había unos bancos de oración, para que aquellos devotos que se acercasen a venerar la sagrada reliquia pudieran sentarse o arrodillarse.

—¿Dónde está Burrus? —preguntó Gayo.

Timoteo le había acompañado hasta el interior del habitáculo, pero el germano se había quedado charlando con sus compañeros, en el exterior.

—Está asustado —susurró el mayordomo—. Este es un lugar sagrado. Burrus tiene miedo de los ángeles cristianos.

Gayo resopló y caminó hacia el extremo del círculo.

La espada era una antigua arma de legionario, reemplazada en la actualidad por la larga espada curvada que Gayo había usado durante su carrera militar. Estudió la reliquia con gran interés. La empuñadura era de marfil puro, con un brillante rubí en el pomo; su hoja, diseñada para acuchillar, tenía doble filo, con una protuberancia en el centro, y estaba cuidadosamente pulida, de manera que brillaba como un espejo. Gayo podía entender por qué se había elegido esta dependencia. La espada estaba al aire libre y se podía caminar alrededor de ella para observarla, pero la suave arena delataría cualquier pisada, y estaba demasiado alejada del borde circular como para que pudieran tocarla al alargar el brazo. En el extremo de la cadena había un tosco garfio afilado, al que se había enganchado la anilla del extremo de la empuñadura.

Gayo observó atentamente la espada, llevado más por la curiosidad que por cualquier otro motivo. Encontró difícil aceptar que era tan antigua como aseveraba Teodoro.

—Es probable que hayan reemplazado la empuñadura —había asegurado el maestresala—, pero no hay duda de que la hoja fue la que concedió a nuestro sagrado Pablo el glorioso suplicio del martirio...

Gayo volvió a mirar hacia las carpas que nadaban entre las cañas. Muy pronto había perdido interés por la espada, y no podía comprender la creciente preocupación del emperador por tales asuntos. Había escuchado al emperador bromear acerca de cómo se había ocupado su augusta madre de registrar todo el Imperio, llevada por su creciente hambre de reliquias. Los filósofos retóricos, invitados desde Capua, estaban profundamente interesados en la espada. Gayo había estudiado a las que denominaba en secreto «esas detestables criaturas» desde su llegada, hacía dos días. Había desarrollado un sentimiento de aversión hacia ellos; no poseían ningún rasgo positivo a su favor. ¡Eran un auténtico nido de víboras! Desde luego, se habían apresurado a visitar la espada en cuanto llegaron. Según Timoteo, sus manos estaban ansiosas por tocar la espada, aunque el mayordomo no sabía si la razón de esta atracción era la santidad de la reliquia o el brillante rubí que destacaba en su empuñadura de marfil. Sin embargo, todo resto de veneración desapareció pronto, en cuanto los retóricos comenzaron a discutir acerca de las enseñanzas de San Pablo sobre Cristo. Timoteo se había sentido escandalizado y había refunfuñado que, si no actuaban con mayor prudencia, el buen Dios enviaría una plaga de pestilencia para unirlos contra la amenaza común.

Unas voces se elevaron en el peristilo. Gayo cerró los ojos. Eran los retóricos, ¡rebuznando como asnos! Justino, cabecilla de la delegación arrianista, se adentró en el jardín, agitando su huesudo dedo mientras aleccionaba a sus dos compañeros acerca de algún oscuro punto relacionado con la teología.

—Lo que debemos decidir —declaró— es si Jesucristo es de la misma sustancia que el Padre, o si puede o no compararse con el Padre.

Sus dos compañeros asintieron con gesto grave. Gayo les miró aunque, por supuesto, él era un simple soldado; ante sus ojos, ni siquiera existía. Justino era un hombre grueso, con ojos hinchados y boca de pez. Gayo agachó de nuevo la mirada y observó a la carpa. No, pensó, aquello era un insulto al pez. Justino era un sapo abultado. Le gustaba describirse a sí mismo como ascético, por lo que insistía en vestir una túnica desaliñada, que apestaba a establo, y unas sandalias que deslucirían los pies de un vagabundo. Sus dos compañeros, Dionisio y Malaco, eran hombres jóvenes y poco agraciados, ambos calvos. Trataban de imitar a los griegos con sus descuidadas barbas, su mirada elevada al cielo y los labios entreabiertos, como si se dispusieran a declarar alguna gran verdad oculta al resto de la humanidad.

Pasaron de largo y Gayo se tumbó a la sombra de un laurel, preguntándose qué podría suceder. Los recuerdos pasaban deprisa por su mente. Cuando eran niños, Espicerio y él solían visitar a un anciano rico que poseía un jardín como este. Se preguntó qué opinaría de todo esto su antiguo compañero. En poco tiempo, se sumió en un dulce sueño.

Se despertó algo más tarde, sobresaltado por el sonido de los címbalos y ruidosos gritos y lamentos. Al principio, aturdido por el sueño, Gayo pensó que alguien atacaba la villa. Burrus entró corriendo en el jardín, alzando las manos al aire;

seguidamente, cayó de rodillas y comenzó a aullar como un perro.

—Por todos los dioses —balbuceó Gayo. Se puso en pie y ordenó al germano que cerrase la boca.

—¡La espada —gimió el germano—, la espada sagrada ha desaparecido! ¡Y Timoteo está muerto!

Capítulo 2

*«Vitae summa brevis spem
nos vetat incohare longam».*

(«La brevedad de la vida nos impide
amparar esperanzas de mayor trascendencia»).

Horacio, *Odas*, 1.4

La taberna Las Burras, en un edificio no excesivamente salubre de Roma próximo a la Puerta Flavia, se encontraba completamente iluminada. La taberna ocupaba la planta baja de una *ínsula*, un bloque de apartamentos cercano al decadente templo de la Corona de Venus. Era una posada espaciosa, con una amplia puerta principal junto a la que colgaba un cartel con la lista del menú, los vinos disponibles y una advertencia a jugadores, luchadores, hechiceros y gitanos itinerantes de que estaba prohibido hacer negocios, bajo pena de recibir un fuerte puñetazo en la nariz. Sobre la puerta colgaba una estatua de Minerva, que Polibio había «tomado prestada» de un templo cercano y, sobre las dos jambas de los extremos, había una talla de un sonriente Hermes; Océano la había cogido de unos baños que había clausurado la policía por funcionar como prostíbulo sin pagar sus impuestos. En el interior de la habitación, Polibio había transformado lo que solía ser el atrio en un espacioso salón comedor. El mostrador estaba en un extremo y en el otro, lo que Polibio denominaba pomposamente «la puerta del jardín». La habitación se encontraba iluminada únicamente por lámparas de aceite, velas y candiles que colgaban de ganchos que pendían de las paredes y del techo.

Esa tarde en particular, tras la clausura de los juegos, las pequeñas mesas talladas se habían unido y una serie de divanes y bancos se habían dispuesto a su alrededor. El lugar de honor lo ocupaba un Murano de adusto gesto, echado sobre el propio diván de Polibio. Claudia se había situado a su derecha, sentada sobre un taburete. Polibio, que se había aceitado su escaso pelo y se lo había fijado alrededor de la coronilla como si se tratara de una corona de atleta, compartía un ancho trono con su rolliza y bella mujer, Popea, a la que Polibio gustaba llamar su «pequeña ciruela madura». Simón el Estoico, sentado frente a ellos, asentía en silencio mientras lanzaba una mirada lasciva a los enormes pechos maduros que se ocultaban a duras penas bajo la túnica de Popea.

Todos los asiduos habían sido invitados, incluyendo a Saturnino, el comandante de los vigiles locales de rostro somnoliento, que actuaba como vigilante, bombero, policía y, como solía murmurar Polibio, extraoficial recolector de tasas. El vino,

blanco y tinto indistintamente, circulaba con alegría. Polibio aseguraba que provenía de Falernia, al norte de Campania; Claudia sospechaba que el contenido de las jarras procedía del mercado local y de las viñas que cultivaba Popea en el gran jardín que había en la parte posterior de Las Burras. El rostro enrojecido de Polibio delataba que había saboreado muchas copas. De repente, se puso en pie con dificultad y, en un intento por hacer sonreír a Murano, lanzó el siguiente brindis:

*Si sacos de huesos somos,
y en polvo nos convertiremos,
alcemos bien alto las copas,
que así de las penas saldremos.*

Miró sonriente al cabizbajo Murano, alzó un par de pequeños címbalos y los entrechocó pidiendo silencio.

—Voy a contaros una historia —declaró, y antes de que nadie tuviera oportunidad de objetar se situó en el centro del círculo de mesas y comenzó su historia, ignorando la mirada admonitoria de Popea.

«Había una vez un pobre carpintero que tenía una mujer a la que le encantaba retozar en la cama. Noche y día, ya hiciera frío o calor, viento o tormenta, siempre estaba dispuesta —Polibio elevó las manos ante las risas de su público—. Tenía un amante al que entretenía con sumo placer siempre que su marido se encontraba ausente. Un día en que ella y su amante estaban entregados a sus placeres, su marido se presentó en casa por sorpresa. Su amante no tuvo otra opción que esconderse en una enorme y sucia cuba de vino vacía que había en un rincón del dormitorio. Se encontraba a salvo en su escondite cuando entró su marido. La mujer comenzó enseguida a deshacer la cama. “¿Qué haces aquí?”, le gritó. “¡Eres un holgazán! Me dejo la piel trabajando y tú llegas a casa sin una moneda en los bolsillos”.

»“No hay trabajo”, respondió el marido, señalando a la esquina, “pero he vendido esa cuba de vino por siete dinares, así que podrías ayudarme a limpiarla y a moverla de ahí”.

»“Eres un idiota”, replicó la astuta esposa. “¿Siete dinares? Acabo de venderla por doce. El comprador está en su interior, comprobando que esté en buen estado”. De pronto, el amante asomó la cabeza. “¡Me la llevo!”, gritó. “Con una condición. Tú” —dijo, señalando al marido—, «debes meterte aquí y limpiarla».

»Así que el marido se introduce en la cuba y comienza a limpiarla, mientras el amante y la mujer continúan con sus placeres. El marido se anima con los gritos de su mujer, que interpreta como instrucciones que le está dando para limpiar la cuba lo mejor posible...».

La audiencia de Polibio comenzó a reír a carcajadas.

—¿Es una historia verídica? —gritó Festus el Fornicador.

—Sí —respondió Polibio.

—¡Lo que significa —gritó Petronio el Proxeneta— que tú debes de haber sido el hombre de la cama o el marido que limpiaba la cuba!

Petronio se agachó para esquivar el trozo de carne que le lanzó Popea. Polibio se sentó de nuevo en su asiento y el resto de los invitados volvieron a charlar entre sí y a degustar las copas de vino que les había ofrecido Polibio, seguidas de platos de hígado frito con cilantro, cerdo en salsa picante y unos cuencos repletos de puré de verduras con nueces.

—Eso jamás ocurrirá —dijo Polibio a Murano, en un intento final por levantar el ánimo del gladiador.

—Ya ha ocurrido —susurró Murano a Claudia.

La joven dio un sorbo a su vino aguado y acarició el rostro de Murano con su pequeña mano.

—Cuéntamelo otra vez.

—Nos encontrábamos sobre la arena, y estaba luchando bien; tú me viste.

—No —respondió Claudia—, había cerrado los ojos.

—Espicerio comenzó a balancearse y se desplomó. Pensé que había muerto, pero empezó a vomitar. ¡Por las tetas de una cerda, nunca había visto a un hombre vomitar así! Para cuando lo sacaron por la Puerta de la Vida, ya habría echado hasta el último bocado que hubiese tragado ese día. Gracias a los dioses que estaba allí aquel viejo médico militar; le hizo beber agua con sales y Espicerio continuó vomitando. Le abofeteaba el rostro continuamente, repitiéndole que debía mantenerse despierto. Jamás había visto a alguien tomar tanta agua.

—¿Le envenenaron?

—Es posible —respondió Murano—. El doctor inspeccionó el vómito y dijo que apestaba como una cloaca. Podría tratarse de belladona, dedalera o cualquier pócima destinada a adormecer a Espicerio. El doctor dijo que había tenido mucha suerte; tiene la constitución física de un buey y, gracias a eso, ha conseguido sobrevivir. Pero ahora me culpan a mí. La copa de vino de Espicerio estaba envenenada; encontraron unos granos en el fondo, pero la mía no los tenía, al igual que el resto del vino que quedaba en la jarra.

Murano hizo una indicación con el pulgar.

—Desde luego, no ha ayudado en nada el hecho de que fuese Polibio mi patrón, y el que proporcionara el vino. En pocas palabras, me están acusando de drogar a Espicerio. Dicen que puedo ser culpable de intento de asesinato.

—Pero eso no es cierto —replicó encendidamente Claudia—. La copa estaba en la mesa y había gente muy dispar a su alrededor, según me dijo Polibio. Entonces, ¿qué crees que ocurrirá ahora?

—La semana que viene, Rufino va a presentar unos juegos especiales en honor al cumpleaños del emperador. Volveré a luchar. Esta vez no habrá vino, ¡y será una lucha a muerte!

—¿Y por qué no abandonas? —suplicó Claudia.

—Lo haré algún día, cuando sea *victor ludorum* y reciba la corona.

—¿Pero habrá alguna lucha más tras la de Espicerio?

—Sí, una más. Espicerio, o yo, debemos enfrentarnos a Meleager, el Asombro de un Millón de Ciudades.

—¿Y lo es?

—No, así es como se hace llamar, pero es un astuto bastardo. Se va a partir de risa cuando escuche las noticias.

—No se ha hecho ningún daño irreparable —dijo Claudia, golpeándole con el dedo la punta de la nariz—. No hay pruebas de que hayas emponzoñado el vino, y ambos volveréis a luchar. Por cierto, ¿cómo se encuentra Espicerio?

—Mucho mejor esta tarde; bastante tranquilo cuando fui a visitarle. Dijo que no me hacía responsable. Me dio la mano y afirmó que seguía siendo el mejor de los dos.

—Podría haberlo preparado él mismo —declaró Claudia—. No sería el primer gladiador en probar alguna pócima mágica. Pero vamos, sonrío, mi tío se está esforzando mucho.

—¿Y qué vas a hacer tú?

Murano se acercó un poco más, ignorando la mirada celosa de Januaria, y limpió una mota de grasa de los labios de Claudia con un paño. Ella sonrió encantada, y deseó en silencio que aquel bello luchador de ojos verdes y cabellos rojizos quedara satisfecho, se retirase y viviese por siempre junto a ella.

—¿En qué piensas, pequeña? —susurró Murano—. ¿Sigues aún buscando a aquel hombre con el cáliz púrpura tatuado en la muñeca? Me dijiste que podría tratarse de un soldado de un regimiento ilirio. ¿No dijiste que Rufino el banquero sabía algo de su paradero? ¿Por eso trabajas en el palacio?

—Me dedico a transitar los pasillos —sonrió Claudia—. Soy la mensajera privada de la emperatriz.

—Desde luego que sí —Murano bajó el tono de voz para que sus palabras se perdiesen entre el murmullo general—. ¿Eres una espía, Claudia? ¿Uno de los *agentes*?

—Pero, Murano... —Claudia pestañeó.

—¿Lo eres?

Claudia se quedó inmóvil cuando la puerta se abrió y entró un mercachifle, con una bandeja colgada del cuello llena de baratijas: escarabajos egipcios, medallas de Isis y paquetes de fósforos de azufre. Alargó el brazo, mostrando una mano repleta de dinares, y pidió a gritos un trago, de cualquier cosa. Cruzó la mirada con la de Claudia.

—Y algo de pescado —añadió con descaro—. Me he recorrido la Vía Apia de arriba abajo, y he desplegado mi tenderete junto a las tumbas, en la tercera milla —sonrió, mostrando una hilera de dientes astillados—. Ya sabéis, el sitio donde dicen los cristianos que acribillaron a flechazos a Sebastián. Volveré allí mañana, sobre las

seis, así que necesito comida y una buena noche de descanso.

Continuó insistiendo hasta que consiguió que un sirviente le trajese una pequeña jarra de vino y un plato de pescado. El vendedor cruzó de nuevo la mirada rápidamente con Claudia y se retiró a una esquina.

Claudia desvió la mirada. Silvestre había enviado su mensaje. Debía estar en las catacumbas a la mañana siguiente, entre las tumbas del cementerio, cerca del tercer mojón de la Vía Apia...

Claudia se despertó mucho antes del amanecer. Siempre dormía profundamente en su pequeña habitación, situada sobre la taberna. Popea había hecho todo lo posible para hacer confortable y agradable la habitación, colocando un tapiz con un íbice brincando entre las rocas, una mesa de bronce, una banqueta de madera de acacia y un arcón egipcio tallado, donde guardaba sus efectos personales. Claudia se levantó y se desplazó hasta la fuente que había en el jardín, en el centro de la *ínsula*. La brisa era fría, el sol no se había elevado aún y el jardín se mantenía fresco, antes de que la humedad y el calor le afectaran. Se lavó concienzudamente y regresó a su habitación para ponerse ropa interior, una túnica verde con un dobladillo bordado y una capa marrón oscura, bajo la que solía esconder una daga que guardaba alrededor de la cintura. Cogió su bastón y su sombrero de ala ancha y bajó a la cocina, donde un somnoliento muchacho le sirvió en un plato parte de las sobras de la comida del día anterior. Bebió un poco de vino aguado y, tras decirle al muchacho que volviera a la cama, abrió una ventana y se deslizó a través de ella hacia el exterior.

Miró a ambos lados de la calle. No había nadie; ni vagabundos simulando dormir, ni borrachos orinando en las paredes. La calle estaba desierta. Apresuró el paso hacia la calle principal. Los aguadores y los barrenderos realizaban su trabajo; los colegiales salían refunfuñando de sus casas en dirección al colegio, donde un profesor itinerante les enseñaría nociones básicas de matemáticas y el alfabeto. Los hombres que se dirigían hacia los baños caminaban con brío o eran transportados en sus palanquines seguidos de sus esclavos, que portaban cestas de útiles de aseo, peines, toallas, botes de perfume y frascos de aceite. Los tenderos se preparaban para los negocios del día. Los barberos habían preparado sus bancos, agua caliente y cepillos para iniciar en breve la actividad. Los cocineros colmaban sus sartenes de embutidos y avivaban sus estufas portátiles, confiados en que el olor de la carne adobada abriese el apetito de los transeúntes. En los talleres, los artesanos empezaban a utilizar sus martillos. El usual barullo del día acababa de comenzar.

Los carros iniciaban su retirada de las calles siguiendo los preceptos del cesar, a excepción de los que usaban los constructores para transportar piedras y maderas. La multitud estaba ya en la calle. Aquí y allá, los feriantes se preparaban para entretener a su público practicando sus extraños trucos, memorizando sus historias; un encantador de serpientes había conseguido ya atraer a una pequeña audiencia. Se abrieron las ventanas de las casas y se colgaron en el exterior los cestos de flores. Los desperdicios se acumulaban junto a las puertas, a la espera de ser retirados por los

operarios. Un escuadrón de soldados desfilaba ruidosamente, con sus escudos azules y sus cascos de piel, deseosos de llegar cuanto antes a sus barracones después de una larga noche de trabajo. Claudia se acordó de Murano, dormido en la habitación de invitados que daba al jardín, y sintió una punzada de lástima ante el infortunio de su amigo. Claudia se había quedado dormida tratando de reconstruir en su mente aquel oscuro y macabro túnel donde Murano había aguardado a Espicerio antes de entrar en el ruedo. Había interrogado más detenidamente al gladiador antes de ocuparse de Polibio y Océano. Pensaba que alguien había intentado debilitar al oponente de Murano, esperando que este pudiera darle muerte antes de que el efecto del veneno se hiciera evidente. Claudia sabía mucho de los gladiadores. Probablemente Espicerio, un auténtico profesional, no habría probado bocado después de la *cena libera*, la noche anterior. En la mañana del combate habría vaciado su estómago y, posiblemente, no se habría llevado otra cosa al buche que una mazorca de maíz. Estaría nervioso y tenso; el vino y la poción debieron de descomponerle el estómago, por lo que lo vomitó todo, antes de que le dañara seriamente. ¿Quién sería el responsable? Se había mostrado muy enérgica con su tío. Polibio podía ser tan astuto como una serpiente y solía estar implicado en todo tipo de asuntos oscuros, pero ahora insistía en su inocencia. ¿Habría sido el propio Murano? Claudia ahuyentó a un perro que se le acercó ladrando y sacudió la cabeza. Murano era un asesino, un luchador, pero era una persona honorable, ni perversa ni corrupta; un hombre que luchaba porque no sabía hacer otra cosa, excepto soñar con poseer su propia taberna, de parecido estilo a Las Burras.

Claudia alcanzó la calzada principal, que conducía hacia las puertas. Se mantuvo en un extremo, tratando de esquivar a las personas que entraban y salían. En las puertas de la ciudad, uno de los guardias le dedicó un silbido y le pidió que le mostrase las piernas. Le devolvió un gesto obsceno y, con el eco de las risas del soldado en los oídos, atravesó las puertas y se internó en la Vía Apia. La multitud se movía deprisa: mercaderes, comerciantes, mercachifles, músicos ambulantes. Solo se detuvo una vez para observar a una compañía de actores que, embutidos en anchas togas, ocultaban sus rostros tras unas máscaras grotescas y actuaban y cantaban mientras se dirigían hacia la ciudad. Dos muchachos, con sus máscaras de sátiro vueltas sobre la nuca, trataban de persuadir a los transeúntes para que echaran alguna moneda a sus cuencos. Claudia continuó la marcha con decisión. Recordaba haber formado parte de compañías como esta, recorriendo Italia de lado a lado, desde su extremo más meridional hasta las frías montañas del norte. Había disfrutado mucho, pero su director se bebió las ganancias obtenidas, así que se vio obligada a volver a casa. Sin embargo, había recibido una educación bastante aceptable. Sabía leer y escribir, hablaba la lengua franca de las ciudades y tenía un olfato privilegiado para husmear problemas. Sabía actuar, siendo especialmente habilidosa con la mímica, y conocía verso a verso la poesía y las obras de Ovidio, Terencio y Séneca.

De vez en cuando, Claudia hacía una pausa, simulando apretar los lazos de sus

sandalias o quitándose el sombrero para airearse la cabeza. Mientras lo hacía, miraba a su alrededor, asegurándose de que nadie la seguía. En una ocasión volvió sobre sus pasos y, cuando alcanzó dos hileras de tumbas y sepulturas que se extendían a ambos lados de la calzada, caminó entre ellas, como si estuviese interesada en inspeccionar algún monumento o en leer alguna inscripción. Finalmente, quedó suficientemente convencida de que nadie la seguía. Pasó junto al hito que indicaba la tercera milla y encontró el camino que conducía hacia lo que Silvestre denominaba el cementerio de San Sebastián. Claudia no conocía nada de los santos cristianos, excepto que allí, durante la gran persecución, habían excavado una serie de túneles y pasadizos subterráneos en la gran mole de roca porosa que rodeaba la ciudad de Roma. Encontró el panteón habitual y se introdujo en él, tanteando con las manos para tratar de localizar el candil y las cerillas de azufre en el lugar acordado. Pasados unos instantes, la luz de la lámpara se encendió. Se quitó el sombrero, lo situó en lo alto de las escaleras y comenzó a bajar con sumo cuidado hacia la oscuridad cavernosa.

Cada vez que visitaba las catacumbas recordaba hasta qué punto odiaba este lugar. No temía a demonios ni fantasmas; se trataba de ese terrible silencio, de las estrechas paredes que la oprimían. Llegó hasta el fondo; el túnel tenía unos dos metros de ancho y el techo se elevaba muy por encima de su cabeza. El suelo, bastante irregular, era de tierra batida. Continuó caminando con gran cuidado, alargando hacia delante el brazo en el que sostenía la linterna y tanteando el suelo con su bastón. Dobló una esquina y entró en un enterramiento cristiano. Sobre unos salientes de las paredes, protegidos por un delgado revestimiento de cemento, descansaban los difuntos cristianos. La mayoría había tenido una muerte natural; otros eran víctimas de la represión: habían sido estrangulados, decapitados y, en algunos casos, tan solo quedaban los patéticos restos que habían dejado de ellos las bestias en el anfiteatro. Las paredes mostraban toscas inscripciones y grafitos cristianos: algunos con los habituales ji (X) y rho (P), y la cruz, otros eran oraciones ofrecidas a San Pedro y San Pablo. Claudia conocía bien estos signos; eran las señales que le marcaban el camino a lo largo de los túneles. Finalmente, llegó hasta la tumba de Filomena, «virgen y mártir», como proclamaba la pintada, y se sentó sobre un banco de mármol, robado del cementerio que se extendía en la superficie. Se encontraba en la confluencia de tres túneles, un lugar seguro donde Claudia y Silvestre podrían escuchar a cualquiera que se aproximase y huir por otra galería.

Claudia colocó con cuidado el bastón contra el banco de mármol y esperó. Comprobó la linterna; tenía bastante aceite en el depósito y la mecha era fuerte. Se apoyó contra la fría piedra, retirándose el sudor de la cara, y se preguntó para qué la habría citado Silvestre. Le había contado algo de una reunión en la Villa Pulcra a la que debía asistir; la emperatriz Elena la necesitaría allí. A Claudia le preocupaba más Murano. Se preguntaba si Rufino el banquero arrojaría alguna luz sobre la tentativa de asesinato sufrida por Espicerio.

Finalmente, escuchó un sonido, un taconeo, la señal habitual que emitía Silvestre

al aproximarse. Claudia arqueó las manos alrededor de la boca y silbó, aguardando en silencio hasta escuchar los tres silbidos de réplica. Respiró aliviada: se trataba de Silvestre. Una sombra se acercó desde uno de los túneles y el sacerdote de cabellos plateados emergió de la oscuridad, esbozando una leve sonrisa. Intercambiaron el beso de la paz. Silvestre se sentó junto a Claudia, desanudó un trozo de tela y compartió con ella el pan y los higos que albergaba en su interior, además de un frasco de vino.

—¿Por qué debemos encontrarnos aquí? —preguntó Claudia entre bocado y bocado—. El peligro ha pasado.

—El peligro no pasará jamás, Claudia, siempre existe el riesgo. Los cristianos somos tolerados, pero no aceptados; apenas hemos comenzado el viaje —Silvestre tomó un pedazo de queso y lo partió con las manos—. Tú también estás en peligro, Claudia. Eres una espía del obispo de Roma, pero también espías para la emperatriz.

—Jamás he traicionado a ninguno de los dos, y nunca lo haré.

—Algún día podrías hacerlo. A veces hay que tomar decisiones, elegir un camino. Tu padre estaría orgulloso de lo que haces.

—Mi padre está muerto.

—Era uno de los nuestros.

—Aunque fuese uno de los vuestros, habría perseguido y dado muerte al hombre que violó a su hija y asesinó a su hijo —Claudia se giró sobre el banco de mármol, aún atenta a cualquier sonido que proviniese de los túneles—. No he venido hasta ti, Silvestre, por amor hacia tu persona o hacia tu fe. Por si no lo recuerdas, he venido hasta ti buscando tu ayuda, y me prometiste que encontrarías a ese hombre —Claudia trató de desterrar todo indicio de súplica en el tono de sus palabras—. El asesino con el cáliz púrpura tatuado en su muñeca.

—Claudia, te estamos ayudando. Tu atacante tenía un cáliz púrpura tatuado, la marca de aquellos que profesan el rito de Dionisio, los bebedores de vino, que adoran a los demonios Baco y Pan. Entre ellos hay oficiales, sacerdotes y soldados. Se trata de una secta poderosa.

—Maestro, con el debido respeto, por mí como si ese hombre adorase el culo del mismísimo emperador.

Silvestre soltó una carcajada y le dio unos golpecitos en la mano.

—Tengo noticias para ti, Claudia, aunque quizá no te agraden demasiado. Rufino, el banquero, ha dicho que ese hombre servía con el regimiento ilirio. Te diré una cosa: la mitad de ese regimiento lleva el tatuaje —el sacerdote apoyó un dedo contra sus labios—. He realizado una investigación minuciosa por ti. No fuiste la única asaltada y violada; fuiste muy afortunada por escapar con vida.

—Sin embargo, mi hermano no lo fue.

—Escúchame. Es posible que el hombre que te atacó te dejase ver el tatuaje para confundirte. Puede haber sido un señuelo para otras actividades criminales, un símbolo que podría borrarse más tarde de la piel. No, no, Claudia, escucha, ya sabes

cómo son los tatuajes, podría tener uno en el brazo que jamás pudiese quitarme. Pero también podría pedir a un artista que me copiase uno que fuese tan fácil de retirar como un trozo de tela del cuello.

Claudia emitió un suave gemido. La oscuridad la envolvía; tan solo la tenue luz del farol aportaba algo de claridad. Jamás había considerado esa opción. Había estado siempre convencida de que un día hallaría a un hombre con un tatuaje que no podría ocultar. La lógica de Silvestre era abrumadora, pero ella siempre recordaría a su asaltante. Siempre lo haría: su olor, su tacto, su voz. Suspiró profundamente y trató de ocultar un escalofrío.

—Lo siento, Claudia, pero debes considerar esa posibilidad. Hay muchas otras calles y callejones que podemos investigar. Cierra los ojos. Ya sé que es duro, pero esa tarde, en la orilla del Tíber, tu hermano recogía conchas, ¿no es cierto?

Claudia cerró los ojos y asintió.

—Y el hombre se aproximó hasta ti —continuó Silvestre—. Mató a Félix porque no quería testigos, nadie que pudiera defenderte. Imagínale luchando, su cuerpo, los músculos de los brazos, la espalda y el estómago.

Claudia así lo hizo y se sintió enferma. Había vuelto junto al río, durante la puesta de sol, con aquel hombre al acecho. Podía recordar sus piernas, los músculos de sus pantorrillas, sus fuertes brazos, su aliento cálido, perfumado por el vino.

—¿Soldado o sacerdote? —preguntó bruscamente Silvestre, asiéndola fuertemente por la muñeca.

—Soldado —respondió Claudia—. Sí, debía de ser un soldado. No tenía ni un átomo de grasa, era como luchar contra un hombre que llevase puesta una armadura.

—Bien —murmuró Silvestre—, tenemos a un hombre borracho, merodeando por la orilla del río; no le importa que alguien le vea, tan solo quiere satisfacer sus deseos. Lo que hizo fue horrible, pero también corrió un grave riesgo. Cuéntame, Claudia, ¿por qué haría eso un soldado? Piensa en los soldados de Roma. La mayoría están fofos; incluso los que traen desde la frontera, pronto se abandonan y ganan peso, sus músculos se transforman en grasa.

Claudia sintió un escalofrío de excitación. Silvestre había sido abogado; siempre respetaba su buen juicio, la lógica de su argumento. Abrió los ojos y le sonrió.

—Hablamos de un atleta, ¿no es cierto? De alguien que se mantiene en forma.

—No, Claudia, hablamos de un luchador. Me has descrito lo que sucedió con gran detalle; te pedí que lo hicieras, que aclarases la mente, que purgaras tu alma —Silvestre describió un movimiento circular con los dedos—. ¿Podría ser que tu asaltante, el asesino de tu hermano, fuese en realidad un gladiador?

Esbozó una débil sonrisa ante el murmullo de desaprobación de Claudia.

—No, no —añadió Silvestre con sutileza, apartando un mechón de pelo de la frente de la joven—. ¡Claudia, reflexiona! Los gladiadores son asesinos, a menudo se trata de hombres solitarios. Se les adora como a dioses, pero únicamente porque han matado a otras personas. Se entrenan constantemente. Las mujeres que los idolatran

suelen ser prostitutas, o degeneradas de la corte. No —dijo, ampliando la sonrisa—, no hablo de Murano y de ti; ¡él es muy afortunado! Hablo de esas que pasan el día a las puertas de las escuelas de gladiadores y que no desean otra cosa que ofrecer sus cuerpos. La próxima vez que te reúnas con los amigos de Murano, obsérvalos con detenimiento, considera lo que te estoy diciendo. ¿Estaría buscando tu asaltante un poco de carne fresca?, ¿una joven inocente?, ¿una muchacha respetable, para variar? Es algo bastante común —suspiró Silvestre—, bien lo sabe Dios.

Claudia mantenía la mirada fija en la pared de enfrente, como si estuviese fascinada por las pinturas que mostraba: figuras de hombres y mujeres que unían sus manos alrededor de una mesa y, bajo ellas, símbolos cristianos sobre la Vida Eterna. Descubrió la alfa y la omega, las letras primera y última del alfabeto griego, los símbolos del Dios cristiano. Se había quedado embelesada por las palabras de Silvestre. Poco tiempo después, cuando se encontrase sola en una habitación oscura, reflexionaría y meditaría acerca de esas palabras. Sintió un espasmo de excitación, un escalofrío secreto, como si tomara consciencia de que comenzaba a rozar la verdad.

Silvestre partió otro trozo de queso, se lo introdujo en la boca y caminó hacia las pintadas. Claudia suspiró ruidosamente.

—¿Para qué he venido aquí esta mañana? ¿Por qué ahora?

—La Villa Pulcra, en Tibur —replicó Silvestre, deseoso de cambiar de tema—. Dos asuntos de importancia. La emperatriz Elena, como ya debes de saber, colecciona reliquias cristianas. Parece haber desarrollado una curiosa pasión por ellas; sus agentes están peinando los alrededores de Jerusalén en busca de la Vera Cruz. La emperatriz Elena cree haber encontrado la espada que se utilizó en la ejecución del apóstol San Pablo. La custodia en una habitación especial, en la Villa Pulcra, donde pretende exhibirla ante cierto grupo de filósofos, unos retóricos de Capua que debatirán diversos aspectos de la doctrina.

—¿Y bien?

—Para simplificar un poco la historia, ayer por la tarde, según nos contaron nuestros agentes, la espada desapareció. La cámara no tiene entradas secretas y unos mercenarios la custodiaban. La puerta únicamente podría abrirse por la acción de dos llaves. Timoteo, el maestresala, tenía una en su poder; Burrus, ese germano desaliñado que tanto adora a Elena, guardaba la otra. De cualquier forma —añadió Silvestre, y se introdujo un trozo de higo en la boca—, ayer por la tarde, como hacía habitualmente, Timoteo decidió comprobar que la espada estaba a salvo. Abrió la puerta. Burrus, sobrecogido por ese lugar, se quedó fuera. Timoteo se introdujo en la cámara. Burrus escuchó un golpe y un grito, pero no le prestó atención. Poco tiempo después, asomó la cabeza a través de la puerta de la habitación. Descubrió a Timoteo tumbado sobre el círculo de arena.

—¿El círculo de arena?

—Sí, tendrás ocasión de examinarlo, se encuentra alrededor del lugar en el que se situaba la espada, que colgaba de una cadena. La espada había desaparecido.

—¿Y Timoteo?

—Burrus pensó que estaba muerto, pero el hombre simplemente había sufrido un desmayo. Se dio la alarma, acudieron los guardias, retiraron a Timoteo e inspeccionaron la cámara. Pero no hallaron la espada. Un auténtico milagro —sonrió Silvestre—. Eso es lo que piensa Timoteo, que lo achaca a las disputas entre los cristianos: el ángel del Señor bajó de los cielos y se llevó la espada.

—Desde luego, alguien la robó.

—Eso parece, pero el quién, el cómo y el por qué siguen siendo un misterio. La augusta no estará nada contenta. Mandará a buscarte. De hecho, estoy convencido de que ya debe de haber llegado algún mensaje o mensajero a Las Burras con la orden de que te persones cuanto antes en la Villa Pulcra.

—Pero hay algo más en esta historia, ¿no es cierto?

—Por supuesto, siempre hay algo más. El emperador ha invitado a seis retóricos, autoproclamados filósofos, provenientes de la escuela de oratoria de Capua, una prestigiosa academia en la que se estudia teología y filosofía y se aprende a hablar en público. Se están convirtiendo en un incordio para nosotros, pues es allí donde florece la herejía arrianista. Uno de sus representantes más afamados es un estudioso de nombre Justino.

—¿Y cuál es la manzana de la discordia?

—¿La manzana, Claudia? Por supuesto, la verdad de nuestra fe. ¿Quién es Dios? ¿Cómo actúa Dios?

—Yo no soy filósofa y, desde luego, no soy cristiana.

—No, eres algo mejor —añadió Silvestre—. Eres una mujer de principios, con la mente despierta y un agudo ingenio. Eso es lo que pienso, Claudia. Nuestro Dios es una Trinidad, reúne tres personas en una: el Padre, un espíritu puro, contempla a una imagen de sí mismo; esa imagen es el Hijo, eterno y real como el Padre, pero no es el Padre. Durante toda la eternidad, el Padre siempre ha coexistido con su imagen. Ama a esa imagen, y el amor que existe entre ellos es otra persona, el Espíritu Santo. Tres personas, pero un único Dios. Nuestra fe nos enseña que el Hijo se hizo carne: Jesucristo, Dios y hombre a la vez, limitado e infinito. Sin embargo, los arrianistas predicán una fe diferente, que destruye la Trinidad y reduce a Cristo a la cualidad de ángel glorificado.

—¿Entonces?

—Los arrianistas no deben vencer el debate. Me uniré a ti en la Villa Pulcra, Claudia, para persuadir a la emperatriz de que nos dé su apoyo. Quiero que destruya la herejía arrianista y que se restituya nuestra unidad.

—¿Qué ocurrirá si se resisten?

Silvestre se frotó las mejillas con las manos.

—Quizá sería necesario recurrir a métodos más expeditivos; un miembro gangrenado debe amputarse.

—¿Quieres decir que haréis que los maten? ¿Vosotros, los cristianos que tanto os

amáis unos a otros?

—La herejía en nuestra Iglesia es como la traición en el Estado.

—¿Y qué hay del amor de Cristo? —dijo Claudia en tono burlón.

—Que sea Cristo el que les ame —respondió bruscamente Silvestre—. La Iglesia debe sobrevivir, pero eso es solo una parte del problema —dijo, e hizo una pausa para meditar sus palabras—. Por una parte, tenemos a hombres como Timoteo, el maestresala; es ortodoxo hasta el punto del fanatismo. No le gusta el debate y piensa que los arrianistas deberían cerrar la boca, o que alguien debería cerrársela. Por otro lado, están los hombres como Criso, el agente de Constantino y chambelán, un pagano convencido. Se complace con estas divisiones entre cristianos; tratará de ridiculizar el debate, y hará lo que esté en su mano por señalarnos como agitadores.

—Pero allí estará el representante de tu obispo, el que defenderá la doctrina ortodoxa.

—Sí, claro —rio Silvestre—, y puede que provoque más daños que beneficios. Atanasio es un hombre temperamental e intransigente.

—¿Piensas que alguno de esos filósofos pudo robar la espada? ¿Estaban presentes cuando desapareció la reliquia?

—Es posible. Podrían haberla considerado como algo sagrado para la cristiandad, y no para ser expuesto a ojos paganos. Pero muchos otros podrían haberla robado, soldados y oficiales. Criso entraba y salía libremente por la villa; nada le placería más que contrariar a los cristianos. O también —Silvestre hizo una pausa para respirar profundamente— puede haber sido la obra de un ladrón extraordinario, atraído por la empuñadura de marfil o por el resplandeciente rubí. Pero eso no es lo importante, Claudia —dijo, señalando a su alrededor—. ¿Qué nos importan las tumbas, reliquias y debates filosóficos? La Iglesia está abandonando las catacumbas, debe permanecer fuerte. En este momento de la historia, comenzamos a ser tolerados, pero no aceptan lo que somos. Algún día nos aceptarán. Nosotros seremos el Imperio. ¿No te lo imaginas, Claudia? —susurró— Iglesia y Estado como una sola cosa, la ciudad de Dios —su voz se fue apagando y se sentó, inmerso en sus propios sueños de Imperio. Pasados unos instantes, recuperó el hilo de su argumento—. Creo que tu amigo Murano está atravesando algunas dificultades.

—Murano siempre atraviesa dificultades —dijo Claudia, poniéndose en pie y recogiendo su capa y su bastón—. Entonces, ¿nos volveremos a encontrar en la Villa Pulcra?

—Parto para allá enseguida —contestó Silvestre con una sonrisa—. Llegaré en una hora e investigaré qué tramas se han planeado.

—¿Tramas?

—Es solo una corazonada... —Silvestre se puso en pie y señaló hacia uno de los túneles—. Me retiraré por otra ruta. Feliz viaje.

—Ah, Claudia...

—¿Sí, maestro?

—Cuando viste a Murano por primera vez —Silvestre comenzó a retirarse, midiendo cuidadosamente sus pasos—, ¿fue un encuentro fortuito o premeditado? ¿Te buscó, o le buscaste tú a él? —Elevó la mano e hizo un gesto de paz—. Piensa en ello.

Claudia así lo hizo mientras recorría apresuradamente el túnel, sujetando en alto el farol, mirando de reojo las sombras danzantes sobre las paredes. Las palabras de Silvestre la habían aturdido. Se encontraba en el reino de los muertos; tras esas paredes enyesadas se encontraban los restos de muchos que habían encontrado una muerte violenta. Sin poder evitarlo, volvieron a rondarle sus pesadillas, en las que corría por túneles como estos, perseguida por su asaltante con un cáliz tatuado en la muñeca. Podía escuchar su respiración. Algo más distanciado, Félix también huía, moviendo rápidamente sus pequeñas piernas. Quería alcanzarle, pero unas manos salían de la pared y trataban de atraparla. Claudia se detuvo en una esquina.

—¡Deja de comportarte como una estúpida! —susurró—. Teme más a los vivos que a los muertos.

Aguzó el oído; no percibió sonido alguno, así que continuó avanzando con decisión. Cuando alcanzó los escalones, devolvió la linterna a su lugar y comprobó que su sombrero no se había movido del sitio donde lo había dejado. Se lo colocó y subió hacia la luz del exterior. Agarró con fuerza el bastón y caminó entre las tumbas. Una anciana pordiosera, cubierta por una harapienta capa negra, salió repentinamente de entre las sombras, con los brazos extendidos y sus manos como garras implorando ayuda. Claudia recordó a las brujas y hechiceras que frecuentaban este lugar para sacrificar gallos negros durante la medianoche. Sintió deseos de gritarle, pero el rostro de la anciana estaba ajado por el paso del tiempo y sus ojos blanquecinos habían perdido el brillo.

—Solo un dinar —imploró la mendiga—. Un poco de dinero para comprar algo de vino.

Claudia le entregó dos monedas y siguió velozmente su camino. Pronto se mezcló con el gentío que se apilaba a lo largo de la Vía Apia, perdiéndose entre la multitud, sintiéndose relajada ante el olor familiar del polvo, el pan recién horneado, la carne adobada y el siempre penetrante aroma del aceite. Los transeúntes que se dirigían a la ciudad aprovechaban para comer mientras andaban, haciendo trabajar a destajo a cocineros, vendedores de comida ambulante, aguadores y dispensadores de vino. Claudia calmó la sed mientras parloteaba con un granjero que transportaba dos jaulas repletas de ruidosos patos. Le preguntó por su pequeña granja y sobre la perspectiva de que se aproximara una buena cosecha. El granjero, halagado por tales atenciones, hablaba como una cotorra, mientras Claudia volvía la vista atrás hacia el camino que acababa de recorrer.

Una vez en la ciudad, Claudia abandonó la amplia calzada y se internó en un laberinto de callejones estrechos. Se encontraba en un barrio que conocía bien; los tintoreros y los curtidores, los comerciantes detrás de sus puestos, aquellos que

frecuentaban Las Burras, le gritaban sus saludos. Claudia respondía tímidamente, pero su mente seguía cautiva por las palabras de Silvestre, particularmente por las que se referían a Murano.

Se encontró la taberna Las Burras bastante tranquila. Océano la informó de que Polibio aún seguía durmiendo los efectos de la noche anterior, mientras Popea se había ido al mercado.

—Ya sabes a quién quiero ver.

—Está en el jardín, pequeña —dijo Océano—. Ha recibido una visita muy especial.

Claudia sintió que se le encogía el corazón. Sin embargo, Murano no estaba entreteniendo a ninguna dama de la ciudad, sino a un joven atleta de rostro sardónico y pelo negro enmarañado. Junto a él, en cuclillas, se encontraba un anciano entrecano que sostenía una serpiente domesticada, enrollada en su brazo. Observando el bastón que había sobre la mesa, con el emblema de Esculapio, Claudia concluyó que se trataba de un médico. Murano se encontraba de espaldas a ella; su visitante se incorporó, dándole un golpecito en el brazo y señalándola. El gladiador se puso en pie de un salto. Instintivamente, Claudia le miró la muñeca y se sintió culpable. ¡Murano no era un violador, ni un asesino de niños! No estaba tan convencida del visitante de su pretendiente. Era una persona de estatura media, con ojos burlones y sonrisa cínica; un hombre con un bello cuerpo, orgulloso de su gloriosa anatomía.

—¿Sabes de quién se trata? —preguntó Murano, frotándose las manos—. Es Espicerio, ¿recuerdas a Espicerio? Nadie se olvida de Espicerio.

Claudia asintió con la cabeza, con la boca abierta, pero sin decir palabra. Espicerio la miraba con frialdad, examinándola de pies a cabeza como si fuera una esclava en el mercado. La ofensa estaba bastante bien estudiada; pasados unos instantes, se disculpó, se puso en pie, tomó la mano de Claudia y la acercó a los labios.

—Bonito nombre, Claudia —sus ojos azul claro la miraban burlones—. Un bonito nombre para una mujer bonita.

Dejó caer la mano.

—Murano, no me habías hablado de ella, al menos, no detalladamente.

Se escucharon unas risas y, poco después, presentó a su viejo amigo Valens, antiguo médico de la décima legión panoniana. Océano llevó unas bebidas y unos trozos de pan con miel y todos se sentaron en la hierba, bajo la sombra de un árbol. Tras las risas y los chistes, Espicerio se dedicó a estudiar cuidadosamente a Murano, como si tratara de memorizar cada detalle. De vez en cuando, sus penetrantes ojos enfocaban a Claudia. El gladiador aún no se encontraba totalmente recuperado. Siguiendo las instrucciones que le susurraba su médico, Espicerio comía y bebía muy frugalmente. Se percató de que Claudia le observaba.

—He venido a hacer las paces con Murano —dijo sonriendo.

—¿Y por qué tan pronto? —preguntó Claudia—. Mucha gente asegura que trató

de envenenarte.

—No lo creo —respondió Espicerio entre risas—, y hay una buena forma de averiguarlo... —interrumpió su frase y se llevó la mano al estómago.

Claudia observó que se había pintado la cara con esmero, como solían hacer las mujeres. Sin embargo, eso no conseguía ocultar las sombras que rodeaban sus ojos, o la palidez de sus mejillas, o la forma en la que parpadeaban sus ojos, como si aún se encontrase afectado por alguna dolencia.

—Se refiere a la apuesta —dijo Murano—. Polibio y yo hemos probado que ninguno de nosotros hizo apuestas sobre quién sería vencedor. Si lo hubiéramos hecho, Espicerio podría pensar que habíamos tratado de amañar el resultado.

—Y no vi nada —dijo Espicerio, sacudiendo la cabeza—. Estaba en el túnel, esperando. Las copas de vino se llenaron y en ningún momento vi la mano de Murano cerca de mi copa. A decir verdad, no vi la mano de nadie. Siempre soy muy cuidadoso. No es la primera vez que se envenena bebida o comida; se utilizan todo tipo de argucias.

—Se giró para mostrar a Claudia una cicatriz y ella observó horrorizada el tatuaje del cáliz púrpura que su brazalete de cuero no pudo ocultar. La joven se inclinó hacia atrás; Murano siguió su mirada.

—¿Qué ocurre? —dijo Valens, el médico.

—¿Qué te ocurre, joven? Pareces haber visto un fantasma.

Claudia se puso en pie con dificultad, golpeando la bandeja de pan con miel y volcando la jarra de cerveza. Murano la agarró por la muñeca.

—Claudia, no es lo que piensas...

Pero consiguió liberarse y retrocedió corriendo hasta la taberna.

Capítulo 3

«*Omnia Romae cum pretio*».

(«Todo en Roma tiene un precio»).

Juvenal, *Sátiras*, III

Dionisio, seguidor de Justino y no demasiado partidario de las enseñanzas de Arrio, reflexionaba acerca de la muerte; no de la suya propia, sino de la muerte en general. El autoproclamado filósofo preparaba un discurso sobre esa inquietante frase de los sofistas: «Yo no era; yo soy; yo no soy; no me importa».

La Villa Pulcra se encontraba tranquila tras la excitación causada por la llegada de los señores de la púrpura sobre sus palanquines y sillas de mano. El emperador, por supuesto, había llegado a lomos de su caballo, pidiendo a gritos vino y un baño caliente para calmar su imperial trasero. Multitud de carretas y ponis hicieron su entrada. Los sirvientes y esclavos, encorvados bajo el peso de sus cargas, se movían aprisa por todos los rincones de la villa, transportando muebles y efectos personales de Constantino y su corte. Las cocinas estaban ya preparadas, los fogones encendidos, el horno dispuesto; el humo se elevaba sobre las cocinas como la bruma sobre el río. El aire se cargó de vapores de los diversos manjares preparados para el banquete de esa tarde: huevos escalfados en vino, estofado de ternera, liebre en adobo dulce, pierna de jamón con una salsa de vino tinto e hinojo, platija gratinada y ostras envueltas en hojas de vid.

A Dionisio se le hacía la boca agua, su estómago vacío rugía ante los aromas que despedían tales delicias. Él y los demás habían sido invitados al banquete, y Dionisio quería impresionar a todos con algo ingenioso o sutil. Planeó recitar su breve discurso sobre la muerte, seguido por algunos versos de Ovidio, o de la *Eneida*, de Virgilio. ¿Quizá una comparación entre Homero y Heródoto? Continuó su paseo por el jardín, introduciéndose en la zona sombría de la huerta. Encogió los hombros y agitó la cabeza, tratando de relajar la tensión del cuello. Le agradaba encontrarse protegido del fuerte sol. La actividad de la villa había decaído durante el descanso de la tarde excepto para la emperatriz, que recorría los pasillos como una pantera en busca de su presa. La espada sagrada ya no se encontraba allí, la reliquia había desaparecido.

Dionisio cerró los ojos y sacudió la cabeza. Ese germano estúpido se había puesto a gritar como un niño, mientras que el capitán de la Guardia, Gayo Tulio, tratando de lavar su imagen, había inspeccionado la villa y el jardín sin lograr ningún éxito. Timoteo, el maestresala, pálido como un fantasma, se había recuperado enseguida, y les había contado en la cena todo lo que había sucedido: que había caminado hacia el

lugar sagrado para contemplar la espada sagrada; que Burrus y él habían abierto la puerta y que el germano, como era habitual, había permanecido en el exterior, hablando con sus compañeros. Timoteo recordaba haber observado la arena: no estaba agitada. Y entonces, para su horror, se había percatado de que la espada había desaparecido.

—Estaba únicamente la cadena —susurró—, colgando del techo y completamente inmóvil. Me desvanecí.

El pobre Timoteo había sufrido un desmayo y su cuerpo se desplomó sobre parte del círculo de arena. Burrus miró en el interior de la sala y, al caer en la cuenta de lo que había sucedido, sufrió una crisis de histeria. Gayo Tulio, que vio interrumpida su siesta en el peristilo del jardín, se hizo cargo de la situación. Dionisio y él entraron en la cámara, pero no hallaron señal alguna, exceptuando la arena removida en la zona del círculo donde se había desplomado Timoteo. Habían retirado al maestresala con ayuda de un esclavo hasta la casa de duelos. Gayo se había asegurado de que tenía pulso antes de volver para inspeccionar la cámara, sin obtener resultados. Llevaron a Timoteo a su habitación y Gayo estableció su propio dispositivo de búsqueda. Una serie de datos salieron a la luz. Primero, Burrus y Timoteo juraron que nadie podría acceder a esa habitación sin las dos llaves. Segundo, no se había forzado la entrada y no se halló ningún túnel secreto. Tercero, la cadena seguía colgada del techo vacía, pero sin daño alguno. Cuarto, la arena no mostraba alteraciones ni pisadas. La desaparición de la reliquia era un auténtico misterio.

La emperatriz, por supuesto, estaba encolerizada. Según se contaba, había abofeteado a Burrus por su ataque de histeria y expresó abiertamente sus sospechas de que los dos guardas de la puerta estuviesen involucrados en el robo. Su majestad imperial les convocó, les golpeó y reprendió, pero juraron por lo más sagrado que habían cumplido con su deber y que no habían visto nada fuera de lo normal. La emperatriz Elena gritó que los vería a todos crucificados antes de retirarse a su dormitorio. Finalmente, su cólera se aplacó; la espada sagrada se había esfumado; y no tenían el más mínimo dato que pudiera esclarecer esta misteriosa desaparición. Justino, por supuesto, se preguntaba si sus oponentes la habrían robado, argumentando que Atanasio, Aurelio, Séptimo y los otros miembros del partido ortodoxo eran pobres y que, probablemente, se habrían sentido seducidos por el marfil y el rubí.

Dionisio se agachó junto a la base de un manzano, sobre la que apoyó la espalda. Extendió las piernas y disfrutó de la sombra, de la fresca hierba y del suave trinar de los pájaros «¡Justino debería mantener la boca cerrada!», musitó para sus adentros.

—Todos admiraban la espada, cualquiera podría ser sospechoso, y eso incluye a esa gran masa de músculos germana y a sus melenudos amigos.

—Dionisio quería que Justino cerrase la boca y no estropease aún más la situación.

El filósofo se enjugó los labios y observó el círculo de flores silvestres de vivos

colores, que reflejaban los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los árboles. Los desacuerdos, reflexionó, siempre empeoran la situación. Dionisio ya había experimentado suficiente horror durante su vida y trató de que el miedo no hiciese presa de él. Se había convertido al cristianismo en su tierna adolescencia. Había debatido acerca de la existencia de ángeles y demonios, aunque su educación pagana también evocaba a los manes, los espíritus de los muertos, que se aparecían a los vivos para ensombrecer sus vidas. Dionisio retornó a sus reflexiones sobre la muerte, aunque la cercanía del inminente debate le distraía. No era ningún estúpido. Sabía que el obispo Miliciades y su asistente, el presbítero Silvestre, contaban con el favor y la atención de la emperatriz. Ya había revelado secretamente su posición, concluyendo que sería mejor renunciar a las enseñanzas de Arrio y abrazar la ortodoxia. Esa era la forma correcta de proceder, hacerse notar para ganar la aprobación, y ¿qué mejor manera que hacerlo en público, declarando humildemente que había quedado convencido por los argumentos de sus oponentes?

—¿Disfrutando del jardín?

Dionisio alzó la mirada hacia la figura que permanecía en pie ante él. Debido a la posición del sol, el filósofo no conseguía reconocer de quién se trataba. Levantó las manos para protegerse los ojos del sol, pero apenas consiguió estirar los brazos cuando la roca le golpeó la cabeza. Sintió una punzada de dolor y el sabor amargo de la sangre en la parte posterior de la garganta y se desplomó. Su asaltante se apresuró a atarle de pies y manos y lio una áspera cuerda alrededor de la cintura. Dionisio trató de moverse, pero fue inútil. Lo arrastraron por la hierba como si se tratara de un saco, golpeándole con las piedras y montículos del suelo. El dolor casi le hizo perder la consciencia. Se estaba ahogando. Trató de gritar, pero se percató de que el dolor que sentía en la boca provenía de la mordaza que le habían asegurado fuertemente entre los labios.

Su asaltante le introdujo en una zona de denso arbolado, y la cuerda que le oprimía aflojó la presión. Le vendó los ojos y le liberó las manos. Dionisio trató de luchar, pero fue inútil. Su oponente canturreaba ligeramente mientras sujetaba al filósofo contra el suelo y le producía profundos cortes en brazos, piernas y pecho. Dionisio creyó realmente que los Manes habían hecho su aparición. Se encontraba inmerso en un mar de dolor, producido por los cortes y fuertes golpes. Su mente enfebrecida rozaba la inconsciencia; se encontraba de vuelta en Capua, en la escuela, o caminando por los campos, hasta que un nuevo corte le hacía regresar a la torturadora realidad. Su cuerpo se sacudía contra las cuerdas. Su asaltante le estaba rebanando la carne como haría con un filete de ternera.

Pasados unos instantes, Dionisio terminó perdiendo la consciencia y su asaltante le abandonó allí, sobre el suelo, entre charcos de sangre sobre la verde hierba. Tardó una hora en morir.

Fue Gayo Tulio quien descubrió su cuerpo, durante su ronda habitual, junto a cuatro de sus hombres. Miraron horrorizados aquel cuerpo empapado en sangre,

rodeado por una gran mancha oscura.

—Busca a la emperatriz —ordenó Gayo.

—¿Y a su excelencia?

—He dicho a la emperatriz —insistió Gayo—. La augusta sabrá qué hacer —añadió, sonriendo ligeramente—. Nuestro noble emperador se ha tomado algunas copas de vino; está con una de las mujeres y no le gustaría que se le molestase.

Minutos después, la emperatriz apareció entre los árboles, acompañada de su cariacontecida guardia personal. Exclamó un grito de horror y caminó alrededor del cadáver. Observó sus extremidades extendidas, fijadas al suelo por medio de cuerdas unidas al extremo de unos ganchos, clavados en el suelo.

—¿Hace cuánto, capitán? —preguntó.

Gayo recogió la toga con el brazo y se inclinó sobre el cuerpo. Hizo presión con su mano sobre el rostro del difunto.

—Al menos dos horas, posiblemente tres —le pasó la mano por el estómago—. Apenas está hinchado de gas —se puso en pie—. Quien fuera que lo matase, le odiaba profundamente. Augusta, ¿debería arrestar a los demás?

—¡Tonterías!

—Hay un médico en la villa —murmuró Burrus.

—A menos que pueda resucitar a los muertos, aquí será de poca utilidad —replicó Elena con aspereza—. Me pregunto...

Interrumpió su frase ante la apresurada llegada de Timoteo, el maestresala. Observó el cadáver y se giró para vomitar. Elena se acercó a él y le dio unos suaves golpes en la espalda.

—Me temo —murmuró— que esta no es tu semana, ¿verdad, Timoteo? Ahora sé buen chico, llévate a este trozo de carne —dijo, señalando a Burrus— y, cuando hayas recompuesto el estómago, vuelve a Roma, a la taberna de Las Burras, junto a la Puerta Flavia, y trae a Claudia. La quiero aquí esta noche.

Elena se internó entre los árboles, respirando con fuerza. «Sí», pensó, «ya es hora de que mi ratoncita entre en escena, con su fino olfato y sus pies ligeros. Ella me ayudará a resolver estos misterios...».

Murano llevó de vuelta a Claudia al jardín. La cogió de la mano y le susurró que no se obsesionara. Claudia ya se sentía avergonzada; después de todo, había muchos hombres en Roma que llevaban ese tatuaje en la muñeca. Ya había conocido a unos pocos, así que, ¿por qué esa reacción tan violenta con Espicerio?

—Es por Silvestre —susurró.

—¿Quién? —preguntó Murano.

—Nadie —Claudia se enmendó enseguida—. Es solo un amigo con el que hablo de mis problemas.

—Pensé que no tenías más amigos que yo.

Claudia, en un intento por distraer su atención, le sonrió.

—Bueno, se aprende algo nuevo cada día.

Espicerio y Valens seguían sentados a la sombra. El gladiador se levantó cuando volvió Claudia.

—Lo siento —se disculpó—. Murano me había contado lo que sucedió. Traté de ocultar mi tatuaje bajo el brazalete —dijo, poniéndose en cuclillas a la vez que ella—. Conozco algunas cosas de tu entorno pero este tatuaje —continuó, mientras se quitaba el brazalete y le mostraba el símbolo— solo lleva aquí seis meses.

—¿Lo llevan muchos gladiadores?

—Pregúntale a Murano —dijo Espicerio, encogiéndose de hombros—. Es bastante común. Se relaciona con el culto a Dionisio, el dios del vino —Claudia observó que sus colmillos estaban afilados como los de un lobo—. Dionisio y Eros —continuó—. ¿Qué más puede esperar de la vida un gladiador?

—¡No eres la única! —dijo Valens, que la había estado estudiando escrupulosamente—. Sé de al menos tres niñas de los suburbios, de no más de doce años de edad, que fueron atacadas y violadas por un hombre que llevaba ese tatuaje. Una de ellas aseguró que se trataba de un gladiador, aunque —dijo, dando unos golpecitos en el hombro a Espicerio— a estos hombres se les culpa de todo. Si violan a una mujer, o asesinan a un hombre... —interrumpió su frase por la mitad—. Sin embargo, he hallado más honor entre ellos que entre un grupo de sacerdotes.

—¿Existe algún templo dedicado a Dionisio? —preguntó Claudia—. ¿Uno cuyo símbolo principal sea un cáliz púrpura?

Espicerio sacudió la cabeza.

—Muchos templos se consagran a Dionisio, o a Baco. Son tan comunes como las pulgas sobre los lomos de un perro. No, es más una señal que indica que eres un adorador del vino, que se puede conseguir tu camaradería en una taberna —Espicerio hizo una pausa y se frotó el estómago—. Ha sido solo un calambre —dijo, guiñando un ojo—. Estaré bien para pelear con tu hombre. Esta vez, que la multitud le ayude.

—La última vez —Claudia, avergonzada, estaba más que dispuesta a cambiar de tema—, cuando bebiste el vino envenenado, ¿no viste nada extraño, nada que se saliera de lo habitual?

—Estaba en el túnel —replicó Espicerio—, cerca de la Puerta de la Vida. Quería que comenzara el combate. Me bebí el vino —se dio unas palmadas sobre el tatuaje de la muñeca—. Conozco bien mi vino, me limpia la boca y me humedece la garganta.

—¿No te sentías algo extraño? —preguntó Claudia.

Espicerio abrió los ojos exageradamente.

—Pregunta aquí a tu novio. Desde luego que te sientes extraño antes de un combate. El estómago zozobra como una barca en medio de una tempestad. Unos extraños sonidos retumban en tus oídos. Un martilleo constante comienza en tu cabeza. Sientes ganas de salir corriendo, gritando y dando alaridos de terror pero, a la vez, te invade una frialdad gélida. Eres consciente de todo, hasta de lo más insignificante.

—¿Y sobre la arena? —preguntó Claudia.

—Salí al exterior —Espicerio relajó el gesto; había perdido esa máscara de cínica arrogancia—. Estaba convencido de que tenía opciones. De repente, comencé a ver doble, como suele ocurrir cuando te golpeas la cabeza —se acarició el abdomen—. Se encendió un fuego en mi estómago; pensé que pasaría enseguida, pero las piernas comenzaron a debilitarse. Me di perfecta cuenta de que tenía que vomitar; si no lo hacía, moriría —se giró y abrazó a Valens, besando al anciano en la frente—. Si no hubiera sido por mi buen amigo, el gran Espicerio habría muerto como un aterrado esclavo que se desmaya de miedo ante un león o una pantera.

—Alguien te drogó —insistió Claudia—. ¿Por qué?

—Por tres razones —intervino Murano, enfatizando sus argumentos con los dedos de la mano—: alguien ama a Murano, o alguien odia a Espicerio.

—¿Y la tercera? —preguntó Claudia.

—Alguien hizo una apuesta muy fuerte por mi victoria. Desde luego, no fui yo ni nadie de esta taberna.

—Pero debías haber muerto —dijo Claudia, girándose hacia Espicerio—. Se suponía que no debías desmayarte. Tu atacante secreto pretendía matarte —dirigió su mirada hacia el anciano médico, que se mordía los labios y dirigía la cara hacia el sol, aunque la había estado estudiando escrupulosamente con el rabillo del ojo.

—¡Por los testículos de los dioses! —susurró Valens—. ¡Tienes aquí una amiga muy perspicaz, Murano! Aguda como el cuchillo de un cirujano. Tienes razón, Espicerio debía haber muerto. Tres cosas le salvaron: tiene la constitución física de un buey, vomitó el veneno y yo estaba allí para suministrarle el tratamiento necesario. Hay una más... —Su voz flaqueó.

—¿Sí? —preguntó Claudia. Se había percatado de lo sosegado que se había quedado el jardín. Una mariposa revoloteó entre ellos, emitiendo destellos blancos y balanceándose entre la suave brisa.

—Debía haber muerto —murmuró Valens—, pero el asesino cometió un error. Él, o ella, no le suministró una dosis suficiente de veneno. Era bastante para hacerle vomitar, para causar el dolor, pero no lo suficiente para acabar con él.

—¡Espicerio!

Claudia se giró. Se acercaba a través del césped una joven de largos cabellos negros que se enredaban en su rostro; los pliegues de su costosa túnica se agitaban a su paso, un mantoncillo le protegía hombros y espalda del fuerte sol. Tras ella, un viejo esclavo portaba un parasol y dos mullidos cojines. La mujer se detuvo y se volvió hacia él.

—¿No puedes seguirme el paso, viejo estúpido? —gritó—. ¡Se supone que este parasol debe protegerme del sol!

—Agripina —murmuró Espicerio.

La joven se acercó, envuelta en una nube de perfume, y, sin haber sido invitada, se puso en cuclillas, rodeó el cuello de Espicerio con sus brazos y le besó

encendidamente en un lado de la boca y en la cara, antes de gritarle al esclavo dónde debía dejar los cojines. Se separó ligeramente, se puso cómoda y miró a su alrededor, esbozando una sonrisa insolente.

Claudia trató de esconder una punzada de envidia cuando Agripina lanzó un beso a Murano. Aquella mujer era realmente preciosa. Tenía unos bellos y expresivos ojos, que destacaban entre la suave piel de marfil de su rostro. Sus joyas y zarcillos, todos de color rojo sangre, centelleaban cada vez que se movía, emitiendo un suave tintineo metálico por el entrecuchar de pulseras y brazaletes. Llevaba una flor silvestre engarzada en el pelo y sostenía en una mano un pañuelo perfumado para refrescarse el cuello y los brazos. Saludó a Valens con un movimiento de los dedos, pero despachó a Claudia con una sonrisa de soslayo y un rápido movimiento de sus pestañas.

—Te he estado buscando por todos lados —protestó, volviéndose hacia Espicerio—. ¿Qué demonios haces en un sitio como este?

—Este es mi sitio —interrumpió Claudia—, y me pregunto qué hace aquí una persona como tú.

La sonrisa desapareció del rostro de Agripina. El anciano esclavo retrocedió apresuradamente. Agripina sacó un abanico de un bolsillo de su túnica, lo abrió de un golpe y lanzó una dura mirada a Claudia, para estallar seguidamente en una sonora carcajada. Se sacó un brazaletes de la muñeca y se lo puso en la mano a Claudia.

—Soy una estúpida maleducada —confesó—, ¡y me doy demasiados humos! No pretendía ofenderte.

—No hay cuidado —respondió Claudia, colocándose el brazaletes en la muñeca—. ¿Te apetece un poco de vino?

Agripina sacudió la cabeza.

—He estado bebiendo toda la mañana. ¿Sobre qué discutíais?

—Sobre quién trató de matar a Espicerio.

—Bueno, no fui yo —replicó Agripina, inclinándose hacia su amante—. Observamos las normas, ¿no es cierto?; ni bebimos ni comimos esa mañana. Siempre hago lo que dice Espicerio —añadió con ojos tiernos—. No te ofendas, Murano, pero estaba convencida de que ganaría Espicerio. Mi padre está furioso. Aposté una fortuna y perdí.

—Pensé que iban a devolver todo el dinero —dijo Espicerio.

Agripina le besó en el hombro.

—No, eso es lo que todos exigen ahora. Probablemente, decidan guardar el dinero de las apuestas hasta el próximo combate. Y ahora escúchame, Espicerio, debes mantenerte en la sombra. Claudia... te llamas Claudia, ¿verdad? ¿No te importa si me quedo aquí? Te ayudaré —continuó charlando, hablando tan rápido que apenas dejaba tiempo para respirar.

Claudia se disculpó, se acercó a la taberna y envió a Océano a comprobar que todo iba bien. Seguidamente, se retiró a su habitación. Echó el pestillo y se tumbó

sobre su estrecho catre. Polibio se había levantado y estaba en la cocina, gritando a todo aquel que se cruzaba en su camino. La mente de Claudia se trasladó de vuelta a las catacumbas, al principio del día, y después se detuvo en el tatuaje de la muñeca de Espicerio.

—Algún día... —susurró, y los ojos se le hicieron cada vez más pesados hasta que se dejó abrazar por el sueño.

Durmió profundamente y no se levantó hasta la media tarde. Se refrescó la cara con agua fría y bajó al jardín. Murano y el resto aún seguían allí. Habían decidido pasar el día jugando a los dados y a la taba, pidiendo el mejor vino y los mejores bocados. Por supuesto, Polibio, afectado por la resaca de la bebida, se había mostrado hosco, hasta que cayó en la cuenta de lo acaudalada que era Agripina. Desde entonces, los cocineros no habían parado de asar carne de ternera y ganso mientras, en la bodega, los sirvientes espitaban los mejores barriles de vino. Claudia decidió unirse a la compañía. Murano estaba ya bastante afectado por el vino, e insistió en darle un gran abrazo y en besarla con sus labios manchados de vino. Claudia le rechazó con una sonrisa. Discutían acerca de los méritos de Meleager el Magnífico cuando Polibio se acercó hasta ellos, corriendo a través del césped.

—Hay un mensaje de Tibur —declaró—. Claudia, debes unirme a la corte en la Villa Pulcra.

—Vaya, vaya, vaya —declaró Murano—. Tienes amigos muy poderosos.

Claudia torció el gesto y sacudió la cabeza.

—Soy solo una sirvienta —besó sonoramente en la boca a Murano antes de que pudiera añadir palabra.

—¿La corte imperial? —Espicerio alzó su copa—. Cuando llegues allí, Claudia, transmite mis saludos al capitán de la Guardia Imperial, Gayo Tulio. Dile que no se pavonee tanto. Aún recuerdo cuando él y yo jugábamos a perseguirnos, con el culo al aire, por los campos de Sisia. No te olvidarás, ¿verdad?

Claudia se lo prometió y se apresuró a seguir a su tío hacia el interior de la taberna. Allí reconoció al mayordomo jefe, Timoteo, con el rostro enrojecido y riéndose de un compungido Burrus, ataviado con su desaliñada armadura, que recibía las burlas de uno de los mozos. El imponente mercenario germano parecía rellenar toda la habitación con su presencia. Ignoraba a su burlón provocador, pero miraba a Simón el Estoico, que conocía algo de alemán y no había dudado en utilizarlo para insultar al visitante. Sin embargo, Januaria quedó gratamente sorprendida. Se acercó a él y acarició la gran piel de oso que, a pesar del calor, Burrus había extendido sobre los hombros. Popea salió de la cocina, gritando, y Januaria desapareció. Claudia saludó a ambos y subió las escaleras hacia su habitación para recoger su capa y su gorro e introducir algunas prendas en unas alforjas de piel.

Cuando volvió a bajar, dio un beso de despedida a Popea y a Polibio, saludó con la mano a los clientes habituales y salió hacia donde se había congregado una pequeña multitud a mirar boquiabierta al séquito de Burrus. Los mercenarios

reconocieron a Claudia y la saludaron con un gruñido. Cualquiera podría haber interpretado esto como un insulto, pero Claudia sabía que era el saludo más cálido que podían proporcionar esos adustos guerreros. Habían llevado una dócil yegua para que la montara. Burrus la ayudó a sentarse sobre el noble animal y comenzaron la marcha, poniendo rumbo a las puertas de la ciudad y la Vía Latina.

El día de trabajo estaba llegando a su fin y la gente salía a raudales de la ciudad. Las calles se encontraban abarrotadas de gente que se abría paso a empujones. El aire se cargaba de una mezcla de distintas lenguas, hordas de ruidosos chiquillos y del ajetreo y bullicio de los mercados, en los que se vaciaban los puestos y se recogían para la noche. Los artesanos aprovechaban las últimas horas del día de verano para completar sus labores. En el exterior de estas tiendas y en los comedores se concentraban mercachifles y buhoneros, desesperados por hacer alguna venta antes de la puesta de sol. El aire polvoriento olía a sebo, aceite quemado, incienso, carne adobada, pescado seco y, sobre todo, al sudor de la acalorada y cansada multitud. Unos soldados de la guarnición se mezclaban con los clientes de los puestos de vino y cerveza, moviéndose a un lado con desgana para dejar pasar la silla de mano de algún noble rico. A Claudia le encantaban estas imágenes. Gentes de varias nacionalidades poblaban las calles: etíopes y nubios, tocados con sus pieles de pantera y leopardo; sacerdotes egipcios, vestidos con sus ostentosas túnicas blancas y sus brillantes cabezas rapadas untadas de aceite; sirios embutidos en sus túnicas rayadas, de oscuros rostros, barbudos y sudorosos. Desde luego, según menguaba el día, el ultramundo de Roma surgía a la vida: hechiceros y conjuradores, asaltantes de caminos y rateros codo con codo con danzantes, prostitutas y alcahuetes que salían a la calle en busca de algún beneficio.

El grupo de Claudia bordeó la calzada principal y cruzó la plaza, donde los vigiles se enfrentaban a una banda de jóvenes que habían arrojado un cerdo al vacío desde la segunda planta de un bloque de apartamentos. Un anciano demente danzaba sobre la masa informe de vísceras, cantando un himno indescifrable. Un grupo de gladiadores se congregaba ante las escaleras de un templo para dar gracias a su Dios. Claudia se preguntó qué haría Murano esa tarde. Tras cruzar la plaza, Burrus y su escolta se pusieron en cabeza y se abrieron paso hacia una ancha avenida flanqueada por estatuas. Debían moverse despacio. Habían abandonado los suburbios y se acercaban a las puertas de la ciudad. La aglomeración de caminantes se hacía cada vez más espesa; entre ellos se mezclaban algunos ricos en sus palanquines, a lomos de esclavos; también había un grupo de pobres, que tiraban de un carro sobre el que transportaban a algún anciano pariente envuelto en una manta. Pasaron junto a una columnata y, finalmente, llegaron a las puertas de la ciudad; estas se encontraban vigiladas por mercenarios samaritanos que holgazaneaban apoyados sobre las paredes, silbando a cualquier mujer atractiva que pasara cerca de ellos. El intenso ruido, el polvo, el calor y las moscas hacían imposible cualquier atisbo de conversación. Burrus se encontraba sumido en sus tribulaciones; sin embargo,

Claudia observó que Timoteo estaba desesperado por hablar con ella.

Según avanzaban por la Vía Latina, las casas se iban haciendo más escasas y la fragancia del entorno más agradable. Pasaron junto a los cementerios de la ciudad; las tumbas se elevaban sobre la tierra, apuntando al cielo azul como lúgubres símbolos de la brevedad de la vida. Entre el gentío, un chico comenzó a entonar una melodía cadenciosa, canturreando unos versos que hablaban de una casa con una acogedora mesa dispuesta bajo la sombra de un olivo. Claudia trató de escucharla con atención, pero Timoteo estaba dispuesto a aumentar el ritmo de la marcha y comenzó a hacer uso de su salvoconducto imperial para abrirse paso entre la muchedumbre. Finalmente, llegaron hasta el cruce de caminos, señalado con unos grandes postes de madera bajo los que se apilaban algunas calaveras. Se trataba de un lugar de ejecución; los criminales portaban sus cruces hasta aquí, para ser posteriormente crucificados sobre ellas. Alguien había encendido una lámpara de aceite cerca de los postes y había depositado un ramo de flores junto a ella. Claudia se preguntó por su significado mientras reflexionaba acerca de este mundo tan perturbado en el que le había tocado vivir, donde el Imperio hacía negocios ahora con una secta religiosa cuyo Dios habían crucificado. Recordó lo que le había dicho Silvestre y, tras observar el rostro preocupado de Timoteo, se preguntó qué les aguardaría en la Villa Pulcra. Rezó una oración en silencio, dirigida a cualquier dios que estuviese dispuesto a escucharla, para que Murano se cuidase durante su ausencia y se mantuviese apartado de todo peligro.

Hicieron una pausa para beber agua de una fuente. Claudia se deleitó con la oscura frescura de laureles, apreses y olivos, y con el verdor, acaso abrasado por el sol, de los arbustos y la hierba que se extendían a ambos lados del camino. Los pájaros revoloteaban sobre sus cabezas mientras, entre la hierba, los grillos entonaban su monótona canción. Burrus gruñó una orden y todos volvieron a montar sus cabalgaduras. Cruzaron arroyos y manantiales; las pezuñas de sus caballos repicaban nerviosamente contra las rocas de la calzada. De vez en cuando, recibían los saludos de sirvientes y niños, que se acercaban correteando desde alguna villa o granja.

Pasado algún tiempo, Timoteo tiró de las riendas de su caballo y se puso a la altura de Claudia. Ya se habían encontrado antes, en la corte, pero Timoteo, ignorando todo protocolo o etiqueta, comenzó a hablar con ella como si se tratara de una hermana a la que no veía en mucho tiempo. Sin descansar ni para tomar aire, le describió con frases atropelladas cómo se había robado la espada sagrada, el revuelo que esto había causado y el brutal asesinato de Dionisio.

—¡Nadie sabe quién lo hizo! —dijo Timoteo, sacudiendo la cabeza como si estuviese hablando solo—. Nadie en absoluto, pero yo tengo una teoría. Si pretendes asesinar a alguien, te limitas a golpearle fuertemente en la nuca y lo dejas tirado en el suelo. Sin embargo, a ese pobre bastardo lo ataron y lo arrastraron por todo el jardín, lo clavaron al suelo, como a algún criminal del anfiteatro —se apoyó sobre el lomo de su caballo con los ojos desorbitados—. Debe de haberse desangrado hasta morir.

—¿Y nadie escuchó sus lamentos?

—Le amordazaron. Le introdujeron un trozo de cuero en la boca.

—Me hablabas del asesinato. ¿Tienes alguna teoría?

—Sí —Timoteo agarró las riendas con una mano, bajando la voz, como temiendo que Burrus tratase de pegar el oído, pero el germano parecía más interesado en terminarse el pellejo de vino que llevaba en las alforjas—. Creo —continuó incansable el maestresala— que Dionisio fue asesinado por los otros filósofos. ¡Ya sabes lo celoso que es ese grupo de malnacidos! ¡Supongo que discutieron entre ellos y decidieron matarle!

—En tal caso —sonrió Claudia—, ¿por qué no procedieron tal como me has descrito, golpeándole en la cabeza y abandonándolo en el suelo?

—Ah, sí —Timoteo adoptó un gesto de concentración mientras trataba de reflexionar acerca de ese gran misterio. Desde luego, tenía su propia respuesta: los filósofos eran un grupo de crueles malnacidos.

Claudia le escuchó con escasa atención, tomando consciencia, con el corazón encogido, del nido de serpientes en el que estaba a punto de introducirse. Por lo que le había contado Timoteo, había llegado a la conclusión de que el asesinato de Dionisio no había sido un acto apasionado, sino el resultado de un cruel plan, fríamente calculado, que incluía que la víctima debía sufrir lo máximo posible.

Burrus, que acababa de terminar el último sorbo de su pellejo de vino y estaba desesperado por conseguir más, les apremió para marchar al galope. El aire comenzaba a enfriarse, las sombras se cernían sobre el camino y el cielo rojizo comenzaba a oscurecerse. Poco después alcanzaron el camino que conducía hasta la Villa Pulcra. Claudia la había visitado hacía muchos años, pero seguía impresionada por la grandeza y la opulencia de las edificaciones que abrazaban la cima de la colina. Pasaron junto a los puestos de guardia, donde el piquete de soldados se reunía en torno a hogueras que iluminaban el sendero hasta el muro de cerramiento, donde se encontraba el acceso principal. Timoteo exigió paso franco; salió un oficial a recibirles, inspeccionó los salvoconductos y las puertas se abrieron de par en par. Entraron en el patio, que apestaba a establo. Los soldados y los sirvientes holgazaneaban en los bancos, bebiendo y charlando mientras jugaban a la taba y a los dados.

Claudia desmontó. Unos mozos de cuadra se ocuparon de su caballo, y cualquier dolor o molestia por la larga marcha se disipó enseguida durante el apresurado recorrido a la villa que hizo en compañía de Timoteo. Primero visitaron el jardín del peristilo, exquisitamente perfumado e iluminado por cientos de lámparas de aceite, con sus jarras de alabastro transparentes brillando como luciérnagas al atardecer. Claudia observó los verdes prados, irrigados por angostos canales y adornados con incontables estatuas de dioses y diosas, ninfas y faunos. Mientras caminaba, admiraba fuentes y estanques repletos de carpas, columnatas, paredes y suelos de mármol, impresionantes lienzos, bellos ornamentos, brillantes tapices y el delicado mobiliario.

Recorrieron pasillos y galerías, vigiladas por soldados de los regimientos imperiales y por mercenarios de la guardia personal del emperador y su madre. Las cocinas, panaderías y despensas estaban atestadas de atareados y sudorosos sirvientes. El banquete imperial había comenzado, las puertas permanecían cerradas, así que se mantuvieron bien alejados del triclinio, donde el emperador y sus invitados comían y bebían acompañados por la suave música de la orquesta imperial.

—La muerte de Dionisio —comentó irónicamente Timoteo— no ha sido excusa suficiente para cancelar una buena cena.

Acompañó a Claudia hasta la cocina para que tomara un tentempié a base de salchichas, ciruelas y una copa de vino blanco. Seguidamente, le mostró su dormitorio, una estrecha habitación con una cama, un taburete, un arcón tallado y un gancho sobre la puerta para colgar la ropa. Le dio algo de tiempo a Claudia para que se aseara antes de acudir a la antecámara de la emperatriz, una habitación de paredes blancas y brillante suelo de mármol que contrastaba con las pinturas de color azul marino que adornaban el centro de cada pared. Claudia se sentó sobre un diván y observó una de esas pinturas, que representaba al emperador haciendo una entrada triunfal en Roma. Se quedó fascinada por los detalles, por la claridad con que se apreciaban las cabezas de los caballos, tan expresivas que parecía que los animales comenzarían a moverse en cualquier momento entre el repique de sus pezuñas y el crujido de las riendas.

—¡Vaya, ratoncita!

Claudia se sobresaltó. La emperatriz había abierto la puerta y se apoyaba contra ella con elegancia. Claudia se puso en pie de un salto, y se habría puesto de rodillas, pero la emperatriz, con el rostro algo enrojecido, la agarró de la mano y se sentó junto a ella en el diván, con la vista puesta en la pintura.

—Se supone que ese es el gran César, Claudia, trayendo a Cleopatra a Roma tras haber conquistado Egipto. Siempre la busco, pero nunca la encuentro. La pintura es fascinante, ¿no crees? Si la contemplas durante el tiempo suficiente, terminas sintiendo como si participaras en la gran marcha triunfal. Bueno, pequeña, ahora eres parte de mi mundo de nuevo, y quiero que observes, estudies y escuches. ¿Has tenido un viaje placentero? Bien —Elena no esperó la respuesta—. ¿Y cómo está tu Murano? Debes agradecer a los dioses que no matara a Espicerio —sonrió ante la estupefacción de Claudia y la besó dócilmente en la frente—. A veces, ratoncita, puedes ser astuta como una serpiente, y otras, inocente como una paloma. No habías pensado en eso, ¿verdad?

—No, no, excelencia.

—La augusta sí —Elena sonrió—. Perdona mi familiaridad. He bebido algo más de vino de Falernia de la cuenta. Pero sí —dijo, mientras acariciaba la mano de Claudia—, Murano habría cometido un terrible error. Era obvio que Espicerio estaba pasando alguna dificultad. ¿Me viste durante la pelea? Estaba fascinada. Incluso llegué a olvidarme de la carta que estaba leyendo. Cualquier otro gladiador habría

acabado con él, se habría aprovechado de las circunstancias, y es ahí donde habrían comenzado los auténticos problemas.

—¿Y qué habría sucedido? —preguntó Claudia. Había olvidado súbitamente su cansancio y el hecho de que se encontraba en presencia de la emperatriz.

—No lo sé realmente —respondió Elena, y se mordió ligeramente el labio—. Es una pregunta interesante. Mi hijo lo sabrá, debo preguntárselo. Pero ven —dijo, poniéndose en pie y cogiendo a Claudia de la mano—, he bebido demasiado y hace mucho calor aquí —señaló hacia las lámparas de aceite que había sobre la mesa—. Si las sigo mirando, voy a terminar quedándome dormida.

La emperatriz la llevó hasta el pequeño jardín, uno de esos paraísos privados concebidos para la familia imperial, con un césped, parterres de flores y sillones de mármol dispuestos alrededor de una fuente con la figura de Cupido sujetando un pez. El jardín estaba rodeado por una pared de ladrillo roja de bastante altura, sin puertas, dejando la puerta interior como única entrada.

—Como ves —declaró Elena mientras se sentaba sobre el banco de mármol, de espaldas a la fuente—, puedes sentarte aquí, charlar tranquilamente y vigilar la entrada. No como en los demás jardines, donde los espías pueden acechar tras los matorrales, u ocultos en la copa de algún árbol. Sí —rio—, he oído hablar de esos casos. Ahora, Claudia, olvídate de tu gladiador y escucha lo que tengo que decirte.

La descripción de la emperatriz del robo de la espada sagrada y del asesinato de Dionisio fue similar a la de Timoteo, exceptuando que, como era habitual, Elena había visto motivos más oscuros, más siniestros.

—La espada puede haber sido robada —concluyó— para ponerme en evidencia o, quizá, para que las sospechas recaigan sobre los cristianos congregados en la villa. Después de todo, me consta que no les hace gracia que una pagana como yo colecciona sus reliquias sagradas.

—Pero no es pagana, augusta. Usted apoya la religión cristiana.

—No estoy bautizada —susurró Elena—, ni tampoco mi hijo. Un día quizá lo haga pero, hasta entonces, a ojos de muchos cristianos, no soy más que otra pagana.

—¿Y el asesinato de Dionisio?

—De nuevo —Elena se refrescó la cara con el agua de la fuente—, podría ser obra de algún alborotador que pretenda estimular el resentimiento entre las dos facciones de cristianos.

—¿O bien?

—Dios no lo quiera, pero el asesinato de Dionisio podría ser, en realidad, obra de los mismos cristianos. Es por eso por lo que estás aquí, Claudia —Elena se puso en pie y le dio una palmadita cariñosa en la mejilla—. Mañana por la mañana comenzarán tus indagaciones y tus preguntas —comenzó a retirarse, pero se detuvo y la miró sobre el hombro—. Vete a la cama, ratoncita, y no lo olvides, ¡allá donde hay ratones se esconde siempre el gato!

—Es extraño que la flor del loto blanco se abra solo por la noche y la del azul por

el día, ¿no es cierto?

Claudia se giró. Tras ella, de entre las sombras, surgió un hombre vestido con una túnica larga, cuyos dobladillos recogía sobre un brazo; en su otra mano, Claudia distinguió el centelleo de una espada curvada. Su propietario describió un arco con ella, cortando el aire que los separaba. Claudia se quedó inmóvil; de nuevo agitó la espada, siseando en el aire. De pronto, el extraño recogió la espada con las dos manos, de manera que la punta señalaba hacia arriba y la parte lisa de la hoja le tapaba la cara.

—Claudia, te saludo.

—Algunos pensarían que tratas de asustarme.

—Y otros dirían que eso es imposible. Lo sé todo de ti, Claudia. La augusta te llama su «ratoncita», aunque sospecho que con dientes y uñas muy afiladas.

Gayo Tulio se movió hacia la luz. Claudia le había visto antes, aunque desde lejos; reconoció su rostro enjuto y afilado y su mirada melancólica. Gayo era un soldado profesional, uno de los compañeros de bebida del emperador, un hombre en el que confiaba plenamente. Hizo una reverencia, depositó en el suelo la espada y se sentó cerca de ella, en el extremo de la fuente. Claudia no se inmutó mientras observaba al soldado, que se entretenía removiendo la superficie del agua con un dedo y ahuyentando a las carpas.

—He bebido demasiado —suspiró, sacudiéndose el agua de los dedos—. Aunque se esté celebrando un banquete imperial, aún hay deberes que cumplir y guardias que comprobar. Sé que has llegado hace muy poco; me he encontrado con Timoteo. Ese hombre corretea de un lado para otro como un pato asustado, pero tiene buen corazón.

—Te traigo saludos —replicó Claudia—. Espicerio dice que no deberías darte tantos humos, porque aún recuerda cuando eras un chiquillo con el trasero al aire...

—Hace ya mucho tiempo de eso —declaró Gayo con añoranza—. Han pasado tantas cosas... —señaló una flor de loto—. He servido en Egipto. He visitado los templos de Memfis, Karnak y Luxor. El loto siempre me ha fascinado. Aparece en inscripciones por doquier, es un símbolo muy poderoso —se inclinó ligeramente hacia ella, con ojos encendidos—. También es el origen —susurró— de la fragancia más delicada de todas, el *kyfi*. Dicen que Cleopatra solía bañarse en él.

—Creía que lo hacía en leche de burra.

Gayo hizo una mueca.

—No era tan refinada —reconoció—. Da igual —dijo, encogiéndose de hombros—, en diez años habrá símbolos cristianos en todos lados. Todo está cambiando.

—¿Te opones a ello?

—No me importa, Claudia. Soy un soldado. Ofrezco mis oraciones al dios sol Mitra y combato a los enemigos del Imperio.

—Timoteo me ha contado que fuiste tú quien encontró el cadáver de Dionisio. ¿Es cierto?

—Así es. Estaba anclado al suelo, como la piel de un curtidor. A veces te impresiona la cantidad de sangre que puede albergar un cuerpo.

—¿Sospechas de alguien?

—Quizá de sus colegas —dijo, mirando al cielo—. O de uno de sus amigos. Te he mentado —murmuró—. En realidad, no estaba haciendo una ronda de vigilancia; te buscaba a ti. Te he traído esto.

Introdujo la mano entre los pliegues de su túnica y sacó un pequeño rollo de pergamino, que entregó a Claudia.

—Ordené trasladar el cuerpo de Dionisio hasta la casa de duelos —explicó—. No es más que un cobertizo de ladrillo con un techado de tejas. Es el depósito de cadáveres de la villa. Seguidamente, fui a la habitación de Dionisio. Pensé que el motivo de su asesinato podría ser el robo, pero la habitación estaba intacta, aunque no demasiado limpia; después de todo, Dionisio era un filósofo. Había unos pocos libros y algunos manuscritos. Hurgué entre ellos y encontré esto —dijo, con una leve sonrisa—. ¡Sé que trabajas para la emperatriz! —Le dio unas palmaditas en la espalda y se puso en pie—. Léelo. No estoy seguro de si se trata de una copia o del original —recogió su espada y se retiró.

—¡Gayo! ¿Puedo llamarte Gayo?

—Por supuesto —respondió con una sonrisa, y se acercó de nuevo hasta ella.

—¿Viste alguna señal en ese cuerpo, cualquier prueba que apuntase hacia algún posible asesino?

Gayo sacudió la cabeza.

—¿Y la espada sagrada?

Gayo soltó una carcajada.

—Estaba completamente dormido cuando la robaron, pero cómo, por qué y por quién...

—Se disponía a continuar cuando el aire se heló con un escalofriante grito, seguido por el toque de alarma de trompetas y címbalos.

Capítulo 4

«*O tempora! O mores!*».

(«¡Qué tiempos! ¡Qué modales!»).

Cicerón, *In Catilinam*, I

Recorrieron a toda prisa pasillos y columnatas, cruzaron jardines y puertas, pero cuando llegaron a la casa de duelos, en el extremo opuesto de la villa, el edificio estaba casi completamente consumido por el fuego. Las llamas eran tan fuertes, y el fuego tan intenso, que el tejado había cedido y la pared comenzaba a desmoronarse. Sirvientes, oficiales, soldados y miembros de la familia imperial aparecieron corriendo entre los árboles, pero ya no había nada que pudiera hacerse. Timoteo trataba de organizar una cadena humana para transportar vasijas de agua; todo era inútil. Burrus se acercó corriendo, con un gran cubo entre sus manos, pero estaba tan borracho que tiró el cubo y agua al fuego y estuvo a punto de caer también en las llamas; en el último momento, tiró de él un miembro de su cuadrilla. De repente, los germanos comenzaron a cantar y danzar, entonando uno de sus himnos salvajes, hasta que el grito cortante como un látigo de la emperatriz les hizo callar. Claudia se giró y miró a su alrededor; el olor de la madera chamuscada la hacía toser. El séquito imperial se refugió bajo un enorme sicomoro. Caminó hacia ellos. Silvestre permanecía detrás de la emperatriz con semblante sereno; Constantino se había sentado sobre un banco, con el rostro completamente enrojecido y las manos sobre las rodillas, disfrutando plenamente del espectáculo.

—¿Había alguien vivo ahí dentro? —gritó.

—Solo dos cadáveres, excelencia —respondió a gritos Timoteo—. Dionisio y un vagabundo de los bosques, un mendigo que encontramos muerto en el camino.

—¡Bueno, pues ahora seguro que están muertos, asados y carbonizados! —bromeó el emperador.

Elena indicó a Claudia que se acercara con un gesto. Constantino le lanzó un beso. Silvestre, que permanecía aún tras la emperatriz, le hizo una ligera reverencia, mientras Criso, con su rostro aceitoso y grasiento hinchado de placer, le sacó la lengua.

—Bonito fuego —suspiró el emperador—. Es maravilloso observar las llamas.

—Ha sido provocado —interrumpió Elena—. Se ha destruido un edificio imperial.

—¿Provocado? —Constantino miró perplejo a su madre—. Por todo lo sagrado, ¿quién iba a querer quemar esos cuerpos?

—¿El tesorero imperial, quizá? —dijo Criso con una risita—. ¿Para ahorrarse los costes del enterramiento?

—¿Esto ha sido provocado? —repitió Constantino, endureciendo el gesto.

—Mira el fuego —respondió Elena exasperada—. ¿Qué podría causar unas llamas tan potentes? Timoteo —gritó—, ¿había algo combustible ahí dentro?

—Nada, augusta —Timoteo se acercó hasta ella, con la cara cubierta de cenizas—. Nada en absoluto —se sentó sobre el césped sin ser invitado y se limpió el rostro con un trapo.

—¿Por qué provocado? —Rufino el banquero repitió la pregunta del emperador.

Elena golpeó ligeramente a Claudia con el codo.

—Dionisio fue asesinado.

—¡Habla, niña! —rugió Constantino.

—Dionisio fue asesinado —repitió Claudia con voz tenue—. Sospecho que su cuerpo albergaba alguna pista que podría habernos conducido hasta su asesino.

—¿Pero cuál? —preguntó Elena—. Le rebanaron la piel como si fuera un trozo de ternera y le dejaron desangrarse. Yo misma examiné su cuerpo.

—Augusta —sonrió Claudia—, me ha hecho una pregunta y yo he contestado. No estoy demasiado segura de lo que quería ocultar el autor del incendio.

—Podría tratarse de otra persona distinta —la voz de Criso estaba henchida de resentimiento—. ¡Cómo se aman unos a otros estos cristianos! ¿No son ellos los que dicen que quienes ataquen las enseñanzas de su fe se consumirán en el fuego del infierno?

—No a mis expensas, no lo harán —gruñó Constantino—. Criso —el emperador se puso en pie—, encuentra al bastardo que comenzó este fuego, y si no tiene una buena explicación, crucifícalo a las puertas de la villa. Madre, ya he visto suficiente. Necesitamos hablar.

El séquito imperial se introdujo en el palacio. Claudia permaneció junto al tronco del sicomoro e, iluminada por el resplandor del fuego, se dispuso a leer el pergamino que le había entregado Gayo. La carta era concisa y directa. Estaba firmada por Dionisio e iba dirigida a Atanasio, el líder de los ortodoxos. En ella, Dionisio confesaba que había orado, ayunado y reflexionado y que ahora comprendía el error de su proceder. Por lo tanto, en su debido momento, cuando le dirigiese el Espíritu Santo, renunciaría públicamente a sus errores y aceptaría el perdón de su obispo.

—¡Condenado en vida! ¡Condenado en la muerte!

—La voz sonaba grave y convincente. Claudia alzó la vista. Tres hombres permanecían como sombras tras ella, de espaldas al fuego.

—Disculpa —sonrió, ocultando rápidamente la carta—, ¿hablas de mí o del difunto?

La figura del centro avanzó unos pasos. Se trataba de un hombre de baja estatura y complexión fuerte, con el rostro afilado, ojos penetrantes y boca generosa. Llevaba una simple túnica oscura sobre unos gruesos leotardos.

—Mi nombre es Atanasio —hizo un gesto hacia sus compañeros—. Estos son Aurelio y Séptimo. Nos preguntábamos quién era esa joven que hablaba con la emperatriz, y alguien nos dijo que eres Claudia, la mensajera de la augusta. Otros piensan que eres su espía —Atanasio se inclinó hacia ella, sus labios se abrieron para mostrar unos dientes perfectos y fuertes—. El presbítero Silvestre habla muy bien de ti.

Claudia se movió para poder ver mejor a las tres miembros de la facción ortodoxa. Atanasio rezumaba vigor, con su boca severa y su mandíbula cuadrada. A Claudia le recordaba a un soldado, con su pelo corto de color castaño rojizo y su atuendo, que parecía más acorde a un mercenario que a un orador. Sus dos compañeros eran más discípulos que colegas, jóvenes, de facciones suaves y con la cabeza afeitada. También vestían de manera bastante tosca, con largas túnicas, cerradas en el centro por un cordel, y unas sandalias.

—Son mis discípulos —explicó Atanasio—, que han sido bautizados y han aceptado la única fe verdadera. ¿Tú aceptas la fe verdadera, Claudia?

—Yo acepto la verdad —replicó, señalando al fuego—, y me pregunto, al igual que hará vuestro Dios, por qué debía morir Dionisio de una forma tan horrible y por qué ha sido mancillado su cuerpo. ¿No tenéis ritos funerarios los cristianos?

—Es el espíritu el que cuenta; la carne carece de importancia.

—¿Incluye eso la tuya, maestro? Si Dionisio fue asesinado, ¿por qué no otro orador? ¿Ha reemplazado el asesinato a la filosofía en el debate?

—No conocemos la razón de la muerte de Dionisio —replicó Atanasio.

—Y no nos importa —chilló Séptimo, como un chiquillo encolerizado—. Ha recibido su merecido.

Incluso desde donde estaba, a pesar de la pálida luz, Claudia pudo observar la perfecta dentadura de Séptimo y el gesto de desaprobación en su rostro.

—La gente se preguntará —dijo Claudia, señalando al fuego— si sois responsables de esto.

—No lo somos —declaró Atanasio.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Claudia avanzó un paso—. ¿Quizá porque Dionisio planeaba cambiar de bando, reconocer vuestros argumentos?

Atanasio parecía sorprendido; sus dos compañeros sisearon entre dientes su desaprobación.

—Planeaba cambiarse de bando —continuó implacable Claudia—. He visto una carta dictada para ti, Atanasio, en la que Dionisio renuncia a sus propias creencias y acepta la postura ortodoxa que, si mal no recuerdo —Claudia cerró los ojos—, asegura que vuestro Jesucristo es de la misma sustancia que el Padre.

El humo hacía toser a Claudia. Sintió la flema en la garganta, así que se giró y escupió, un gesto que sabía que iba a ofender a esos hombres.

—Dices que soy una espía, la mensajera de la emperatriz; pues permíteme que le lleve un mensaje de vuestra parte.

—¿Y cuál es?

—¿Dónde estabais cuando asesinaron a Dionisio?

—Estábamos reunidos en consejo —respondió Atanasio con bravuconería—. Intercambiando ideas. No puedes situar su asesinato en nuestra puerta.

Claudia observó a estos filósofos que se justificaban tan apasionadamente. Atanasio le devolvió la mirada, pero miró a otro lado cuando se acercó Justino, que desempeñaba el papel de doliente profesional.

—Ni en la muerte —gimió— nos dejarán en paz.

Atanasio preguntó inmediatamente a quién se refería con ese comentario y se entabló una discusión. Las llamas estaban extinguiéndose, la pared frontal se había desmoronado completamente y todo lo que podía verse eran algunas vigas de madera chamuscadas. Claudia se agachó y cogió una flor silvestre. Estaba convencida de que el fuego había sido intencionado y, con toda probabilidad, provocado por la misma persona que había matado a Dionisio. El motivo podía haber sido el de ultrajar el cadáver del difunto, aunque Claudia no estaba completamente segura de ello. Un incendio provocado necesita de cierto tiempo para planearlo y plantea riesgos para el autor. Recordó el momento en el que se dio la alarma, cuando Gayo y ella comenzaron a correr. Cuando llegaron, el fuego estaba ya bastante extendido, así que debía de haber empezado cuando estaban sentados cerca de la fuente. El interior debió de haber sido empapado con aceite y alguien habría lanzado una antorcha, pero ¿por qué?

Se puso en pie y miró a su alrededor. Los espectadores comenzaban a dispersarse. Vio a Gayo, que hablaba con algunos de sus soldados cerca de la entrada del palacio. Caminó hacia allí y esperó hasta que la vio. Gayo se excusó y se dirigió hacia ella.

—Claudia, deberías retirarte a la cama. Ya has tenido demasiada excitación durante todo el día —agitó la mano para expulsar una nube de humo—. Ha sido provocado, sin duda.

—¿Había guardias aquí?

—Sí, en el exterior de la muralla, pero no pensaron que los dos cadáveres necesitaran vigilancia. Aparentemente, un sirviente olió el humo y salió corriendo. Para entonces, las llamas salían por debajo de la puerta, así que se dio la alarma.

—¿Para qué querrían quemar dos cuerpos? —preguntó Claudia.

Gayo hizo una mueca.

—Cuando trasladasteis el cuerpo de Dionisio a la casa de duelos —continuó Claudia—, ¿cómo se hizo exactamente?

Gayo miró hacia sus hombres y se rozó los labios con el pulgar.

—Encontré el cuerpo —comenzó—. Yo estaba con una patrulla. Más que otra cosa, pretendíamos dar un agradable paseo. Llamaron a la emperatriz y al médico de la villa, un anciano charlatán de ojos llorosos —Gayo sonrió—. Le recuerdo porque me hizo gracia. Inspeccionó el cuerpo muy detenidamente y dijo: «Sí, excelencia, este hombre está muerto». Hasta Elena sonrió. Uno de mis hombres trató de cortar las

cuerdas, pero había muy poco margen entre la muñeca del difunto y el clavo, así que desenterró los clavos. Trajeron una camilla y se trasladó el cuerpo sobre ella.

—¿Con las cuerdas y los clavos colgando aún de muñecas y tobillos?

—¡Sí, sí, estoy seguro! Y después lo llevamos a la casa de duelos. Había tablas alrededor de las paredes, y la habitación apestaba por el anciano vagabundo que habían encontrado por la mañana. Pusieron a Dionisio sobre una de las tablas y lo dejamos allí.

—¿Qué ocurriría entonces?

—Lo investigaré, pero supongo que enviarían a un esclavo para desnudar el cuerpo y lavarlo.

—¿Y qué habrá ocurrido con las ropas de Dionisio, los clavos y las cuerdas?

—Probablemente, los habrán dejado en la casa de duelos —replicó Gayo—, a menos que se los llevara el esclavo para tirarlo todo a la basura. ¿Por qué? —dijo, mirando fijamente a Claudia.

—Si el incendio fue provocado —declaró Claudia—, la persona que lo comenzó quería ocultar algo. Me pregunto de qué se trata. Pero tienes razón —dijo, mirando hacia el cielo—. Debe de ser cerca de la medianoche.

Le dio las gracias a Gayo y caminó de vuelta al palacio, deteniéndose un instante para admirar un busto del padre del emperador. Rufino y Criso salieron de una habitación, hablando silenciosamente entre ellos. Interrumpieron su conversación en cuanto vieron a Claudia. Criso la miró malévolamente. No le gustaba que estuviese allí y sentía celos de la influencia que ejercía sobre la emperatriz. Rufino estaba a punto de sonreír, pero se giró hacia otro lado; de repente, chasqueó los dedos y se volvió de nuevo hacia ella.

—Claudia, sabía que había algo que quería preguntarte. ¿Murano se encuentra bien?

—Un poco afectado —declaró Claudia—, pero dispuesto a luchar de nuevo.

—Claro, claro —el banquero se rascó su escaso pelo plateado y tensó su rostro afilado con un gesto de concentración.

—Espero que no vuelva a ocurrir —dijo Criso—. Rufino es mi testigo, hice una fuerte apuesta por tu novio; pensábamos que, al menos, nos devolverían nuestro dinero.

—¿Tanta confianza tenías en Murano?

—Conozco a Espicerio —respondió Criso acercándose a hurtadillas, como si se tratase de un conspirador—. Bebe vino y pasa demasiado tiempo complaciendo a la divina Agripina. Dicen que empieza a perder rapidez. En realidad, hice dos apuestas: la primera, que Murano saldría vencedor, y la segunda, que habría una muerte antes de una hora. ¿No es cierto, Rufino?

—Hizo las apuestas conmigo —confirmó el banquero—. Toda Roma habla de lo que deberíamos hacer. ¿Venció Murano? ¿Perdió Espicerio? ¿Debería devolverse el dinero?

—¿Y que habéis decidido? —Claudia trató de mantener la voz firme.

—Bueno, como ya sabes —Rufino sonrió agriamente—, en una semana tendrán lugar unos juegos especiales para celebrar el cumpleaños del emperador. Si todo va bien, Murano y Espicerio volverán a enfrentarse. Las apuestas se mantendrán hasta entonces.

Rufino deseó a Claudia buenas noches, Criso agitó la mano obscenamente hacia ella y ambos continuaron caminando por el pasillo.

Claudia decidió recorrer el palacio. Se sentía físicamente cansada, pero su mente zumbaba como una colmena. Se encontraba cerca del jardín del peristilo y preguntó al guardia por la bodega; este le señaló la ubicación. Claudia se internó primeramente en las cocinas, donde pidió prestada una linterna a un muchacho de rostro somnoliento; encendió la lámpara, aseguró la pequeña compuerta y se la entregó.

—No camines demasiado deprisa —advirtió—. Deja que prenda bien la mecha durante unos instantes.

Claudia se sentó en un banco, en el exterior y observó durante unos minutos cómo la llama cogía fuerza. Seguidamente, se levantó y continuó su camino hacia la cámara de la bodega. La puerta estaba ahora desprotegida, sin cerrar. Bajó los escalones con mucho cuidado. La puerta del fondo estaba abierta de par en par y Claudia entró en el interior. Caminaba despacio, golpeando la superficie con la sandalia. El suelo era de ladrillos de barro cocido; las paredes tenían algunas grietas y algún pequeño hueco ocasional, pero no había ninguna abertura, ni señal de entrada alguna. Igualmente, el techo parecía firme y seguro, atravesado por pesadas vigas rellenas de una sólida capa de cemento.

Sintiéndose satisfecha, Claudia se aproximó al gran círculo de tierra y se sentó en uno de los taburetes, con la mirada puesta en la cadena. Observó que los eslabones estaban bien moldeados y que el gancho, en el extremo, era ancho y con una curvatura perfecta. Cerró los ojos. ¿Cómo habría ocurrido el robo? Gayo había estado durmiendo en el jardín. La puerta de la cámara estaba asegurada con dos llaves diferentes y vigilada por los propios mercenarios de la emperatriz. Timoteo y Burrus la abrieron. El maestresala le había explicado que comprobaba la cámara tres veces al día para asegurarse de que todo iba bien aunque, según le confesó, también deseaba venerar una reliquia tan sagrada. Claudia abrió los ojos y miró hacia la puerta por encima del hombro.

«¿Así que entraste aquí, Timoteo», murmuró, «llegaste al extremo del círculo, miraste la cadena y te percataste de que la espada había desaparecido?».

Claudia entendía perfectamente la fuerte impresión de Timoteo; ¡no era de extrañar que se hubiera desmayado! La desaparición de la espada, además del enfado de la emperatriz, podría poner nervioso al hombre más poderoso. Bajó la mirada hacia la arena mezclada con polvo de oro; la habían agitado aquellos que entraron posteriormente a inspeccionar la bodega.

—¡Claudia! ¡Claudia!

Se giró horrorizada. Una figura, oculta bajo una capa, permanecía en el umbral de la puerta. Claudia, con mano temblorosa, levantó la linterna.

—¿Quién es? —dijo.

La figura permaneció inmóvil.

Claudia se levantó, sujetando la linterna con el brazo extendido. Se encontraba en la mitad de la cámara cuando se percató de que aquella silueta no solo escondía su cuerpo bajo una capa, sino que también ocultaba su rostro tras una máscara de sátiro. A Claudia se le secó la boca. Estuvo a punto de soltar la linterna cuando la figura comenzó a moverse con rapidez, entrando en la cámara, cerrando la puerta tras de sí. Claudia retrocedió.

—¿Quién eres? —preguntó.

Trató de identificar su voz, pero podía ser la de cualquiera. A la luz de la linterna, la máscara de sátiro resplandecía con aire siniestro. Se percató del largo puñal que la figura grotesca llevaba en la mano. Siguió retrocediendo, tratando desesperadamente de recordar si había visto cualquier cosa en la cámara que pudiera utilizar para defenderse. Golpeó con la pierna uno de los taburetes. Lo alzó con la mano y retrocedió hacia el círculo de arena. ¡Acababa de cometer un error! La arena era muy fina y profunda, y se le hundieron los pies inmediatamente en ella hasta los tobillos, impidiéndole moverse. La figura avanzaba despacio, midiendo cada paso. Claudia se lanzó hacia delante, tratando de liberarse de la arena. Lanzó el taburete a su atacante; no le alcanzó por muy poco. Cogió otro taburete. Siguió retrocediendo, rodeando el círculo de tierra, y comenzó a gritar con fuerza, lanzando, uno tras otro, los taburetes que se encontraba en su camino, tratando de ahuyentar a esa figura de pesadilla, tan silenciosa, tan amenazadora.

Finalmente, desesperada, Claudia lanzó la linterna. Cayó a los pies de su asaltante y estalló, prendiendo el extremo de la capa de la grotesca figura. Claudia, histérica por el miedo, farfulló una oración mientras el fuego se extendía por las ropas. Su oponente se retiró enseguida, quitándose la capa. La puerta de la cámara se abrió y el asaltante huyó despavorido. Claudia salió corriendo tras él, atravesando la puerta medio abierta, pero no halló señal alguna, nada aparte de una sucia capa sobre los escalones. La recogió. La capa estaba gastada y sucia, y apestaba. Las llamas se habían extinguido, dejando tras de sí un extremo humeante y enrojecido. Claudia lo pisó y retornó a la cámara, abriéndose paso entre los taburetes esparcidos por toda la sala. La linterna estaba destrozada y la llama se había apagado. Claudia maldijo su propia estupidez. En primer lugar, nunca debía haber entrado allí; y, quizá, sería aún más estúpido haber vuelto por segunda vez. Caminó aprisa hacia la puerta, cerrándola con fuerza tras de sí, y corrió hacia los escalones.

El pequeño pasillo estaba vacío, sin señal alguna de su atacante. Claudia entró en el jardín del peristilo y, durante un instante, se sentó sobre un banco, tratando de tomar algo de aire fresco. Observó al guardia que permanecía a cierta distancia de ella y se preguntó si habría visto algo. Se encogió de hombros. Si hubiera sido así, se

habría acercado.

Claudia se lavó las manos en el estanque y se encaminó hacia sus aposentos. Una vez allí, lo encontró todo limpio y ordenado; un esclavo había encendido la lámpara que había sobre la mesa, frente a su cama. Se encontraba demasiado cansada para asearse y cambiarse, y estaba a punto de apagar la luz cuando descubrió el pequeño cáliz púrpura burdamente pintado sobre la pared, encima de la linterna. Retrocedió unos pasos. No apagó la lámpara, pero se subió a la cama, sin dejar de observar el dibujo. Dejó discurrir la mente a través de todo lo que había sucedido durante el día, caras, escenas y palabras, y todo el tiempo mantuvo la vista fija en esa pintura rudimentaria, como si estuviese haciendo frente a un enemigo, negándose a dar su brazo a torcer. Permaneció con la mirada fija hasta que sus párpados comenzaron a pesar y terminó sumida en un profundo sueño.

Claudia se levantó temprano a la mañana siguiente, tras despertarse por la luz y los ruidos de la villa que se colaban por la pequeña ventana abierta que había sobre su estrecha cama. Propinó un golpe a su colchón relleno de lana y volvió a tumbarse, con una mano sobre la mejilla, recordando los terrores de la noche anterior y contemplando ese horrible dibujo en la pared, sobre la lámpara. Pasados unos minutos, saltó de la cama y lo examinó más detenidamente, siguiendo su contorno con el dedo. La pintura era tosca, realizada con un tinte púrpura que usaban las mujeres para decorarse las uñas. Cuando presionó sobre el dibujo apareció una grieta. Se sintió tentada a arañar el dibujo para eliminarlo, pero cambió de idea. «No», susurró, «puedes permanecer aquí, como recordatorio, un aguijón que me espoleará constantemente. Descubriré quien eres y sabré cómo hacerte frente».

Se sentó en un extremo de la cama, reflexionando acerca de cómo ese dibujante misterioso, fuera quien fuese, había pretendido hostigarla y asustarla. Recordó a la grotesca figura de la bodega, enmascarada, armada y avanzando lentamente hacia ella. «Ya lo tengo», susurró. «¡No pretendías matarme, sino aterrorizarme!». Miró hacia la pintura del cáliz púrpura. «Y ahora pretendes hacer lo mismo». La confrontación en la bodega había sido aterradora, pero quizá no mortal. Había observado a los gladiadores durante los entrenamientos y los combates; los auténticos asesinos se acercaban rápidos como panteras, o atacaban desde la distancia con flechas, dardos, jabalinas o lanzando puñales. El espectáculo de la noche pasada tenía el objetivo de aterrorizar a la ratoncita de Elena, a desarbolarla, a ponerla en fuga para buscar refugio.

Claudia se puso en pie. Bueno, pronto verían de lo que es capaz. Sin embargo, aunque consiguió hacer acopio de coraje, sentía un ligero pinzamiento en el estómago, provocado por el miedo. «Esta vez pretendían solo asustarme», murmuró, «pero ¿y la próxima...?».

Descolgó su toalla y una pequeña bolsa de piel de los ganchos de la pared y abandonó su habitación, dirigiéndose aprisa hacia las lujosamente amuebladas letrinas. Se habían construido cerca de las cocinas, para aprovechar el agua

proveniente de estas para su limpieza. Se sentó en el banco de mármol y observó el mosaico del suelo, una hermosa escena que representaba a unos delfines plateados saltando sobre un mar dorado. Entró Timoteo. Se encontraba muy perjudicado por la bebida de la noche anterior y se puso en cuclillas en el extremo opuesto, mirando a la nada con ojos tristes.

—Es mi estómago, ¿sabes? —gimió—. Bebo demasiado vino y como la comida grasienta de la corte.

Claudia trató de continuar la conversación, pero el maestra sala sacudió la cabeza y susurró algo sobre la ira de la augusta. Claudia supuso que había sido víctima de la afilada lengua de la emperatriz.

Una vez aseada, y tras abandonar las letrinas y los baños, Claudia volvió a su habitación, acabó de vestirse y decidió comer algo. Debía cruzar un pequeño jardín, no más que una extensión de césped rodeado por unos setos y ensombrecido por unos laureles. La emperatriz Elena, vestida con una exquisita túnica blanca y un mantón púrpura sobre los hombros, permanecía de pie sobre un taburete con perfiles dorados, gesticulando con una mano y sujetando un bastón con la otra. Ante ella, rodilla en tierra, se encontraban Burrus y el pelotón de mercenarios germanos al completo; los bárbaros agacharon la cabeza, se cubrieron el rostro con las manos y comenzaron a sollozar como niños mientras Elena les reprendía.

—No sois más que la escoria de Germania —gritó—, el musgo pútrido de vuestro oscuro bosque; y aun así, os he tratado como si fuerais mis propios hijos. Os he tomado contra mi pecho y os he mostrado mi amor y mi afecto —hizo una pausa para permitir que sus palabras calaran hondo en su audiencia. Debía haber visto a Claudia, que se ocultaba fascinada tras un árbol, pero no se giró ni dio muestras de haberse percatado de su presencia—. ¿No os he proporcionado buenos manjares, barracones confortables y mi protección y auspicio? ¿No he soportado con paciencia vuestras sucias costumbres y vuestros cánticos de borrachos?

Se bajó del taburete y caminó entre los guerreros, golpeando suavemente a cada uno de ellos con su bastón en el hombro. De vez en cuando, hacía una pausa para alborotarle a alguien los cabellos o darle una palmada cariñosa en la mejilla.

Su diatriba obtuvo el efecto deseado. Burrus, pensó Claudia, podría haber sido un gran actor. Lanzó hacia el aire las manos, en un gesto que envidiaría cualquier dramaturgo griego, y comenzó a arrancarse los brazaletes de oro de la muñeca y la gruesa cadena de plata que llevaba en el cuello. Cogió todo esto en sus manos, se puso en pie y caminó hacia Elena con lágrimas en los ojos; seguidamente, se tiró a los pies de la emperatriz.

—Habéis sido unos chicos muy malos —continuó Elena, presionando la espalda de Burrus con su bastón— y aun así, ¿no os he elogiado? ¿No os ha sonreído mi hijo y os ha tendido la mano de la generosidad? Y, a cambio, ¿qué habéis hecho? Habéis recompensado mis atenciones emborrachándoos como cubas y persiguiendo muchachas —el resto de las fuerzas germanas presionaban ahora el césped con la

nariz. Elena se giró rápidamente y sonrió y guiñó un ojo a Claudia antes de seguir con la reprimenda—. Deberíais haber estado más vigilantes —declaró—. Dionisio no debía haber muerto, la casa de duelos no debía haber sido incendiada, ¡pero lo que me ha roto el corazón ha sido la desaparición de la espada sagrada! La confié a vuestro cuidado...

Los gemidos de su guardia personal seguían creciendo. Elena volvió a subirse en el taburete y Burrus trató de seguirla con la mirada, pero ella le gritó para que mantuviese la cabeza agachada.

Sin embargo, escoria desagradecida —continuó—, he decidido perdonaros.

Burrus se sentó sobre sus talones y sonrió deslumbrado a esta mujer, a la que reverenciaba y adoraba.

—En mi piadosa generosidad —dijo Elena, apoyando el peso sobre el bastón—, he decidido concederos mi perdón.

Claudia no podía contener la risa por más tiempo. Salió apresuradamente del jardín y se introdujo en el palacio, donde se detuvo abruptamente y miró hacia atrás. La emperatriz era una actriz que mantenía a raya a esa horda de rufianes con mano de hierro. Los germanos adoraban el suelo que pisaba; consideraban un alto honor derramar su sangre por ella. Elena lo sabía, así que, ¿por qué reprenderles ahora?

Claudia se sentó sobre un banco de mármol y observó una pintura de Baco deslizándose hasta un viñedo para robar unas seductoras uvas. ¿Tendría algún otro propósito la reprimenda de Elena a los germanos? Los germanos eran leales, unos guerreros natos, aunque eran también borrachos, lascivos y, sobre todo lo demás, grandes ladrones. ¿Habrían robado la espada? Los mercenarios mostraban un gran respeto hacia todo signo religioso, y Burrus había renunciado a entrar en el lugar sagrado, pero Claudia no se dejaba engañar por sus toscas maneras y su apariencia zafia. Burrus era un hombre muy meticuloso, taimado y sagaz. ¿Habría sido todo parte de una actuación, una farsa para confundir a la gente? Claudia recordó la bodega, los dos guardias en el exterior, a Burrus con la llave. Timoteo el maestresala era un rezongón aprensivo. ¿Se habría cerrado la puerta con dos llaves, o solo con una? ¿Habría pensado Timoteo que había cerrado la puerta con la suya para ser posteriormente burlado por los germanos? Si hubiera ocurrido así, habría sido fácil para Burrus abrir la puerta con su llave, tomar la espada, abandonar la cámara y volver a cerrar la puerta. Timoteo habría vuelto a bajar... Claudia hizo una pausa. ¿Qué habría pasado entonces? ¿Y si Burrus hubiese cambiado las llaves; o si la cerradura se hubiese forzado para hacer creer a Timoteo que su llave giraba cuando, en realidad, la puerta estaba ya abierta?

Olvidando sus terrores de la pasada tarde, Claudia se hizo con una linterna y volvió a la bodega, bajando los escalones con rapidez. Ignoró deliberadamente lo que le había sucedido con anterioridad, se puso en cuclillas y examinó ambas cerraduras: la primera, bajo el pomo de la puerta, y la otra, por encima de este. Acercó la lámpara para examinar detenidamente el borde de la puerta y el cerrojo, pero no detectó

arañazo alguno ni signos de manipulación. Exasperada, se puso de nuevo en pie. Si su teoría era correcta, Burrus habría llevado a Timoteo a pensar que había cerrado la puerta cuando, en realidad, no lo había hecho.

Claudia suspiró, abrió la puerta y entró en la cámara. «Supongamos —habló en voz alta, como si estuviese impartiendo una clase— que entra el ladrón». Caminó hacia el extremo del círculo y se estiró para tratar de tocar la cadena, pero no consiguió alcanzarla. Se subió en un taburete, pero tampoco obtuvo ningún éxito. Recordó la larga espada que llevaba Burrus. «Podría haberla usado, —susurró con excitación—. Burrus podría haber acercado la cadena con su propia arma y descolgado la espada sagrada de su gancho. Claudia se bajó del taburete y se giró para mirar hacia la puerta. Aún quedaban cuatro problemas por resolver. Primero, Burrus necesitaría la cooperación de los dos guardias del exterior. Segundo, estaba el problema de las llaves. Tercero, ¿qué haría Burrus con la espada una vez robada? Finalmente, y lo más importante, Burrus sabría que recaería sobre él toda la furia de la emperatriz.

Claudia se sentó y consideró todo esto con detenimiento. Elena estaría furiosa, pero no tendría pruebas. La emperatriz estaba en lo cierto. A menudo, Burrus actuaba como un niño travieso, y aceptaba el azote de su lengua afilada como parte de su servicio militar. ¿Sería por eso que Elena los había reunido a todos esa mañana, para darles una reprimenda que no olvidaran fácilmente? ¿Sospecharía de los mercenarios y confiaría en asustarlos hasta el punto de que decidieran devolver la espada?

Claudia ladeó la cabeza ante el sonido de unos pasos en el exterior. Caminó hasta la puerta para ver que Timoteo bajaba las escaleras, despacio, con cuidado, como un anciano. Aún parecía nervioso y turbado.

—Vuelvo aquí constantemente —sollozó—. No dejo de pensar que quizá, cuando vuelva, descubriré que han devuelto la espada a su lugar —se sentó en el último escalón y Claudia se unió a él—. No está ahí, ¿verdad? —preguntó apesadumbrado.

—No —respondió Claudia cogiéndole del brazo. Le gustaba este oficial de rostro enrojecido y bañado por las lágrimas—. Cuéntame —continuó con rapidez—, ¿estás seguro de que no hay ningún truco? Quiero decir, ¿estás seguro de que cerraste la puerta con llave cuando te fuiste?

—Sé lo que estás pensando —Timoteo la miró con el rabillo del ojo—. Me fío tanto de esos germanos como de una fiera salvaje. No, tuve bastante cuidado, siempre realizábamos el mismo ritual. Yo cerraba la puerta y comprobaba que estaba bien cerrada. Solo entonces, Burrus introducía su llave.

—Ah —Claudia comprendió que su teoría perdía consistencia—. ¿Podrían haberse copiado las llaves?

—Siempre llevo la mía colgada del cuello —declaró Timoteo— y, para ser justos, he de decir que Burrus hacía lo mismo. Sin embargo, solo puedo hablar por mí cuando aseguro que allá donde iba yo, iba también mi llave. Jamás me separé de ella.

Claudia le dio las gracias, se puso en pie y se dirigió a sus aposentos, donde se

cambió de ropa, enfundándose una túnica verde oscura con las costuras plateadas, una toga de color similar, que se cerraba sobre sus hombros y un cinturón de piel alrededor de la cintura. De la parte posterior de esta última colgaba una funda para la afilada daga que pretendía llevar consigo a todas horas mientras permaneciese en la Villa Pulcra. Introdujo los pies en unas sandalias altas y sacó de su joyero un pequeño anillo, uno de los pocos objetos heredados de su madre. Tocó la pintura del cáliz púrpura, como para mantenerla en su mente, y se dirigió a toda prisa hacia el refectorio de los sirvientes, adyacente a las cocinas.

Tuvo que luchar por su comida, atosigando al esquivo cocinero para que le entregara un trozo de pan, queso y miel, una copa de cerveza aguada y unas uvas, más bien secas. A Constantino le encantaba su comida, y las cocinas volvían a bullir de actividad. Los cocineros, mozos de cocina y doncellas preparaban otro ágape para el emperador y su corte. Claudia se sentó en un extremo de la mesa comunitaria y dio buena cuenta de su comida con rapidez. Los otros sirvientes la evitaban. Ella conocía la razón. La veían como una espía pero eso no la ofendía, pues era esa la realidad. Ella, desde luego, estaba convencida de que el emperador, además de la gente como Rufino y Criso, tenían sus propios agentes, atentos a habladurías y chismes de pasillo, recopilando información para transmitírsela a sus maestros.

Una vez acabado su almuerzo se introdujo en el lujoso atrio, con sus paredes de mármol, exquisitas pinturas y deliciosos mosaicos. Se detuvo ante el altar construido en una de las paredes, donde se veneraba a Lares y Penates, los dioses del hogar. Observó el tabernáculo y las estatuas que contenía. Había un trípode de bronce delante de estas y unas llamas surgían de una base de carbón mezclado con incienso. El humo se elevaba sobre el altar, blanco y cargado de fragancias. Claudia observó cómo se disipaba en el aire. ¿Iría a algún otro sitio, o simplemente se desvanecería? ¿Sería eso lo que ocurría con las oraciones? ¿Las escucharía alguien? ¿O serían como simples nubes de incienso, exentas de sustancia? Cerró los ojos y rezó, no sabía muy bien a quién, pero expresó su amor por Félix, su hermano muerto, por sus padres, por Polibio, Murano, Popea y por todos aquellos que significaban algo en su vida.

—¿Estás lista?

Claudia abrió los ojos y se giró, tan velozmente que sintió vértigo. Había pensado que se encontraba sola, pero Timoteo, Burrus y Gayo estaban de pie tras ella.

—¿Te marchas? —sonrió Gayo, con su recién afeitado y aceitado rostro. Se había vestido con una simple túnica blanca, un cinto para la espada sobre un hombro, una toga en el otro, preparado para vestirse más formalmente si aparecía el emperador.

—El debate —explicó Timoteo—. Se va a celebrar en el jardín del peristilo.

Claudia sonrió. En realidad, se le había olvidado por completo. De repente, recordó al maestresala, informándola la tarde anterior del interés de la emperatriz por que los filósofos se reuniesen para debatir los temas pendientes entre ellos.

—Hemos estado discutiendo acerca de la espada sagrada —dijo Gayo con una sonrisa y propinando un cariñoso codazo a Burrus. El germano parecía mucho más

compuesto. Sus gélidos ojos azules, secos ya de lágrimas, estudiaban minuciosamente a Claudia.

—¿Y por qué habéis estado discutiendo acerca de ella? —preguntó—. ¿Tenéis alguna teoría sobre su desaparición?

—Ojalá lo hubieran querido los dioses —replicó Gayo—, pero la emperatriz nos ha pedido que pensemos, reflexionemos y tratemos de recordar.

El capitán hablaba como un colegial declinando un verbo, aunque su voz estaba cargada de sarcasmo y sus ojos relucían juguetones.

—Bien, así haremos —Gayo hizo una mueca—, hasta que nos muramos de aburrimiento.

Claudia se unió a ellos y caminó hacia el jardín del peristilo. Se habían dispuesto frente a la fuente unas sillas cubiertas de una lona púrpura, y los esclavos trabajaban incansables colocando toldos para proteger las cabezas imperiales del inclemente sol del verano. Ante los tronos, unos escribas vestidos de blanco, con los dedos manchados de tinta, colocaban unos cojines a toda prisa y preparaban sus pizarras para escribir. A cada lado del resplandeciente estanque había taburetes para los oradores, con un largo podio que encaraba la presencia imperial. Todos los demás debían buscarse su propio sitio, o en el jardín o en la columnata. Portadores con sombrillas se movían entre los parterres de flores, o llamaban a los esclavos a voz en grito para que les trajeran más refrescos.

Claudia avanzó hacia el atrio. Llevaría aún algún tiempo que todos estuviesen dispuestos para comenzar y Constantino era conocido por su impuntualidad, especialmente después de un banquete imperial. Mientras recorría un pasillo, la joven se sobresaltó ante el tacto de una mano sobre su hombro y se giró enseguida. Silvestre permanecía en la entrada de una habitación finamente amueblada y la instó a que le siguiese hasta su interior. En la pared de la derecha había un retrato de dos chicas jóvenes que miraban a través de una ventana, y en las otras dos se representaban escenas de la historia etrusca. La ventana era alta y bastante estrecha. Silvestre la condujo hasta un banco que había en una esquina y se sentó en un extremo, indicándole que se sentase junto a él.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó, señalando a su alrededor.

—Una habitación vacía —bromeó Claudia.

—No, una habitación insonorizada —el rugoso rostro de Silvestre dibujó una débil sonrisa—. La emperatriz dice que se trata de una de esas pocas habitaciones sin paneles secretos ni pequeños orificios.

—En tal caso —replicó Claudia—, debe de haber, al menos, una docena.

Silvestre sonrió y le dio unos suaves golpecitos en el brazo.

—¿Vas a asistir al debate?

—Me quedaré todo el tiempo que resista antes de quedarme dormida —replicó.

—Estoy seguro de que te mantendrás despierta —murmuró Silvestre—. Va a haber diversión esta mañana; se harán muchas alegaciones.

—¿Sobre teología?

—No —Silvestre extendió los dedos como si examinase las uñas—. No sobre teología, sino sobre traición, perfidia y asesinato.

Capítulo 5

«*Furor arma ministrat*».

(«La furia proporciona las armas»).

Virgilio, *Eneida*, I

Murano permanecía sentado en la taberna Las Burras. Levantó la copa, un regalo de Polibio y Popea que solía guardarse en un lugar especial. Polibio la describía como una excelente pieza de cerámica samiana; representaba una escena cretense, en la que una pareja de jóvenes saltaba por encima de un toro de grandes cuernos. Murano, con el rostro enrojecido por el vino, acarició el borde de la copa y guiñó un ojo torpemente a Polibio.

—Es muy duro, ¿sabes? Hace años luché en una cacería. ¿Cuál crees que era el animal más feroz?

—El toro —balbuceó Polibio.

—Correcto —asintió Murano—. Los grandes gatos pueden acobardarse, los elefantes no son luchadores, pero un toro es mucho peor que un oso. Carga sobre ti a toda prisa. La gente se sorprende por su velocidad, jamás puedes predecir hacia dónde se dirigirá su cabeza. Siento una gran admiración por esos hombres y mujeres que saltaban sobre ellos en la antigua Creta.

—Solo son historias —farfulló Polibio.

—No lo son. He estado en Creta —replicó Murano, inclinándose sobre la mesa—, y he visto otras pinturas. Lo que es más importante, he visto a un joven saltar sobre un toro. ¡Hace falta coraje y habilidad!

Murano dio un sorbo a su vino; el mejor de Falernia, según le había asegurado Polibio. Realmente, tenía un sabor delicioso. Sonrió a Polibio, que acababa de rellenar su copa. El dueño se dio unos golpecitos en la nariz y se llevó un dedo a los labios, una señal para que Murano no alabase el vino con demasiada pasión, para que los demás no le pidiesen. En la taberna estaban todos los asiduos. Simón el Estoico había comprado hacía poco una mangosta como mascota; como decía Fortunato el Fornicador, necesitaba a alguien con quien hablar. Petronio el proxeneta trataba de seducir a Danuta la bailarina, mientras las Damas de Lesbos, una compañía acrobática, se habían sentado alrededor de unas jóvenes sirias, un grupo de artistas de ojos oscuros, vestidas con trajes vaporosos, que habían aceptado unas bebidas de las Damas, pero dejándoles bien claro que no estaban en venta. Océano apoyaba el codo sobre el mostrador, mirando con ojos soñadores a Januaria, que permanecía sentada, atusándose el pelo e inclinándose hacia delante cada pocos instantes, asegurándose de

que Océano tuviese una buena panorámica de sus grandes pechos.

Murano observó al resto de los clientes y elevó la mirada hacia el techo de madera. ¿Se estaría moviendo de verdad ese embutido, colgado junto a una bolsa de cebollas, o había bebido demasiado? La verdad era que Murano se había puesto sensiblero. Echaba de menos a Claudia y se había cuestionado si debería visitar la Villa Pulcra. Polibio había sacudido la cabeza.

—Sabes que eso no es posible. No te permitirán entrar, y debes prepararte para la lucha. Espicerio no solo se hace más fuerte, sino que está entrenando muy duro, y pretende convertirse en el campeón...

Polibio interrumpió la frase cuando se abrió la puerta de par en par y un grupo de personas hizo su entrada en la taberna. Permanecieron inmóviles unos instantes, con la luz a sus espaldas. Seguidamente, entraron en el comedor.

—¡Maldición! —gruñó Polibio—. ¡Son los Dacianos!

Murano alzó la vista. Los Dacianos eran, básicamente, una de las peores bandas callejeras de los suburbios, dirigida por la criatura vestida con los colores más chillones de toda Roma. Su jefe entró en la habitación, taconeando sobre el suelo de madera con sus botas de tacones altos, meneando las caderas como una mujer. Al principio, era difícil distinguir su sexo; vestía una túnica voluminosa y llevaba una larga peluca rubia, aunque su rostro era masculino, adusto y fuerte, pero pintado con colores tan vivos como los de una cortesana: cejas depiladas y ensombrecidas, mejillas empolvadas y coloreadas, labios colmados de carmín. El cabecilla de los Dacianos se movió entre un tintineo de brazaletes y pulseras, inundando la habitación con la fragancia que provenía de las bolsitas de perfume que le colgaban del cuello. Se detuvo y miró a su alrededor, pestañeando.

—Quiero que os vayáis —la voz era estridente, como la de un eunuco. Tocó las palmas—. ¡Quiero que os vayáis ahora mismo!

El comedor se vació enseguida. Los Dacianos se situaron alrededor de Polibio y Murano.

—Soy Dacius —el cabecilla de rubia peluca se sentó frente a Murano, moviendo los dedos—, pero eso ya lo sabes —dijo pausadamente, mientras examinaba sus uñas pintadas con *henna*.

El gladiador no se movió, pero se incorporó en la silla, sujetando la copa y observando a esta figura grotesca. Ya se había encontrado antes con Dacius, en los suburbios y callejones y en la escuela de gladiadores, donde solía acudir la banda para observar a los luchadores y comprobar fortalezas y debilidades. Los Dacianos estaban involucrados en decenas de actividades ilícitas: prostitución, plagio, asesinato y secuestro, pero eran principalmente prestamistas que cargaban altos intereses y que gustaban de financiar sus préstamos con apuestas sensatas. De hecho, controlaban una buena parte de las apuestas en los suburbios que rodeaban la Puerta Flavia.

Dacius señaló el rostro de Murano con un dedo.

—¡Eres un chico muy malo! Se suponía que debías matar a Espicerio.

—¿Por qué?

—No me hables así —respondió, haciendo una mueca—. Había apostado mucho dinero por ti. Era obvio que Espicerio era vulnerable; ¿por qué no acabaste con él?

—Soy gladiador, no un asesino. Lo que es más importante, no soy un envenenador —el enfado de Murano iba en aumento; no le gustaban ni Dacius ni sus compañeros—. ¿Fuiste tú el responsable de verter esa sustancia en la bebida de Espicerio?

—¡Por supuesto que no! —replicó irónicamente Dacius—. Ese pequeño bastardo no me habría permitido acercarme a él.

—¿Sabías que le iban a drogar? —Murano acercó el rostro al suyo—. ¿Sabías lo que iba a ocurrir?

—No podía creer lo que veían mis ojos —respondió Dacius, agitando las manos—. Allí estaba el gran Espicerio, tambaleándose como un borracho; ¡debías haberle atravesado la garganta con tu espada!

—Comprendí enseguida que algo iba mal —replicó Murano—. Y, como he dicho, soy gladiador, no un asesino —lanzó un beso a la cara de Dacius—. La próxima vez ganarás tu apuesta, pero será como resultado de una pelea limpia.

—¿Una pelea limpia? —Dacius arqueó sus cejas depiladas—. Limpia o no, ¡mejor será que la ganes!

—Esta es una bonita taberna —dijo uno de los esbirros de los Dacianos, un hombre de toscas facciones con la nariz rota y labios babosos. Propinó unos suaves golpecitos a Polibio en el brazo mientras hablaba—. Siempre hay que tener mucho cuidado con el fuego, ¿no es cierto? Nunca sabes cuándo va a empezar uno —el matón cogió la copa de Polibio y bebió de ella—. Y, por supuesto, también está tu dulce sobrina; cómo se llamaba, ¿Claudia? Está en la Villa Pulcra, ¿verdad? Sabemos que está allí, y tenemos amigos que pueden...

Murano golpeó primero sobre la mesa. Cogió el cuchillo que guardaban en una de sus grietas, abofeteó a dos de los Dacianos y lanzó un furioso asalto contra el matón, que trataba de huir bajo una lluvia de golpes y patadas. Finalmente, Murano le arrinconó y le cogió por el pelo. Presionó la punta de su daga sobre la garganta y, de pronto, se percató de que Popea estaba en la puerta de la cocina, gritando. Otros asiduos de la taberna entraron apresuradamente, venciendo sus miedos contra la banda de matones.

—Ya es suficiente —gritó Dacius—. ¡Ya es suficiente, Murano! Vamos, muchacho, date la vuelta.

El gladiador obedeció. Dacius seguía sentado en la mesa, pero dos miembros de su banda mantenían agarrado a Polibio mientras otro presionaba el filo de su cuchillo contra la barbilla del tabernero.

—Lleguemos a un acuerdo —propuso Dacius mientras se ponía en pie y caminaba hacia Murano. Miró al gladiador de pies a cabeza—. Querido muchacho, debo reconocer que eres muy rápido. Espero que seas igual de rápido en la arena del

anfiteatro.

Dacius chasqueó los dedos y salió de la taberna. Soltaron a Polibio y lo empujaron hacia su mujer. Por su parte, Murano bajó el cuchillo, agarró al matón por el pelo y le pegó una patada en la espalda que le envió volando junto a los demás. Polibio corrió hacia la puerta, echó el pestillo y cayó de rodillas en el suelo, cubriéndose el rostro con las manos.

—Ya acabó todo —Murano caminó hasta él y le ayudó a ponerse en pie—. Son simples bravucones; cacarean como gallos.

—Son repugnantes —replicó Polibio—. Hasta las ratas de alcantarilla se apartan a su paso.

Murano le ayudó a volver a la mesa, fue a consolar a Popea y llevó dos copas limpias. Las relleno, entregó una a Polibio y se sentó frente a él.

—¿Por qué no le mataste? Me refiero a Espicerio —dijo Polibio, bajando su copa—. ¿Sabías algo de esto antes de comenzar?

—Antes de cada gran lucha —replicó Murano— se escuchan muchos rumores, pero todos se los lleva el viento, no es nada por lo que preocuparse. Espicerio y yo éramos conscientes de que grandes sumas de dinero cambiaban de manos. Pero ¿por qué apostaría Dacius por mí? ¿Por qué estaban tan seguros?

—Puede tratarse de una persona —replicó Polibio—. Alguien, en algún sitio, que haya apostado una buena cantidad de dinero a favor de tu victoria; la apuesta se ha congelado, así que esa persona ha enviado a los Dacianos.

—No, no, hay algo más que eso —Murano hundió un dedo en su vino y se lo pasó por los labios—. Recuerda, Polibio, no solo apuestan por mi victoria, sino también por la derrota de Espicerio. Sin embargo, como la pequeña Claudia suele decirme, la vida nunca es tan simple...

—Pensé que esa reunión —Claudia se agitó sobre el taburete— era sobre teología, sobre si vuestro Jesucristo era realmente Dios.

—Claudia, Claudia... —Silvestre le acarició la mano—. ¿Crees que los cristianos somos diferentes de los demás? Hay dos requisitos para integrarse en nuestra secta: el primero es reconocer que eres un pecador; el segundo es estar convencido de que solo Dios puede cambiarte. Nuestro fundador fue, es —se corrigió rápidamente— Dios, pero nuestra comunidad es una colección de pecadores —se golpeó el pecho para enfatizar sus palabras—, incluyéndome a mí. Luchamos, traicionamos al prójimo, sucumbimos a la lujuria, robamos, cometemos asesinatos.

—¿Sabe Elena todo esto?

—Por supuesto que sí. No obstante, Elena contempla a la Iglesia cristiana como un medio para revitalizar el Imperio y reforzar su cohesión. Por encima de todo, es consciente de que un vasto ejército de pobres respalda nuestra Iglesia, con su promesa de la resurrección hacia una vida eterna, como único consuelo para este valle de lágrimas. La comunidad cristiana —continuó Silvestre— siempre ha estado marcada por la discrepancia. Nuestra Iglesia tiene casi trescientos años de historia

pero, desde el principio, hemos albergado perfidia y traición. La traición de uno de los propios seguidores de Cristo, Judas, le llevó a la crucifixión. Pedro, que llegó más tarde a Roma, le negó tres veces.

Claudia escuchaba atentamente. Jamás se lo había confesado a nadie pero, aunque no aceptaba la religión católica, se sentía fascinada por sus enseñanzas y, sobre todo, por su efecto sobre la gran masa de pobres de Roma.

—Nuestra Iglesia —Silvestre alzó las manos, como si estuviese sosteniendo un cuenco— ha salido de las catacumbas; ya no se esconde bajo tierra. Las sombras se han disipado, pero ahora ha llegado el momento de plantear discrepancias, de luchar por el poder, de exigir un sitio en el sol. Hace diez años, el antiguo emperador, Diocleciano, lanzó la persecución más salvaje de la historia sobre la Iglesia cristiana. Nuestros seguidores fueron apresados desde tierras tan lejanas como Britania o las fronteras de Persia.

Debes de haber oído hablar de los horrendos espectáculos que tuvieron lugar en el anfiteatro Flaviano. Hombres, mujeres y niños despedazados por las fieras, o conducidos hacia las muertes más humillantes.

—Yo aún era una niña —susurró Claudia—. Recuerdo a mi padre escondiendo símbolos cristianos. Una mañana, creo que era alrededor de la fiesta de las Lupercales, los soldados fueron a inspeccionar nuestra casa.

—Tus padres fueron muy afortunados —replicó Silvestre—. Otros no lo fueron tanto. Cuando se arrestaba a un cristiano, se le daba la oportunidad de purgarse, de quemar incienso ante la estatua del emperador o ante los dioses de Roma. Naturalmente, muchos sucumbían ante la perspectiva de una muerte segura y tomaban la salida más fácil.

—¿Y qué ocurría con ellos?

—Recibían un nuevo nombre, *lapsi*, «los que han sucumbido». Según algunos miembros de nuestra Iglesia, estos *lapsi* jamás eran perdonados. Otros, incluyéndome a mí, creemos que esta medida es demasiado dura. Los *lapsi* tendrían que realizar penitencia, sí, pero después deberían ser perdonados y readmitidos en nuestra comunidad.

—¿Cómo afecta esto a nuestros filósofos?

Silvestre esbozó una amarga sonrisa.

—Si piensas que los *lapsi* son malos, te diré que no son los peores. Existe otro grupo de pecadores, conocidos como los iscariones, por el hombre que traicionó a Cristo, Judas Iscariote. Estos son hombres y mujeres que no solo renunciaban a su religión, sino que se ofrecían para conducir a las autoridades hacia otras comunidades cristianas, ya sea a cambio de una recompensa o para evitar el castigo. La casa de tu padre, Claudia, se inspeccionó posiblemente por culpa de un informante —Silvestre suspiró profundamente—. Por entonces, durante la persecución de Diocleciano, la escuela de Capua estaba considerada una comunidad religiosa. Se sabía que muchos de sus profesores y alumnos eran seguidores de Cristo —se encogió de hombros—.

Al menos, en teoría. Sin embargo, hace unos seis años, las autoridades recibieron una información muy precisa acerca de dónde debían investigar, a quién debían buscar y todas las pruebas que necesitaban. Arrestaron, al menos, a cuarenta personas, treinta de las cuales fueron conducidas a Roma para su ejecución.

Claudia emitió un silbido sordo de asombro.

—Según la opinión de Atanasio, esos traidores se encuentran entre los arrianistas. Esta mañana pretende dirigir la atención de la emperatriz hacia ese asunto.

—Pero ¿por qué? —preguntó Claudia—. A Constantino no le interesa lo que sucedió hace seis años. ¡No es cristiano, y no le importa lo más mínimo si hay algún condenado traidor en tu comunidad!

—Es posible —suspiró Silvestre—, pero Atanasio argumentará que los iscaríotes traicionaron a los suyos; enviaron a hombres, mujeres y niños a una muerte segura. Mantendrá que tales personas aún se ocultan entre la comunidad religiosa...

—Entiendo —asintió Claudia—. ¿Y que la gente que traicionó una vez cometerá nuevas traiciones?

—Precisamente —asintió Silvestre—. Atanasio argumentará que si esos hombres y mujeres están dispuestos a traicionar al obispo de Roma, ¿por qué no iban a hacerlo igualmente con el emperador?

—Pero Atanasio es uno de los vuestros. ¿Por qué no decirle que mantenga la boca cerrada?

—Ya lo hemos intentado —replicó Silvestre—. Ya conoces a Atanasio, temperamental y apasionado, pero solo es parte del problema. Asegura que Justino, el cabecilla de la secta arrianista, mantendrá las mismas acusaciones de traición contra la secta ortodoxa. Lo que quiero que hagas, Claudia, es que tengas unas palabras con la emperatriz. No quiero tomar partido en público.

—Pero me has contado todo esto por otra razón, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —reconoció Silvestre—. ¡Ahora ya conoces, Claudia, la solidez del amor verdadero que existe entre los cristianos! Tanto es así —añadió amargamente— que estamos dispuestos a matar y mutilar. No he sabido hasta esta mañana lo que iba a suceder. He oído rumores, y esto debe detenerse.

—¿Y esa otra razón? —preguntó Claudia.

Silvestre le dio unas palmaditas en la espalda y se puso en pie.

—El asesinato de Dionisio puede tener conexión con esas imputaciones. No estoy seguro, pero tengo la corazonada —se llevó la palma de la mano al corazón— de que Dionisio no va a ser el último en morir en la Villa Pulcra.

Cuando Silvestre se retiró, Claudia permaneció en el taburete, con la mirada fija en su sandalia. En el pasillo exterior escuchaba voces y risas, mientras la corte se reunía en el jardín del peristilo. Se puso en pie y abandonó la habitación, abriéndose paso entre la multitud, hasta que se encontró sola, bajo la brillante luz del sol. Suspiró aliviada; la emperatriz Elena se había sentado junto a su hijo pero, por la evidente confusión entre los escribanos, Claudia dedujo que el debate estaba aún por

comenzar. Se abrió paso entre los congregados, disculpándose con soltura por los empujones y codazos. Llegó hasta la línea de soldados que protegía cualquier acceso a la zona imperial. Un soldado alzó el escudo. Claudia distinguió a Gayo y gritó su nombre. El oficial se acercó deprisa, protegiendo su cabeza del sol con los pliegues de su toga.

—Vaya, Claudia —Gayo sonrió—, la emperatriz ha estado preguntando por ti.

—Necesito hablar urgentemente con ella.

Gayo la guio entre los soldados y, tomándola por los hombros, la situó entre los tronos imperiales. Claudia se agachó a la derecha de la emperatriz.

—Hola, ratoncita —Elena ni siquiera movió la cabeza para saludarla—, te he visto venir. ¿Has estado hablando con Silvestre? —Se giró y guiñó un ojo a Claudia—. ¿Qué te ha parecido mi representación de esta mañana? Espero que ninguno de esos buenos chicos haya robado la reliquia sagrada, pero eso tendrá que esperar. ¿Qué quieres?

Claudia narró a la emperatriz, en frases claras y concisas, la advertencia de Silvestre de que el debate podría usarse para intercambiar acusaciones muy serias. Elena la escuchó, asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Seguidamente, le indicó que se retirara con un movimiento de sus dedos y se giró a hablar con su hijo.

Desde detrás de los tronos imperiales, Claudia observó a Criso dando órdenes, mientras los oradores tomaban asiento a ambos lados del estanque del peristilo. La presentación del chambelán fue corta y ligeramente sarcástica, mientras hacía una reverencia burlona a ambas partes. Era consciente de su audiencia. Es posible que los cristianos contasen con el favor del emperador, pero muchos en la corte se referían a la nueva secta con ironía o, en el peor de los casos, con abierta hostilidad. Criso se disponía a retirarse cuando el emperador levantó la mano y proclamó con voz grandilocuente que el debate debía centrarse únicamente en cuestiones teológicas y nada más; advirtió de que si algún orador se separaba de la agenda establecida, tendría que afrontar su más enérgica reprimenda. La proclamación imperial provocó consternación en ambas partes, acompañada de murmullos y susurros.

—Estamos esperando —gritó Criso, señalando hacia el podio.

Atanasio se puso en pie, se inclinó ante el emperador y su madre y subió a la tarima, organizando sus rollos de papel de vitela. Miró a su alrededor, contemplando a los numerosos personajes notables congregados. Hizo la señal de la cruz en el aire y bajó la cabeza, como si estuviese orando. Claudia le observó con interés. A menudo solía entretener a los invitados de su tío con mímicas o representaciones de algún papel de alguno de los grandes clásicos. Reconoció a otro gran actor en Atanasio. Comenzó despacio, con el cuerpo tenso y el tono ligeramente débil; enseguida se relajó, y su voz comenzó a sonar profunda y serena. Atanasio era también un erudito con un profundo conocimiento de la lengua griega, no un filósofo mocososo, ni un sofista aficionado a los juegos de palabras o a plantear preguntas sin ofrecer respuestas. Impresionó inmediatamente a la audiencia con citas de los clásicos antes

de centrarse en el tema principal, definiendo en términos muy técnicos la Trinidad y sus tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Presentó el dogma como radical y revolucionario, y citó a uno de los grandes escritores cristianos, Juan, parafraseando las que aseguró eran las primeras palabras del testimonio de un hombre que había vivido y trabajado con Cristo, le había visto morir y había sido testigo de su resurrección.

—Juan escribe —Atanasio hizo una pausa, alzando un dedo al aire— que nuestro testigo declara: «En el principio estaba la palabra, y la palabra existía con Dios, y la palabra era Dios».

Su voz suave pronunció el término griego para «la Palabra», y lo enfatizó antes de cambiar a otros textos que mostraban que la palabra se hizo carne. Justino estaba impaciente por intervenir, pero Atanasio estaba en pleno apogeo, aportando nuevas citas de los Evangelios y de las escrituras de Juan para demostrar que Cristo había afirmado que Él y el Padre eran uno solo.

Claudia escuchaba con atención, seducida por el poder de la oratoria de Atanasio, además de por su erudición crítica, que causaba una honda impresión en su audiencia. Incluso Constantino escuchaba atentamente, mientras que Elena taconeaba nerviosa, un gesto que solía hacer cuando estaba satisfecha. Claudia estudió los rostros que la rodeaban. Observó a Gayo Tulio, que cerraba los ojos, en plena concentración; Timoteo estaba henchido de orgullo y, a su lado, Silvestre asentía con la cabeza. Claudia sentía deseos de quedarse y escuchar, pero decidió que este era el momento más indicado para visitar la escena del crimen de Dionisio. Se deslizó entre la multitud, recorrió un sinfín de pasillos y cruzó el jardín que conducía hasta la huerta. Caminó bajo los árboles y observó unas marcas de pisadas en el suelo, pero no podía concretar si tenían alguna relación con el asesinato o si eran huellas de las personas que encontraron el cuerpo.

Cuando alcanzó el lugar donde murió el filósofo observó el césped manchado de sangre y la nube de moscas que revoloteaba sobre la oscura mácula. Posado en las ramas que se agitaban sobre su cabeza gorjeaba ruidosamente un pardillo, como si estuviese molesto por su presencia. Claudia se agachó sobre el césped, apoyándose en manos y rodillas, e inspeccionó cuidadosamente el suelo. Encontró los pequeños agujeros de los que se habían sacado los clavos, y pudo hacerse una idea bastante aproximada de donde había estado tumbado el cuerpo. «Así que moriste aquí», murmuró para sus adentros.

Retrocedió sobre sus pasos, examinando minuciosamente el suelo, hasta que llegó a un manzano. Bajo él, encontró también manchas de sangre y, a poca distancia, descubrió una piedra cubierta de musgo. La levantó; aunque era bastante pesada, se las arregló para llevarla hasta el haz de luz que proyectaba el sol sobre un pequeño parterre de flores. Depositó la piedra en el suelo, acariciándola con los dedos. Parte del musgo estaba arrancado y encontró restos de sangre y algunos pelos. Claudia caminó a gatas sobre el suelo y miró hacia el manzano.

«Así que, Dionisio —susurró—, te encontrabas aquí sentado, meditando y durmiendo. Tu asesino se acercó silenciosamente entre las sombras. Recibiste un fuerte golpe en la cabeza con esta piedra —se puso en pie—. Después, te arrastraron bajo esos árboles, donde te asesinaron».

Claudia avanzó unos pasos. Hacía algo de ruido al desplazarse, así que se quitó las sandalias y descubrió que podía moverse sigilosamente por la hierba. Satisfecha del resultado de sus pesquisas, se trasladó hacia un jardín adyacente y cruzó el césped hasta llegar a los chamuscados restos de la casa de duelos, reducida ahora a una pila de escombros ennegrecidos. Cerca de allí, un esclavo permanecía en cuclillas, mirando entristecido las ruinas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Claudia.

—El capitán de la Guardia me ha ordenado que me quede aquí hasta que haya examinado las ruinas minuciosamente, pero queda poco que examinar.

El hombre tenía el rostro enjuto, y sus mejillas y barbilla estaban sin afeitarse. Comenzó a estirar de un hilo que se había soltado de su sucia túnica.

—Espero que no me culpen a mí —gimió—. Ese era mi deber, vigilar al muerto, mantener limpia la casa de duelos y llevar a cabo los cuidados generales.

Claudia se sentó junto a él.

—¿Qué ocurrió? —preguntó—. Quiero que me cuentes cada detalle, no sobre el cadáver del anciano, sino sobre el que encontraron en la huerta.

—Estaba totalmente destrozado —replicó el esclavo—. El capitán de la Guardia trajo su cadáver y me dijo que lo lavara. Tenía una herida terrible —añadió, dándose suaves golpes sobre el lado izquierdo de la cabeza— y su cuerpo estaba despedazado: brazos, piernas y pecho, incluso las plantas de los pies. Debió de haber tenido una muerte muy dolorosa. Aún tenía abiertos los ojos y llevaba un horrible trapo en la boca, una pieza de piel de la que se suele utilizar para mantener abiertas las puertas.

—¿Y las ataduras? —preguntó Claudia—. Las cuerdas —explicó— que se utilizaron para sujetar a la víctima al suelo por manos y piernas.

—Seguían unidas a sus muñecas y tobillos, muy fuertemente. Tuve que cortarlas con un cuchillo.

—¿Y qué hiciste con ellas?

—Las tiré al suelo. Señorita, tenía mucha hambre, y cuando has tenido que lavar un cuerpo... Verá, solo comemos una vez al día. No quería quedarme sin mi ración, así que pensé que terminaría con él esta mañana —el pobre infeliz se frotó el estómago—. Desde luego, nos dieron las sobras de la cocina, así que comí bien y me fui a dormir. La siguiente noticia que tuve fue que la casa de duelos estaba en llamas.

Claudia le dio una moneda de su bolso, se levantó y avanzó hacia los ennegrecidos restos del mortuario. Aún llevaba sus sandalias en la mano, así que se las puso para andar sobre las cenizas. El edificio había sido destruido por completo; madera y escombros yacían mezclados, cubiertos por una fina capa de polvo blanco y de negra ceniza. Debía caminar con mucho cuidado entre los escombros. Pasados

unos instantes, se agachó y removió los cascotes con su puñal. Percibió un débil olor a aceite y un repulsivo sabor dulce en el aire. Los dos cuerpos se habían consumido completamente en el incendio, junto con todo lo que albergaba en su interior la casa de duelos.

Abandonó el edificio. El esclavo la observó con curiosidad mientras caminaba alrededor de su perímetro. El fuego no se había extendido más allá del edificio, pues la casa de duelos se erguía sobre un plinto de piedra bastante alejado del jardín. El césped que lo rodeaba estaba chamuscado, pero Claudia no detectó señal alguna de que el fuego hubiese comenzado tras arrojar al interior del edificio una rama en llamas o el contenido de un caldero con aceite inflamado. Volvió a entrar en las ruinas y, esta vez, el esclavo la siguió para ayudarla a apartar ladrillos quemados y piezas de madera. De nuevo, no encontró nada.

Claudia dio las gracias a aquel hombre y se internó en los jardines, hacia un pequeño pórtico construido para que los residentes imperiales pudiesen protegerse del sol. La brisa le traía el sonido de voces y aplausos ocasionales, y supuso que el debate seguiría aún celebrándose. Se tumbó sobre la hierba y observó el cielo azul, manchado por alguna nube blanca dispersa, a través de los huecos en el tejado del pórtico. A Félix y a ella les encantaba hacerlo; cuando estaba sola, Claudia casi sentía que su hermano había vuelto y que estaba tumbado junto a ella, mirándola con admiración, preguntándose qué sería lo siguiente que planearía su adorada hermana. Pestañeó para retirar las lágrimas de sus ojos y se concentró en los misterios de la Villa Pulcra. No tenía explicación para la espada que había desaparecido, mientras que, en lo relacionado con la muerte de Dionisio, había una serie de teorías acerca de los posibles motivos en una villa repleta de sospechosos. Bajo la brillante fachada de esta elegante mansión rural se escondían profundas y oscuras pasiones, mientras antiguas memorias y rencillas afloraban a la superficie. Sin embargo, lo que más intrigaba a Claudia era la destrucción completa de la casa de duelos. Ante la ausencia de pruebas, había llegado a la conclusión de que aquel incendio intencionado no era una nueva indignidad hacia el desventurado Dionisio; el asesino simplemente deseaba destrozar algo que, examinado con minuciosidad, podría revelar su auténtica identidad. Claudia comenzó a sentir el peso de sus párpados. Pensó en volver al debate, pero en pocos minutos se quedó completamente dormida.

Cuando despertó, observó la extensa sombra junto a un árbol cercano y dedujo que había estado dormida durante bastante tiempo.

—Te he estado observando —Claudia se giró. Emergió una figura entre las sombras, medio oculta tras el tronco de un árbol.

—¿Quién eres? —Claudia trató de levantarse, pero se trastabilló con el extremo de su túnica.

—Espera, deja que te ayude.

Sintió la presión de una mano sobre su brazo y alzó la vista hacia Atanasio, cuya mirada había abandonado ahora su tono severo. Le dio las gracias, ligeramente

avergonzada por sus sospechas, mientras Atanasio le sacudía los restos de hierba de su túnica.

—Siento haberte sobresaltado —dijo Atanasio con una sonrisa—. Ahora compruebo que el debate ha tenido, al menos, un buen efecto: estabas profundamente dormida. Siempre que termino un discurso me gusta aplacar la mente, enfriar la sangre, así que salgo a pasear.

—¿Has ganado? —Claudia se sentó sobre la hierba y Atanasio la imitó.

—En realidad, no se ha celebrado ninguna votación —Atanasio se mordió un labio, dirigiendo la vista a algún punto por detrás de Claudia. Entrecerró los ojos—. No, no ha habido votación —repitió—, pero creo que hemos desarrollado bien nuestro argumento. Justino ha sido incapaz de responder a mis fuentes, las citas de las Sagradas Escrituras. Su exposición se ha vuelto confusa y embrollada. Creo que hemos quedado por encima.

—¿Por qué se ofreció Dionisio para pasarse a vuestro lado?

Atanasio se encogió de hombros.

—Perspectivas de ascenso, honor, riquezas. Reconoció el sentido en que soplaban los vientos.

—Entonces, ¿pudo haber sido asesinado por alguien de su propio partido?

—O por uno del nuestro —suspiró Atanasio—. La religión es como la política, Claudia. Todos podemos entonar el mismo himno, pero eso no significa que a todos nos guste formar parte del coro. Dionisio nos podría haber proporcionado información sobre posibles traidores en nuestras filas.

—¿Tendría alguna conexión con los *lapsi*?

—¡Vaya! —sonrió Atanasio—. Así que los conoces. Te vi hablando entre susurros con la augusta. Me preguntaba de dónde procedía la información. No me extraña que el emperador promulgase su Decreto —se inclinó hacia delante, uniendo sus manos como si se dispusiese a rezar—. Verás, Claudia, la escuela de oratoria de Capua es bastante famosa. Muchas familias cristianas se desplazaron hasta allí para escapar de la persecución que tenía lugar en Roma. Cuando Diocleciano lanzó su ataque, Capua quedó especialmente señalada. Las autoridades enviaron espías e informantes a la ciudad. De repente, recibimos un nuevo influjo de supuestos eruditos; algunos de ellos auténticos, otros con intenciones aviesas. A propósito, no estoy diciendo con esto que tú seas una espía.

—Estás equivocado, maestro —sonrió Claudia—. Soy una espía, pero no una traidora. Existe una diferencia.

—No sé realmente lo que ocurrió —continuó Atanasio—. Escondimos nuestros objetos sagrados y nos reuníamos a medianoche, en cavernas subterráneas o en las afueras de la ciudad. Estábamos a salvo, o eso creíamos, hasta que todos los demonios del infierno cayeron sobre nosotros. Los asaltos se hicieron habituales, cada vez apresaban a más gente. Llegó una cuadrilla de torturadores desde Roma y comenzaron los interrogatorios.

—¿Te arrestaron?

—Sí, desde luego. Yo era mucho más joven, pero tenía amigos muy influyentes y bien aprendida la lección. Sí alguna vez te interrogan, Claudia, jamás permanezcas en silencio, cuéntales una historia, cualquiera, siempre que sea coherente. Me dejaron en libertad y hui antes de que se emprendiera la auténtica persecución. Otros no tuvieron tanta suerte. Algunos cedieron, otros murieron durante la tortura y muchos más fueron enviados a Roma, a hacer frente a una muerte horrible.

—¿Y Dionisio? —preguntó suavemente Claudia.

—Dionisio era apenas un adolescente, un recién converso; alguien como tú, Claudia, un mensajero que viajaba entre varios grupos distintos. Conocía bien lo que sucedía en la calle. A él también lo liberaron, más o menos a la vez que a mí —Atanasio hizo una pausa, chasqueando la lengua, y Claudia observó que luchaba por reprimir las lágrimas—. Poco después, las autoridades romanas se volvieron, por decirlo de alguna manera, más certeras en sus pesquisas. Y las prisiones rebosaron de presos cristianos.

—¿Era sospechoso Dionisio de ser un iscarote, un traidor?

—Todos éramos sospechosos, incluyéndome a mí. La pesadilla de esta situación es que docenas de personas sufrieron muertes horribles.

—Entonces —replicó lentamente Claudia—, Dionisio pudo haber sido asesinado por su propia gente, porque sabían que les iba a traicionar. Pudo morir a manos de los vuestros, porque alguien viera una amenaza en la información que iba a aportar. O, finalmente, el asesino pudo ser cualquier persona que buscara ajustar cuentas por un amigo o familiar, atrapado durante las salvajes persecuciones que comenzaron hace una década.

—¿Y tú qué opinas?

Claudia estudió el rostro inteligente y cínico de Atanasio. Aunque no le había gustado en un principio, sentía ahora que podía confiar en este hombre que mostraba, a su manera, integridad y pasión por las ideas en que creía.

—¿Claudia? —Atanasio agitó la mano ante sus ojos.

—Pensaba en la pasión —sonrió excusándose—. La persona que mató a Dionisio no se deslizó tras él con una daga o un hacha, ni le reventó los sesos con un garrote. A Dionisio le golpearon primero, le arrastraron bajo los árboles, lo maniataron y torturaron —chasqueó los dedos—. Dime, Atanasio —continuó precipitadamente—, ¿no existe un tipo de tortura en la que se cuelga al prisionero de unas cadenas y se le causa la muerte provocándole miles de cortes?

—He oído hablar de semejante crueldad —reconoció Atanasio—. Ya sé lo que estás pensando. Has respondido a tu propia pregunta: ¿Mataron a Dionisio para redimir un asunto pendiente del asesino desde los tiempos de la gran persecución?

—Es posible —Claudia se puso en pie y comenzó a retirarse—. Si sabes algo nuevo... —gritó por encima del hombro.

—Serás la primera en saberlo —completó Atanasio.

Claudia se sintió reanimada tras su siesta y decidió dirigirse a la villa, esperando reunirse con las personas que había registrado mentalmente. Se encontró con Justino, quien descansaba en un pasillo flanqueado por columnas, junto a su discípulo. Compartían una jarra de vino para ahogar sus penas. Elevaron la mirada hacia ella y la saludaron.

—Creo que estuviste muy bien —Claudia trató de hacerle sonreír.

—En tal caso —replicó Justino—, eres la única persona que lo piensa. Atanasio me confundió. Pensé que su discurso iba a versar sobre la divina sustancia.

—Sí, sí —intervino Claudia—, aunque no he venido a hablar de tu oponente, sino de Dionisio. ¿Sabías que se disponía a traicionarnos?

Justino miró enseguida a su compañero. Había pensado mentir, pero dejó caer los hombros y asintió con la cabeza. Claudia supuso que estaba preocupado, pero cuando alzó su cansado rostro, era odio lo que ardía en su mirada. «Te han acorralado y humillado», pensó Claudia. «Eres un hombre muy peligroso».

—Dionisio —Justino escupió las palabras— era una rama que se movía en la dirección del viento. Teníamos nuestras sospechas sobre él. Últimamente se había vuelto silencioso, ausente.

—¿Y qué más? —preguntó Claudia.

—Habíamos recibido informes de que le habían visto visitar la casa de Atanasio, y de que frecuentaba sus conferencias. Así que no se le va a echar mucho de menos, ¿no crees? No tengo más que decir acerca de su muerte.

Justino se giró a un lado, levantó la jarra de vino y rellenó su copa. El discípulo resopló y miró a Claudia de pies a cabeza.

Claudia se guardó para sí su réplica airada. Mientras se marchaba, Burrus y su cohorte de mercenarios giraron la esquina y comenzaron a recorrer el pasillo de la columnata. Siempre le recordaban a un grupo de osos desgarbados, con sus pobladas barbas y los tocados lanudos que insistían en llevar, por mucho calor que hiciera. A pesar de las instrucciones de la emperatriz, todos habían estado bebiendo. Claudia caminó hacia ellos y se puso en su camino, bloqueándoles el paso. Burrus se detuvo tan bruscamente que sus seguidores chocaron unos con otros. Inmediatamente, todos comenzaron a protestar. Claudia les miró; unos ojos azul claro sobre rostros castigados y llenos de cicatrices le devolvieron la mirada. La joven podía oler la grasa y el aceite con los que habían embadurnado sus cuerpos, así como el perfume que utilizaban en un inútil intento de ocultar su olor; siempre apestaban a osera y a establo.

Los germanos le sonrieron benévolamente, bien golpeando suavemente las empuñaduras de sus espadas o acariciándose barbas y bigotes, un gesto que solían usar siempre que trataban de establecer el valor de una mujer. Claudia les sonrió dulcemente. Los hombres gruñeron y le hicieron una reverencia. Les gustaba esta pequeña, la ratoncita de la emperatriz. Habían visto a la augusta acariciarle el pelo, y eso ya era suficiente para ellos. También conocían a Murano, y decidieron que un

hombre como ese debía tener a una mujer con el corazón de una guerrera. Por su parte, Claudia no se dejaba engañar por su cómica bravuconería; estos hombres eran asesinos, conocidos por su ferocidad y su astucia. Habían probado en innumerables ocasiones que su apariencia tosca y ruda ocultaba unas mentes tan hábiles y certeras como sus espadas. También les gustaba tomar todo aquello que estuviese a su alcance, y eso incluía a las mujeres. Rompieron la fila y se dispusieron a su alrededor. Claudia se percató de que uno o dos trataron de ocultarse tras los otros; algo inusual pues, generalmente, a estos guerreros les gustaba que se les viese. Caminó hacia los dos que se habían situado atrás, indicando a los demás con un gesto que se hicieran a un lado. Al principio, todos permanecieron inmóviles.

—Por favor —dijo con una sonrisa.

Todos obedecieron. Se situó frente a los dos guerreros de comportamiento huraño, que permanecían con los brazos relajados, mirándola temerosamente bajo las cejas encogidas. Observó el pequeño bulto bajo sus túnicas, que trataban de ocultar tirándose de la tela.

—Por favor —demandó Claudia, extendiendo la mano—, dejadme ver lo que lleváis ahí.

Los huraños arrastraron los pies; Claudia chasqueó los dedos. Los dos guerreros se encogieron de hombros y se levantaron las túnicas, dejando al descubierto sus estómagos peludos. Cada uno sacó de debajo de su túnica una bonita estatua de marfil de la diosa Juno, vestida según la costumbre griega, de pie sobre un montículo, con un capullo de rosa entre los tobillos y llevando un rayo en una mano y un racimo de uvas en la otra. Claudia sostuvo ambas figuras en sus manos y miró al grupo. Burrus la miró boquiabierto. El resto miró hacia el cielo, como si lo estuvieran viendo por primera vez. Los dos huraños se pusieron de rodillas y hundieron el rostro en sus manos, un gesto de su tribu para implorar piedad.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

Los mercenarios se echaron a un lado al ver a Gayo Tulio y al grupo de oficiales que caminaba hacia ellos por la columnata. No llevaban sus uniformes, sino unas simples túnicas sobre unos anchos pantalones y unas sandalias. Gayo llevaba un cinto con una espada sobre el hombro. Una gran inquietud cundió entre los mercenarios. Existía muy poco cariño entre el ejército regular y lo que ellos llamaban burlonamente los «auxiliares».

—¿Qué es esto? —repitió Gayo, abriéndose paso a través de los guerreros, con el rostro tenso y los ojos vigilantes.

Claudia escuchó el chirrido del metal cuando sus compañeros desenvainaron sus espadas. Uno de los mercenarios, temiendo lo que iba a suceder, se dispuso a sacar la daga que guardaba bajo su cinto, pero Gayo le retiró la mano de un golpe.

—No tenéis autoridad para sacar vuestras espadas aquí. ¿Claudia? —Gayo se giró y observó las figuras que sujetaba—. Ahora lo entiendo —le arrebató una de las figuras y se la puso a Burrus ante sus narices—. ¿Tengo que decirte cuál es el castigo

por robar en un palacio imperial? Cuarenta y nueve latigazos y, posiblemente, la crucifixión. ¡Quiero a los culpables!

—¡Capitán, capitán!

Gayo se giró hacia ella.

—¿Sí, Claudia?

—Creo que estás cometiendo un error —Claudia habló con voz deliberadamente baja, para que los germanos pudieran entenderla y no interviniesen—. Estos caballeros estaban de patrulla. Encontraron estas figuras debajo de un arbusto, las cogieron y me las trajeron, para que me ocupase de encontrar a su auténtico propietario.

—¿Podéis mostrarme ese arbusto?

—Capitán —dijo Claudia pestañeando—, ¿no estarás insinuando que soy una mentirosa? Después de todo, tienes la prueba. Yo sujetaba las figuras, no ellos. Y yo, desde luego, no las he robado. Puedo probar todos mis movimientos durante la mañana. Pero si...

—Por supuesto —replicó precipitadamente Gayo. Se giró y dio una palmada en el hombro a Burrus—. Eres el más afortunado de los hombres —dijo. Los hombres envainaron sus espadas y Gayo hizo una reverencia y se retiró.

Una vez que desaparecieron de su vista, los germanos se agruparon alrededor de Claudia. La abrazaron y la levantaron en brazos para besarle ambas mejillas. Se sintió como si hubiera estado entre una familia de osos muy amigables.

Los germanos gruñeron complacidos. Algunos reían calladamente, tratando de ocultar su risa, aunque las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Burrus la cogió por el hombro y la llevó fuera de la columnata, a la sombra de unos retorcidos olivos, parte de la arboleda original de los jardines cuando la villa se construyó. Una vez apartados de miradas indiscretas se quedó observándola con ojos alegres, sujetándole los hombros con las manos. Entonces, dijo unas palabras en germano por encima de su hombro. Los dos huraños se adelantaron a la vez hacia Claudia y se arrodillaron ante ella, uniendo sus manos mientras recitaban alguna plegaria, con los rostros solemnes y los ojos llorosos.

—Ahora son tuyos —tradujo Burrus—, en la paz y en la guerra. La sangre y el fuego no serán un obstáculo. Acabas de ganar dos hermanos, Claudia.

Observó a estas dos nuevas adiciones a su familia, sonrió y les susurró las gracias. Una vez más, la horda se volvió a concentrar alrededor de ella para un nuevo abrazo comunal. Claudia, casi sin aire y un poco magullada, depositó las dos figuras en las manos de Burrus.

—Por amor a la vida —empleó un juramento que solía usar Burrus—, lleva estas condenadas figuras al lugar donde las encontraste y nunca, jamás, vuelvas a hacerlo —dijo, mirándole a los ojos—. Ahora podéis hacerme un favor. Quiero que me acompañéis hasta la bodega que albergaba la espada sagrada.

Todos la siguieron obedientemente a lo largo de la columnata, cruzaron el jardín y

el patio del peristilo y bajaron las escaleras que conducían a la bodega. Al acabar los escalones se quedaron inmóviles, incapaces de avanzar un paso más y murmurando entre ellos como niños asustados. Burrus explicó que aún consideraban la habitación como un recinto sagrado, habitado por espíritus cristianos.

—Muy bien —suspiró Claudia—. El resto de vosotros que vuelva al peristilo. Burrus, quiero a los dos guardias que estaban de servicio el día que desapareció la espada.

Burrus dispensó algunas órdenes. Durante unos instantes se provocó una cierta confusión. En realidad, los germanos no querían retirarse; estaban bastante fascinados por esta pequeña y astuta criatura con el rostro de uno de sus elfos del bosque, que se las había arreglado para embaucar a un poderoso oficial, rescatando así a dos de sus camaradas. Sin embargo, después de que Burrus hubiera gritado y sacudido a algunos de sus hombres, estos comenzaron a retirarse con desgana. A Claudia no le sorprendió que los dos guardias que se quedaron fueran precisamente los huraños. Ambos parecían bastante avergonzados; uno miraba hacia la pared, como si estuviera fascinado por los ladrillos, y el otro desvió la mirada hacia el suelo, como si hubiera extraviado algún objeto muy preciado.

—Burrus —Claudia tiró ligeramente de la capa del mercenario—, ¿te llevaste tú la espada?

Respondió negativamente, añadiendo una batería de juramentos que repitieron posteriormente sus compañeros.

—Muy bien —declaró Claudia—, muéstrame qué ocurrió aquel día.

Los dos guardias tomaron posiciones a ambos lados de la puerta y se pusieron en cuclillas. Burrus le mostró cómo Timoteo y él habían introducido sus llaves.

—¿Estás seguro de que la puerta estaba debidamente cerrada?

Burrus gruñó afirmativamente.

—Y ahora la puerta se abre de par en par —Claudia observó que los huraños permanecieron inmóviles, pero Burrus dio un respingo hacia atrás, como si se sobresaltara por alguien oculto en las sombras de la bodega. Claudia se introdujo en la sala y escuchó cómo se cerraba la puerta tras de sí. La abrió y volvió a salir.

—¿Estás seguro de que es eso lo que ocurrió?

Burrus asintió.

—¿Llevaba una lámpara Timoteo?

—Sí —respondió el germano, usando las manos para describirla—, una de esas linternas.

—Entiendo. Tráeme una.

El capitán mercenario se retiró apresuradamente y volvió con una gran linterna con el armazón de bronce y las cuatro caras de la parte superior de vitela. Claudia abrió el pasador; en su interior, unida al centro, había una lámpara de aceite. Uno de los guardianes llevó yesca, encendió la lámpara y Claudia volvió a la bodega. Cogió uno de los taburetes, se sentó al borde del círculo de arena y comenzó a observar el

gancho vacío. Cerró los ojos. «Timoteo entró hasta aquí», pensó, «se desmayó». Abrió los ojos y hundió la mano en la tierra. ¿Qué había sucedido? ¿Cómo había desaparecido la espada?

—¡Burrus! —gritó.

El germano no respondió, así que Claudia salió de la habitación. Preguntó si habían examinado concienzudamente la habitación después del robo. Burrus asintió con la cabeza.

—Eso creo, pero era obvio que la espada había desaparecido.

—¿Pero fue así en realidad? —preguntó Claudia. Mientras permaneció sentada en la bodega había germinado la semilla de una nueva idea.

Capítulo 6

«*Probitas laudatur et alget*».

(«La honestidad se alaba y se abandona al frío»).

Juvenal, *Sátiras*, I

Claudia abandonó la bodega y volvió a los jardines del peristilo. Observó a unos sirvientes podando los vistosos rosales que crecían a lo largo de un enrejado, entre el césped y la sombreada columnata. Se acercó un esclavo y le preguntó si quería algo de la cocina. Claudia le dio las gracias con una sonrisa. Poco después, apareció otro esclavo con una bandeja repleta de pescado ahumado y hojas de parra, cebada salada, huevos cocidos en vino, un trozo de queso y una porción de pastel, además de dos copas de vino.

—¿Dos? —Claudia levantó la cabeza, biqueando los ojos ante el sol. Reconoció al esclavo, que era el mismo al que había estado interrogando junto a las ruinas de la casa de duelos.

—¿Quieres beber conmigo?

En el rostro cansado del hombre se dibujó una sonrisa.

—Me encantaría, señora. Disculpe mi atrevimiento, pero tiene un rostro amable y un corazón generoso.

—¿Quién eres?

—Mi nombre es Narciso. Soy sirio de nacimiento —se sentó junto a Claudia sin ser invitado—. Antiguamente, mi profesión era la de embalsamador. Cuidaba de los muertos hasta que me vi envuelto en una estúpida revuelta en las afueras de Damasco.

Claudia le puso la copa de vino entre las manos.

—Ya sabe lo que ocurre —continuó Narciso acongojado—. Muchos inocentes se ven envueltos involuntariamente, llegan las legiones, crucifican a los cabecillas y venden al resto como esclavos, fin de la historia —su rostro se tornaba cada vez más lúgubre—. Solían llamarme Narciso el Pulcro; ¡era tan bueno en mi trabajo! Estaba especialmente orgulloso de mi precisión en el momento de preparar un cuerpo. Siempre rompía el hueso de la nariz con gran facilidad, y sacaba los sesos sin manchar demasiado.

—Sí, sí —interrumpió Claudia, mirando hacia la bandeja de comida—, ¿pero cómo te viste involucrado en la revuelta?

Narciso se acabó su copa y Claudia vació en ella su vino. El esclavo se relajó bebiendo esta segunda copa, mirando a Claudia con ojos de cachorro hambriento.

—Respondiendo a su pregunta, señora, yo vivía a unos cinco kilómetros de Damasco. Apareció de pronto un loco que se hacía llamar Simón el Salvador, un bruto de rostro sombrío. Había estado en Egipto, donde aprendió algunos trucos. Prometió que aquellos que creyeran en él vivirían para siempre más allá del horizonte lejano; todos morirían, pero si eran seguidores del dios Osiris y recibían un entierro siguiendo el rito sagrado, no vivirían eternamente, pero sí podrían volver a la vida indefinidamente asumiendo distintas formas.

—¿Supongo que no creerías en esas majaderías?

—No, por supuesto. Pero mi esposa sí, aunque solo fuera porque se acostaba con Simón, nuestro autoproclamado salvador.

Narciso hizo una pausa y observó a un grupo de cortesanos en la columnata. Habían rodeado a Atanasio y le felicitaban efusivamente, alzando la voz.

—No tuve elección —continuó Narciso—. Mucha gente responde a Dios; yo respondí a una autoridad superior, mi mujer —dijo, y dio un resoplido—. Simón dijo que me necesitaba porque era embalsamador. Ese estúpido fanático ocupó una fortaleza, en el borde del desierto, y proclamó que el Día del Horizonte Lejano había llegado. Enarbolamos un estandarte de Osiris y desafiamos al gobernador local. Envié tropas: un tribuno con un ejército a pie y caballería. Mataron a mi mujer, y empalaron a Simón el Salvador —suspiró Narciso—. Eso me proporcionó cierta satisfacción, aunque terminé en una caravana de esclavos —lanzó una mirada a la bandeja y tragó saliva. Claudia pudo oír el rugido de su estómago.

—Come —ordenó, ofreciéndole la bandeja—. He dicho que comas. Eres mi invitado, Narciso, yo asumiré toda la responsabilidad.

El esclavo no necesitó que se lo repitiera una segunda vez y atacó la comida como un lobo salvaje. Claudia se puso en pie, caminó hacia una mesa que había en la sombra y llevó otra jarra de vino. Narciso estaba ocupado introduciendo comida a presión en la boca. Claudia sentía una gran compasión por este hombre de mediana edad, que tenía tanta hambre que se había olvidado de su condición para poder llenar el buche. Algunos cortesanos le miraron extrañados; un chambelán pomposo, un eunuco, caminó hacia ellos. Claudia le dijo que se marchara.

—Si querías comida —susurró Claudia—, debías haberla pedido, aunque —añadió, dándole una palmada amistosa en el hombro— debía haberme percatado de ello.

—No solo estaba hambriento —replicó con la boca llena—, también quería hablarte de los fuegos.

—Sí, ya sé que la casa de duelos se quemó intencionadamente.

—No, los fuegos —repitió—. Debo contar a alguien lo que vi. Anoche, como ya he dicho, comí bien y bebí demasiado de una cerveza no muy buena. Me embriagué bastante y me quedé dormido detrás de las letrinas. Me despertó el ruido del fuego en la casa de duelos. Me puse en pie de un salto y corrí hacia allí; las llamas estaban ya muy extendidas. «Dios», pensé, «¡me van a culpar a mí! Terminaré empalado o

crucificado», así que salí corriendo. Salté por encima del muro y corrí hacia lo alto de la colina. Esta villa está construida sobre una zona en la que se ha nivelado el terreno —Narciso se limpió la boca con la parte posterior de la mano—. Me senté allí, contemplando las estrellas y preguntándome qué debía hacer. Si huía, desde luego que me culparían a mí. En realidad, no tenía nada que temer si me quedaba. Tenía testigos que podían decir dónde había estado, y la casa de duelos había quedado asegurada. No había lámparas en su interior, ni aceite, nada que pudiera causar semejante incendio. No había hecho nada malo, no había...

—¿Y? —interrumpió Claudia.

—Me tranquilicé. Miré a las estrellas, el aire era fresco y agradable. Cerré los ojos. Juro que podía oler el junquillo que prolifera en el valle en el que jugaba cuando niño. Bueno —Narciso regresó al tema principal—, abrí los ojos. Desde donde me encontraba, aún podía ver la casa de duelos, pero miré hacia la campiña y divisé otros fuegos.

—¿Qué? —exclamó Claudia.

—Otros incendios, señora. No habían comenzado cuando llegué a aquel sitio, estoy seguro de ello. Pero, entre la oscuridad, pude distinguir uno a una distancia media, y otro un poco más alejado. En aquel momento no le di importancia. Pensé que estaban quemando rastrojos de la cosecha, pero aún no ha habido cosecha alguna. Esos fuegos no se verán hasta dentro de, al menos, dos meses. Entonces pensé en Simón el Salvador.

—¿Qué tiene que ver esto con él? —Claudia trató de calmar su desesperación.

—Eso es lo que hacía cuando comenzó la revuelta. Encendía fuegos como señales luminosas; apilaba leña, la rociaba con aceite y le prendía fuego. Los llamaba las *lucos del Cielo*, aunque no les valieron de mucho.

Claudia observó el jardín, exquisito y sofisticado. El peristilo comenzaba a poblarse, pues se acercaban hasta él cortesanos y oficiales para degustar los manjares que se habían dispuesto en unas mesas, y para descansar entre la fresca y delicada fragancia que despedía el precioso jardín. Sintió un escalofrío de temor. Algo en la historia de Narciso había evocado sus propias memorias de la pasada tarde. Recordó cuando caminaba hacia ese sicomoro donde se sentaba la familia imperial. ¡Eso es! La brisa de la noche soplaba contra ella, en dirección a la casa de duelos; sin embargo, seguía oliendo a madera quemada. ¿Y si Narciso estuviera en lo cierto? ¿Habría servido el incendio de la casa de duelos como una indicación luminosa? ¿Una señal dirigida a alguien, en el exterior, para que entrase en acción? Durante sus viajes por toda Italia, como integrante de una compañía de teatro itinerante, Claudia había visto movimientos de ejércitos y había escuchado el estruendo de la batalla. Recordó las oscuras colinas del norte, las señales que mandaban las hogueras, en la oscuridad de la noche, mientras los ejércitos de Roma maniobraban para lanzarse a una confrontación sangrienta.

—Cuéntame —preguntó—, ¿miraste hacia el otro lado?

—¿Qué quiere decir?

—Te encontrabas sentado en lo alto de la colina, encarando la villa, ¿no es cierto? Eso es dirección sur. ¿Había fuegos en el este y el oeste, o detrás de ti, en el norte? Estoy haciendo cálculos aproximados —añadió—. ¿Estaban los fuegos que observaste en línea directa tras de ti, o a tu alrededor?

—No, todos ante mí, no veía nada a izquierda o derecha. Por cierto, llevo trabajando cinco años aquí, y sé orientarme perfectamente.

Claudia se sentía cada vez más intranquila. Narciso tenía razón. ¿Por qué arderían tantos fuegos en pleno verano? Según el esclavo, no había quema de rastrojos, ni incendios forestales causados por el calor, sino provocados deliberadamente. Si se trataba de señales luminosas, ¿a quién querrían avisar? Se estrujó los sesos pensando en las posibilidades; no había grandes fiestas ni celebraciones. ¿Debería comentárselo a la augusta? Pero ¿y si no estaba en lo cierto? Claudia se puso en pie.

—Vas a venir conmigo.

—¿Adónde? ¿Para qué?

—Para dar un paseo de verano a caballo. Baja al establo y pide a los mozos que, por la autoridad de Claudia, mensajera de la augusta, preparen mi caballo, una dócil jaca, y una montura para ti.

—Preferiría andar —gruñó Narciso—. ¡Así es como me capturaron! En vez de salir corriendo, robé un caballo y me atraparon —el esclavo se internó apresuradamente en el jardín, sin dejar de balbucear palabras.

Claudia retornó a sus aposentos. Todo estaba en orden. Rellenó su bolso con algunas monedas y recogió su sombrero. Poco tiempo después, un pellejo de agua colgaba de las alforjas de su jaca, y Narciso y ella hacían su salida por una puerta lateral. La villa estaba ahora en silencio, pues la familia imperial y sus invitados se disponían a descansar para combatir el calor del día. Lo mismo ocurría con los guardias que se apostaban más allá de la muralla. Claudia observó que eran pocos y que estaban bastante separados unos de otros, y se habían desplazado a buscar cobijo a la sombra de los árboles. Se detuvo y miró hacia atrás. Narciso, que caminaba junto a ella ayudándose de un bastón, se paró y la miró con curiosidad.

—¿Está asustada?

—No, solo tomo precauciones. Cuéntame —continuó Claudia—, ¿sabíais cuándo iba a llegar el emperador?

—No, todos estábamos bastante nerviosos. El jefe de cocina se lo preguntó al capitán de la Guardia, pero no lo sabía. El emperador viene y va como la brisa. Todo lo que habían dicho a chambelanes y sirvientes era que, una vez que concluyeran los juegos, el emperador abandonaría Roma —Narciso se encogió de hombros—. Todo iba con normalidad, hasta el robo de esa espada. ¡Por el Señor de la Luz —suspiró—, vaya conmoción! La gente corría de aquí para allá. Me ordenaron que me llevase de la bodega a ese rollizo maestresala, Timoteo. Estaba blanco como la nieve, tanto que pensaba que había muerto. «Pues bien», pensé, «aquí llevo a otro al que tendré que

romper la nariz...».

—Gracias —Claudia le interrumpió con rapidez.

Al alcanzar el cruce de caminos giraron a una calzada que conducía hacia donde Narciso había divisado el primer fuego. El esclavo se había quedado absorto en sus propios pensamientos, reconfortado por un estómago lleno y el vino que danzaba en su sangre. Sonreía alegremente, tarareando una canción. La campiña se regodeaba en el sol del verano. Pasaron junto a avenidas de tilos, plátanos y sicomoros; de vez en cuando veían zonas en las que resaltaba la tierra de tonos ocres, y pastos que amarilleaban bajo el candente sol. Los campos de trigo, cebada y centeno maduraban al calor del verano. Cabalgaron junto a pequeñas granjas, en las que el aire olía a estiércol, leche y avena.

El silencio se veía ocasionalmente interrumpido por los ladridos de un perro o los graznidos estridentes de un ganso. Golondrinas, águilas ratoneras, estorninos y gorriones revoloteaban sobre ellos, entrando y saliendo de las copas de los árboles. El canto de los grillos se interrumpía de vez en cuando por el susurro de otros insectos o el zumbido monótono de las abejas.

Claudia comenzó a sentir que le pesaban los párpados. No era una gran amazona, aunque la silla de montar estaba bien sujeta y el caballo era muy dócil. Durante unos minutos estuvo dormitando. Confiaba en que Narciso tuviese buena memoria y un buen sentido de la orientación.

—Estoy seguro de que fue aquí —dijo Narciso, sacudiéndola suavemente para despertarla. Había llegado a un área de terreno arable en barbecho, en la parte izquierda del camino, que se reservaba hasta que pasara esa estación.

Claudia bajó de su caballo, saltó por encima del estrecho dique y comenzó a andar sobre el campo. En el otro extremo, una hilera de setos lo separaba de la siguiente parcela. La dura tierra crujía bajo sus pies. Un solitario pájaro picoteaba en el suelo en busca de semillas.

—Estoy seguro de que fue aquí —repitió Narciso—. Acabamos de pasar junto a una granja. Me he fijado en ella al pasar. ¿No deberíamos alimentar a tu yegua?

—No te preocupes por ella —gritó Claudia por encima del hombro—. Ha encontrado un poco de hierba, así que ya está satisfecha.

Continuaron caminando a través del campo. Claudia hacía un esfuerzo por mantener el equilibrio, tratando de no tropezar en el desigual suelo, salpicado de pequeños montones de tierra y algunos agujeros. Al principio, pensó que Narciso se había equivocado, hasta que el suelo se hundió ligeramente y llegaron a un círculo de cenizas y trozos de madera quemada.

Claudia se puso en cuclillas e introdujo las manos, para levantar una mezcla de tierra y cenizas. El hedor a aceite era muy penetrante. Se levantó, sacudiéndose las manos, y miró a su alrededor. El campo, con su enorme y callada expansión, parecía más amenazador. Cualquiera podría estar observándolos desde los árboles.

—Será mejor que nos vayamos —susurró— y deprisa, Narciso.

Claudia casi corrió de vuelta al camino, sudando intensamente bajo el abrasador sol, sintiendo una extraña sequedad en la boca. Al alcanzar la línea de árboles, se detuvo unos instantes a descansar bajo la sombra que proyectaban.

—Hemos venido en buen momento —observó—. Todos duermen.

—¿No deberíamos interrogar al granjero?

—Solo conseguiríamos levantar sospechas —respondió Claudia, señalando hacia el campo—. No hay ninguna razón para ese fuego, en absoluto. Supongo que el granjero tendrá poco que ver con él. Narciso, imagínate estos campos en mitad de la noche. Alguien recogió leña y tojo de los alrededores de este campo. Cuando cayó la luz, la apilaron, la rociaron con aceite y arrojaron sobre ella una antorcha. Me pregunto...

Entonces, antes de que Narciso pudiese detenerla, Claudia corrió de nuevo a través del campo, con la cabeza agachada y los hombros arqueados, como si temiese que hubiera algún arquero apostado entre los árboles.

Narciso la alcanzó cuando llegó a la zona quemada y ambos se giraron en la dirección de donde procedían. Su visión estaba parcialmente obstruida por los árboles y la calima del verano. Bizqueó mientras se movía adelante y atrás, hasta que descubrió en la lejanía los tejados de la Villa Pulcra.

—En la oscuridad de la noche —susurró— podrían divisarse las llamas que provenían de la casa de duelos.

—También podrían ver nuestra villa desde otros lugares —afirmó Narciso—. No tendrían por qué permanecer precisamente aquí.

Volvieron aprisa por donde habían venido. Claudia montó sobre su caballo y volvió la cabeza hacia la Villa Pulcra.

—¿No deberíamos ir hacia donde se prendieron las otras hogueras? —Narciso estaba disfrutando del paseo de verano con la agradable pero misteriosa joven.

—¡Ya he visto suficiente! —respondió Claudia—. Ya sé lo que debo hacer.

Pusieron rumbo hacia la villa, se lavaron el rostro y las manos y se dirigieron inmediatamente hacia las dependencias de la augusta. Las entradas y puertas estaban vigiladas por los guardias de Burrus, casi todos dormidos. Narciso se puso nervioso y comenzó a temblar. Claudia podía escuchar el rechinar de los dientes del esclavo con nitidez. El chambelán la informó de que la emperatriz dormía y no debía ser molestada, pero Claudia insistió y, poco después, Narciso y ella fueron conducidos hacia la alcoba de la emperatriz. Elena había estado descansando en un diván situado sobre una tarima, bajo la ventana. Llevaba una simple túnica blanca y su melena negra caía libre sobre sus hombros. Ahora les aguardaba sentada sobre un elaborado taburete, descalza, frotándose las mejillas y tratando de contener un bostezo. Claudia observó las cicatrices sobre el brazo izquierdo de la emperatriz, y se sorprendió de lo fuertes que parecían sus muñecas y tobillos.

—Cuando era joven, Claudia, era una atleta —declaró Elena, que había seguido la mirada de Claudia—. También participé en la campaña de mi querido marido. En una

ocasión, atacaron nuestra tienda —se frotó las cicatrices del brazo—. Pero bueno, me has despertado de mi sueño, ratoncita, así que debes de traerme algún chisme. ¿Quién es tu acompañante?

Claudia y Narciso se arrodillaron. Narciso temblaba tanto que la emperatriz le dio una copa de vino y le pidió que la vaciara de un trago, antes de hacerle una señal a Claudia para que tomara asiento. Al principio, la emperatriz parecía somnolienta, pero su rostro se fue tensando a medida que Claudia deshilvanaba su relato. De vez en cuando, la emperatriz miraba hacia Narciso, que se limitaba a asentir con la cabeza. Claudia relató exactamente lo que Narciso le había contado, y describió su marcha a ese campo solitario y los restos del lugar desde donde se emitieron las señales luminosas.

—Estoy de acuerdo —declaró la augusta en cuanto terminó Claudia—. Esto no es una coincidencia —avanzó unos pasos y acarició la cabeza de Narciso como si se tratara de su mascota—. Has hecho muy bien. Recibirás la libertad.

Narciso se desmayó instantáneamente, dándose de bruces contra el suelo. Claudia se agachó enseguida junto a él, le tomó la muñeca y trató de buscarle el pulso al tacto, escuchando su respiración. Después, le abrió la boca e introdujo un dedo para tratar de detectar cualquier posible obstrucción.

—Se encuentra bien —Elena se arrodilló sonriente a su otro lado—. Vamos, Claudia, pongámosle cómodo.

Giraron a Narciso hacia un lado, situándole una manta bajo la cabeza y otra sobre su cuerpo.

—Pobre hombre —declaró Elena—. Ha bebido demasiado vino, seguido de una larga caminata bajo el sol, y ahora su vida acaba de cambiar radicalmente. Dormirá durante un buen rato, ocúpate tú de él. Te daré algo de dinero para que se lo entregues, pero eso tendrá que esperar.

Elena la guio hasta una mesa cubierta de pergaminos. Rebuscó entre estos y extrajo un mapa del mar Medio, en el que aparecían representados los principales puertos de Italia, Asia Menor y Grecia.

—Durante los recientes juegos —explicó la emperatriz— he recibido informes de un espía de que Licinio, el emperador del Imperio Oriental, ha enviado una escuadra de barcos de guerra, trirremes y navíos de apoyo hacia la bahía de Corinto. También está reforzando las guarniciones en Grecia. Desde luego, según el acuerdo firmado entre nosotros, Licinio debe informarnos de tales maniobras. Afirma estar reuniendo sus fuerzas para hacer frente a una poderosa flota pirata que ha atacado a varios mercantes.

—¿Teme una invasión? —preguntó Claudia.

—No —Elena sacudió la cabeza—. Licinio no es capaz de eso, aunque temo su inclinación hacia la traición. Sospecho que planea una sorpresa —desplegó un mapa local en el que se representaba la corta distancia que existía entre la Villa Pulcra y la costa italiana—. Si estás en lo cierto, Claudia, y creo que lo estás, provocaron una

serie de incendios en línea recta, comenzando en la Villa Pulcra y terminando sobre los acantilados de la costa. Sé lo que vas a decir, pequeña: deberíamos alertar al emperador y mover tropas hacia la zona. Pero ¿con qué problema nos encontramos?

—No sabemos quién es el traidor, y solo conseguiremos que él, o ella, se ponga en guardia.

—Precisamente —sonrió Elena—. Creo que será mejor que me dejes esto a mí y a mi noble contingente de héroes germanos. Ahora, vamos a hacer que retiren a Narciso.

Elena llamó a unos sirvientes, que llevaron una camilla. Claudia hizo que trasladaran al inerte embalsamador de cuerpos hasta su habitación y que lo depositaran sobre su cama. El chambelán que les escoltó le dio unos golpecitos en el hombro.

—Déjalo descansar un rato —susurró—, yo me quedaré con él. La augusta quiere tener unas palabras contigo.

Cuando Claudia volvió a los aposentos de Elena, observó que la emperatriz se había cambiado y llevaba un mantoncillo sobre los hombros. Unos sirvientes sacaban túnicas, espejos, peines y frascos de perfume en la habitación adyacente. Constantino había decretado que se celebraría otro banquete imperial esa noche. Elena cerró la puerta de una suave patada e invitó a Claudia a que se sentara en un taburete, junto a ella. La emperatriz acercó el rostro a pocos centímetros del de Claudia y la observó detenidamente.

—Puede confiar en mí —susurró Claudia.

—Lo sé, ratoncita. Lo que me preocupa es en quién más puedo confiar. Tenemos el oscuro asunto de la desaparición de la espada, la muerte de Dionisio, la destrucción de la casa de duelos; ahora nos encontramos con que hay un traidor entre nosotros, que podría ser cualquiera. Narciso se ha ganado la libertad. Lo que observó eran señales luminosas, y sospecho que se extendían hasta la costa. En algún lugar del sur, oculto al escrutinio de nuestros vigías y centinelas, se oculta un trirreme de guerra, con la vela recogida y los remos desplegados, probablemente escoltado por navíos de apoyo y enarbolando banderas falsas. Sospecho que va a desembarcar una cohorte y va a atacar esta villa. Si alerto a los comandantes del puerto, este navío de guerra simplemente se desvanecerá. Si se lo digo a mi hijo, volverá a Roma o enviará a su flota, y el traidor, simplemente, esperará el momento de volver a conspirar.

—Pero está en peligro.

—No, no —el rostro de Elena se ruborizó por la excitación—. Estamos participando en un juego, Claudia, tan peligroso como aquellos con los que se debate tu Murano en la arena del coliseo. En Nicomedia, en el este, nuestro rival Licinio se sienta a conspirar contra nosotros —dijo secamente Elena—. Ha recibido información de que su gran rival Constantino se ha retirado a su residencia de verano, no demasiado alejada de la costa, y ha decidido atacar. Me ocuparé de frustrar tal intento y, al mismo tiempo, conseguiré demostrar a mi querido hijo que Licinio debe

ser destruido.

—Desea la guerra, ¿no es cierto? —Claudia miraba intensamente a esta mujer de mediana edad. De nuevo, las legiones se pondrían en marcha y el mundo retumbaría con los ecos del choque de dos imperios—. Quiere la guerra —repitió.

—No, Claudia, quiero la paz. Quiero que aquellos que escriben la historia hablen de la gran paz augusta, un periodo en el que el mundo soñaba, en el que las cosechas crecían y se recogían tranquilamente, en el que la gente vivía en paz —Elena se acercó algo más al rostro de Claudia, transmitiéndole su fragancia a perfume y vino suave—. Un nuevo Imperio, Claudia, con un nuevo linaje de emperadores, una nueva religión de Estado que sirva para unir a todos los ciudadanos. Jamás conseguiremos eso mientras Licinio y sus secuaces controlen el este y deseen expandirse. Así funciona el mundo —añadió Elena con voz cansada—. Las guerras no se inician —continuó, mirando a su alrededor— en los grandes salones de príncipes y reyes, sino, a menudo, en tocadores como este, en los que se toma una decisión y la suerte queda echada. Ahora, pequeña —presionó suavemente los labios de Claudia con un dedo—, mantenlos sellados. No se lo cuentes a nadie, confía en mí, y asegúrate de que Narciso disfruta de su libertad.

Claudia abandonó los aposentos de la emperatriz y caminó hacia su propia habitación. Se detuvo ante la jamba de una ventana y se asomó para observar las flores del exterior. Su perfume era intenso, e incluso las abejas y las mariposas parecían extasiadas por la embriagadora fragancia, por la cálida orgía de colores. Observó un busto de algún emperador largamente olvidado, mirando hacia el infinito desde su plinto. Se acercó y leyó su inscripción, escueta y seca, otorgando gloria eterna al «Divino Adriano». Estudió su rostro barbudo, su delgada nariz, los ojos tallados como si el emperador estuviese mirando hacia arriba, una moda que los escultores habían imitado de las muchas imágenes y retratos de Alejandro el Grande.

—Me pregunto —murmuró Claudia— si dentro de cien años alguien contemplará un busto de la augusta.

Recordó las apasionadas palabras de la emperatriz y, por un momento, se vio abordada por la sospecha acerca de las intenciones de la augusta. ¿Sería la augusta una mera espectadora de todo lo que estaba sucediendo? ¿O, una vez más, controlaba los acontecimientos? Claudia descartó esta última opción por indigna. Se acordó de Narciso y volvió aprisa a su habitación. El chambelán anunció que el embalsamador seguía aún dormido, así que Claudia mandó que buscasen al médico de la corte, que llegó arrastrando los pies, portando en sus manos una ampolla de aceite de olor acre. Incorporó a Narciso, situó el aceite bajo su nariz y le abofeteó suavemente. Narciso se despertó sacudiendo la cabeza y pestañeando. El médico le examinó minuciosamente, ordenándole que abriese la boca, tomándole el pulso en el cuello y alisándole con los dedos los pliegues de piel bajo sus ojos, y todo sin dejar de hacer comentarios para sus adentros.

—¿Debo traer algo de vino? —preguntó Claudia.

—Sí, sí, eso estaría bien —replicó el médico.

Cuando llegó, se lo bebió de un trago, declaró que el paciente estaba en mejor forma que él y se retiró. Narciso se recompuso.

—No puedo creerlo —exclamó, recostándose de nuevo sobre la cama—. Sinceramente, no puedo creerlo.

—Es cierto —sonrió Claudia—. Tus observaciones han sido muy valiosas; eres un hombre libre, Narciso.

La miró fijamente y comenzó a llorar.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer? —gimió—. No puedo volver a Damasco. Todos mis parientes y amigos han muerto, los que han sobrevivido piensan que soy un espía. No conozco a nadie en Roma, no tengo dinero.

—¡Cierra la boca! —Claudia se disponía a reprenderle cuando sonó un golpe en la puerta y un oficial hizo su entrada. Era uno de los bellos muchachos del emperador, con pelo negro rizado y suaves facciones. Estaba vestido con una túnica corta que dejaba al descubierto sus fornidas y largas piernas.

—¿Claudia?

La observó de arriba abajo, miró a Narciso, sobre la cama, y ocultó una sonrisa tras unos dedos extendidos, con uñas pintadas de color escarlata. Alrededor de su muñeca había sujeto una tira de cuero en la que se distinguía claramente el sello de un nuncio oficial, un mensajero de la cancillería imperial. Hizo entrega de un pergamino y una pequeña bolsa de cuero, que tintineó al caer sobre la mano de Claudia.

—Creo —añadió— que esto es para tu amigo —y se retiró haciendo aspavientos.

Claudia rompió el sello, desenrolló el pergamino y leyó las primeras palabras: «Elena Augusta, amada madre...». Siguieron las frases habituales. Claudia se lo entregó a Narciso.

—Tu libertad —declaró—, y algunas monedas para ayudarte en tu nuevo camino.

Agarró la mano de Narciso; el hombre estaba aún temblando, sin apartar la mirada del pergamino y de la bolsa de monedas que descansaba en su regazo.

—Puedes hospedarte con mi tío —ofreció—. Regenta una taberna cerca de la Puerta Flavia.

Los ojos de Narciso se poblaron de lágrimas.

—No, no —protestó Claudia—. No empieces a llorar de nuevo, podrás hacerlo más tarde. Hasta que abandonemos este lugar serás mi compañero; debe de haber alguna pequeña habitación cerca de esta —su sonrisa se hizo más abierta—. Ya eres mi amigo, y necesitaré tu ayuda.

Narciso abrió la boca para comenzar a llorar, se encontró con la mirada decidida de Claudia y forzó una sonrisa.

—Lo que usted diga.

Claudia le llevó una copa de vino. En el exterior, el pasillo estaba atestado de sirvientes que corrían de un lado para otro, portando bandejas de frutas y jarras de

vino, mientras los huéspedes se desperezaban de su siesta. Aguardó a que Narciso vaciase su copa.

—Narciso, trata de olvidar por un momento tu buena fortuna. Quiero que recuerdes el cadáver de Dionisio. Eres embalsamador, un experto en estudiar a los muertos; ¿encontraste algo —Claudia escogió cuidadosamente las palabras— significativo, excepcional en él?

Narciso se rascó la nariz y cerró los ojos.

—Nada —declaró—. Todo lo que puedo recordar es un cuerpo mutilado, cuarteado y empapado de sangre. Me llegué a preguntar si Dionisio, al ser arrianista, debería recibir algún rito especial de enterramiento, quiero decir, distinto del ortodoxo. ¡Ah! —Narciso alzó una mano—. No, no, ¡había algo! Había más cortes en el lado derecho del cuerpo que en el izquierdo. ¿Significará eso que el asesino era diestro? Y el golpe de la cabeza estaba también en el lado derecho. ¿No es cierto, Claudia, que un asesino tenderá siempre a aproximarse por el lado al que está habituado? Un zurdo me atacaría desde la izquierda...

—No lo sé —interrumpió Claudia—. Jamás había pensado en ello. Debería preguntar a Murano. De todas formas, mucha gente es diestra. ¿Alguna cosa más? —añadió.

—Algunas heridas tenían el aspecto de cruces, de líneas cruzadas. El cuerpo descansaba sobre una tabla, y recuerdo haber aflojado las cuerdas, pero pronto decidí que ya había visto suficiente y me retiré. A propósito, ¿quién es Murano?

—Es un gladiador, un amigo. Escucha, Narciso, tú trabajas con cuerpos humanos —Claudia sonrió—, más bien muertos que vivos; ¿sabes algo de venenos y de su efecto?

—Desde luego —el rostro cansado de Narciso se iluminó—. Algunos venenos son muy fáciles de ocultar. Pueden hacerte creer que la víctima murió de un ataque, o de alguna herida interna, pero los órganos de un cadáver nunca mienten. Cuando extraes un corazón ennegrecido y reseco, o un estómago que apesta como una cloaca, te planteas cómo ha muerto realmente esa persona. Así es —continuó—, más de una vez he embalsamado a algún desdichado cuyos órganos habían cambiado de color o que apestaban como un corral de camellos, después he observado a la apenada viuda y me he preguntado cuál sería la verdad. ¿Por qué lo preguntas?

Claudia describió lo que había sucedido en el anfiteatro: Espicerio había bebido el vino envenenado, se había desvanecido y el dedo acusador de la sospecha había señalado a su amigo Murano. También relató a Narciso lo que había dicho el médico militar. Narciso asintió con la cabeza.

—No olvide, querida —agitó un dedo ante su rostro—, que muchos venenos, en pequeñas cantidades, pueden ser incluso beneficiosos. Pueden limpiar la sangre y purificar el mal humor, purgar el estómago del exceso de desechos e incluso, quitar imperfecciones, tales como verrugas. Espicerio debe preguntarse si tomaría algún elixir o alimento que contuviese esa sustancia; no en suficiente cantidad como para

matarle, sino para quedarse a medio camino entre las propiedades beneficiosas de esa sustancia y sus más nocivos efectos...

Narciso iba a continuar cuando se abrió repentinamente la puerta. Claudia se giró. Al principio, pensó que se trataba de algún oficial de la corte, que venía a transmitirle una citación de la augusta. Tomada por sorpresa, tan solo pudo observar, como en un sueño, la lámpara de aceite que se estrellaba contra el suelo, derramando su contenido, y las amenazadoras llamas que se elevaron casi al instante. Durante algunos segundos se quedó inmóvil, sobrecogida por el horror. A Narciso no le fue muy diferente, hasta que asimiló la enormidad de lo que estaba sucediendo: el aceite que lo empapaba todo, las voraces llamas que aumentaban de intensidad al prender en las sábanas de la cama y en un taburete de madera cercano.

Claudia dio un respingo, recogió su bolsa, capa y sombrero, gritó a Narciso que cogiera el pergamino de la emperatriz y el bolso y tiró de él hacia la ventana...

Séptimo, discípulo de Atanasio, incondicional de la rama ortodoxa, permanecía echado en su cama, mirando al techo de color crema. Le gustaba ese color, tan relajante. A veces, los vivos colores de la villa imperial, aparte de los guardias dispuestos por doquier, le traían recuerdos que preferiría olvidar. Séptimo había cenado bien. Había observado a Elena charlar como una cotorra con ese esclavo, y se preguntaba qué encontraría tan interesante en él. Después de todo, Séptimo estaba seguro de que esa «pequeña Claudia», como Atanasio solía llamarla, había ido a la villa para vigilarles a ellos, más que a los esclavos.

Séptimo estaba satisfecho con el curso que estaban siguiendo los acontecimientos. Atanasio había tomado la delantera, Justino se sentía incómodo y Dionisio estaba muerto. Eso le alegraba, y trataba de desterrar cualquier sentimiento de culpa. Dionisio sabía demasiadas cosas de él y de su pasado. Se habían criado juntos en Capua, fueron a la misma escuela y se convirtieron a la nueva fe sin dudarlos. Pensaron que vivirían en paz hasta que se desataron los horrores del infierno. Dionisio pensó que estarían a salvo; después de todo, pertenecían a una buena familia. Pero erró en sus cálculos y se vio pronto rodeado por los agentes de Diocleciano. Hordas de hombres armados entraron a tropel en sus casas, en mitad de la noche. Registraron bodegas y jardines y, desde luego, encontraron pruebas suficientes. Colocaron ajustados collares sobre sus gargantas, les ataron las manos y los sacaron en mitad de la noche, hacinándolos en carros.

Séptimo jamás olvidaría aquella escalofriante marcha durante la gélida noche. No les dieron respiro, ignoraron sus ruegos y súplicas, y les cubrieron la cabeza con capuchas. Dionisio y él se reconocieron por la voz; no conocían al resto de los prisioneros. Los hicieron bajar del carro al despuntar el alba, envueltos por el humo y las llamas de las antorchas de su escolta, y les obligaron a discurrir por enormes y aterradores túneles.

Solo entonces, en medio de una gran excitación, Séptimo cayó en la cuenta de que se encontraban en las entrañas del gran anfiteatro Flavio, como posibles víctimas

para los juegos.

Séptimo lo sabía todo del cielo, el lugar de Cristo, nuestro Señor, pero el sacerdote que le había convertido también había relatado los tormentos del infierno. En aquella terrorífica mañana, Séptimo llegó a creer que había muerto y que estaba exponiéndose a los horrores de la oscuridad eterna. Los recluyeron en una cavidad que apestaba a bestias salvajes, cuyos rugidos y aullidos en la oscuridad helaban la sangre y cortaban la respiración. Las horas se hacían eternas; no les ofrecieron comida ni agua. Séptimo, vencido por el cansancio, cayó dormido. Se despertó súbitamente por el rugido de la multitud que se asemejaba al bramido de un mar encrespado. Aparecieron unos guardias con máscaras negras, les quitaron las capuchas y les arrastraron a toda prisa por los hediondos túneles que conducían hacia la Puerta de la Muerte, que daba paso a la ardiente arena del anfiteatro.

Séptimo tan solo podía ser testigo del discurrir de los horrores del día. Sacaron a empujones a hombres, mujeres y niños para servir de presa de las bestias salvajes, para ser atacados por panteras, tigres y leones o despedazados y ensartados por furiosos toros de enorme cornamenta. Observó los cuerpos descuartizados de tantos hombres que la arena estaba tan revuelta y empapada de sangre como en el puesto de un carnicero. Y todo esto se hacía únicamente para satisfacer los apetitos de la multitud. A Séptimo lo habían apartado bruscamente hacia un lado, mientras otras víctimas, vestidas con túnicas empapadas de brea y atadas a postes sobre plataformas móviles, eran lanzadas hacia la arena para servir de blanco de los arqueros, cuyas flechas incendiadas las convertían en antorchas vivientes.

En algún momento, Séptimo perdió la consciencia, para recuperarla con una sacudida. Le pusieron una áspera mordaza entre los labios. Pensó que había llegado su turno y, al alzar la mirada, se encontró con el rostro de Dionisio, tan sobrecogido por el terror que había perdido todo control sobre su vientre y vejiga. Sin embargo, aquel horrible día continuó y ni su compañero ni él compartieron el destino de los demás. Al contrario, cuando acabaron los juegos, les condujeron a una celda situada bajo el anfiteatro, donde recibieron la visita de unos hombres de rostro enigmático. Le hicieron una oferta: vida y libertad, protección contra las macabras imágenes que había presenciado, pero con una condición: debía contarles todo lo que sabía de la comunidad cristiana de Capua y continuar ofreciéndoles información cada vez que se lo pidieran, dejando informes en lugares acordados a lo largo de la ciudad. Séptimo aceptó el trato. Cayó de rodillas e imploró por su vida. Sus captores le dieron una buena paliza, para convencer a los demás en Capua de que no le habían tratado con benevolencia. También le dieron una buena comida, una bolsa con monedas y le entregaron algunos salvoconductos.

Ya de vuelta en Capua, Séptimo relató a todos que había soportado la tortura estoicamente y que le habían puesto en libertad al no hallar pruebas que le inculparan. Se le consideró un héroe y se le rindieron honores, otorgándole un lugar prominente en la asamblea cristiana. Una semana más tarde, Dionisio volvió con una historia

similar. Los dos hombres raramente hablaban entre sí, evitaban la compañía del otro, y jamás volvieron a referirse a lo que había sucedido en aquellas oscuras cuevas bajo la tierra.

La persecución se enfureció. Séptimo cumplió su parte de la traición hasta que se declaró la guerra civil. Las autoridades dejaron de interesarse por los cristianos, más preocupados por quién sería el próximo gobernador de Roma. Para entonces, Séptimo se había ganado una buena reputación como orador y erudito, mientras que Dionisio se había embarcado en la doctrina arrianista. Eso complacía a Séptimo. Le proporcionaba un nombre a su enemistad, les separaba; hasta que Dionisio comenzó unas negociaciones secretas con los ortodoxos y Séptimo comenzó a cuestionarse cuánto sabía en realidad.

Séptimo sintió un escalofrío de terror en el estómago. Se sobresaltó y una punzada de dolor recorrió su pierna izquierda. Se incorporó y escuchó los gritos y alaridos, y los ruidos de pisadas en el exterior. Se colocó apresuradamente las sandalias, se rodeó los hombros con una capa y corrió hacia el pasillo. Los sirvientes corrían en todas direcciones. Uno llevaba un cubo de agua. Desde el interior del palacio resonaba el tintineo de címbalos y los gritos de «¡Fuego!». Séptimo decidió ir a averiguar lo que ocurría pero, al igual que a los demás, le detuvieron los guardas apostados en el pasillo que conducía hacia los aposentos imperiales. Un oficial le informó bruscamente de que se había declarado un fuego en una de las habitaciones, pero que nadie había resultado herido y que las llamas se habían controlado con rapidez.

Séptimo se retiró. Volvió a su habitación y encontró una nota garabateada bajo la puerta. La cogió entre los dedos, enrolló el trozo de pergamino y lo introdujo en su bolso. Abandonó su habitación y, caminando tan tranquilamente como podía, recorrió el palacio y llegó hasta las letrinas. Abrió la puerta y pasó a su interior. Estaban vacías.

—¿Estás ahí? —llamó Séptimo.

Una sombra se movió a su izquierda. Séptimo no se giró lo suficientemente rápido para eludir el fuerte golpe en la cabeza, que le envió de bruces al suelo. Estaba medio inconsciente, aunque percibió que alguien le arrastraba por el suelo de azulejos. Trató de mover las manos, pero ya se las habían atado. Los terrores de lo que había ocurrido poco antes y las pesadillas de años pasados le rondaron la cabeza. Se abrió una puerta y arrastraron a Séptimo hacia su oscuro interior. Sintió que le despojaban de su cinturón y su cartera. Percibió la húmeda y rancia calidez del aire y el hedor del agua estancada. Trató de gritar, pero la mordaza que habían asegurado entre sus labios se lo impidió. ¡Dionisio! ¿Le estaba sucediendo lo mismo a él?

El dolor le atenazaba la cabeza, su cuerpo estaba empapado de sudor, la respiración de su captor resonaba fuertemente. Lanzaron a Séptimo contra una columna y le ataron a ella. Había perdido su toga y ahora le rasgaban la túnica. Tras él podía distinguir el ruido de unos pasos y la respiración violenta de alguien, como si

hubiera forzado una carrera durante un corto espacio de tiempo. Se escuchó el restallido de un látigo y Séptimo gritó ahogadamente cuando el primer latigazo le quebrantó la espalda desnuda.

Capítulo 7

«*Cui bono?*».

(«¿Quién saca provecho?»).

Cicerón, *Pro Milone*, XII

La galera que solía patrullar los estrechos de Bizancio con el nombre de la *Gloria de Corinto* estaba pintada de negro. Su pasamanos de cubierta, de color rojo y dorado, estaba cubierto con una lona, al igual que la cabeza dorada del grifo, situada en la popa, y el águila con las alas batidas y el ojo de Horus, en la destacada proa. Sus velas eran negras, y su tripulación estaba bien entrenada en el manejo de los remos. La galera se había desgajado de la flota principal de guerra, aprovechando los vientos de finales de verano para abandonar el Egeo e internarse en el mar Medio. Se había mantenido alejada de Sicilia y ahora recorría la línea de costa italiana, haciendo uso de islotes y calas desiertas. Si amenazaba el peligro, se izaban banderas y estandartes falsos. Para los curiosos, se trataba tan solo de otra galera de guerra que patrullaba las costas en busca de piratas. Bien aprovisionada de agua y víveres, la galera había llegado a tiempo a la posición acordada y aguardaba la señal. Esta había llegado finalmente: una serie de señales luminosas que podían observarse con nitidez desde el mar. El capitán de la galera se puso en movimiento, lenta y silenciosamente, como un lobo siniestro que acecha un corral de ovejas. El mar estaba en calma y el piloto conocía perfectamente las corrientes y los peligros ocultos, así que consiguió llevar la galera a la playa al despuntar el alba.

Los soldados y marineros, vestidos con pantalones bombachos y túnicas bajo cotas de malla, se preparaban ahora para moverse por tierra. Todos habían sido seleccionados por su lealtad y buen entrenamiento. Eran veteranos, expertos en tender emboscadas y eliminar a bandidos y malhechores en las montañas del Tauro, cerca de las Puertas Cilicias. Estaban armados con arcos, flechas y largas espadas curvadas, con unos escudos circulares enganchados a las espaldas. Sobre sus cabezas portaban cascos de cuero reforzados, con protecciones para nariz y mejillas. Algunos llevaban improvisadas escalas, largos listones de madera con cuerdas a cada lado, además de garfios de hierro, recipientes con brea y pequeñas antorchas. Se detuvieron para comer algo de pan duro, frutos secos y salazón de carne y tomaron un sorbo de agua de la pequeña botella que llevaba cada hombre antes de continuar la marcha.

Al alcanzar las dunas de arena se detuvieron unos instantes para concluir los preparativos y enviar una avanzadilla hacia el bosque. Estos exploradores, mercenarios vándalos, fueron silenciando todo signo de vida en las solitarias granjas

y cabañas, rebanando el cuello a cualquiera que se cruzara en su camino, destripando a los perros y haciendo acopio de cualquier botín disponible. Los oficiales habían estudiado minuciosamente sus mapas de la zona. La campiña que rodeaba la Villa Pulcra estaba bastante desierta, como resultado de sucesivos decretos imperiales. Esto les era de gran utilidad, al igual que la información que habían recibido del sistema de vigilancia de la villa. Estaba bajo el mando de Gayo Tulio, un oficial veterano de Constantino, que compartía su mandato con Burrus, comandante de la Guardia de la gran Elena. Los atacantes habían recibido instrucciones estrictas. Constantino y su madre debían ser asesinados, y debían tomar prisioneros a Burrus, Rufino, Criso y Gayo Tulio, además de al sacerdote Silvestre y al cabecilla del movimiento ortodoxo, Atanasio. Los demás debían morir.

La fuerza atacante se internó en el bosque. Subieron una suave colina hasta llegar a un claro, en el que se reagruparon y descansaron, repartiendo el botín obtenido durante el saqueo. Tomaron algo de agua y reanudaron la marcha. Tras un largo caminar llegaron a los límites de la villa. Ocasionalmente, se encontraron con soldados de guardia, pero eran pocos y estaban somnolientos, así que los despacharon con rapidez. La maleza que rodeaba la villa era bastante espesa, por lo que se vieron obligados a utilizar el único camino. El capitán al mando no tenía alternativa, pero sintió que algo iba mal. Podía apreciarlo en el picor del sudor que le recorría la espalda. ¿Sería el silencio del bosque? ¿La ausencia de sonidos de aves en la espesura? ¿Habrían sentido la amenaza también los animales y habrían huido? De vez en cuando, el capitán hacía una pausa, tratando de escuchar los sonidos de la noche. Miró hacia atrás. Todo lo que podía ver bajo la débil luz de la luna era una fila irregular de hombres. A pesar de sus sospechas, era totalmente inconsciente de las sombras que seguían a sus hombres a ambos lados del camino. Estas siluetas, acostumbradas a la oscuridad de los bosques germanos, se deslizaban como lobos acechantes entre los helechos, agrupándose tras el final de la columna. Cuando la fila de invasores se movió con más rapidez comenzaron a aparecer rezagados, sobre los que se abalanzaron las sombras; una mano en la boca, un cuchillo que secciona la garganta...

Claudia observaba el opulento triclinio de la Villa Pulcra. Los sillones bordados en oro estaban dispuestos en forma de herradura. Ante cada uno de ellos se había colocado una mesa baja de madera pulida de cedro libanés, con franjas de ébano y marfil. Las mesas estaban cubiertas de pequeños platos dorados, repletos de porciones de estofado de ternera, liebre en salsa dulce, jamón al vino tinto con hinojo, hígado frito, platija cocida y trucha con especias. Sobre un trozo de papiro, encabezado por las insignias imperial y cristiana, el cocinero personal de Constantino describía el menú con frases como «Si son jóvenes, las liebres deben servirse con una salsa dulce de pimienta, un poco de comino y jengibre...».

Claudia había comido suficiente y había saboreado el vino tinto de Falernia de, al menos, setenta años de solera, según afirmaba el menú, mezclado generosamente con

el agua tibia servida a cada comensal en pequeñas jarras. La habitación estaba iluminada con candelabros, con seis lámparas cada uno, sobre jarras de alabastro de distintos colores. Las ruedas sobre las que descansaban estas lámparas se habían bajado todo lo posible para proporcionar luz suficiente. La fragancia que despedían se mezclaba con el perfume de los frascos de incienso y sándalo, así como de los incontables cestos de flores que colgaban de las paredes de la habitación.

Para el deleite de los invitados, se contaba con la actuación de varios artistas y músicos. Ahora, el poeta de la villa citaba el soneto de Ovidio: «Ya que eres hermosa, no puedo pedirte que seas fiel». Pocos huéspedes prestaban atención, ocupados con sus conversaciones o mirando a sus copas con los ojos enrojecidos por el vino. En el centro de la herradura, Constantino discutía airadamente con su madre. Parecía bastante alterado. Elena sostenía una jarra de agua mientras protestaba por lo mucho que estaba bebiendo su hijo. Timoteo permanecía nerviosamente en pie tras los divanes imperiales. A Claudia le habría gustado buscar su mirada para indicarle que se retirase a un lado, pero el maestresala parecía inquieto. Criso, completamente tendido, susurraba unas palabras al bello joven que compartía su diván. Atanasio y Justino, los cabecillas de ambos bandos, se habían separado deliberadamente, aunque esta confortable cena se celebraba en su honor. Frente a Claudia, Gayo Tulio bostezaba a la cara de un anciano senador. El capitán miró rápidamente a su alrededor, pestañeó y volvió con el anciano, que estaba aburriendo a todos con sus denuncias de lo que ocurría en los baños de Roma.

Claudia se sentó en un extremo de la herradura. Desde allí podía observar a los músicos, que se habían esforzado al máximo, pero que se habían dado por vencidos y ahora se dedicaban a beber vino y a comer las sobras que quedaban en las bandejas. Justo enfrente de ella, en el otro extremo de la herradura, había un hombre alto y moreno que permanecía tenso y en silencio. Claudia había visto a Rufino acercarse a hablar con él mediante susurros. El extraño tenía el rostro agriado, con ojos inquietos, y se movía nerviosamente en su diván. No se trataba de un cortesano, a pesar de la lujosa túnica que vestía; su rostro, brazos y piernas, tostados por el sol, resplandecían por el aceite. Claudia observó las cicatrices que se adivinaban por debajo de las mangas y del dobladillo de su túnica, y concluyó que debía de ser un soldado o un gladiador, pues mostraba un desasosiego en sus maneras parecido al de Murano.

Claudia miró hacia otro lado. Estaba aburrída, cansada, aunque aún nerviosa después de aquel ataque violento. Recordó cómo se abrió la puerta, cómo arrojaron la lámpara al interior de la habitación, el charco de aceite que se formó tras estrellarse esta contra el suelo y, finalmente, las voraces llamas. Si hubiera estado durmiendo en la cama, aquella lámpara habría convertido las sábanas en su pira funeral. ¿Por qué habría actuado así su atacante? Cerró los ojos y trató de recordar cada detalle. Había estado sentada, hablando con Narciso y, de repente, la puerta se abrió deprisa. ¡Eso era! La mayoría de los invitados de la villa se habían retirado a sus camas durante la hora de más calor del día. El presunto asesino supuso que ella habría hecho lo mismo.

Se dirigió a su habitación con esa lámpara de aceite, esperó hasta que el pasillo estuviese vacío y abrió la puerta. No había contemplado la posibilidad de que no estuviese sola. Él (recordando la figura grotesca de la bóveda, Claudia decidió que debía tratarse de un hombre) debió de haber salido huyendo ante el sonido de voces y, en vez de tomarse tiempo para apuntar bien y arrojar la lámpara hacia la cama, simplemente se limitó a lanzarla al interior de la alcoba. El asesino había visto frustrado su intento, pero había causado la confusión suficiente como para que ella y Narciso tuviesen que escapar a través de la ventana. La pequeña habitación estaba hecha de dura piedra, con algunas traviesas de madera incrustadas, por lo que a los siervos no les costó demasiado tiempo hacerse con el control del fuego, utilizando pesadas mantas empapadas de agua y cubos de arena seca. Claudia y Narciso se habían resguardado en el jardín. La joven le había dicho a su acompañante que permaneciera en silencio mientras informaba al chambelán de que el incendio había sido el resultado de un accidente fortuito. En realidad, su torturador la perseguía, y Claudia se preguntaba si Elena estaría al corriente de los hechos. En varias ocasiones, durante la cena, Elena había dirigido su mirada hacia ella, alzando las cejas como si algo la mantuviese curiosa o perpleja.

Claudia paseó su mirada por toda la habitación. ¿Cuál de estos invitados sería el culpable? ¿Criso, al que tanto desagradaba? ¿Los filósofos? Atanasio se había acercado hasta ella justo antes de la comida, bastante enfadado, pues no había conseguido encontrar a su colega Séptimo. Claudia se sintió tentada de tomar otro sorbo de vino para aplacar sus nervios, pero no quería que el alcohol nublara su mente. Rufino, tumbado sobre el diván que había junto a ella, trató de darle conversación, pero su esposa Fulvia Julia se percató de ello y comenzó a arrullar como una paloma torcaz, demandando constantemente la atención de su marido.

Claudia decidió examinar una pintura que había sobre la pared opuesta del triclinio. El comedor recibía el grandilocuente nombre de la Cámara de Marte, ya que sus paredes estaban decoradas con motivos bélicos que ensalzaban la gloria de Roma. El que tenía enfrente mostraba un país próspero que estaba siendo destruido. Los batallones enemigos estaban siendo masacrados. Los hombres huían o eran apresados, las murallas de la ciudad se derrumbaban ante el embate de la pesada maquinaria de guerra, sus calles estaban anegadas por un mar de sangre; los defensores, incapaces de resistir, levantaban los brazos en señal de rendición. Una cereza golpeó la mesa ante ella. Claudia miró a su alrededor. Silvestre la miraba con gesto pensativo, como si él también tuviese curiosidad por los acontecimientos que habían tenido lugar. Claudia le dedicó una rápida sonrisa. El presbítero romano, como todos los demás asistentes, debía ser considerado sospechoso. «Sí», pensó Claudia, «además de los que se encuentran en el exterior, incluyendo al taciturno Narciso». Claudia se frotó la nariz. Había algo extraño en Narciso el Bueno, algo que había dicho, pero no podía recordar de qué se trataba.

El murmullo de la conversación se apagó; el poeta se había retirado, después de

haber recibido una pieza de plata de manos del emperador. Criso, el chambelán, se situó en el centro de la habitación; inmediatamente, recibió los aplausos de los asistentes. Claudia sospechaba lo que estaba a punto de suceder. Criso había sido actor, un propagandista, siempre dispuesto a proclamar los últimos escándalos que envolviesen a Licinio, emperador de Oriente, y a su corrupta corte, en Nicomedia.

—Noticias actuales procedentes del este —comenzó, extendiendo los brazos—. Licinio está organizando sorteos. En sus cenas, reparte regalos escritos al dorso de las cucharas. Pueden ser diez camellos, diez moscas, un filete de ternera e, incluso, perros muertos —hizo un gesto para aplacar las risas de su audiencia—. El pobre hombre se ha vuelto loco. Insiste en comer pescado con una salsa azul. Ata cuatro enormes perros a su carruaje y, escuchad, cuando se emborracha, encierra a sus amigos en sus aposentos, y después, en mitad de la noche, les envía leones, leopardos y osos.

—Quizá empiece a hacer eso aquí —gritó Constantino entre un mar de risas—. ¿Qué prefieres, Criso, un oso o una pantera?

—Excelencia —Criso sacudió la cabeza—, Licinio está en bancarrota. Envía a sus adláteres ranas, escorpiones, serpientes y otros reptiles repugnantes, atrapa moscas en recipientes y les llama «sus abejas domesticadas».

Criso había conseguido acaparar la atención de todos; esto no se trataba de un juego. El chambelán estaba ridiculizando deliberadamente al rival de Constantino, elevando la temperatura de la corte, colocando otra pieza más en el argumento que trataba de animar a Constantino a probar suerte en el este.

Claudia observó a la emperatriz. Elena no había bebido ni comido nada. De repente, Claudia cayó en la cuenta de que faltaba alguien: la sombra de Elena, el hombre que la había reclutado para el servicio imperial, el sacerdote cristiano y escriba Anastasio. ¿Por qué le habría dejado en Roma la emperatriz? ¿Qué más cosas estarían sucediendo? ¿Habría otras amenazas además de aquellas señales luminosas? Claudia se preguntó por la razón de la discusión entre la emperatriz y su hijo. Además, desde que el poeta se había retirado, los mensajeros habían estado entrando y saliendo de la habitación, como si informaran a Elena de algo que estaba sucediendo en alguna parte de la villa. Claudia miró a su alrededor y reprimió un escalofrío. Elena había organizado personalmente la cena. Antes, incluso, de que empezase, había insistido en que todos debían asistir y disfrutar de las actuaciones preparadas. ¿Habría tras eso oculta alguna siniestra razón?

—Licinio va a morir pronto —Criso estaba completamente lanzado—. Un sacerdote sirio ha predicho que morirá violentamente. Por eso, ha preparado unas cuerdas de hilos de seda púrpura entrelazados para que pueda ahorcarse si fuera necesario, y una espada de oro bajo la que pueda sucumbir cuando llegue el día del juicio —Criso miraba con gesto grave a su señor imperial—. Licinio espera su muerte. Dice que oculta venenos en amatistas y esmeraldas. Ha construido una torre muy alta, con bloques de oro y piedras preciosas, desde la que pueda arrojarse. Quizá

haya llegado el momento, Excelencia —concluyó con grandilocuencia— de que alguien anime a Licinio para que juegue en serio con tales juguetes.

Sus palabras se saludaron con una gran ovación. Las copas se elevaron en un gran brindis. Constantino miró a su alrededor, con el rostro enrojecido por la excitación, y asintió complacido. Los músicos interpretaron una tonada, pero estaban tan borrachos que Criso les indicó tajantemente que se callaran. Rufino el banquero aprovechó la ocasión para volverse hacia Claudia.

—¿Sigues preocupada por Murano?

—Así es —sonrió—, y estoy intrigada por lo que ha dicho Criso. ¿De veras pensaste que Murano mataría a un hombre claramente incapacitado?

Rufino se encogió de hombros.

—Es la ley del anfiteatro, Claudia. He visto a gladiadores caer enfermos durante un combate; eso no les ha salvado de la muerte. Pero te diré algo —añadió, con una sonrisa torcida—, para volver a repetirme. Hay demasiado dinero en juego, y mucho se ha apostado a favor de Murano.

—Pero ahí no acaba todo —interrumpió Claudia—. Tendrá que enfrentarse a Meleager el Magnífico, el Asombro de un Millón de Ciudades.

—¿Te gustaría conocerle? —preguntó Rufino—. ¿A Meleager? Ha estado en la villa desde que llegaste. Meleager —gritó Rufino al extraño hombre de cabello oscuro que Claudia había estado observando anteriormente—, será mejor que te acerques, quiero presentarte a alguien.

Meleager se incorporó de su diván y se acercó. Era alto, y su forma de andar recordaba a Claudia a la de una pantera enjaulada. Era muy corpulento, pero se desplazaba con la gracia de una bailarina. Se puso en cuclillas junto a Rufino y miró hacia Claudia. Tenía una mirada profunda, un rostro huesudo, la nariz ligeramente torcida y unos labios delgados sobre un mentón firme. Llevaba el pelo corto y lucía una horrible cicatriz junto a la oreja izquierda. Claudia observó su muñeca; no había ningún tatuaje púrpura.

—Meleager, quiero presentarte a la joven Claudia, mensajera y asistente de la augusta, amiga muy querida de Murano, con quien tendrás que vértelas en la arena.

—Mi señora —Meleager tomó la mano de Claudia y se la llevó a los labios—. Su amigo se ha ganado una excelente reputación. Espero enfrentarme a él en los juegos que se organizarán para celebrar el cumpleaños del emperador. Mi señora, ¿se encuentra bien?

Claudia sintió que se le había secado la boca. Deseaba que Meleager le soltara la mano. No quería que se percatase de lo fría que se había quedado. Puede que no tuviese tatuaje alguno en la muñeca, pero desde la proximidad reconoció esa voz, recordó el olor, la mezcla de perfume y sudor; incluso su tacto le resultaba familiar. Este era el hombre que la había violado, el asesino del pobre Félix.

—Yo... —Claudia pestañeó con fuerza. Rezaba por no desmayarse. La habitación se movía a su alrededor—. ¿Sabes qué? —sonrió y retiró rápidamente la mano—. He

bebido demasiado vino, me debe de haber sentado mal —y, poniéndose en pie de un salto, abandonó la habitación.

No sabía hacia dónde se dirigía. Corrió entre guardias y centinelas, ignorando las desafiantes palabras de un oficial. Recorrió un pasillo flanqueado por columnas, saltó un muro y se internó en la oscuridad. Llegó hasta un árbol y sintió que no podía dar un paso más. Las piernas le pesaban y sentía un tremendo dolor en la parte posterior de la cabeza. Le faltaba la respiración y cayó de rodillas, sintiéndose muy enferma. Mientras sufría tremendas arcadas se frotaba la mano que había tomado Meleager, tratando no solo de limpiarla, sino de arrancarse la piel que había estado en contacto con la del gladiador. Vomitó hasta vaciar el estómago; el ácido le quemaba el esófago, pero comenzó a sentirse mejor. Se echó a un lado y se tumbó boca abajo, sobre el césped. Estaba húmedo y fresco, como la arena en la que Félix y ella habían estado jugando. Habían estado recogiendo conchas cuando apareció la sombra. Claudia comenzó a llorar y las lágrimas le regaron el rostro.

—¡Claudia! ¡Claudia! —Sintió que alguien le acariciaba el pelo y dio un respingo. Una mano le sujetó el hombro y tiró suavemente de ella; no se resistió y se dejó girar, quedando cara a cara con Silvestre, que la miraba con rostro de preocupación. El sacerdote se quitó la capa, se la puso a Claudia y se sentó junto a ella, jugueteando nerviosamente con la hierba.

—Te he visto retirarte. Los demás pensaron que te sentías mal. ¡Claudia, tú jamás te sientes enferma, nunca te emborrachas! ¿Qué ha ocurrido allí? Meleager cree que te ha asustado.

—Lo hizo —replicó Claudia, y consiguió sentarse a duras penas. Cogió la capa de Silvestre y se la ajustó a los hombros—, me ha dejado aterrada. ¡Es él!

—¿Él?

—El hombre que me violó y que mató a mi hermano.

—¡Imposible! ¿Viste el tatuaje?

—Se lo ha quitado —Claudia sintió que recuperaba las fuerzas—. Sé que es él. Jamás olvidaré su olor, esa voz...

—Calla y escúchame —Silvestre le sujetó la cara con las manos—. Soy un sacerdote de Cristo, Claudia, así que es duro lo que voy a decir. Debes fingir, al igual que has estado haciendo desde aquella fatídica noche. Si se debe hacer justicia, deja que sea Dios el que se encargue de ello. Juro por su sagrado nombre que lo hará. Meleager es gladiador. Si llegara a sospechar, aunque solo fuera durante unos segundos, que sabes quién es en realidad, te encontrarás en grave peligro. No, no —presionó los dedos contra los labios de Claudia—. ¡Claudia, te pido por lo más sagrado que disfraces el rostro y domines tu corazón! Te juro que si Dios no actúa, lo haré yo. Te lo debo —dijo, apartando los dedos—. Piensa, Claudia —añadió, susurrando las palabras en la oscuridad de la noche—, ¡piensa en ti y en Félix!

Claudia tenía la mirada fija en la oscuridad. El dolor se estaba retirando, tenía el estómago vacío y comenzaba a sentir hambre. Muchos pensamientos le rondaban la

cabeza. Silvestre le acariciaba el pelo como solía hacer su padre. Se apoyó contra su mano.

—Ayúdame a levantarme —susurró— y me recompondré.

Claudia se esforzó por ponerse en pie, caminó unos pasos indecisos hacia la oscuridad y se detuvo. Se giró, inclinando levemente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó—. ¿Lo has escuchado? —Y se concentró en escuchar los sonidos de la noche—. ¿No es el ruido del batir de armas, de gritos y alaridos?

Silvestre escuchó con atención. Claudia volvió a distinguir los sonidos. Venían del sur, de más allá de la muralla de la villa.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó, agradada con la distracción. Volvió a escuchar de nuevo, pero los sonidos se habían evaporado. Recordó las señales luminosas, y a Elena consultando sus mapas—. ¿Qué está pasando, Silvestre?

—No lo sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Al principio de la tarde, Elena parecía muy atareada. ¿No te has percatado de que no está Anastasio? Le ha enviado para que vigile las cosas en Roma. También ha mandado un mensaje urgente al principal campamento germano, no muy alejado de aquí. ¿La has observado durante la cena? Parecía bastante enajenada. No quería que nadie abandonara el triclinio. De hecho —Silvestre sonrió entre las sombras—, fue ella la que me pidió que te siguiera.

—Bueno, estoy a salvo y voy a cambiarme —dijo Claudia, alzando la mano—. Silvestre, te lo agradezco. Actuaré de acuerdo a tu consejo y —añadió— mantendré la boca cerrada.

Claudia llegó al palacio y se dirigió directamente a su habitación. La puerta estaba medio descolgada, y uno de sus lados estaba muy deteriorado. Cogió una lámpara y penetró en su alcoba. El suelo estaba cubierto por una alfombra de tierra y cenizas, y tuvo que comprobar con la pata medio quemada de un taburete que no quedaba ningún rescoldo. Mientras lo hacía, le vino a la mente el recuerdo de la arena en la bodega.

—¡Claro que sí —susurró—, debe de ser eso!

—Se quedó inmóvil, sin apartar la vista de la ceniza, y recogió algunos enseres que aún podían aprovecharse, desplazándose después a su nueva habitación.

Elena había sido muy generosa: esta habitación era más espaciosa. Unas escenas de un viñedo decoraban las paredes: arbustos de un oscuro color verde, con enrejados rojos y ocres cubiertos de serpenteantes ramas doradas repletas de uvas púrpuras. Unos niños las recolectaban en cestos colmados. La pintura de la siguiente pared mostraba a los trabajadores en una prensa de vinos. Claudia volvió a recordar cómo removía la arena de la bodega mientras trataba de librarse de su atacante. El techo de estuco estaba estampado con una esplendorosa pintura de Febo en su carruaje, mientras que el mosaico que decoraba el suelo representaba a un chico joven tocando la flauta. La cama era uno de los divanes del triclinio. El resto del mobiliario, taburetes y pequeñas mesas eran regalos sacados de los almacenes de la emperatriz.

También le habían entregado nuevas ropas y túnicas. Claudia se lavó la cara en una palangana brillante, se desnudó y volvió a vestirse. Se miró en el espejo de marco de cobre, se pellizó las mejillas, se recompuso los cabellos y se roció unas gotas del perfume que le había comprado Murano después de ganar su última pelea.

Cuando volvió al triclinio se sintió aliviada al descubrir que su ausencia había pasado prácticamente desapercibida. Atanasio se preguntaba en voz alta por el paradero de Séptimo. Criso el chambelán estaba borracho; ya había vomitado, y ahora escuchaba con ojos llorosos al estridente orador, cuyo diván compartía. Constantino hablaba con Rufino, cabeza con cabeza, como conspiradores susurrantes. Elena no estaba en la habitación. Claudia volvió a ocupar su antiguo asiento. Miró rápidamente a Meleager, pero este apenas le dispensó una fugaz mirada, ocupado en hacer de tortolito enamorado con la esposa de Rufino. Claudia controló su ira. Sentía deseos de cruzar la habitación y enfrentarse a él. Descubrió con la mirada un afilado cuchillo para la carne sobre la mesa, y comenzó a acariciarlo con los dedos. ¡Sería muy fácil cogerlo, correr hacia él y clavárselo en su cuello de toro! Estaba a punto de cogerlo cuando una cereza le golpeó en la cara. Alzó la mirada. Silvestre la observaba fijamente, sacudiendo la cabeza.

Claudia retiró la mano. ¿Qué podía hacer? Pensó en Murano, moviéndose como un bailarín por la arena de la escuela de gladiadores. Sintió una punzada en su estómago vacío y el corazón comenzó a palpar con fuerza. Cogió una bandeja de comida y escuchó el sonido hueco de un cuerno de batalla. El murmullo del triclinio cesó enseguida. Gayo Tulio se puso en pie de un salto. Constantino dio un brinco en su diván, sentándose en un extremo, con los ojos y la boca muy abiertos. Las puertas se abrieron de par en par y Elena entró en la habitación. Susurró unas palabras a su hijo, que se hubiera puesto en pie de un salto, pero la emperatriz se situó junto a él, presionándole firmemente sobre los hombros.

—Señores, damas, amigos —dijo, esbozando una dulce sonrisa—. Se ha dado la alarma. La villa está sufriendo un ataque, pero —alzó la voz hasta convertirla en un grito— todo está bajo control. Os pido que volváis a vuestros aposentos y que permanezcáis allí. Mi hijo y yo, y otros —dirigió su mirada a Claudia— nos quedaremos atrás.

Alzó la mano y chasqueó los dedos. Burrus y un contingente de germanos hicieron su entrada en la habitación. La sangre en los brazos de Burrus, el barro en su rostro y el fango y ramas de arbustos que colgaban de sus ropas hacían evidente que acababa de regresar de una escaramuza salvaje. Sus hombres siguieron entrando en la habitación. Gayo Tulio se disponía a protestar, pero Elena le gritó que se dedicara a sus tareas y comenzó a batir las palmas.

—¡Vamos —gritó—, todos tenéis vuestras órdenes!

El triclinio se vació en pocos instantes, a excepción de Constantino, Elena, Criso, que parecía no estar en condiciones de hacer nada, el sacerdote Silvestre, Rufino y Claudia. Entraron más mercenarios, algunos de ellos recién llegados del campamento

situado a medio camino entre Roma y la Villa Pulcra. Constantino alzó una mano, tratando de escuchar las trompetas y cuernos y los ruidos de carreras en el pasillo exterior.

—Es inútil —dijo Elena—. Esas preparaciones son inútiles ahora. Lo tengo todo bajo control —recogió su capa de uno de los extremos de su diván—. He dado instrucciones estrictas. Las puertas no deben abrirse.

—¿Por qué no? —Constantino gritaba como un niño pequeño—. Mis soldados...

—Hijo —Elena bajó la voz, aunque los que permanecían en la habitación aún podían escucharla con claridad—, las puertas permanecerán cerradas hasta que yo lo diga. En este momento del curso de los acontecimientos, en estos tiempos de traición, no sabemos con seguridad a quién vamos a dejar salir, y si las puertas permanecen cerradas, al menos tendremos control sobre los que queden en el recinto. Ahora tranquilízate, tus quejas y chillidos tan solo servirán para empeorar las cosas.

Elena salió del triclinio seguida por los demás. Constantino caminaba a su lado, mascullando obscenidades. Los hombres de Burrus les rodeaban, con las espadas en alto y los escudos sobre el brazo. Los oficiales imperiales que permanecían en los pasillos podían tan solo limitarse a observarles con desesperación. Miraron al emperador, esperando alguna señal, pero Constantino no era ningún necio; borracho o no, sabía que su madre era muy sensata. La hora de la traición había llegado, y confiaba plenamente en su buen juicio.

Cruzaron el jardín del peristilo y el atrio, donde las lámparas de aceite aún ardían ante los dioses del hogar, y continuaron por el camino principal, atravesando jardines y huertas, hasta llegar a la puerta. El área circundante se encontraba iluminada por multitud de antorchas y pequeñas hogueras, y más hombres de Burrus se apostaban alrededor, formando un auténtico cerco de acero sobre la puerta. Las antorchas crepitaban sobre sus bases, ancladas a lo largo del parapeto del muro de cerramiento, cuyas escaleras de acceso se encontraban también bajo vigilancia. Los germanos se apresuraron a tomar posiciones a ambos lados al llegar Elena, seguida de cerca por su hijo, con paso vacilante. En lo alto, la fuerte brisa nocturna agitaba sus cabellos y revolvía sus capas; Claudia tenía que protegerse el rostro ante las chispas que salían despedidas de las antorchas. Alzó la mirada. Oscuras nubes de tormenta comenzaban a reunirse, moviéndose con rapidez y ocultando las estrellas a su paso. Tras ella, guardando los accesos exteriores a la puerta, un contingente de germanos montaba guardia en formación de herradura, alzando los escudos, dispuestos para recibir al enemigo. Tenían un aspecto amenazante y siniestro; sus alargadas sombras se proyectaban sobre el suelo tras el resplandor de las hogueras.

Elena mandó silencio. El murmullo cesó al instante y Claudia consiguió escucharlo: un débil y distante clamor proveniente de la oscuridad de los árboles. Al principio, pensó que se trataba de hombres armados que se aprestaban a lanzar un ataque, hasta que escuchó el sonido del cruce de espadas y los gritos ahogados, y observó un resplandor de fuego entre los árboles. Una feroz y sangrienta batalla

estaba teniendo lugar en los bosques que rodeaban la costa, guerrero contra guerrero, en la completa oscuridad de la noche.

—¡Los tenemos! —exclamó Elena—. Mis muchachos los han sorprendido en la oscuridad, entre la arboleda. Para ellos es como si se tratara de Germania, y el enemigo, las legiones de Varus.

—Trae mala suerte —comentó Criso, arrastrando las palabras— hablar de eso.

Le ordenaron inmediatamente que cerrase la boca.

—Madre, querida —dijo Constantino con aspereza—, necesito una explicación, una copa, o ambas cosas.

El emperador habría continuado hablando, pero el clamor de la batalla se hizo más apreciable. Claudia comprendió por qué no se habían escuchado los ruidos de la lucha en la villa. Los germanos de Burrus debían de haber atrapado al enemigo en lo profundo del bosque, obligándoles a retroceder hacia la costa. También entendió que Elena se hubiera mostrado reacia a compartir lo que sabía acerca del ataque, o a ordenar la participación de las tropas imperiales. Los hombres que estaban muriendo en el bosque habían sido conducidos hasta allí por un traidor; el auténtico enemigo estaba dentro. Constantino era el emperador porque sus tropas le habían proclamado como tal. No sería el primero al que derrocarse su personal de confianza. En este suceso, Elena había instruido a su hijo, haciéndole comprender que todos y cada uno de los emperadores que habían perecido asesinados lo habían hecho a manos de sus colaboradores más próximos.

—No me siento bien —gimió Criso—. Es como estar en la cubierta de un barco.

Claudia observó al rechoncho chambelán bajar las escaleras apresuradamente hacia los jardines, donde la guarnición imperial comenzaba a reunirse bajo la dirección de sus oficiales. Se dirigió hacia los matorrales, y Claudia se preguntó si habría estado conspirando. Escuchó un grito de la emperatriz y se giró. La emperatriz señalaba a un punto en medio de la espesura, en el que resplandecía una lengua de fuego.

—Alguien llevaba un frasco de aceite, o un cubo de brea —murmuró Elena.

El clamor y los gritos comenzaron a extinguirse. Claudia se apoyó contra la pared, con la mirada fija en la oscuridad, cuando el silencio se vio roto abruptamente por un extraño canto. Reconoció la canción de guerra favorita de los mercenarios. Unas figuras oscuras emergieron de entre los árboles, corriendo hacia las puertas; otros, que llevaban antorchas, caminaban más despacio. Algunas siluetas danzaban como demonios a la luz de las teas, dando vueltas y saltando incansablemente, agitando la carga que llevaban en las manos. Cuando se aproximaron, Claudia se percató de que esos objetos eran, en realidad, cabezas cortadas. Otras figuras, una auténtica riada, emergían del bosque. Burrus, que había estado guardando la puerta, salió a recibir a sus compañeros, quienes se reunían bajo el muro de cerramiento, mirando con devoción a su señora. La saludaron entrechocando sus espadas, emitiendo gritos estridentes y danzando frenéticamente mientras agitaban sus

espeluznantes trofeos. Otros se acercaban más despacio tras este grupo, y Claudia observó que escoltaban a algunos prisioneros.

La augusta se apoyó sobre la muralla; su rostro y hombros resplandecían, iluminados por la antorcha que sujetaba su hijo. Levantó las manos en señal de saludo y gritó que eran una horda de rufianes, pero que los amaba profundamente.

—Dejadles entrar —suspiró Elena, separándose de la muralla—. Que entren mis queridos muchachos. Que beban y coman hasta que se sacien, hasta que caigan rendidos en sus catres.

Las puertas se abrieron de par en par y los germanos fueron desfilando. Elena declaró que no podía soportar ni uno más de sus saludos.

—Ahora es el momento de pensar y hablar —dijo—. Claudia, acércate a mí. Hijo, enaltece a los muchachos. Diles que les besarás y abrazarás individualmente, promételes carnes frescas y grandes jarras de vino. Ordena a Burrus que conduzca a los prisioneros hasta la sala del consejo.

Poco tiempo más tarde, Elena, sentada en un taburete junto a su hijo, y Claudia, en cuclillas junto a ella, aguardaban la llegada de Burrus y sus prisioneros. Rufino, Criso y Silvestre también habían sido invitados a esta espléndida sala, de paredes decoradas con escenas de la historia de Roma bajo un techo abovedado. Las estrellas que plagaban el enyesado superior se reflejaban en el brillante suelo de mármol pulido. Las ventanas se encontraban cerradas y, puesto que el hipocausto estaba sellado durante el verano, la sala se calentaba por medio de unos braseros de carbón, y se mantenía iluminada por la acción de incontables lámparas que atendía un incansable esclavo. Se desplazaron hacia un lado cuando Burrus y sus prisioneros entraron en la habitación.

Los bárbaros tenían un aspecto feroz y siniestro, con sus enmarañadas cabelleras y barbas, rostros, brazos y armas aún rociados de sangre. Llevaron a tres prisioneros, jóvenes, magullados y sucios, casi desnudos, a excepción de un simple taparrabos, y con las manos atadas a la espalda. Se les obligó a arrodillarse y a comunicar sus nombres y rangos. Uno era un simple soldado, los otros dos eran oficiales, decuriones de la guarnición de Atenas.

Elena hizo una señal a Burrus para que relatase su informe, advirtiéndole de que no fanfarronease. El germano obedeció, describiendo que los atacantes habían cometido un error al seguir el camino. Habían ido matando a los rezagados, rodeando la fila como si se tratase de un muelle, hasta que lanzaron un ataque total, cercándoles y provocando una matanza. Algunos de los atacantes habían conseguido huir hacia la costa, donde la galera se mantenía protegida por una línea de arqueros. Burrus no quería exponer inútilmente a sus soldados y se retiró, observando desde detrás de las dunas cómo la tripulación volvía al mar.

—¿Pero había tomado tierra en la playa? —demandó Constantino.

—No, Excelencia —Burrus sacudió la cabeza—. La habían devuelto al mar. Era demasiado peligroso lanzar un ataque.

Elena se giró hacia los prisioneros, pero no pudieron decirle demasiado. Describieron que la galera se separó de la flota principal de batalla y que se mantuvo alejada de la costa italiana hasta que el capitán decidió tomar tierra. Les habían ordenado atacar, y nada más.

—¡Matadlos! —rugió Criso—. Sacadlos al exterior y crucificadlos.

Elena alzó una mano. Se incorporó de su taburete y se puso en cuclillas, frente a los prisioneros.

—¿Sois ciudadanos romanos? —preguntó.

Los dos oficiales asintieron con la cabeza, pero el soldado era un simple asalariado.

Elena se quitó un fino broche de plata de la toga. Susurró unas palabras a su hijo, que sonrió y asintió, y entregó el broche a Burrus.

—Rómpelo en dos —ordenó—. Vamos —insistió—, haz lo que te digo.

El germano cogió la joya, la partió y le devolvió los dos pedazos a Elena. La augusta se agachó de nuevo frente a uno de los oficiales y depositó en el suelo uno de los trozos, delante de él.

—No vais a morir —dijo—. Os van a asear y alimentar, recibiréis ropas limpias, una comida caliente y un poco de paja suave para una cama. Mañana por la mañana, mis mercenarios os llevarán hasta el puerto más cercano. Podéis tomar el barco que deseéis para volver a Corinto o El Pireo, pero con una condición: debéis decir a Licinio que el ataque ha fallado, y que voy a descubrir al traidor. Le vais a entregar un presente, la mitad de este broche de plata; y decidle, no lo olvidéis, que un día no muy lejano, mi hijo llegará para reclamar su mitad del broche.

Capítulo 8

«*Quod di ornen avertant*».

(«Que los dioses conjuren estos presagios»).

Cicerón, *Filípicas*, III. 35

Claudia se levantó temprano a la mañana siguiente y se dirigió inmediatamente a la pequeña sala que había entre el atrio y el jardín del peristilo. La tormenta se había desatado finalmente durante la noche, los parterres de flores y suelos estaban saturados de agua y el cielo aún mostraba un aspecto plomizo. Claudia supuso que debía de faltar una hora para que el sol apareciera en el horizonte. Los esclavos se reunían lentamente para comenzar con la rutina del día, limpiar los jardines y recoger los restos de comida del triclinio. La villa se había transformado en un campamento en pie de guerra: se dobló la vigilancia, los soldados patrullaban constantemente las columnatas, había arqueros apostados en los tejados y en los niveles superiores de los edificios. Los germanos de Elena se habían pasado horas en la oscuridad, celebrando bulliciosamente la victoria, pero aún les quedaban fuerzas suficientes para patrullar los jardines. Habían montado un campamento alrededor de las puertas y ahora se dedicaban a provocar a los soldados regulares. Claudia podía escuchar sus gritos y risotadas, incluso desde la sala en la que se encontraba.

Se introdujo en la habitación, cerró la puerta y reunió apresuradamente una paleta de escritura, un estilo, algunos rollos de pergamino, recipientes de tinta, una piedra pómez y un dispensador de arena. Metió todo esto en su bolsa de piel y se dirigió hacia la cocina, donde pidió un frasco pequeño de cerveza aguada y una bandeja con pan del día anterior, algo de queso duro y unas ciruelas maduras. Cuando terminó de comer regresó a su dormitorio, aseguró la puerta, despejó una esquina y se sentó con las piernas cruzadas, apoyando la paleta sobre su regazo. Situó el frasco de tinta en el suelo, afiló el estilo, empapó la punta y comenzó a enumerar los problemas con que se enfrentaba.

GLADIUS SANCTUS - LA ESPADA SAGRADA

Primero:

La espada colgaba de una cadena, sobre un amplio círculo de arena. La cadena solo podía retirarla del centro alguien que se valiese de una vara larga, una lanza o una espada. Aun así, tendría que pisar la tierra, lo que dejaría una huella evidente.

La puerta se encontraba vigilada por dos germanos, y las llaves las custodiaban Timoteo y Burrus.

Segundo:

En el día en cuestión, Timoteo entró en la bodega. La espada había desaparecido. Timoteo se desmayó y lo sacaron de allí. No había nadie más. Los germanos estaban aterrorizados ante lo que consideraban un lugar sagrado. Gayo Tulio inspeccionó minuciosamente la cámara. No encontró nada. No halló nada extraño, aunque la arena quedó revuelta tras el desmayo de Timoteo. Se llevaron al maestresala en una camilla; le habría resultado sumamente difícil esconder la espada entre sus ropajes, alguien lo habría notado. Si hubiera entrado en la sala con una vara o un gancho, también se habría notado. La única cosa que llevaba era una linterna, demasiado pequeña para esconder nada en su interior. Si se hubiera ocultado la espada o algún utensilio en la cámara, Gayo Tulio la habría encontrado en su inspección.

Tercero:

La puerta que daba acceso a la bodega tenía dos cerrojos, cuyas llaves se guardaban en lugares separados. Según lo que he escuchado y observado, no hubo ninguna triquiñuela relacionada con este aspecto.

Cuarto:

Narciso fue uno de los que ayudó a sacar la camilla que portaba a Timoteo de la bodega.

Claudia trazó una línea en el pergamino y escribió un segundo título:

DIONISIO

Mordisqueó la punta del estilo y fijó la mirada en la pared. La muerte del filósofo era la clave de todo este misterio; eso, y el incendio de la casa de duelos. Humedeció su estilo y comenzó a escribir:

Primero:

Dionisio se había marchado a pasear a la huerta para reflexionar, para estar solo. ¿O le habrían invitado a ir hasta allá? Estaba sentado de espaldas al árbol cuando recibió un golpe en la cabeza que le hizo perder la consciencia. Al despertarse, aparentemente, le ataron y amordazaron, le arrastraron entre los árboles y le clavaron al suelo como si se tratara de una piel de león. Seguidamente, le practicaron innumerables cortes y dejaron que se desangrase.

Segundo:

El cadáver de Dionisio fue trasladado hasta la casa de duelos, donde permaneció

junto al de un anciano vagabundo. Según todas las pruebas, le quitaron las cuerdas y la mordaza, pero nadie observó nada extraño.

Tercero:

Más tarde, ese mismo día, tras la puesta de sol, la casa de duelos se consumía en un pavoroso incendio. ¿Provocarían el fuego el asesino para ocultar algún error, cualquier pista que pudiese conducir hacia su identidad? ¿Sería para iniciar las señales luminosas? ¿O por ambas razones? Un incendio provocado de esas características habría sido fácil de preparar con una cuerda que condujese a un amasijo de pieles embadurnadas de aceite, que el responsable habría encendido justo antes de darse a la fuga. Aunque, ¿ardería el aceite con tanta virulencia como para provocar semejante infierno?

Claudia recordó cuando rebuscaba entre las ruinas. Había percibido un cierto sabor dulce en el aire, pero lo atribuyó a algún accidente durante el fuego. ¿Quién sería el incendiario? Gayo Tulio había estado con ella, pero solo los dioses sabían dónde habían estado los demás. Claudia hizo una pausa. Había algún detalle del fuego que se le estaba pasando, algo que no podía identificar. Retomó sus sospechas acerca de Narciso, suspiró y volvió a su tarea.

Cuarto:

El motivo oculto tras la muerte de Dionisio: ¿sería el resultado de las desavenencias entre arrianistas y ortodoxos, o tendría su origen en las traiciones que tuvieron lugar hace diez años, cuando Diocleciano lanzó su persecución salvaje contra la fe cristiana y centró su atención en Capua? En la actualidad, los oradores llevan vidas de aparente probidad, pero ¿y su pasado? ¿Ocultan pecados secretos? ¿Temen que antiguos crímenes cometidos puedan salir a la luz? ¿O será la muerte de Dionisio obra de un pagano recalcitrante como Criso? Le encantaría convertir este debate público en un sangriento anfiteatro, donde los cristianos pudieran hacerse pedazos unos a otros frente al emperador, y así hundir su religión en el descrédito público.

Quinto:

¿Por qué asesinar a Dionisio de aquella forma tan horrenda? Una puñalada, un garrotazo, un flechazo o una copa de veneno habrían sido igualmente efectivos. ¿Qué pretendía el asesino? ¿Elegiría semejante método para infligir el mayor dolor posible? ¿Qué podría provocar semejante ensañamiento?

Sexto:

Finalmente, ¿existe alguna conexión entre el ladrón de la espada y la muerte de Dionisio?

Claudia cogió un estilo nuevo, trazó una línea e hizo una nueva anotación:

EL TRAIADOR

Primero:

El asalto de la villa de anoche se lanzó desde una galera que tomó tierra para desembarcar a un contingente de asesinos. La embarcación siguió la dirección marcada por una serie de señales luminosas que comenzaban aquí, en la villa, lo que significa que el ataque estaba planeado. Licinio había recibido información precisa del paradero del emperador y su madre, aunque todo el mundo lo sabía. El apego de Constantino hacia la Villa Pulcra es bien conocido. Hizo públicas sus intenciones de venir hasta aquí. La galera debía de haber estado en la costa, aguardando la señal de la llegada del emperador.

Segundo:

¿Serán el asesino de Dionisio y el traidor la misma persona? ¿Robaría la espada para entregársela a Licinio, quien la usaría posteriormente para ridiculizar a la madre del emperador? ¿Habría estado conspirando el incendiario para usar la casa de duelos como señal luminosa?

Claudia cerró los ojos. La lógica dictaba una conexión, pensó, pero ¿dónde estaban las pruebas?

Tercero:

¿Sería el ataque obra de Licinio, emperador de Oriente? Probablemente, aunque, como ilustró Criso durante la cena, hay muchos en la corte deseosos de buscar un casus belli, una razón para ir a la guerra y convertir a Constantino en imperator orbis, emperador del mundo.

Claudia soltó el estilo y se recostó, estirando las piernas para tratar de mitigar los calambres. Recordó la fuerte discusión en la cámara, una vez que retiraron a los prisioneros. Constantino estaba muy enfadado porque su madre había tomado toda la responsabilidad en la defensa de la villa. Recibió el apoyo de sus oficiales, e incluso Rufino le había dado la razón. Elena, sin embargo, había permanecido tranquila y sin alterarse, argumentando que el ataque, por definición, era secreto, perpetrado por un contingente modesto que, si hubiese sido descubierto, podría haber fracasado en su intento. Los asaltantes se habían visto obligados a desfilar a través de la espesura, en mitad de la noche. Tales condiciones eran mucho más favorables para los germanos. Finalmente, y Elena se mostró inflexible en este punto, había un traidor en la villa. Si alguien hubiera advertido a los atacantes, se habrían retirado a esperar a otro día más propicio. Según su lectura de los acontecimientos, había frustrado el ataque y enviado

una poderosa respuesta a Licinio. A esto siguió una enconada discusión, pero Elena había ganado la partida.

Constantino había elevado una pregunta que concernía también a Claudia. Si la casa de duelos había sido incendiada por el traidor responsable de las demás señales luminosas, ¿quién se había ausentado de la villa aquella noche? Mientras Elena seguía discutiendo aún con su hijo, Gayo Tulio se retiró para averiguarlo, volviendo algo más tarde para asegurar que nadie había salido de allí, aunque no podía estar seguro, pues la mayoría de los vigilantes habían perecido durante el asalto.

El estilo de Claudia se agitó por encima del pergamino. Lo enarenó y tomó un nuevo trozo. Escuchó voces en el exterior, y se percató de que la villa se ponía en movimiento. Se levantó, estiró los brazos y volvió a ponerse en cuclillas en la esquina, tratando de adoptar una postura cómoda. Cogió la paleta y escribió el último encabezamiento.

ESPICERIO, MURANO, MELEAGER

Primero:

La gente se pregunta por qué no mató Murano a su oponente debilitado, pero así es Murano, esa es su forma de luchar. Espicerio fue envenenado, pero la poción no era lo suficientemente fuerte para matarle. ¿Estaría envenenado el vino? ¿O se utilizaría cualquier otro método? ¿Debilitarían a Espicerio para que Murano pudiese matarlo con facilidad? ¿Sería el envenenamiento un acto de venganza contra Espicerio o, incluso, contra Murano? ¿O sería la consecuencia de una fuerte apuesta? Aunque, ¿por qué iban a realizarse apuestas de ese calibre, a menos que se tuviese la certeza de que Murano iba a ganar?

Claudia se mordió los labios. En pocos días, Murano se enfrentaría con Espicerio y, en caso de salir victorioso, tendría que vérselas con Meleager. Apuntó ese horrible nombre y lo subrayó una y otra vez. Un fuerte sentimiento comenzaba a aflorar en su interior; ya no tanto de arrebato y cólera, sino algo más frío y calculador. Se sentía como un espadachín que estudia a su contrincante, observando sus puntos débiles, buscando el ataque definitivo. Arrojó al suelo el estilo para tratar de distraer su mente, e intentó repasar lo que había escrito, pero volvía irremediabilmente a ese horrible encuentro, una y otra vez. ¿La habría reconocido Meleager? Rufino dijo que llevaba algún tiempo en la villa. ¿Sería él la persona que la atacó? ¿La que haría aquel dibujo en su pared?

Claudia sintió de repente que le costaba respirar, como si alguien le presionara el pecho. Se puso en pie, enrolló los trozos de pergamino y los metió a presión en el bolsito cuadrado que llevaba en el cinturón. Abandonó la habitación y comenzó a recorrer el pasillo. Caminó junto a uno de los guardas y se detuvo, pensando en la lámpara de aceite que habían arrojado a su habitación. ¿Quién tenía acceso a las

dependencias imperiales? Un esclavo pasó corriendo junto a ella, llevando una jarra de agua en cada mano; a estos individuos les franqueaban el paso sin hacer preguntas. ¿Sería eso lo que hizo su atacante? ¿Simular que era un sirviente, o un esclavo? Continuó caminando hasta alcanzar el peristilo del jardín. El sol comenzaba a elevarse, secando las piedras de la calzada, inundando de luz ese bonito jardín que se reflejaba en el estanque y en las columnas de mármol. Los parterres parecían cobrar vida entre miles de colores, el trinar de los pájaros sonaba con claridad entre los arbustos y matorrales que rodeaban el jardín. Claudia encontró un banco seco y se sentó de cara al sol. Cerró los ojos, disfrutando del calor de sus todavía débiles rayos.

—Buenos días, Claudia —abrió los ojos y un Atanasio con rostro somnoliento se sentó junto a ella—. Siento haberte sobresaltado. Me he levantado temprano. La excitación de anoche me ha impedido conciliar el sueño. ¿Qué ha ocurrido?

Claudia le narró el ataque, ahorrándose los detalles en la medida de lo posible. Atanasio se recogió la toga sobre los hombros y la escuchó con una media sonrisa, consciente de que no le contaría demasiado.

—Busco a Séptimo —dijo, cuando terminó—. No lo encuentro por ningún lado. Estoy algo preocupado. ¿Dónde estará?

Claudia se mantuvo en silencio; le apetecía mucho quedarse sola.

—A veces deambula solo —Atanasio le dio un toque de complicidad con el codo—. A él también le gusta estar solo. Qué lugar tan bonito. Recuerdo el debate que tuvo lugar aquí y que, después, estuviste hablando con ese esclavo.

Claudia se puso tensa.

—Le conoces —Atanasio mantenía su voz en tono sosegado—. Es responsable de la casa de duelos. Anoche, durante la cena, traté de hacerme amigo de Justino y, para ser justos, él trató de hacer lo mismo conmigo. Dijo algo curioso acerca del esclavo...

—¿De Narciso?

—Ah, sí, Narciso. Justino pensaba que lo había visto antes, en Capua. Era un esclavo de una extensa familia cristiana. El cabeza de familia era dueño de una funeraria. Justino estaba convencido de que Narciso trabajaba para él.

Claudia trató de reprimir un escalofrío.

—Y hay algo más. La tarde que murió Dionisio...

—Que lo asesinaron —interrumpió Claudia—. Dionisio fue asesinado.

—Sí, desde luego. Bueno, pues bajé hasta la casa de duelos. Las ventanas de ambos lados estaban tapadas, y la puerta estaba cerrada desde dentro. En la tradición cristiana, rezar por los muertos es considerado algo justo y sagrado. Quería arrodillarme ante el cadáver de Dionisio y recitar algunas oraciones. Me sorprendió que la puerta estuviese cerrada, así que la golpeé hasta lastimarme los nudillos. Finalmente, la puerta se abrió y apareció Narciso, con rostro de culpabilidad. Aseguró que se había quedado dormido. Le dije que se echara a un lado y entré en la habitación. Miré a mi alrededor, pero no observé nada fuera de lugar. El anciano permanecía envuelto en su saco y Dionisio estaba tumbado sobre su tabla, como si se

tratara de un trozo de carne. Sin embargo, había algo extraño en esa habitación... He estado en Egipto, Claudia, he visitado las necrópolis del lado oeste del Nilo. He entrado en las tiendas de sus embalsamadores; así es como olía allí.

—¿Observaste alguna otra cosa?

Atanasio cerró los ojos.

—Un gran arcón en la esquina de enfrente, nada más. Acabé mis oraciones y abandoné aquel lugar.

—¿No notaste nada extraño? Por favor, Atanasio, trata de recordar.

—Solo los cuerpos. Dionisio tenía un aspecto horrible, con la boca entreabierta y los ojos medio girados. Parecía como si lo hubieran empapado en sangre. Una cosa sí observé: las cuerdas y la mordaza que había usado el asesino estaban en el suelo, justo debajo de la tabla. Cuando Justino trató de ser amigable la pasada noche, le conté que había estado en la casa de duelos para presentar mis respetos y que el fuego no había tenido nada que ver conmigo. Justino no lo aceptó; sin embargo, sí dijo que él también se había acercado hasta allí para rezar. Esta vez, la casa de duelos se encontraba cerrada desde el exterior, y el esclavo Narciso dormía bajo un sicomoro, sujetando una jarra de cerveza en la mano. Justino también exigió ver el cuerpo; Narciso no parecía muy contento con ello.

Atanasio se puso en pie.

—¿Recuerdas los poemas de Juvenal? —preguntó, sonriendo socarronamente a Claudia—. Una vez planteó una pregunta: ¿Quién vigila a los vigilantes?

—¿Y? —preguntó Claudia.

—En tu caso, pequeña —añadió Atanasio, dedicándole una reverencia—, debes hacerte la pregunta: ¿Quién espía a los espías?

El filósofo se retiró tras estas palabras.

—¿Claudia?

La joven se giró al oír su nombre. Burrus y Gayo Tulio permanecían en la entrada del jardín del peristilo. El germano vestía su greñuda capa de piel; Gayo llevaba puesta su protección frontal de piel, un cinturón del que colgaba la espada y calzaba botas de combate. Llevaba un casco bajo el brazo, con la pluma imperial negra y escarlata. La saludó con la mano.

—Claudia, la augusta me ha pedido que venga a buscarte.

Se puso en pie y caminó hacia ellos.

—Tenemos que recorrer la senda que conduce a la costa. La augusta ha sido bastante clara. Debes acompañarnos. Dice que tienes ojos vigilantes y que es posible que veas cosas que se nos escapen a nosotros.

—No, en un bosque no —gruñó Burrus.

—¿Quieres recoger tu capa? —El capitán ignoró la interrupción del germano—. Antes de que partamos, me gustaría enseñarte algo.

Y, girando sobre sus talones, Gayo Tulio comenzó a retirarse, sin dejar otra opción a Burrus y Claudia que la de seguirle a toda prisa. Bordearon el palacio y se

dirigieron hacia la derruida casa de duelos. Gayo no se detuvo allí, sino que siguió hacia un grupo de sicomoros, en una zona bastante silvestre del jardín, donde la zarzamora y el tojo trepaban sobre la pared de cerramiento. Caminó entre ellos, seguido muy de cerca por Burrus, que abría paso para Claudia.

Llegado un momento, Claudia se detuvo y se agachó para observar unos huesos, de cordero o ternera, que aún conservaban algunos pedazos de carne. Muy cerca había un paño y, bajo un espino, una copa de barro para el vino.

—Alguien se ha estado dando un festín.

Gayo se acercó hasta ella.

—Los siervos siempre se esconden para comer los restos de comida que consiguen robar, pero eso no es lo importante. Ven...

Llegaron hasta un pequeño claro del jardín, junto a la muralla. Gayo señaló hacia un poderoso arco sirio, sobre el suelo, una aljaba vacía y, junto a ella, un cuenco de barro ennegrecido por el fuego.

—Lo he encontrado esta mañana —explicó—. Mejor dicho, mis hombres lo hicieron. Decidimos explorar la zona en busca de algo sospechoso. Siempre queda la posibilidad de que uno de los atacantes haya conseguido escapar y esté oculto aquí.

Claudia caminó unos pasos y recogió el arco. La madera y la cuerda estaban empapadas, al igual que la aljaba y el cuenco de barro, que aún olía a brea y fuego.

—Debe de llevar aquí algún tiempo —murmuró—. ¿Qué opinas, Gayo?

El rostro escrupulosamente afeitado del capitán mostraba la tensión de la noche anterior, y sus ojos estaban enrojecidos por la falta de sueño.

—Ojalá la augusta hubiese confiado en nosotros —replicó, como si hablase consigo mismo—. No pretendo ofender, Burrus —añadió, y suspiró profundamente—. Supongo que trato de probarme a mí mismo. Sospecho que el arco, la aljaba y el cuenco de fuego fueron utilizados por el traidor. La casa de duelos no era una señal de fuego pero, durante la noche en que se destruyó, el traidor aprovechó la confusión para disparar flechas en llamas.

Claudia se agachó, observó el arco y la muralla y miró hacia la dirección por la que habían llegado. Lo que había dicho Gayo tenía sentido, pero aún dejaba sin contestar la pregunta de quién había comenzado las señales de fuego.

—¡Burrus! —Hizo señas al mercenario para que se aproximara—. No vamos a caminar por el bosque. No, no, Gayo —continuó, alzando la mano—. Yo se lo explicaré a la augusta. Quiero que envíes a tus mejores hombres al bosque, Burrus. Quiero que se alejen de la zona donde tuvo lugar la batalla. Diles —Claudia gesticuló con la mano— que patrullen la zona izquierda del camino que comienza al abandonar la villa.

—¿Qué deben buscar? —preguntó Burrus.

—Signos de acampada, quizá dos o tres hombres vivaqueando en el bosque. Deben de haber dejado un fuego de campaña, o excavado un foso para las letrinas. Seguramente, se trataba de soldados; o quizá, incluso, de gitanos itinerantes, o de

mercachifles. Si acamparon, debe de haber sido recientemente. Buscad rescoldos de fuegos y restos de ropa o de comida.

Burrus asintió y se retiró a toda prisa.

—¿Y yo? —sonrió Gayo—. ¿Tienes órdenes para mí?

—Sí, capitán, de hecho las tengo.

Se quedó en silencio al escuchar la voz de Atanasio entre los arbustos.

—¿Séptimo? ¿Séptimo?

—Lleva bastante tiempo buscándole —susurró Gayo—. Conociendo a estos filósofos, Séptimo debe de estar durmiendo en cualquier rincón.

—Quiero que encuentres a Timoteo —declaró Claudia—. Quiero que hables con él acerca del merodeador del bosque.

—¿El anciano que encontraron muerto en el camino, en el exterior de la villa?

—El mismo —replicó Claudia.

Cuando Gayo se retiró, Claudia volvió a examinar el arco y la aljaba, y el pequeño cuenco utilizado para transportar el fuego. Se encontraba completamente desconcertada e intrigada por la razón que podría haber llevado a Narciso a mentir. Le había relatado que había salido de la casa de duelos, había comido algo y bebido demasiado y se había retirado a cierta distancia para dormir. Claudia pensaba ahora que mentía, y se preguntaba por qué. Aunque, por otra parte, reflexionó con severidad, tenía demasiadas preguntas para su recién encontrado amigo.

Poco tiempo más tarde, Gayo volvió hasta donde se encontraba Claudia. Timoteo le seguía con dificultad, a cierta distancia. El maestresala parecía bastante enfermo y desarreglado, llevaba la barba sin afeitar y la túnica manchada.

—Siéntate en la hierba.

—Está húmeda —declaró Timoteo—. ¿Has olvidado ya, Claudia, que anoche estuvo lloviendo?

Claudia se encogió de hombros y se sentó sobre un banco de mármol, e invitó a Gayo a que se uniera a ellos.

—El merodeador del bosque —repitió Claudia—. El anciano que hallaron muerto cerca de la villa, poco antes de que llegara el emperador.

—Es verdad —asintió el maestresala, pestañeando cansinamente—. ¿No lo recuerdas, Gayo?, llegué y te vi hablando con él. El anciano era un fastidio —dijo Timoteo, girándose hacia Claudia—. Vagaba por los bosques y, a menudo, se acercaba a la villa para mendigar las sobras. Era bien conocido por los granjeros de esta zona, aunque ya quedan muy pocos —añadió con tono lastimero—. Creo que nuestros atacantes mataron a todo aquel que no pudiese huir. Debíamos haber crucificado a esos prisioneros —se llevó los dedos a los labios—. ¡Crucificado! —susurró—. Soy cristiano, no debería haber dicho eso, ¿no es cierto?

—Háblame del vagabundo de los bosques —insistió Claudia.

—Uno de los guardias encontró al viejo en el camino —Timoteo se tocó la zona izquierda de la cara—. Tenía moratones en toda esta parte. A veces se emborrachaba,

creo que había sufrido un ataque epiléptico, o un síncope, ¿no es cierto, Gayo?

El capitán asintió con la cabeza.

—En otros tiempos —dijo, arrastrando las palabras—, habríamos arrojado su cuerpo a la maleza, pero sentí pena por él. La villa tiene un foso funerario justo delante de la muralla este. Di instrucciones para que llevaran el cuerpo hasta la casa de duelos y lo envolviesen en una mortaja. Timoteo —añadió sarcásticamente—, como buen cristiano, aseguró que era un acto piadoso enterrar a los muertos, rezar una oración por ellos y derramar una libación sobre sus tumbas.

—¿Eres cristiano? —preguntó Claudia a Gayo—. ¿O alguien de tu familia?

—Consulta los archivos, Claudia. No tomé parte en la persecución, pero mi familia no es amiga de los cristianos. Sin embargo —Gayo propinó unos golpecitos a Timoteo en el hombro—, algunos me son simpáticos. Timoteo es un buen tipo. Siguiendo con mi relato, mis hombres declararon lo que habían encontrado y Timoteo me pidió ayuda. Hice que trajeran al vagabundo; su cuerpo estaba sucio y llevaba la cabeza empapada de sangre.

—¿Podrían haberle asesinado? —preguntó Claudia.

Gayo hizo una mueca.

—Posiblemente. Pero ¿quién querría matar a ese viejo? Lo único que recuerdo es que apestaba como una perrera. El emperador llegó esa misma tarde, justo después de que encontrásemos el cuerpo —Gayo movió la cabeza de lado a lado—. Lo llevaron a la casa de duelos y comenzó la diversión: el asesinato de Dionisio.

—Timoteo, ¿dijiste que... —Claudia interrumpió la frase; quería ser lo más precisa posible— mencionaste que el merodeador del bosque era un fastidio?

—Bueno, lo fue durante los últimos días de su vida. Señora, no sé si sufrió un síncope o si fue atacado. Hice traer su cuerpo porque me sentía culpable. El viejo se acercaba una y otra vez a la puerta, diciendo que quería ver al emperador. Le dije que se largara de una vez —Timoteo miró a Claudia con gesto apesadumbrado—. ¿Quizá debía haber sido más amable? Ni siquiera llegamos a ver su cadáver, ¿no es cierto, Gayo? Los soldados lo envolvieron en una mortaja, no más que una pieza de lona, lo pusimos sobre una camilla y lo llevamos a la villa.

—¿Hay alguna cosa más? —preguntó Gayo.

Claudia contempló las ruinas de la casa de duelos.

—¿Qué tipo de gente traían aquí?

—De vez en cuando —replicó Timoteo— muere algún invitado. Cuando se trata de alguien con familia, conservamos el cuerpo hasta que algún amigo o familiar viene a recogerlo. En cuanto a los demás —continuó, frotándose los ojos—, generalmente son siervos y esclavos de la casa. Se les mantiene aquí temporalmente y, más tarde, se les incinera o entierra —se puso en pie—. Ahora, señora, tengo obligaciones que atender, al igual que Gayo.

Ambos se retiraron. Claudia se puso en pie y caminó hacia el sicomoro bajo el que se había situado el emperador durante la noche del fuego. Volvió a examinar los

restos de comida sobre la tierra. También se percató de que, en varias zonas, el terreno se había excavado y se había vuelto a tapar, compactando firmemente la tierra.

—¡Claudia! Se puso en pie, sacudiéndose la arena, y miró hacia un arbusto. Narciso caminaba de un lado a otro, agitando los brazos.

—¡Claudia! Te estaba buscando, Claudia.

—¡Y yo a ti! —respondió Claudia con una sonrisa—. ¡Vamos, siéntate y habla conmigo! —dijo, golpeándole suavemente la mano—. Yo pensaba que era una buena actriz pero, Narciso, tus habilidades dramáticas se igualan a las mías.

—¿Qué quiere decir? —resopló—. Claudia, no es momento de bromas. Quiero saber dónde voy a vivir. ¿Cuánto tiempo va a quedarse en la villa?

—No te preocupes por eso —Claudia hizo un gesto hacia el banco del jardín—. Quiero hablarte acerca del merodeador del bosque. No, Narciso, no comiences a temblar ni a sollozar. ¿Conocías al anciano?

—Desde luego —susurró, evitando su mirada—. Todos le conocían. Me está asustando. Claudia, ¿qué ocurrió anoche?

—Ya sabes lo que ocurrió, Narciso: la villa sufrió un ataque. ¿Las señales de Fuego? Fuiste tú quien las vio, ¿no es cierto? —Claudia observó cómo el rubor se extendía por el rostro de Narciso—. El merodeador del bosque, ¿crees que lo asesinaron? —Le agarró la muñeca y hundió en ella sus uñas—. No me mientas, Narciso. Tú examinaste su cadáver, al igual que haces con todos los cuerpos que entran en la casa de duelos. A algunos de ellos no te atreves ni a tocarlos; pero con otros, ¿no realizas prácticas de embalsamamiento?

Narciso se negó a responder.

—¿Sabes algo que debas decirme? —continuó Claudia con aire risueño—. Creo que me has estado contando mentiras sobre muchas cosas.

—Yo...

—Vamos, no empieces a actuar. Eres un embalsamador de Siria que participó en una revuelta y terminó vendido como esclavo. ¿No es cierto?

Narciso asintió con la cabeza.

—Te enviaron a Italia y...

—Me trajeron aquí.

Claudia le dio una bofetada en la cara.

—Volveré a abofetarte si me mientes. Me gustas, Narciso, pero no sé quién eres en realidad. Llevas bastante tiempo en esta villa, ¿no es cierto? Conoces a gente como Timoteo. También me conoces a mí, y me debes mucho, así que dime la verdad.

—Llegué a Italia —comenzó torpemente—. Me pusieron en venta en Tarento.

—Capua —interrumpió Claudia—. No te olvides de Capua, Narciso.

—Bueno, sí —continuó precipitadamente—. Me vendieron a un granjero que me consideraba poco menos que un inútil, así que terminé en el mercado de esclavos,

donde me compró una familia cristiana.

—Ah —sonrió Claudia—, y tú eres cristiano, ¿no es cierto, Narciso? Seguro que eres un converso —le propinó unos golpecitos en la mano—. Has cometido un error. Te preguntaste si existía un rito diferente para arrianistas y ortodoxos. Extraño, pensé, ¿cómo puede saber tanto de los cristianos ortodoxos y de los arrianistas un esclavo pagano, un hombre inmerso en los ritos funerarios de Egipto? Quién sabe —dijo, mirándole de soslayo—, puedes haber cometido otros deslices —Claudia estaba satisfecha; no estaba lista para enfrentarse a Narciso en todos los temas, pero su observación le había asustado mucho—. Entonces, ¿de qué hablabas? —apremió.

—Mi nuevo señor era dueño de una funeraria. Era un hombre amable, con una nutrida familia, con hijos e hijas. Vivían en una villa en las afueras de una ciudad, un lugar encantador, señora, con jardines y huertos, olivares y un viñedo. Hacía su propio vino; estaba delicioso. Me sentía muy feliz. Lo que mi señor quería, yo lo quería. Acepté al Cristo Blanco. Hubiese creído en cualquier cosa en que lo hiciera mi señor. A menudo, me empleaba como mensajero, como un servidor de confianza. Admiraba mis conocimientos como embalsamador. Solía reírse, golpeándome suavemente en el hombro, y decía que yo era capaz de convertir el cadáver más grotesco en algo digno de besar. Los domingos, justo antes del almuerzo, su villa se convertía en lugar de reunión para los cristianos. Sus sacerdotes, que recibían lo que solían llamar la imposición de manos, iban para celebrar el ágape, la eucaristía, a la que denominaban la fiesta del amor: la ruptura del pan y la toma de vino. Ellos creen que se trata del cuerpo y la sangre de Cristo. Mi señor era muy rico. Era mecenas de la escuela de oratoria de la ciudad; no había nada que le gustase más que invitar a los oradores a su villa para el ágape. Al acabar la ceremonia, solíamos cenar en el exterior, bajo las estrellas, sintiendo el aire perfumado por los jacintos. Los oradores solían entretenernos, debatiendo sobre todo tipo de temas. En otras ocasiones, mi señor llevaba a todos los miembros de su casa hasta la escuela, para observar a los oradores —Narciso hundió el rostro entre sus manos—. ¡Una época idílica! Virgilio se habría inspirado en ella para su poesía.

—¿Y? —preguntó Claudia.

—Conocí a todos allí. La escuela de oratoria de Capua era famosa; incluso Criso venía, para mejorar su oratoria y exposición en público. Se consideraba un nuevo Cicerón. Le encantaba citar el *Pro Milone*, o las *Catilinarias*, u otros discursos del gran orador. No estoy muy seguro —Narciso cerró fuertemente los ojos—; creo que Criso tuvo que irse por algún escándalo sobre unas cuentas pendientes de pago.

—¿Y Gayo Tulio?

Narciso sacudió la cabeza.

—Ya he hablado con él. Pasó casi todo el tiempo en Galia o en Britania. Es un pagano recalcitrante y no entiende a qué viene todo ese alboroto. Jamás le había visto, hasta que llegué aquí.

—¿Y Timoteo, el maestresala?

—Nunca acudió, pero creo que tenía un hermano allí.

—¿Qué le ocurrió?

—Desapareció durante la persecución. Timoteo no sabe si huyó, lo arrestaron, o si le asesinaron —Narciso se encogió de hombros—. ¡Nadie lo sabe! Los demás oradores estaban allí: Atanasio, Dionisio y el resto. Eran jóvenes, estudiosos del arte de la oratoria, entrenados para ser capaces de hablar con la boca llena de guijarros o recitar sin apuntes. Mirando al pasado, la vanidad los hinchaba como gallos de corral. Justino se consideraba a sí mismo el nuevo Demóstenes.

—Eres un hombre educado, Narciso, conoces todos los nombres.

—Mi maestro era un gran erudito. Me educó, me dejaba utilizar su biblioteca.

—¿Y todo aquello acabó?

—Sí, todo acabó —declaró Narciso apesadumbrado—. Amaba a esa familia, señora. Mi maestro me prometió la libertad, planeaba contar conmigo como compañero de negocios. Podríamos haber acaparado el negocio de toda la ciudad. Debería haber visto sus almacenes. Poseía la mejor parafernalia funeraria: máscaras, abanicos, ataúdes e, incluso, su propia banda de músicos. Diocleciano acabó con todo aquello. Firmó su edicto: el cristianismo estaba proscrito de nuevo, y sus escrituras y símbolos quedaban prohibidos.

Narciso comenzó a llorar, sollozando tenuemente. Claudia observó sus puños, cerrados con fuerza, y las venas de sus brazos, hinchidas como sogas. Este hombre, reflexionó, sería capaz de matar. ¿Y Timoteo? Tenía un hermano en Capua que, supuestamente, desapareció. ¿Criso? Él era asunto aparte. Era muy conocido por su renuencia a satisfacer sus deudas.

La imagen del sollozante Narciso recordaba a Claudia la de un niño, con lágrimas de ira, más que de pena.

—Denunciaron —dijo, mientras se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano — a la familia de mi señor. Llegaron los soldados a medianoche, encontraron una copia de las escrituras cristianas, el ji y el ro, la señal del *ichthys*, el pez, cuyas letras, como sabrá, vienen de «Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador del Mundo». Yo estaba allí, temblando en la oscuridad de la noche, cuando los soldados pusieron este símbolo ante el rostro de mi jefe y le ordenaron que renunciase a él. Se negó, al igual que su familia. Se los llevaron a todos, atados de pies y manos, y los metieron en un carro. A mí me ignoraron: solo era un esclavo, no existía. Se fueron y me abandonaron allí, como un fantasma en esa casa vacía. Permanecí en la casa unos cuatro días. La gente vino a preguntar por lo sucedido. ¡No podía creerlo! Lo veía en sus ojos: yo era el traidor, había traicionado a mi maestro. Así que hui y me escondí en la campiña.

—¿Cómo sobreviviste?

—Conocía bien la comunidad cristiana, nombres y lugares. Durante mi huida para salvar la vida me aceptaron como a uno de ellos, pero me enfrentaba a muchos peligros. Me podían señalar como a un traidor a los cristianos, o como a un esclavo

fugitivo. Si me capturaban podría enfrentarme a la cruz, o a algún enorme oso en algún anfiteatro. Uno de los granjeros que me dio cobijo me dijo que las autoridades habían hecho un recuento de las posesiones de mi señor. Formaba parte de ellas, pero figuraba como fugitivo. Me buscaban —Narciso alzó las manos—. Señora, juro que jamás les traicioné, pero sabía que si me apresaban, me torturarían. Me dediqué a merodear por el campo —dijo, e hinchó los carrillos—. Estuve así dos o tres años, y después fui hasta el norte, donde me dieron cobijo en las catacumbas. Cuidaba de las tumbas de los muertos. Los años pasaron con rapidez. Solicité la atención del sacerdote Silvestre y le confesé mi historia al completo.

—Seguro que lo hiciste —dijo Claudia con una sonrisa—. ¿Y Silvestre lo arregló todo para que vinieses aquí?

—Sí, señora, gracias al Edicto de Tolerancia de Constantino. Nuestro nuevo emperador lo dejó muy claro: los esclavos fugitivos debían reconocer su estatus y entregarse a las autoridades. Silvestre me explicó que lo único que podía hacer por mí era suavizar el golpe. Procuraría que me dieran una buena ocupación; entonces, me presentaron ante Criso y me destinaron aquí.

—Luego, ¿no llevas cinco años aquí? —preguntó Claudia sonriente.

—Por supuesto que no.

Claudia le observó con detenimiento. Pensaba que Narciso estaba diciendo la verdad o, al menos, una buena parte de ella. También podía entender la generosidad que la augusta había mostrado hacia este embalsamador sirio. Elena lo sabía, habría averiguado todo acerca del pasado de Narciso.

—Eres un espía, ¿no es cierto? —preguntó Claudia—. Silvestre hizo de eso una de sus condiciones. Debías contar todo lo que averiguases a Timoteo, o a alguien como yo; por eso te acercaste a mí, en el jardín, la primera vez. Silvestre no hace nada sin establecer un precio, que siempre suele ser el mismo: el ascenso de la comunidad cristiana. Es muy útil tener un espía en la Villa Pulcra.

—Solo información —protestó Narciso—. Sé lo que vi aquella noche, me refiero a las señales de fuego. He hecho una promesa de lealtad a Silvestre y la he mantenido. En aquel momento, sentado bajo las estrellas, no me percaté de la importancia de lo que acababa de ver.

—¿Quién traicionó a tu señor?

Claudia había cambiado deliberadamente el interrogatorio y, por un momento, observó el cambio en los ojos de Narciso, una mirada dura y calculadora.

—Vamos —dijo—, debes de haber hecho tus averiguaciones. La gente habla. Nombres —dijo bruscamente—. Debes de haber escuchado nombres.

—Dionisio, Séptimo —Narciso hablaba ahora con tono solemne.

—¿Mancillaste el cuerpo de Dionisio?

—Le escupí a la cara.

—¿Qué más hiciste, Narciso? ¿Examinaste a ese anciano, al merodeador del bosque?

—Yo...

Claudia alzó la mano con gesto amenazador.

—Le asesinaron, ¿no es cierto?

—Eso creo —respondió Narciso, apartando la mirada—. Sí, eso creo. Estaba cubierto de polvo y barro, y tenía sangre en la cabeza. Tenía un cabello abundante y desaliñado. Tenía el cráneo partido, pero podría haber sido un accidente.

—Practicas tu arte, ¿no es cierto? —preguntó Claudia—. Eres un embalsamador experto en los ritos osirianos, en la extracción de cerebros y entrañas. Lo hiciste con el merodeador del bosque, al igual que has practicado en el pasado con los cadáveres de los esclavos.

—Nadie lo sabe —confesó Narciso—. Sentí que debía hacerlo para ayudarles en su viaje y para mantener vivo mi arte. ¿Qué daño podía hacer? ¿Quién va a preocuparse por algún esclavo anciano?

—Entierras los sobrantes en el bosque, ¿no es cierto? He visto los sitios en donde los ocultas. Y lo que es más importante, tenías un arcón en la casa de duelos, repleto de aceite de resina y otros combustibles. Ese era tu pequeño reino y, por eso, jamás lo abandonabas. Cerrabas la puerta y dormías bajo el sicomoro que hay junto a la casa, y es allí donde te encontrabas cuando comenzó el fuego. Pensaste que te culparían a ti, y por eso huiste en mitad de la noche. Te aterrorizaba que averiguasen lo que guardabas en la casa y lo que hacías. Ahora, Narciso, todo eso pertenece al pasado. En esa noche en particular, ¿viste algo sospechoso?

—Estaba asustado —alegó—. Aquellos oradores no dejaban de venir a visitar el cuerpo... No me lo esperaba. Cogí una jarra de cerveza y bebí demasiado. Cuando me desperté, el fuego... —Se puso en pie de un salto—. Tengo deberes que cumplir.

—No los tienes, Narciso. Ya no eres un esclavo, sino un hombre libre —dijo, cogiéndole de la muñeca—. Tengo más preguntas para ti pero, por ahora, tendrán que esperar. No te vayas muy lejos.

Claudia se deleitaba con la luz del sol mientras reflexionaba sobre lo que había dicho Narciso. Lentamente, pero con determinación, iba ensamblando las piezas. El sonido de espadas en movimiento la sobresaltó. Burrus y un grupo de sus mercenarios se acercaba con paso firme, escoltando a un hombre joven. Llevaba el pelo alborotado y vestía una túnica oscura, ceñida a la cintura por una cuerda. Burrus le trataba con delicadeza, rodeándole los hombros con su gran zarpa, pero era evidente que el joven estaba aterrorizado y si el germano hubiese retirado el brazo, se habría escurrido como una liebre.

—¡Lo encontramos! —Los germanos rodearon a Claudia, y el joven cayó de rodillas frente a ella.

—¿Encontrado qué? —preguntó Claudia torciendo el gesto.

—Restos de fuegos de campaña, una botella de agua, sobras de comida y ropas. Dos o tres hombres llevaban algún tiempo acampados en el bosque.

—¿Y quién es él?

El joven apoyó las manos sobre el suelo y la miró con ojos asustados, rechinando los dientes.

—Habla —Burrus le dio una palmada en el hombro—. Cuéntale a la dama lo que viste.

El hombre hablaba en un dialecto que Claudia encontraba difícil de seguir; tuvo que pedirle que hablara más despacio y que repitiera sus palabras. Sin embargo, siguió atorándose por el miedo, y tan solo consiguió hablar más despacio cuando Claudia le ofreció una moneda. Comentó que trabajaba en la granja de una mansión cercana, y que huyó cuando lanzaron el ataque sobre la casa de su señor. Estaba en el campo y vio unas figuras que surgían de entre la arboleda y se dirigían hacia la puerta principal de la granja. Se quedó aterrorizado cuando escuchó el sonido de las armas y los gritos ahogados.

Burrus le dio un golpe en el hombro.

—No, eso no. ¡Cuéntale a la dama lo que viste!

El joven declaró que, durante la noche en la que quemaron la casa de duelos, se encontraba merodeando por el bosque, a la búsqueda de algo de caza. Dio una descripción bastante aproximada del campo que había visitado Claudia: solitario, en barbecho, bajo la luz de la luna y rodeado de árboles. Se disponía a cruzarlo cuando, a través de la oscuridad, observó la luz de un fuego. Permaneció sentado y observó cómo brillaba; entonces, decidió alejarse de allí y contárselo a su señor. Pero todo lo que encontraron a la mañana siguiente fueron rescoldos quemados, así que supusieron que había sido obra de furtivos, o de fugitivos que se ocultaban en el bosque.

Claudia le dio las gracias al joven, le entregó la moneda y le despidió. Esperaba que Burrus se retirara con él, pero el germano permaneció inmóvil, mirando a su alrededor.

—¿Adónde ha ido —preguntó abruptamente— el que camina tan despacio?

—¿De qué estás hablando? —replicó Claudia con irritación.

—Gayo —explicó Burrus—. Me gustaría disculparme —continuó, mirando a Claudia de soslayo—. Gayo es un buen soldado, pero está profundamente dolido de que la emperatriz no haya confiado en él. Quisiera darle una explicación —chasqueó los dedos y se retiró para continuar con su búsqueda.

Claudia le observó mientras se marchaba, se desperezó y decidió volver a la villa. Se acercaba a una de las puertas laterales cuando escuchó su nombre en voz alta. Silvestre la llamaba desde debajo de un pórtico, haciéndole señas para que se acercara.

—Esperaba poder verte.

Claudia se apoyó contra una columna, sintiendo el agradable frescor de la piedra.

—¿Cómo te sientes? —Silvestre parecía preocupado—. Me refiero a Meleager. No le tengas miedo, Claudia. La justicia de Dios es como un perro de caza, siempre encuentra a su presa. Te encuentras entre amigos aquí. Además, Meleager se ha ido,

se ha marchado a Roma.

Claudia se sintió aliviada y respiró profundamente. Le aterrizzaba la idea de volver a encontrarse con el gladiador.

—Han ocurrido demasiadas cosas inesperadas —dijo Silvestre sacudiendo la cabeza.

—¿Planeaste tú todo esto? —preguntó Claudia con voz cansada.

—¿Cómo iba a planear yo semejante caos? —replicó Silvestre, mirándola por encima del hombro.

Claudia se giró y vio a Justino, que pasaba deprisa junto a ellos.

—Bueno —dijo, girándose de nuevo—. Tenemos a todo tipo de gente por aquí: Timoteo, Narciso, Atanasio.

—Sí, pero jamás pensé que el asesinato se uniría a nosotros —respondió Silvestre—, ni la traición.

—¿Por qué organizaste esto? —preguntó Claudia—. ¿Por qué se lo pediste a los oradores de Capua, y no a los de cualquier otra ciudad? Hay escuelas similares en muchas ciudades a lo largo de Italia.

—Elegimos Capua por dos razones. Primero, Atanasio es, quizá, nuestro más afamado orador. Segundo... —Silvestre la cogió por el brazo y la llevó hasta una zona de sombra—. Miliciades, el obispo de Roma, tiene parientes que cayeron atrapados durante la última persecución. También venían de Capua. Pensó que el debate traería el asunto al primer plano y que podría aflorar información nueva, alguna aclaración acerca de lo que ocurrió hace muchos años. Mucha gente murió en Capua, Claudia, pero eso pertenece al pasado —Silvestre suspiró profundamente—. Miliciades piensa que ganaremos la disputa. Supongo —añadió— que mi obispo esperaba que este debate mostrara que los arrianistas son una casta de traidores y conspiradores; pero, por supuesto, la vida no es tan simple. Le advertí acerca de eso. La persecución llegó a su fin, pero las deudas de sangre continúan.

—Sé que Narciso es uno de los vuestros. ¿Ocurre lo mismo con Timoteo?

—Desde luego. Es un buen hombre, muy devoto. Timoteo llega incluso a cuestionarse si debería seguir sirviendo en una casa pagana.

—No te importa demasiado, ¿no es cierto? —replicó Claudia—. Miliciades y tú habéis unido a gentes cuyas vidas están repletas de sombras y fantasmas. Seguro que sabías que esas sombras terminarían por aflorar a la superficie. Todas las rivalidades, las antiguas rencillas.

—Sí que me importa —respondió Silvestre—. Una purga, una limpieza, es muy positiva. La fe, nuestra religión, debe triunfar. Dije que había dos razones para que se celebrase este debate. En realidad, existe una tercera, la causa y origen de todo —cerró la mano y apretó el puño con fuerza—. Tenemos a Elena, la augusta, y pronto tendremos a su hijo. ¿No ves, Claudia, la auténtica razón de ser de este debate? Nos beneficia que exista división, acritud, rivalidad. Queremos que continúe así. Queremos que intervenga la augusta, que se convierta en uno de los nuestros, que

apoye al obispo de Roma. No es suficiente que Elena apoye a la fe cristiana. Escucha, hay más divisiones entre los cristianos que pulgas tiene un perro, pero Roma los engloba a todos. Queremos que un día la gente considere un ataque sobre la Iglesia como un ataque hacia el mismo Imperio, mientras que un ataque contra el Imperio será como un ataque contra nosotros.

Claudia observó a este sacerdote inteligente, que atesoraba una gran astucia tras su rostro amable y su mirada dulce.

—Así que de eso se trata —susurró—. Quieres que Elena apoye al obispo de Roma. Corrígeme si me equivoco, pero creo que os veis como cocésares, el brazo espiritual del Imperio. Elena gobernará en favor de Miliciades, y lo que dice la emperatriz tiene la fuerza de una ley. El obispo de Roma y el emperador serán indivisibles. El cristianismo se convertirá en la religión del Estado, y Miliciades en su primer sacerdote. Algún día ungirás al emperador, pero no te detendrás ahí, ¿no es cierto? Todo volverá al punto de partida; quizá un día será el propio obispo de Roma el que decida quién debe vestir la púrpura y quién se pone la diadema.

—Sueños —sonrió Silvestre—. Sueños de gloria, Claudia, de establecer el reino de Dios en la tierra. Elena tiene una buena relación con nosotros. Queremos una conclusión que consiga unirnos definitivamente. Queremos que gobierne en nuestro favor, para que nuestra doctrina se convierta en un edicto imperial. Pero —continuó con tono de eficiencia—, lo que no se esperaba, ni se había planeado, era ese ataque. ¿Qué has averiguado?

Claudia alzó la mirada y contempló la talla de una cara sobre una columna: un querubín con labios arqueados y carrillos hinchados, y la cabeza rodeada de hojas de parra. Se preguntó cuántos en la villa conocerían la dimensión real de los planes de Silvestre.

—¿Claudia? —preguntó Silvestre.

—El ataque vino de Licinio —respondió—. Envió una galera a la costa italiana, aunque previamente había desplegado algunos agentes en la campiña, en los alrededores de la villa. Fueron ellos los que encendieron las señales de fuego, tras recibir la señal desde aquí. El bosque es cerrado y denso, y los agentes de Licinio podían permanecer ocultos mientras aguardaban la señal convenida. Sin embargo, algo se les pasó por alto: no habían contado con el merodeador del bosque, un anciano que vagaba por la zona. Supongo que descubrió a los extraños y se dirigió a la villa para informar de lo que había visto. Desafortunadamente para él, nuestro traidor, o sus cómplices, se enteraron de sus planes e hicieron que le mataran. El resto ya lo conoces: se encendieron los fuegos, la galera tomó tierra y las tropas desembarcaron. ¿Estás satisfecho, Silvestre?

—¿De un ataque contra el emperador? Por supuesto que no.

—Ya sabes a qué me refiero —dijo en tono burlón—. Ahora, Constantino tiene una razón para la guerra. ¿Es eso parte de tu sueño, de tu sutil designio? ¿Que Constantino marche hacia el este para firmar allí nuevos edictos de tolerancia?

Estarás muy ocupado entonces, provocando problemas en las provincias orientales, preparando el camino a vuestro Salvador.

Silvestre simplemente se rio, alzó la mano en señal de saludo y se retiró.

Justino, el líder de los arrianistas, había sorprendido a Claudia y Silvestre durante su conversación. Se preguntaba de qué podrían estar hablando, pero estaba desesperado por alcanzar las letrinas. Una vez allí, se alegró de que estuvieran vacías, a excepción del gato de la villa, una enérgica criatura negra que se escabulló por una de las ventanas medio abiertas. Justino cogió un asiento en el extremo más alejado, contemplando los mosaicos de la pared opuesta con gesto desconsolado. No se encontraba bien, tenía el estómago revuelto, y la opulenta cena y el vino de la noche anterior no le habían ayudado mucho. También se encontraba nervioso. No debería haber aceptado la invitación al debate. Estaba atrapado. Había ido hasta allí buscando una discusión, pero Atanasio se encontraba en su mejor momento, Silvestre contaba con las atenciones de la augusta y él se encontraba atrapado por fantasmas del pasado. Atanasio no era solo un orador brillante, sino también el único de entre los filósofos que estaba libre de culpa. Después de todo, como Atanasio gustaba asegurar, después de que Diocleciano lanzara su persecución huyó hacia el norte, bastante lejos de Capua, mientras el resto se vio atrapado en la red.

Con la mente ausente, aún absorto en los problemas que le acechaban, Justino se limpió con una esponja amarrada al extremo de un palo y se acercó al pequeño lavadero para lavarse la cara y las manos. Había salido de las letrinas y caminaba junto a un pequeño edificio de ladrillo rojo, con unas escaleras que conducían a la pequeña puerta de una bodega, cuando escuchó una voz que resonaba en los escalones.

—¡Justino, Justino!

Se detuvo e identificó el edificio como una dependencia relacionada con el hipocausto; quizá el lugar donde se almacenaba el aceite.

—¡Justino!

Escuchó un crujido y, caminando hacia su derecha, se asomó escaleras abajo. La puerta del fondo se encontraba abierta.

—¡Justino!

La voz era insistente, como si la persona hubiese encontrado algo. Tan absorto se encontraba en sus problemas que Justino se olvidó de Dionisio, o de la circunstancia de que Séptimo estaba en paradero desconocido. Bajó las escaleras con rapidez y cruzó la puerta; observó una lámpara encendida y una sombra que se agitaba en el interior. Alguien le aguardaba cerca de una columna que había en el extremo opuesto. Se detuvo y su asaltante le asestó un fuerte golpe en la nuca.

Capítulo 9

«*Nemo repente fuit turpissimus*».

(«Nadie se vuelve depravado en un instante»).

Juvenal, *Sátiras*, II

— **V**amos.
El operario principal de las cocinas imperiales, el cocinero favorito del emperador Constantino, cogió de la mano a la joven auxiliar de cocina y la empujó escaleras abajo, hacia la bodega donde almacenaban madera y carbón bajo un tejado sustentado por robustas columnas de piedra. Al cocinero le gustaba llevar ahí a sus concubinas, como solía llamar a sus conquistas, especialmente en verano, cuando este lugar estaba tan tranquilo por la falta de actividad. Se limpió el grasiento rostro, secándose las manos en la túnica, y miró a la chica con gesto de aprobación. Tenía su piel un matiz aceitunado, una espesa melena negra y estilizados brazos y piernas. El cocinero encargado de los entrantes ya se había acostado con ella y había proporcionado una descripción bastante gráfica de su habilidad y entusiasmo y de su determinación por agradar. El cocinero principal se había puesto enseguida a trabajar, seduciendo a la joven con promesas de un trato preferente en las cocinas y, quizá, incluso la posibilidad de ascender a sirvienta, con permiso para acceder al comedor imperial. También se aseguró de que le entregaran los más delicados manjares que habían sobrado de la comida imperial. Esa mañana le había dado la opción de ser la primera en elegir la comida de la noche anterior: queso y miel, trozos de nuez y pastel de higo, pastel de pera deshidratada, así como una variada selección de carnes rehogadas en sus salsas.

—Vamos —repitió, estirando el brazo y cogiéndola de ambas manos.

—¿Estás seguro? —susurró la joven, representando el papel de doncella asustada. El compañero y amigo del cocinero le había dicho que reaccionaría así, mostrándose tímida y reacia. Desde luego, representaba su papel, mordiéndose el labio y permaneciendo sobre los escalones con indecisión, mientras él le acariciaba suavemente la mano.

—Debes insistir —le había aconsejado su amigo— y disfrutarás de un paraíso de placeres. Asegúrate de llevártela a un lugar solitario, donde nadie pueda escucharos.

—¡No seas tonta! —dijo, sintiendo el palpitar de la excitación en el estómago—. Nos besaremos y abrazaremos, y después, volveremos a las cocinas en busca de hidromiel y pastel de frutas.

La joven, aún actuando con reticencia, le siguió escaleras abajo. Estaba dispuesta a hacérselo pasar muy bien a ese hombre importante para ganarse su favor. Le

encantaría, también, encargarse de alguno de los otros, para que le dieran las mejores sobras y el lugar más seco y limpio para dormir.

El cocinero abrió la puerta y buscó a tientas en el alféizar las cerillas de azufre que solía usar para prender las antorchas y las dos lámparas de aceite hechas en barro, con una talla de Pegaso en cada una.

—¡Estupendo! —retrocedió unos pasos; las dos lámparas ardían con fuerza, y las antorchas despedían una lluvia de chispas. La chica gimió tras él.

—Vamos, estaremos muy bien —murmuró. Sintió una mano en su brazo y se giró sonriente hacia ella—. ¿Qué ocurre, niña?

Bajo la luz trémula distinguió que su gesto había cambiado: su rostro había palidecido, y el labio inferior temblaba sensiblemente. La chica le tiró del brazo sin decir palabra y señaló hacia el fondo de la bodega. El cocinero siguió la dirección del brazo de la joven y abrió la boca, pasmado ante lo que contemplaban sus ojos. Tiró del brazo de la niña y bajó despacio los escalones con ella.

—En el nombre de Apolo —suspiró—, ¿qué es eso?

La joven se liberó de una sacudida, exclamó un grito ahogado y salió corriendo por la puerta entreabierta. Aquel hombre estaba hecho de una pasta más dura. Era veterano de la Novena Legión de Hispania y había visto una buena cuota de cadáveres: ahorcados, crucificados, quemados en aceite, desmembrados o apestando medio descompuestos en algún campo de batalla olvidado de Dios. Sin embargo, había algo grotesco en la horrible escena que se representaba en el extremo opuesto de la bodega, y que la tenue luz no hacía sino acentuar. Habían atado dos cuerpos a dos pilares adyacentes. Se acercó, observando entre las tinieblas. Reconoció a ambos filósofos, visitantes de la escuela de Capua; el mayor tenía la cabeza inclinada hacia atrás y sus ojos mostraban un inquietante tono apagado.

«Justino», susurró el cocinero jefe, «ese es tu nombre». Hablaba como si esperase que el cuerpo ensangrentado pudiera escucharle y responderle, pero Justino estaba muerto. El anciano estaba completamente desnudo. Su cuerpo delgado y huesudo tenía un aspecto patético, con sus genitales encogidos, sus nervudas piernas y el torso sucio, y se asemejaba a un pescado abierto en canal. Le habían amordazado con un trozo de piel, que aún mantenía en la boca. Le habían asestado un disparo mortal a muy corta distancia; el arco sirio utilizado permanecía en el suelo y, junto a él, había una aljaba de cuero vacía. Casi todas sus flechas estaban clavadas profundamente en la piel de Justino; el resto estaban quebradas, a la derecha de la columna.

«No es un buen arquero», susurró. Al menos, cuatro o cinco flechas se habían desviado de su objetivo. Habían atado a Justino con una cuerda grasienta, que se hundía profundamente en su carne, pero habían dejado suficiente superficie libre para recibir los mortíferos flechazos. El cocinero, invadido por la curiosidad, observó los ojos del difunto empujando la cabeza hacia delante. Recordó la antigua historia de que la mirada de un muerto suele albergar la última imagen contemplada. Pero los ojos de Justino eran simples puntos negros, vueltos hacia arriba, mostrando la

sanguinolenta superficie blanca.

Se desplazó hasta el segundo cuerpo; no recordaba su nombre, pero lo reconoció como uno de los oradores.

Este hombre, mucho más joven, también estaba desnudo y le habían atado al pilar. Le apretó la nariz. Aparentemente, llevaba muerto algún tiempo; el hedor era insoportable, y su aspecto era aún más terrible que el de Justino. Le habían despojado completamente de sus vestiduras, le habían atado con el rostro pegado a la columna y le habían azotado hasta la muerte. En el suelo descubrió un látigo de capataz, con el mango de bronce. Cada uno de sus flecos de piel llevaba engarzados dos o tres placas de bronce, cobre o hueso, afiladas como cuchillas. El cocinero había visto antes látigos como ese; de hecho, él tenía uno, que usaba para amedrentar a los chicos de la cocina aunque desde luego, jamás había usado un arma tan cruel contra ellos. La cara del difunto estaba cubierta de sangre en la zona en la que se había golpeado con la columna cada vez que recibía un azote. Presionó la parte posterior de la mano contra el cuello de la víctima. Estaba frío y pegajoso, y los músculos se habían quedado duros como la piedra.

«Dos hombres», murmuró. Retrocedió unos pasos y tocó el cuerpo de Justino. Recordó sus días del servicio militar. Había recogido suficientes cuerpos del campo de batalla para poder concluir que el joven llevaba muerto, al menos, doce horas; pero el cuerpo de Justino no estaba tan duro y frío: probablemente, le habrían matado justo después del amanecer.

De repente, cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo, pero no quería salir corriendo como pollo sin cabeza. No quería ser objeto de bromas y burlas; debía actuar como un veterano de guerra. Se giró y caminó despacio hacia la puerta. Se enorgullecía de ser un viejo soldado, acostumbrado a la visión de la sangre y las vísceras, aunque... Lanzó una última mirada por encima del hombro a esos macabros restos. Observando el modo en que los habían colgado y la terrible forma de morir, se preguntó qué maldad y odio brutal podían haber provocado todo aquello.

—Muertos... —Narciso contempló los dos cuerpos, echados sobre la hierba, bajo las extensas ramas de una enorme encina—. Muertos y pudriéndose. Bueno —dijo, extendiendo un brazo—, al menos uno de ellos lo está, señora. Debe decirle a la augusta que deberían ser pasto del fuego.

Claudia, que mantenía una poma perfumada cerca de la nariz, asintió vigorosamente mientras contemplaba los cuerpos bajo la sombra de aquel gigantesco árbol, en medio de un día tan bonito, en un lugar tan privilegiado, entre un césped tan fresco y salpicado de exuberantes flores silvestres. Una ligera brisa aplacaba el calor; de los árboles provenía el canto de un zorzal, lúcido y claro, extendiéndose por todo el jardín. Un frescor verde rodeaba esos cadáveres; era como mirar al interior de una copa que contuviese un brebaje ponzoñoso. Dos cuerpos, dos seres, compartiendo la misma sustancia, tanto en la vida como en la muerte. Claudia se preguntaba qué profunda reflexión haría de ello Atanasio. ¿Tendrían razón los cristianos?

¿Sobrevivirían las sustancias conocidas como Séptimo y Justino a sus respectivas muertes? ¿Trascenderían de la invisible, aunque eterna, división que les separaba de los vivos para demandar justicia de su Dios? ¿Habrían desaparecido como las nubes de humo de un fuego extinto? ¿O serían como los dioses de Homero, espíritus que se desvanecían, perdiendo su fuerza mientras se refugiaban en la oscuridad que hay más allá de la vida y de la fuerza vital que manaba de ellos?

—«Me pregunto...» —murmuró Claudia.

—¿Qué? —demandó Narciso.

—Nada.

Claudia extendió las manos. No quería compartir sus pensamientos acerca de la auténtica razón por la que encontraba tan difícil aceptar las enseñanzas de Cristo. Podía llegar a aceptar que un hombre se elevara de entre los muertos, un suceso extraordinario, una horrenda lucha entre la vida y la muerte. Cristo era como Apolo o Hércules, ¡un héroe del mundo! Un hombre crucificado, condenado como un criminal, que volvía como el Señor de la Vida y de la Luz, a quien todas las cosas debían su existencia. Podía llegar a entenderlo, pero ¿qué dos personas como Dionisio y Justino, con todos sus pequeños fallos y estúpidos pensamientos, hubieran perecido de una forma tan patética? ¿Cómo lograrían perdurar? Y todos los demás, la ingente multitud de Roma, o las hordas de bárbaros que acechaban las fronteras del Imperio romano, ¿estarían también sujetos a la inmortalidad? ¿Serían todos portadores de la divina semilla?

—¿Señora?

—Disculpa —Claudia emergió de la profundidad de sus pensamientos—. Tenemos dos cuerpos. Eres un experto en cadáveres. Cuéntame todo lo que puedas deducir.

—Séptimo fue el primero en morir —replicó Narciso con grandilocuencia—. Lleva muerto, al menos, doce horas; la carne está mortificada, la sangre coagulada, está listo para ser embalsamado, pero todos mis ungüentos e instrumentos se quemaron en el incendio, y ese es el destino que debería compartir.

—No te preocupes por eso ahora —interrumpió Claudia—. ¿Qué puedes contarme de su muerte?

—Primero le aturdieron como a un buey que se dirige al matadero, asestándole un fuerte golpe en la cabeza. Después, le ataron a una columna, le amordazaron y le azotaron hasta morir. Las marcas de los latigazos le cubren todo el cuerpo, desde el cuello hasta las nalgas, aunque también hay algunas en rodillas y pantorrillas —Narciso se arrodilló junto al cadáver de Séptimo—. Los latigazos rodean la espalda, y las piezas afiladas se han clavado en la carne blanda del estómago y la entrepierna.

Claudia observó las cicatrices azules y rojas y volvió a olisquear la poma.

—El asesino es ambidextro —continuó Narciso con aire despreocupado—. Cambiaba de mano al cansarse. He dicho él, pero podría tratarse de una mujer. Que el látigo es un arma terrible lo sé de primera mano —añadió, forzando una sonrisa—; lo

he probado en mis carnes. Los flecos de piel y los ganchos de metal rasgan la carne y laceran todo a su paso, pero el auténtico efecto es el horror y el dolor que producen.

—¿Qué más?

—Es probable que Séptimo no sintiera los últimos latigazos; su corazón terminó por ceder, puedo verlo en su rostro. La piel está hinchada y presenta manchas moradas. Dudo que aguantase más de unos pocos minutos.

—¿Y Justino?

—De nuevo un golpe salvaje en la parte posterior de la cabeza. Probablemente, lo asesinaron poco después del amanecer. Bueno —dijo Narciso, encogiéndose de hombros—, tú le has visto. Estaba desnudo y le habían atado a ese pilar; el arquero se situó cerca, las flechas se clavaron profundamente en su carne. Diría que el asesino no estaría a más de un metro de su prisionero.

Claudia observó el cadáver. Narciso había partido primero el astil de las flechas para sacar seguidamente las puntas aserradas con un cuchillo especial, que había tomado prestado de las cocinas.

—No sobrevivió mucho —añadió Narciso con voz lastimera.

—¿Y el arquero? —preguntó Claudia.

—¡No era demasiado diestro! El asesino tenía que mantenerse a corta distancia. Disparó preferentemente con la mano izquierda; como sabe, algunas de las flechas se hallaron a la derecha del cadáver.

Claudia asintió distraída. Había hablado con el cocinero jefe, escuchando atentamente su descripción gráfica antes de examinar la bodega en persona. Era un lugar húmedo y oscuro, donde se almacenaba el carbón y la leña. Se encontraba vacío durante los meses de verano; se limpiaba y ordenaba y no se utilizaba hasta finales del otoño. No había encontrado nada que la ayudase a identificar al asesino, pero entendió enseguida por qué se había elegido esa habitación como lugar de ejecución. Se encontraba a cierta distancia de la villa, pero cerca de las letrinas. El asesino debió de esperar a sus dos víctimas. De hecho, cuanto más reflexionaba Claudia, más segura estaba de que esos dos hombres habían resultado elegidos al azar. Los oradores de Capua eran, por naturaleza, hombres solitarios. Por otra parte, estaban asustados, pues tenían mucho que ocultar. Solían pasarse el día reflexionando, querían estar solos, y eso los convertía en las víctimas ideales. Lo que aún no conseguía entender era la razón de los asesinatos. No había hallado evidencias que pudiesen aclarar los motivos, pero el ensañamiento que había mostrado el asesino le llevaba a pensar que las dos muertes, al igual que la de Dionisio, estaban conectadas con lo que ocurrió en Capua durante la salvaje persecución de Diocleciano. El resto de los filósofos habían aceptado esta hipótesis y hacían sus preparativos para abandonar la villa, aterrorizados por lo que había sucedido.

La villa se había levantado sobresaltada por la joven ayudante de las cocinas, que había recorrido los jardines chillando como una posesa. Cuando se detuvo ante los guardias, fue incapaz de dar una explicación coherente de lo que había presenciado.

Sin embargo, el jefe de cocina se había mantenido frío y había ido en busca de Gayo Tulio para dar la voz de alarma. Elena en persona había bajado hasta la bodega; observó los cuerpos y dio rienda suelta a su furia chillando a Atanasio y Silvestre, que daba el debate por concluido. También se había vuelto hacia Claudia para mostrarle su desaprobación.

—La espada sagrada ha desaparecido —gritaba Elena, expulsando un fleco de saliva por la comisura de los labios—. Tres oradores han muerto, han atacado a mi hijo. Ratoncita, no sabes nada. No has descubierto nada.

A Claudia no se le ocurrió contestarle; se mantuvo inmóvil, con la cabeza gacha, mientras Elena montaba en cólera antes de retirarse.

Ahora, Claudia se encaminaba hacia los edificios y contemplaba una cornisa embellecida con el rostro de un sonriente Baco. A cierta distancia, Burrus y su guardia la observaban atentamente. Escuchó un sonido y se giró. Silvestre, seguido de Timoteo, apareció de pronto, como salido de la nada. El sacerdote permaneció bajo la sombra de la encina, contemplando los dos cuerpos con gesto triste.

—El demonio es un asesino —declaró, sin levantar la cabeza—. Me pregunto por qué murió Dionisio de forma tan macabra. Y ahora estos dos. Desde luego, el asesino los odiaba profundamente.

—Estoy de acuerdo.

—Pero el asesino también se burla de nuestra fe.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Claudia.

—Repasa tu historia, Claudia. Dionisio, Séptimo y Justino sufrieron muertes similares a las de nuestros mártires en la arena del anfiteatro: desollados y desangrados, lacerados y azotados...

—Y acribillados, como Sebastián —concluyó Claudia.

—¿No te parece, Timoteo? —preguntó Silvestre por encima del hombro.

El taciturno maestresala asintió con la cabeza.

—¿Presbítero?

—Sí, Claudia.

—¿Puedo tener unas palabras contigo en privado?

Silvestre se distanció unos pasos. Claudio le agarró de la manga y tiró de él hasta encontrarse fuera del alcance de los oídos de Timoteo y Narciso.

—¿Tienes algo que ver con esto? —preguntó. Silvestre la miró con sorpresa.

—¿Con el asesinato y la tortura? Claudia, yo conspiro y confabulo, pero no asesino.

Claudia le aguantó la mirada.

—¿Albergas alguna sospecha?

—Sí —dijo Silvestre, mordiéndose el labio—, y la lista es extensa. Todos los hombres y mujeres de esa villa son sospechosos —dijo, desviando la mirada—. Podría tratarse de cualquiera —susurró con voz quebrada—. ¿Está involucrado el emperador? Es una posibilidad. ¿Atanasio? Algunos de sus amigos de Capua

murieron durante la persecución. ¿Burrus? Es un asesino a sueldo, podría estar siguiendo las órdenes de alguien. Lo mismo puede aplicarse a Gayo Tulio. ¿Criso? Él estuvo en Capua.

—Sí, ¿qué ocurrió allí? —preguntó Claudia.

—Criso no pagaba sus deudas; también estaba el enigma de los objetos que desaparecían misteriosamente. ¿Rufino? —Silvestre se encogió de hombros—. ¿Timoteo? ¿Narciso? —Los nombres salían encadenados de la boca del sacerdote—. Pero quieres que te cuente algo más de lo obvio, ¿no es cierto?

—Desde luego —replicó Claudia—. Cuéntame: el mártir cristiano Pablo, el gran orador, ¿cómo murió? ¿Dónde está enterrado?

—Pablo era, a la vez, judío y ciudadano romano —replicó Silvestre—. Le enviaron a Roma para enfrentarse a ciertos cargos, durante la última fase del reinado de Nerón. Los oponentes del bendito Pablo contaban con el favor de la mujer de Nerón, y la sentencia de muerte no tardó en caer sobre él. Al contrario de lo que ocurrió con el santificado Pedro, que pereció crucificado boca abajo, Pablo hizo valer sus derechos como ciudadano romano, y se le condenó a morir decapitado. Le sacaron de la prisión y le condujeron tras las murallas de la ciudad, cerca de una pequeña fuente que hay junto a un cementerio, en la carretera de Ostia. Allí le ejecutaron, y sus discípulos llegaron más tarde y le enterraron en un lugar cercano —Silvestre sonrió irónicamente—. Ya hay proyectado un monumento para él, un santuario. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada —Claudia comenzó a retirarse.

—Nos iremos pronto —gritó Silvestre a sus espaldas—. El emperador va a regresar a Roma para celebrar su cumpleaños y asistir a los juegos. Tengo entendido que tu Murano va a luchar. Si derrota a Espicerio se las verá con Meleager en la arena.

—No es mi Murano —replicó Claudia, volviendo sobre sus pasos—. Me estás contando cosas que ya sé. ¿Qué más quieres contarme, sacerdote?

—Meleager —Silvestre jugueteaba con el anillo que llevaba en el dedo meñique—. He hecho averiguaciones por ti. Estás en lo cierto. Meleager se hace pasar por un guerrero reservado pero, en realidad, es un luchador sanguinario. Un hombre que disfruta matando, no un profesional, como Burrus o Gayo. Según Rufino, Meleager juega a veces con sus víctimas en la arena, como haría un gato con su presa. Pensé que deberías saberlo. No, no —Silvestre continuaba jugueteando con el anillo—, no para asustarte. Jamás haría eso. Hay algo interesante que he descubierto: puede haber una escuela de oradores en Capua...

—Pero también hay una escuela de gladiadores, ¿no es cierto? —añadió Claudia con rapidez—. Acabo de recordarlo. Es una escuela muy famosa. ¿No es allí donde Espartaco inició su rebelión?

Silvestre la observaba con gesto extraño.

—Meleager estaba allí —replicó— cuando se iniciaron las persecuciones. Según

se cuenta, y esto son tan solo habladurías, ayudó a cercar a los cristianos. Y no solo los vigilaba, también solía estar presente en sus interrogatorios.

—En otras palabras, ¿era un torturador?

—Sí, Claudia, puedes llamarlo así —dijo el presbítero mientras se alejaba.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Narciso señalando a los cadáveres—. No puede dejarlos aquí, pronto comenzarán a apestar.

Silvestre se giró hacia Narciso y le susurró unas palabras. Narciso asintió con la cabeza y gritó a Burrus y a sus mercenarios para que se acercaran a ayudarle.

Claudia cruzó el césped y volvió a bajar las escaleras que conducían hacia el almacén. Cogió un taburete, tomó asiento y comenzó a observar las dos columnas, aún impregnadas de sangre. Las moscas revoloteaban sobre las cuerdas cortadas y manchadas, y sobre otras manchas de sangre esparcidas por el suelo. Había algunas aberturas en la pared opuesta que dejaban pasar algo de claridad; pero, por lo demás, no había más luz que la que proporcionaban las antorchas, que ahora chisporroteaban débilmente, enviando pequeñas hebras de humo al aire. Reflexionó sobre lo que Silvestre le había contado. El asesino, que podría ser cualquiera, había atraído la atención de esos dos hombres, los había golpeado y arrastrado hasta aquí. Estaba convencida de que sus muertes no tenían nada que ver con los debates teológicos que tenían lugar en la villa; debía de tratarse del pasado, pero ¿del pasado de quién?

Claudia se puso en pie y recogió un trozo de cuerda. Analizó el nudo. No se trataba de nada especial, tan solo un nudo doble. Se preguntó si las cuerdas que se habían utilizado con el cuerpo de Dionisio serían las mismas. Escuchó un sonido tras ella, el roce de unos pasos, y su mano fue presurosa hacia la empuñadura de la daga que guardaba bajo su cinto. Se giró deprisa, alzando el taburete como si de un escudo se tratara y blandiendo su daga, echándose a un lado, como Murano le había enseñado. La luz trémula ocultó a su visitante hasta que este chasqueó la lengua.

—Criso —susurró—, ¿qué haces aquí?

El chambelán se acercó a ella.

—Claudia, Claudia. ¿A qué viene esto?

—No te acerques a mí tan sigilosamente —advirtió Claudia—. Chambelán imperial o no, Criso, yo no te gusto, y no me gusta estar sentada dándote la espalda.

—Eres demasiado suspicaz —susurró Criso—. Eres una pequeña arpía, Claudia, con la lengua muy afilada y el corazón duro como una piedra.

—¿Y eres tú quien me va a dar clases de moral? —dijo Claudia, mientras dejaba el taburete sobre el suelo.

—Solo he venido a hablar.

—¿Acerca de qué?

—Capua.

—¿Estuviste allí?

—Sabes que sí. ¡La joven con los ojos penetrantes y el agudo olfato! Me displicé hasta allí para aprender a hablar, para deshacerme de mi ceceo y mi tartamudez. Me

quedé sin dinero, así que me puse al servicio de otras personas. Finalmente, me fue imposible pagar mis deudas, así que hui.

—¿Eras un informador, Criso? ¿Entregaste información contra los cristianos?

—¡Eres una arpía!

—¿Lo hiciste o no? —repitió Claudia, sentándose de nuevo en el taburete.

—Eso no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque pienso que todos los que estuvieron en Capua se enfrentan al riesgo de morir asesinados.

—O, también, podrían ser posibles sospechosos.

—Claudia —Criso se acercó a ella; a Claudia no le gustaba su voluminoso cuerpo, ni la forma en que simulaba sonreír—, quiero ser tu amigo. He venido hasta aquí para proporcionarte información.

—¿Sobre qué?

—Meleager es de Capua.

—Eso ya lo sé —dijo Claudia cortantemente.

—Muy bien, pero ¿sabías que, aunque las apuestas estaban muy fuertes a favor de Murano y contra Espicerio, eso no es nada comparado con el dinero apostado sobre Meleager para que derrote y mate a Murano?

—¿Qué quieres decir? —Claudia se disponía a enfundar su puñal; en vez de eso, apuntó de nuevo al grueso chambelán.

—El mundo de las apuestas —explicó Criso, acercándose aún más— es muy extraño, Claudia. Es como la vida en la corte; las cosas nunca son como parecen ser. Puedes hacer dobles apuestas, o extender tu apuesta de gran variedad de formas. Ahora, según Rufino y Meleager, que no dejan de pavonearse y son incapaces de mantener la boca cerrada... —Criso se llevó el dedo a la nariz—. Por cierto, ¿has llegado a conocerle? Esta mañana he desayunado con Meleager, antes de que se fuera. Dice que está seguro de haberte conocido, pero no consigue situar dónde ni cuándo.

—Está equivocado.

—No importa —Criso continuó con su cháchara—. La noticia es que el dinero, bolsas y bolsas repletas de sestercios, se está acumulando en el lado de Meleager. Tales apuestas pueden ser simples: Murano gana, Murano muere o Murano gana contra Espicerio, pero pierde contra Meleager. Para simplificar este embrollo, Murano es favorito contra Espicerio con una única condición: que pierda contra Meleager.

El estómago de Claudia dio un vuelco, y sentía tan llena la garganta que era incapaz de tragar.

—¿Entonces? —tartamudeó.

—Entonces —explicó Criso—, volvamos al pequeño accidente de Espicerio, el día en que se desvaneció en la arena. El dinero estaba a favor de que Murano le

matase, dejando vía libre a Murano para enfrentarse a Meleager. Si aquello ocurrió entonces... Escúchame bien, Claudia —Criso agitó un dedo frente al rostro de la joven—, Murano puede haber estado muy preocupado, pobre muchacho, acusado de hacer trampas; y quizá, cuando entre en la arena del anfiteatro para enfrentarse con Meleager, puede que no se encuentre... ¿cómo podría describirlo?... En su mejor forma.

Claudia deseaba tener un poco de agua a mano, limpia y fresca, para remover el ácido de su garganta. Criso era un hombre peligroso, pero estaba bien informado. Estaba asustado por los asesinatos y, probablemente, trataba de apaciguarla. Claudia se enjugó los labios. Criso le estaba lanzando indirectas y posibilidades que Claudia ya había recibido de la misma Elena. Espicerio debía morir. Murano podría haberle matado, pero habría llegado a la siguiente ronda como un gladiador envilecido y caído en desgracia. Un gladiador necesita confianza en sí mismo en la arena.

—¿Por qué no me ha contado esto Rufino?

—Lo habría hecho —Criso arqueó los hombros—, pero esta convulsión nos ha distraído a todos. No me extraña que el emperador desee volver a Roma. Ha dicho que hay mucha más paz allí.

—¿Y qué opinas tú que le ocurrirá a Murano? —preguntó Claudia.

El chambelán se pellizcó la nariz, un gesto que solía hacer cuando se concentraba en algo.

—Se me ocurren dos cosas, Claudia. Primero, algo podría ocurrirle todavía a Espicerio. Segundo, ¿seguirá Murano encarando alguna amenaza que quiebre su concentración? Ya sabes cómo funciona esto. Los profesionales como Murano entrenan la mente tanto como sus cuerpos. Se consideran a sí mismos victoriosos; pensar de otra manera es anticipar el desastre.

—Es cierto —Claudia recogió los brazos sobre el pecho. Murano le había contado que los luchadores se amenazaban unos a otros, tratando de doblegar la voluntad de sus oponentes, excitar su corazón y agitar su mente.

—Lo que también debe preocuparte —añadió Criso con un matiz de malicia en la voz— es que, cuando ellos, quienesquiera que sean, hayan acabado con Espicerio, ¿se volverán contra Murano? Rufino opina igual que yo.

Claudia contemplaba al grueso chambelán, con su rostro anodino y una mente que bullía como una caja de gusanos.

—Luego, lo que quieres decir —replicó Claudia, hilvanando las palabras— es que algo podría sucederle a Espicerio y, una vez que esté fuera de combate, llegará el turno de Murano. Me pregunto quién estará detrás de esto.

—Alguien que haya apostado una fortuna —musitó Criso—. Sacos y sacos de dinero.

Algo en su voz alertó a Claudia, la forma en que dijo «sacos», como un mendigo que busca una buena comida y comienza a salivar. Esbozó una sonrisa.

—¿Crees que es divertido?

—No, tú eres divertido, Criso. Vienes a contarme todo esto porque Rufino te lo ha pedido. Por decirlo más claro, tú eres apostador. Has comprometido mucho dinero, ¿no es cierto? Has invertido tantas monedas como hayas podido recoger con tus gruesos dedos. ¿A quién estás encubriendo, Criso? —Se puso en pie—. No vengas hasta mí simulando ser mi amigo. Estás más preocupado por ocultar tu anterior vida en Capua. Más importante aún, estás muy nervioso por mi Murano.

Claudia observó que el chambelán sudaba copiosamente. Le propinó un golpe en el estómago con la empuñadura de su daga.

—¡Seboso embustero! —susurró.

Criso pestañeó y tragó saliva, como un colegial que recibe una reprimenda.

—Has apostado todo tu dinero por Murano, ¿no es cierto?

Criso asintió.

—Estoy asustado —gimió—. Me aterra que pierda Murano. Podría perder cerca de diez mil sestercios.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué te ha llevado a hacer eso?

—No sabía nada de Meleager. No, no, eso no es cierto. He observado a Murano. Vamos, Claudia, él te ama, lo sé. Y un hombre que tiene a alguien a quien amar quiere vivir, y lucha con mayor ahínco. Debes volver a Roma, Claudia, debes advertir a tu hombre. Si él cae en desgracia, también lo haré yo.

Criso se retiró. Claudia se giró y contempló la cuerda apilada en el suelo.

—¿Señora? —Narciso apareció en el quicio de la puerta—. Señora, ¿en qué piensa?

—¡En tomar un baño! —dijo bruscamente—. ¿En qué crees que puedo pensar, encarando problema tras problema?

—¿Y qué piensa hacer?

—Volver a Roma, a ver al tío Polibio. Creo que ha llegado el momento de que intercambie unas palabras con Salustio el Husmeador...

Murano esquivó el golpe y retrocedió con rapidez, pisando fuerte sobre la ardiente arena del Ludus Magnus, la gran escuela de gladiadores situada a no mucha distancia del anfiteatro Flavio. El reciario con quien practicaba danzaba frente a él, pateando la arena con sus sandalias y esperando que la brisa la transportase hacia el rostro de Murano mientras recogía la red, moviendo el tridente de madera y dispuesto a golpear con él la garganta del gladiador, o propinarle un rápido golpe a su estómago expuesto. Murano sentía el calor abrasador. El casco que llevaba le estaba sofocando, la arena se colaba por las aberturas de los ojos, orejas y boca y las tiras de piel se le pegaban a la cara. Las grebas de sus pantorrillas parecían pesar cada vez más; las cintas del escudo estaban empapadas de sudor. Había pedido deliberadamente que esta práctica se celebrase durante la hora más calurosa del día, y había elegido al reciario más rápido de la escuela: un galo de Narbona, un auténtico bailarín que se movía como una sombra.

A través de las aberturas de su casco, Murano observaba cómo su oponente se

movía ágilmente de lado a lado. Trataba de desconcertarle, luchando por cambiar de posición, de manera que quedase de espaldas al sol. El reciario llevaba un pedazo de metal que le protegía el brazo izquierdo y que usaba intencionadamente como un espejo para deslumbrar a su oponente. Murano reconocía todos estos trucos; el reciario estaría observándole atentamente. Si consiguiera obstruir los huecos en el casco de Murano, llenarle la boca y la nariz de polvo, nublarle los ojos, ya empapados de sudor, quizá tuviera una oportunidad de atraparlo con su red y tirarlo al suelo. Murano se echó a un lado, limpiándose la boca con la lengua. Mantenía en alto el escudo y agarraba con fuerza la espada. Movi6 el casco, consigui6 que entrase algo de brisa y se sintió mejor. Se percató de que las gradas y los asientos del anfiteatro se llenaban con rapidez, según iban llegando personajes de toda clase y condición deseosos de verle luchar. Espicerio estaba allí, Meleager acababa de llegar; también lo habían hecho los Dacianos, que se congregaban como moscas para estudiar todos sus movimientos. De acuerdo, les daría una lección a todos.

El reciario se movió hacia delante, con la red dispuesta a salir expulsada como la tela de una araña. Murano hizo un amago hacia el frente, pero se retiró enseguida. De nuevo, volvió a avanzar. Ahora se encontraba completamente concentrado; había dejado de escuchar los gritos de la multitud, se había olvidado del sofocante casco, del sudor que resbalaba por su rostro, del tormento de los músculos de sus piernas o del dolor de su brazo derecho, en donde había recibido un tremendo golpe del tridente de madera. En realidad, Murano comenzaba a tararear una canción que había aprendido cuando niño. Se estaba divirtiendo; esto era parte de su ser, la razón de su existencia. El resto de la vida había perdido importancia ante ese hombre que, bajo diferentes circunstancias, trataría de matarlo.

Murano trataba ahora de medir los tiempos. Se centró en la lucha, consciente de la música estridente de esta macabra danza. Le estremecía el cuerpo, y sintió que su mente y su corazón estaban preparados para la victoria. Había tomado una decisión. Sabía qué opción elegir; la suerte estaba echada. Durante la enloquecida danza que se representaba frente a él había examinado minuciosamente al reciario, buscando sus puntos débiles. «Quizá sea algo más rápido de lo preciso», pensó Murano, «demasiado impetuoso».

Murano lanzó un rápido ataque, moviendo el escudo hacia la derecha y proyectando la espada hacia el frente como si fuera la lengua de una serpiente. El reciario cambió su posición para acercarse a él. Murano retrocedió. El gladiador repitió la misma maniobra hasta que estuvo preparado; entonces volvió a atacar, pero esta vez no retrocedió, sino que se movió de prisa hacia la derecha. Su oponente, sorprendido, arrojó la red, errando el tiro. Murano cargó hacia delante, utilizando su escudo como un ariete y golpeando fuertemente al tridente, que salió despedido de las manos de su contrincante. El reciario rodó por la tierra, dispuesto a volverse a poner en pie, pero era demasiado tarde. Tenía encima a Murano, que le golpeó en la parte posterior de la cabeza, hundiéndole la cara en la arena, y le presionó el codo con la

punta de su espada. El reciario se quedó inmóvil mientras Murano alzaba el escudo para recibir los gritos y aplausos de la multitud. Seguidamente, retrocedió, lanzando al suelo la espada y el escudo, y se quitó el casco con penacho. Un esclavo entró corriendo para retirarle las pesadas grebas de las pantorrillas.

Otro le llevó una jarra de agua. Murano dio un gran sorbo y se enjuagó la cara. Después, ayudó a levantarse a su oponente y le puso la jarra de agua en las manos.

—Has estado increíblemente rápido —suspiró el reciario, con el rostro embarrado por el sudor y la arena—. Jamás pensé que harías eso.

—Debías haberlo esperado —sonrió Murano—. Puedes apostar que si tu oponente se mueve adelante y atrás, especialmente uno armado con una espada y un pesado escudo, tarde o temprano te atacará por el flanco. Yo he utilizado el escudo, pero hay otras variantes. Podría haber enredado el escudo en la red y haberte empujado hacia la punta de mi espada —continuó, golpeando suavemente el rostro de su oponente—. Recuérdalo —añadió—, y quizá consigas vivir. En la arena, el escudo es más peligroso que la espada; puede enredarse en la red, despuntar el tridente y, por encima de todo, puede propinar fuertes golpes. Ahora, celebremos el combate con un poco de vino.

Ambos avanzaron para unirse a sus camaradas. Murano recibió la felicitación de Espicerio, que le ofreció una copa de vino y le dio una palmada en la espalda elogiando sus movimientos, aunque ofreciendo sus propias críticas. Murano cruzó la mirada con Meleager y saludó con la cabeza.

—Es un presuntuoso —susurró Espicerio—. Uno de nosotros deberá enfrentarse a él y le dará una lección, ¿no crees?

Se había formado un corrillo alrededor de Meleager, felicitándole y haciéndole mil preguntas. El cabecilla de los Dacianos le miraba con interés. Agripina también flirteaba con el recién llegado.

—¡Dejémoslo correr! —susurró Espicerio—. Mientras siga visitándome en la taberna Las Burras, no me importan sus coqueteos. Le enseñaré a engatusar a un oponente con la mirada.

Murano recogió sus armas y entró en el baño, introduciéndose en el agua caliente antes de moverse a la fría. No dejaba de pensar en la reciente pelea. Esperaba que sus oponentes fueran tan estúpidos como para pensar que repetiría los mismos trucos en el anfiteatro. Espicerio se unió a él, comentando de pasada la destreza de Meleager: lo que se debía procurar, lo que se debía evitar. Murano caminó hasta la sala de masajes y se tumbó sobre una tabla, mientras el masajista de la escuela desentumecía y suavizaba sus músculos con sus expertas manos y los aceites especiales. Murano olfateó su fragancia, sintiendo una agradable sensación de relax. Espicerio hablaba ahora acerca de la fiesta que Agripina había planeado. Pasaría la tarde disfrutando de la fresca brisa del jardín y, una vez que cayese la tarde, comenzaría el auténtico regocijo.

Murano se sumió en un ligero sueño y se despertó con una palmada en la espalda

del masajista, quien le señaló sus ropas, apiladas sobre un arcón, junto a la puerta. Se puso un taparrabos y su larga túnica de lino blanco y se desplazó a la consigna de objetos personales para retirar su collar, su brazaletes y sus diversos anillos. Se calzó las sandalias y se unió a Espicerio bajo la fresca columnata.

—¿Sabes una cosa? —Espicerio bajó su copa de vino y señaló hacia la columnata de enfrente, donde Meleager mantenía una acalorada conversación con los Dacianos. Agripina parecía haber desaparecido—. Nosotros, los gladiadores —continuó Espicerio—, somos grandes fanfarrones, pero Meleager parece el mayor de todos —se giró y agarró el brazo de Murano—. Que Hércules me bendiga —susurró.

—¿Qué ocurre? —Murano se preocupó ante la mirada angustiada de Espicerio.

—Ya sabes cómo es esto —continuó Espicerio, aumentando la presión sobre el brazo—. Tú has estado allí, Murano, aguardando en la caverna el momento de pisar la arena. La música comienza a sonar, la multitud está sedienta de tu sangre. Una y otra vez, he visto a multitud de gladiadores, hombres valerosos, encoger el gesto, sobrecogidos, asustados, y si les preguntas por qué, te dirán que se sienten como acariciados por las plumas de las alas de la muerte.

—¿Y qué? —preguntó Murano, retirando la mano de Espicerio.

—Así es como me siento ahora, Murano.

Capítulo 10

«*Dux femina facti*».

(«El líder de la empresa es una mujer»).

Virgilio, *Eneida*, I

Mientras abandonaban el Ludus Magnus, Murano dominaba su propia inquietud mientras trataba de tranquilizar a Espicerio. Una vez que dejaron la calzada principal y se internaron en el laberinto de callejones, la conversación resultó ser imposible. Murano pensaba en Claudia y se preguntaba cuándo volvería a verla. Había escuchado las habladurías y chismes, en el ir y venir de mensajeros y sirvientes, y parecía que las cosas no iban bien en la Villa Pulcra, aunque no podía dar forma a tantos comentarios. Se extendían rumores acerca de unos asesinatos y de incendios, y algo relacionado con un ataque sobre la villa. Esas historias se discutían ahora en el foro; mientras, por medio de conocidos y amigos de las guarniciones de la ciudad, Murano recibía noticias de que las defensas de la costa se estaban reforzando y de que varias galeras reales habían zarpado, a pesar de encontrarse en mitad del verano y en tiempo de paz.

Murano reflexionaba sobre esto mientras conducía a Espicerio a través de las bulliciosas áreas comerciales. La actividad había comenzado poco antes del amanecer, y los mercaderes de vino más afortunados habían cogido sitio en los pórticos de las columnatas, atando sus ánforas y vasijas a los pilares, para poder anunciar mejor su mercancía. Los carniceros y pescaderos se encontraban también muy atareados. Los barberos, que habían situado sus puestos bajo los árboles, agitaban sus taburetes almohadillados y ofrecían a gritos sus servicios. Los cocineros itinerantes, con sus estufas ambulantes en una carretilla y los trozos de carne sanguinolenta en otra, se movían de un lado a otro, buscando un lugar apropiado para establecer su negocio lejos de la celosa mirada de los vigiles. Los más afortunados habían tomado ya los mejores lugares y se encontraban en plena actividad, ofreciendo carnes especiadas a la brasa, «al gusto del consumidor», y envueltas en hojas de parra. Los aguadores gritaban en busca de clientes, asegurando que sus cubos estaban repletos de la más pura agua, obtenida de un manantial recién encontrado en la campiña, en el exterior de Roma. Los comerciantes, engalanados con sus bastas túnicas azules para anunciar sus productos, ofrecían intercambiar dos o tres artículos con una caja de fósforos de azufre de regalo.

Murano rodeó a la multitud y giró hacia un callejón donde se había hospedado en alguna ocasión. El lugar no había cambiado. El hedor a letrinas, pozo séptico y

basuras se mezclaba con el olor a aceite de hierbas, salchichas calientes, pan casero y vegetales hervidos. Cruzaron una sucia plaza, donde un andrajoso profesor declamaba un poema; un grupo de niños, agrupados a su alrededor bajo un árbol, repetía los versos, elevando la voz sobre los martillazos y golpes que provenían de los talleres de sus padres, alrededor de la plaza. Los mendigos, auténticos y fingidos, merodeaban como moscas sobre el estiércol. Borrachos y juerguistas de la pasada noche, con la cabeza dolorida y el estómago revuelto, se tambaleaban en busca de sombra y un poco de agua. Algunos reconocieron al gladiador. Murano se alegró de poderlos ignorar, echándose a un lado para dejar paso a un lujoso cortejo funeral acompañado de flautistas, trompetistas, actores enmascarados, plañideras profesionales y una pandilla de sacerdotes con el cráneo rasurado, que cantaban tan rápido que nadie entendía lo que decían. Dos funerales de más baja condición le seguían de cerca, exponiendo los cuerpos sobre vetustas carretas y aligerando la marcha para compartir la pomposidad de su predecesor.

Murano y Espicerio se encontraban ahora en los suburbios, donde las calles y callejones se extendían como túneles en una madriguera. Las sombras se movían en las entradas de las casas; las prostitutas susurraban sus servicios a los paseantes; los proxenetas, blandiendo sus navajas, les hacían gestos para que se acercaran. Las riñas y grescas eran habituales: hombres y mujeres armados con sartenes, cazos, martillos y bastones se peleaban ante las puertas o corrían por las calles, persiguiéndose los unos a los otros. El tumulto cesó de inmediato ante el paso de un pelotón de ejecución, comandado por un condecorado oficial que escoltaba a cuatro prisioneros, asesinos y ladrones de casas, hacia el lugar de ejecución, tras las puertas de la ciudad. Los prisioneros, desnudos a excepción de un ínfimo taparrabos, portaban en hombros las cruces en las que serían crucificados y abandonados para morir bajo el sol.

Una vez que terminó de pasar esta siniestra procesión recomenzó el tumulto, mientras los curtidores ofrecían tragos gratis de agua a aquellos que orinasen en sus vasijas para que pudieran usar el líquido en el tratamiento de sus pieles. Muchos de estos pequeños comerciantes eran fanáticos partidarios de los juegos y reconocieron enseguida a Murano y Espicerio, aunque sus saludos quedaron ensombrecidos por los gritos de «¡tongo!» y «¡cobardes!». Afortunadamente, los insultos recibieron abucheos y reprobaciones en multitud de lenguas y dialectos; los suburbios acogían a todo tipo de habitantes del Imperio, desde Britania, en el lejano oeste, hasta el mar Caspio, en el este. De vez en cuando, Murano miraba a Espicerio, que seguía pareciendo nervioso y atribulado. Murano también se sentía inquieto. Espicerio solía ser arrogante y distante, petulante y fanfarrón, pero desde aquel singular incidente se había vuelto pensativo y esquivo. Buscaba la compañía de Murano, y estaba visiblemente agradecido de que su contrincante no se hubiese aprovechado de su debilidad en la arena. Protección, pensó Murano; eso es lo que Espicerio parecía buscar, como si le hubieran amenazado secretamente y pensara que Murano podría ofrecerle cobijo. Espicerio se había convertido ahora en visitante asiduo de Las

Burras, y la única gente de su círculo que parecía contento de ver eran el viejo médico militar, Valens, y la bulliciosa y pizpireta Agripina.

Al alcanzar el extremo de un callejón estrecho, un haz de vistosa luz atrajo la atención de Murano, y miró hacia la sombría entrada que tenía a su derecha. Descubrió a un hechicero y a su bruja, con los rostros pintados y varios collares y huesos colgados alrededor del cuello. Entre ellos permanecía un horrible babuino egipcio, aprisionado por una cadena de plata, mientras un cuervo amaestrado, con ojos brillantes y un afilado pico, descansaba sobre el hombro del hechicero. Parecían macabras estatuas, con unos anillos amarillos alrededor de los ojos y manchas de pintura azul sobre las mejillas. El hombre alzó un pequeño *flabellum*, un abanico hecho de ala de cuervo, haciéndoles señas para que se acercaran. Murano escupió en su dirección y siguió su camino.

Se sintió aliviado de llegar a la taberna Las Burras, con su Hermes de rostro de cereza y su pequeña estatua dedicada al dios Príapo, justo detrás de la puerta. Polibio, seguido por Popea, salió apresuradamente de la cocina para darles la bienvenida. El resto de clientes les saludó con diversos gritos y alegres brindis. Venían de sus diversos talleres y puestos, y se habían reunido allí para saciar su sed y matar el hambre. Simón el Estoico se había sentado holgadamente en un taburete, desde donde parloteaba con un desgarrado y sucio colegial. Según parecía, Simón le había invitado a un trago, y ahora se empleaba a fondo en aburrirle hasta la muerte. Petronio el Proxeneta informaba al resto de los clientes, entre grandes carcajadas, de que si tenían traseros peludos les podía vender un unguento que les libraría del exceso de vello y que les dejaría el culo pulido como la cera. Desde luego, nadie le creía, así que Petronio explicó a su incrédula audiencia que había encontrado la cura milagrosa mientras servía en la tropa, donde ganó la Lanza de Plata por su impecable servicio. Esta segunda revelación se recibió con un «¡Pruébalo!», y un «¿Dónde está esa lanza de plata?». Draco, un entrecano veterano que vivía en un apartamento tres pisos por encima, encabezaba el ataque. El anciano, que siempre llevaba consigo un *draconarius*, una imitación de un estandarte con penacho, mantenía que había llevado esa insignia a lo largo del Danubio y que aún podía enumerar todas las tribus que habitaban en su orilla sur, si es que alguien se interesaba en escucharle; muy pocos lo hacían.

Murano comenzó a hablar con Polibio y a responder a gritos a los saludos, retrasándose deliberadamente en el comedor. Quería que Espicerio se sintiera como en casa, que esa variopinta colección de granujas y excéntricos le aclamase y confortase. Januaria se acercó furtivamente, contoneando las caderas, abriéndose paso entre la clientela y mirando a Espicerio con ojos coquetos. Murano preguntó a Polibio si tenía noticias de Claudia. El tabernero sacudió la cabeza y replicó que había oído rumores de ciertos problemas, pero que no conocía los detalles, y pidió a Murano que le siguiera hacia el jardín. Polibio guardaba este privilegio para los que denominaba sus «huéspedes honoríficos», además de para aquellos individuos, tales

como los policías, a los que quería hablar lejos de oídos y ojos curiosos.

Les guio por el comedor y a través de las cocinas. A Murano se le hizo la boca agua con el olor de la carne asada y de la cebolla tostada en salsa especiada. Se encontraban finalmente en el jardín, pasado el pequeño palomar, en lo que Polibio llamaba ostentosamente «su huerto», un rincón sombreado con bancos de piedra y un pequeño estanque con carpas. Por enésima vez, y Murano no se sentía con fuerzas para detenerle, Polibio describió su jardín de verduras y hierbas aromáticas, plagado de lechugas, cebollas, perifollo, cilantro, hinojo y perejil, y hablaba incansablemente de ampliar la huerta para poder plantar membrillos y damascos. Se ofreció poder enseñarles su pequeño viñedo, pero Murano se rio, le dio una palmada en la espalda y dijo que quedaría satisfecho con una buena bandeja de carne y una jarra de vino. Los dos gladiadores permanecieron sentados en la sombra mientras Polibio les servía, aún parloteando sobre su vino y apostando por sus testículos que era el mejor de toda Roma. Cuando se retiró, Murano levantó su copa para ofrecer un brindis.

—Paz —susurró—. Al menos, hasta que nos enfrentemos.

Espicerio dio un largo trago.

—Les he visto —susurró—. Ya sabes de quiénes hablo, del hechicero y su bruja —dijo, sofocando un escalofrío—. He lanzado un maleficio contra ellos.

—Deja a un lado esos negros pensamientos —bromeó Murano—. Ahorra tus fuerzas para el combate.

—Uno de nosotros morirá allí.

—No necesariamente —respondió Murano despreocupadamente.

Espicerio desvió la mirada.

—Quiero contarte algo, Murano —dejó en el suelo la copa y extendió el brazo derecho—. ¿Ves este tatuaje, el cáliz púrpura? Te conté que lo llevaban los miembros de una hermandad de bebedores.

—Y te creí.

—E hiciste bien. Voy a hacer que me lo quiten, no quiero seguir llevándolo. Verás, Murano, sobre este cáliz, algunos hombres llevan un círculo que indica algo más: esos hombres frecuentan ciertos prostíbulos donde pueden abusar de niños.

Murano le miró con perplejidad.

—En el mundo en que vivimos, Murano, cuanto más profundizas, más sucio se vuelve. Me gustan mis mujeres, sobre todo las ricas y rellenas, pero hay cosas que... No sé, es como las calles por las que prefieres no caminar jamás. Creo que el hombre que atacó a tu Claudia era uno de ellos. La última vez que nos vimos pude comprobar que estaba profundamente preocupada, así que hice algunas averiguaciones. Es ese tipo de cosas que permanecen bien ocultas, el tipo de casa frecuentada por gente bastante rica, ya sean gladiadores o senadores —sacudió la cabeza—. Es todo lo que sé.

—¿Y el incidente? —preguntó Murano—. ¿El envenenamiento?

—No estoy seguro —replicó Espicerio—. Ese vino no estaba envenenado,

aunque después apareciese adulterado. Estoy convencido de que me envenenaron antes de beber. En fin, ¿has oído los rumores, Murano? Esta vez apuestan que me vencerás, pero no a Meleager.

Murano observó que su amigo estaba a punto de caer de nuevo en el desánimo y el mal humor. Volvió a preguntarle por el cáliz púrpura, pero Espicerio declaró que ya le había contado todo lo que podía, así que Murano decidió cambiar de tema. Espicerio comía con ganas, pero bebía con mesura, y cuando Murano le preguntó, respondió entre risas que se estaba reservando para la tarde, cuando Agripina le había prometido unirse a él para celebrar su fiesta particular. Polibio, que se había acercado a recoger los platos y había escuchado estas últimas palabras, adoptó una actitud cómplice, dándose golpecitos en la nariz, guiñando un ojo a Espicerio y declarando que la habitación estaba preparada para cuando él lo estuviese.

La tarde avanzaba despacio. Espicerio comenzaba a sentirse aletargado, así que tomó su vino y subió hacia lo que Polibio denominaba pomposamente «la cámara de Venus». Intrigado, Murano decidió seguirle. La habitación estaba en la segunda planta, con vistas al jardín, y presentaba en el centro una enorme cama de robustas patas, un espeso colchón y un cabezal de tonos rosas y dorados. Había un espejo, bastante emborronado, que descansaba sobre un arcón cuadrado. El suelo estaba pulido y era de un tipo de madera muy poco común. Polibio explicó que la había descubierto cuando compró la casa, y que decidió pulirla y abrillantarla. Las paredes estaban encaladas, y Murano tuvo que reprimir una carcajada al descubrir los frescos de los que Polibio se sentía tan orgulloso: una rolliza y mofletuda Venus retozaba en un jardín, rodeada de querubines aún más rollizos, tan pesados que parecía que les era imposible alzar el vuelo.

Espicerio avanzó y se sentó en el borde de la cama, y Murano volvió al jardín y se sentó en la sombra. Pronto sintió los efectos del vino y el indolente calor del verano y se tumbó en la hierba, sintiendo que los párpados le pesaban cada vez más, mientras observaba una resplandeciente mariposa que revoloteaba entre las flores. Se despertó sobresaltado algo más tarde. Supuso que la tarde estaría a punto de morir, pues la brisa había arreciado y las sombras se alargaban. Sí, había sentido algo más: ¡alguien le había acariciado los cabellos! Se giró con curiosidad.

—¡Claudia! —Se puso en pie de un salto y la tomó en sus brazos—. ¿Pero cuándo has...?

—¡Déjame respirar! —jadeó.

La soltó y Claudia se sentó sobre la hierba, jugueteando con el césped, y comenzó enseguida a relatar lo que había sucedido en la Villa Pulcra y que había solicitado el permiso de la emperatriz para marcharse.

—De todas formas, todos están de vuelta —dijo sonriendo—. Dentro de cuatro días te enfrentarás a Espicerio. Por cierto, ¿dónde está?

—Profundamente dormido, supongo. Pero, cuéntame otra vez lo que ocurrió.

Claudia repitió la historia sobre los asesinatos, el incendio y el asalto. Se refirió

vagamente al encuentro con Meleager, pero no mencionó su auténtica identidad y el tremendo daño que había causado en su vida. Decidió que eso debía esperar. Quería andarse con cuidado; después de todo, había otros problemas más urgentes. Durante algún tiempo estuvieron hablando de lo acontecido en la Villa Pulcra y de los sucesos de Capua. Murano explicó que conocía que la ciudad albergaba una nutrida comunidad cristiana, y que muchos de ellos habían sufrido la persecución de Diocleciano. Murano también conocía a la gente que describía Claudia, aunque los había visto en contadas ocasiones. Lo que más le intrigó fue la revelación final de Claudia sobre el curso de las apuestas y que Criso hubiera comprometido miles de sestercios a su favor.

—Es un completo misterio —dijo Murano, frotándose el rostro—. Siempre ocurre lo mismo en los juegos. Un gladiador es favorito, otro no lo es, y es común que se produzcan interferencias para tratar de asegurar el dinero apostado. Pero escucha mis noticias —describió la visita de los Dacianos, el presentimiento de Espicerio y sus propias preocupaciones.

—¿Será una lucha a muerte? —preguntó Claudia.

—Lo dudo —respondió Murano—. En un buen día, Espicerio y yo estamos bastante igualados. Presentaremos un buen espectáculo. Si alguno de nosotros cae, la multitud no requerirá nuestra muerte; lo mismo ocurre con Meleager. No estamos en esto por la sed de sangre, sino por la corona de la victoria —acarició el rostro de Claudia—. Y no te preocupes por las apuestas. Dile a tu tío y, por supuesto, a Criso, que apuesten todo su dinero por mí; no los decepcionaré. Ahora —dijo, rodeándole el rostro con las manos—, ¿por qué has vuelto en realidad?

—Bueno, la corte en pleno iba a regresar.

—No, la auténtica razón.

—Para verte —contestó con una sonrisa—. También quiero hablar con Salustio el Husmeador. Es el momento de pedir algo de ayuda. A propósito —añadió, señalando hacia la taberna—, tío Polibio tiene un nuevo ayudante. Se llama Narciso el Pulcro. Es el hombre que te he descrito. No queda trabajo para él en la Villa Pulcra, y no conoce a nadie en Roma, así que...

—¡Murano!

El grito de la mujer procedía del otro extremo del jardín. El gladiador gruñó mientras Agripina se acercaba pavoneándose, vestida con una bonita túnica blanca de lino y una estola multicolor que le cruzaba los hombros. De nuevo, todas sus joyas, ya fueran brazaletes o zarcillos, despedían un resplandor carmesí.

—¡Murano! —repitió, mientras agitaba al viento su larga cabellera, acariciándose el rostro exquisitamente pintado y exhalando delicados perfumes—. Murano —se llevó las manos a los labios, ignorando completamente a Claudia—, dile a ese zoquete de Polibio que quiero ver a Espicerio.

—Está en su habitación, profundamente dormido —respondió Murano—. Le dejé allí. Te está esperando.

—Vaya, vengo un poco tarde. He estado allí arriba, pero la puerta estaba cerrada y nadie respondía. Ese zoquete está demasiado ocupado con sus clientes, bromeando acerca de encerar los traseros de la gente.

—Ese zoquete —respondió Claudia, poniéndose en pie de un salto— es mi tío. Tenemos muchas reservas hacia la gente que visita nuestra taberna, así que mejor será que me sigas.

Entraron en el comedor, donde Polibio, apoyado sobre uno de los pilares de madera, ofrecía a Petronio la oportunidad de encerarle el culo. Claudia cogió a su tío del brazo y le susurró algo al oído; el hombre suspiró, arqueó la ceja y la guio escaleras arriba. Se situaron frente a la puerta de la cámara de Venus y comenzaron a llamar con insistencia. Claudia miró hacia el pasillo. Narciso permanecía en el rellano con gesto bastante consternado. Claudia se hizo cargo de lo poco habituado que debía estar al ruido de la taberna. Océano se abrió paso entre la gente y subió las escaleras. Claudia sintió una punzada en el estómago. Algo iba mal, lo sabía por la cara de Murano; mientras tanto, Océano sacudía la cabeza sin dar crédito, asegurando que Espicerio no se había marchado.

Volvieron a aporrear la puerta y, finalmente, Polibio ordenó a Murano y Océano que la echaran abajo. Primero utilizaron el hombro, hasta que Polibio intervino, advirtiéndole a Murano de que no debía hacerse daño. Finalmente, cogieron un tronco de la bodega. Martillearon la puerta hasta que cedieron las bisagras de cuero. Claudia se aseguró de ser la primera en entrar en la habitación. Espicerio estaba echado sobre la cama y, junto a él, la copa de vino. Estaba medio echado sobre el cabezal, con la cabeza ladeada, la boca abierta y los ojos desencajados.

—Por los testículos de un cerdo —gimió Polibio—. No, no, aquí no.

Claudia se subió a la cama. Espicerio había perdido toda su elegancia y grandeza de guerrero; tenía la tez gris y arrugada de un anciano, y un hilo de saliva seca asomaba sobre la comisura de los labios. Le tocó el brazo. La piel estaba fría. Agripina no paraba de gritar. Otros clientes comenzaron a subir. Claudia saltó de la cama y se limpió las manos; después, tomó la copa y olisqueó el aroma agrídulce de su interior. Aprovechándose del desorden y el caos reinante se apresuró a inspeccionar la cama y el suelo que la rodeaba, pero no encontró nada, excepto un trozo cuadrado de pergamino con una serie de símbolos amorosos. Tenía aspecto amarillento y arrugado y se había enganchado entre los pliegues del colchón.

—Tendremos que llamar a la condenada policía —gruñó Polibio—. Nos harán más y más preguntas.

Claudia pidió a su tío que se llevara a la temblorosa Agripina hacia abajo y le dijo a Murano que enviase a Narciso a la habitación y que permaneciera en la puerta, asegurándose de que nadie entrara. Podía sentir la ira bullendo en su interior. Tenía ganas de gritar, no solo ante el peligro que amenazaba a su ser querido, sino también ante el modo en que esa horrible muerte había trastocado sus planes. En cuanto llegó a Las Burras, había pedido a Polibio que enviase a uno de sus muchachos a buscar a

Salustio el Husmeador. Sabía que, en el caso de la espada sagrada, había tenido muy poco tiempo para probar sus sospechas y recuperar la reliquia. Observó el cuerpo, se sintió culpable ante sus pensamientos airados; se desplomó en un extremo de la cama y cogió la mano de Espicerio, acariciando sus fríos y rígidos dedos con el pulgar.

—No es culpa tuya —susurró—, y si tu espíritu se encuentra cerca de aquí, te deseo lo mejor en tu viaje, sea cual sea el camino que elijas.

Trató de olvidar sus propios problemas, experimentando una profunda tristeza ante la brutal muerte de ese hombre joven, antaño tan lleno de orgullo, vigor y coraje.

—Te merecías mejor muerte —dijo Claudia, estrechándole los dedos— que perecer solo en la habitación de una taberna, sin gloria ni el clamor del público en tus oídos.

Detectó de reojo la presencia de Narciso, junto a la puerta, así que se movió para ocultar su rostro. Debía recordar la profunda camaradería que existía entre los gladiadores. Murano había considerado a ese hombre su amigo. Debía hacer todo lo posible por ayudar.

Claudia observó minuciosamente el cadáver. El rostro de Espicerio mostraba el horror de una muerte violenta y repentina: los músculos de sus mejillas y barbilla estaban agarrotados, tenía los ojos vueltos hacia arriba, la boca abierta, los labios arqueados, como si aún tratase de vomitar. El gladiador llevaba una simple túnica; su cinturón y sus sandalias estaban en el suelo. Las acercó hacia ella, recogió la copa y, una vez más, olisqueó ese efluvio agrisado. ¿De qué se trataba? Volvió a acercar la nariz a la copa y se la ofreció a Narciso, haciéndole un gesto para que la guardase.

En el exterior, Murano caminaba nerviosamente de un lado para otro, como un centinela de servicio. En el comedor del piso inferior, Agripina seguía aún temblando y gimoteando. Claudia alzó la cabeza y escuchó con atención. El sentido de ese arrebato de sentimientos comenzaba a cambiar. ¿Estaba la pena dando paso a la rabia? ¿Comenzaba a proferir maldiciones? ¿Hacía acusaciones? ¿Acusaría a Murano o a Polibio?

Claudia paseó la mirada por aquella ramplona habitación, tan distinta de la Villa Pulcra. Parecían haber pasado siglos desde que Narciso y ella la habían abandonado. Claudia había obtenido permiso de la augusta, arguyendo que podría ser de más utilidad en Roma, adonde regresaba la corte, que quedándose en la villa. También había rogado a Elena que mantuviese cerca a los filósofos y que no les dejase regresar a sus casas hasta que no se resolviese el misterio. La respuesta de la augusta había sido seca, descortés y dura. Había despedido a Claudia con un gesto de la mano, diciéndole que volviera a sus suburbios y, mientras se marchaba, la siguió hasta la puerta y añadió que era una pena que no recibiese de algunos sirvientes el mismo trato que ella misma les había dispensado. Una vez fuera de su vista, Claudia había hecho un gesto de desprecio hacia las dependencias imperiales antes de retirarse a su habitación para recoger apresuradamente sus cosas. Narciso la había seguido como una sombra, contento de abandonar la villa y encaminarse hacia Roma; aunque ahora

ya no lo tenía tan claro, y comenzaba a sentirse inseguro y asustado ante su futuro. Claudia cerró los ojos. Era importante mantener a Narciso cerca de ella.

—¡Almendras!

Claudia soltó la mano del difunto.

—¡Almendras! —repitió Narciso, ofreciéndole la copa—. Agridulce —explicó—. El zumo de ciertas semillas puede ser el más mortífero de los venenos; tiene sabor a almendra.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he abierto más cuerpos de hombres que usted filetes de ternera, señora —farfulló Narciso—. Pero ¿dónde voy a quedarme? ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo voy a...?

—Almendras —replicó Claudia, alzando el brazo—. Olvídate de lo demás, Narciso. Vas a dormir aquí y vas a recibir una buena comida, así que no te preocupes, solo háblame de las almendras.

—Leche de almendras —Narciso hizo una mueca—. Así es como lo llamamos en Siria. En realidad, no se trata de leche, es más bien un jugo; lo obtienen de ciertas semillas, me refiero al veneno, y lo destilan. Posee componentes muy fuertes —se inclinó hacia ella y adoptó un gesto solemne—. ¡No puede imaginar, señora, en cuántas ocasiones he abierto un cuerpo y he olido ese olor agridulce! No puedo contarle mucho sobre él, pero estoy seguro. Baje a los suburbios, pregunte a los alquimistas, los hechiceros, los envenenadores; se lo dirán todo sobre él. Si toma un solo sorbo, un buen sorbo, todos sus problemas habrán terminado. ¿Sabe, señora? Existen pociones que pueden pararle el corazón en un abrir y cerrar de ojos —Narciso caminó alrededor de la cama—. Pero no necesita que le cuente nada de esto; simplemente, mire la cara de este pobre desdichado. Tiene el cutis moteado, con un ligero tono azulado; los músculos del cuello están contraídos, la piel está dura al tacto, como si llevara horas muerto. Pero espere —advirtió—, en pocas horas comenzarán a aparecer las manchas. —Narciso pasó la mano por la nuca del gladiador—. Lo suponía. Ligeras contusiones; son los golpes que se ha dado durante su agonía.

—¿Ha tenido una muerte rápida?

—Como un flechazo en el corazón, señora. Algunos temblores y convulsiones; el dolor habrá sido horrible. Pero no le dejemos así.

Claudia le ayudó a acostar el cuerpo en horizontal. Se sobresaltó ante el soplo de aire que escapó de los pulmones del fallecido.

—No lleva mucho tiempo muerto —dijo Narciso, señalando la copa—. Una buena copa de vino dulce, afrutado y de aroma penetrante. Escuché a Polibio decir que se lo había servido. Ahora, señora, y antes de que pregunte, le diré que esa es justo la bebida necesaria para enmascarar el sabor. Pero dejemos a un lado los muertos, ocupémonos de los vivos. Su Murano, ¿es aquel del que me habló de camino hacia aquí? Bien, gladiador o no, campeón o no, se ha metido en graves

problemas. ¿No se suponía que debía enfrentarse a...?

Claudia se puso en pie, hizo un gesto para que Narciso se callase y comenzó a inspeccionar exhaustivamente la habitación. Analizó el cuerpo y la bolsa y las ropas de Espicerio; pero no encontró nada relevante, aparte de algunas monedas, una daga, alhajas personales y un amuleto de la buena suerte. Sabía que no había secretos ocultos en esa alcoba, y era ridículo suponer que alguien se hubiese colado a través de la ventana. Entonces, ¿qué habría sucedido? ¿Suicidio o asesinato? Lo único que había encontrado era el hechizo de amor transcrito sobre un pedazo de pergamino. Lo cogió y volvió a examinarlo. Representaba un dibujo rudimentario de un corazón y, sobre él, las palabras «*Amor vincit Agrippinam*» y «*Amor vincit Spicerium*», «Que el amor conquiste a Agripina», «Que el amor conquiste a Espicerio». Acarició el pergamino con sus dedos, lo olió, pero el único olor que percibió fue el del intenso perfume de Agripina. Exasperada, Claudia se sentó sobre un taburete.

—¡Nada! —suspiró—. Narciso, ve a buscar a Polibio y Murano. Dile a Océano, ya te lo he presentado, ese grandullón, que vigile las escaleras. Ve y pide a mi tío y a Murano que se reúnan conmigo aquí.

Poco tiempo más tarde, ambos hombres entraron en la habitación. Claudia trató de cerrar la puerta, pero fue inútil. Comprobó que las bisagras de arriba y abajo eran pesadas y robustas.

—Contadme lo que ha pasado —dijo, sentándose de nuevo en la cama.

Polibio y Murano explicaron cómo habían agasajado a Espicerio en la huerta. Habían estado comiendo y bebiendo. Espicerio parecía estar algo ausente, pero estaba deseando encontrarse con Agripina. Se terminó su vino y subió a la cámara de Venus para echar una cabezada antes de que llegara su amiga.

—Y nadie ha subido —advirtió Polibio—. Antes de ti, Claudia, ningún sirviente ni miembro de esta taberna ha subido estas escaleras. Si Espicerio hubiese querido algo, habría enviado a alguien. Me preocupó que estuviese tan silencioso, pero no es mi trabajo molestar a los huéspedes.

—¿No ocurrió nada sospechoso?

—Nada —replicó Polibio—. Nadie puede entrar en ese jardín sin que yo lo sepa, y no teníamos ningún huésped sospechoso. Quiero decir —añadió con una sonrisa—, aparte de nuestra clientela habitual.

—Murano —dijo Claudia girándose hacia él. El gladiador estaba apoyado contra la pared, mirando al techo—, ¿se habrá suicidado Espicerio?

—No. Era un guerrero, Claudia, se jugaría su suerte en la arena. Lo único que le asustaba era sufrir otro accidente, pobre desgraciado.

—Luego, lo han asesinado —concluyó Claudia—. De alguna forma, alguien consiguió colarse en esta habitación y le echó veneno en la copa. Aunque eso es imposible, como habéis dicho; Espicerio era un guerrero, y se habría enfrentado a cualquiera que entrase.

—Y lo que es más importante, yo me habría enterado —gruñó Polibio—. Sabes

lo que van a decir, ¿verdad, Claudia? —dijo, arqueando las cejas—. Van a alegar que yo, o Murano, o ambos, pusimos veneno en su copa antes de que abandonara la huerta. Esa arpía de ahí abajo ya ha empezado a entonar esa canción.

—Ignórala.

—Me encantaría —gimió Polibio—, pero se está congregando una gran multitud, dentro y fuera del local.

—Me gustaba Espicerio —gritó Murano—. Yo no le maté, y no se ha suicidado, pero dicen que su sangre mancha mis manos —dijo, con la respiración alterada—. Ahora me toca enfrentarme a Meleager, y todas las apuestas estarán a su favor. Por cierto, había un hombre al pie de las escaleras, escuchando con atención. De vez en cuando gritaba a los sirvientes de la cocina, poniéndoles al corriente de las noticias.

—¡Él! —Los ojos de Polibio giraron hacia el cielo—. Mercurio el Mensajero, el contador de historias, el heraldo del pueblo —le dio una palmada a Murano en el hombro—. Si Mercurio se ha enterado de esta historia, para cuando caiga la noche la conocerá media Roma. Bueno, bajemos las escaleras y enfrentémonos a esos bastardos.

Se escuchó una llamada en la puerta; Valens, el anciano médico militar, entró en la habitación. Dedicó una reverencia a Claudia y se situó junto a la cama, mirando el cuerpo. Claudia le observó y, por el temblor en sus hombros y la forma en que se frotaba las mejillas, supo que estaba llorando. También estaba segura de que dibujaba signos cristianos con los dedos. La miró rápidamente por encima del hombro y se movió hasta darle la espalda. Se inclinó sobre el difunto, susurrando algo al oído de Espicerio, y le tocó la ceja, los ojos y la boca. Después, comenzó a balancearse adelante y atrás, cantando una oración que Claudia no consiguió entender; seguidamente, exhaló un profundo suspiro y asumió el papel de doctor, examinando el cuerpo y la copa. Al terminar, cogió un taburete y se sentó frente a Claudia.

—¿Qué ha ocurrido? —murmuró.

No había rastro de mentira ni falsas apariencias en ese hombre; irradiaba una rotunda honestidad que emocionó a Claudia, así que le contó todo lo que había descubierto. Al concluir, Valens asintió con la cabeza.

—Tu diagnóstico es correcto. Solo desearía conocer el motivo de la aprensión de Espicerio, aunque —añadió, aclarando la garganta—, por otra parte, creo que lo sé. Sí, parece una contradicción, pero ¿no le notáis algo distinto?

Claudia observó el cuerpo.

—Su cara —explicó Valens—. Dejó de llevar maquillaje; ese fue un pequeño cambio. Estoy de acuerdo contigo, jamás se quitaría la vida. Lo que ocurrió aquel día sobre la arena le asustó profundamente; uno de los mejores gladiadores de Roma perdió su poder, su fuerza, tan súbitamente, tan peligrosamente, sin previa advertencia ni explicación. Ves, Claudia, la gente como tu Murano espera que llegue la muerte de una manera determinada. Una vez tuve un paciente que estaba convencido de que moriría de una gripe, y cuando cedió su corazón se quedó

completamente sorprendido. Lo mismo ocurría con Espicerio. Pensó que moriría después de alguna lucha heroica, no vomitando en la arena como un borracho patético —Valens se puso en pie, echando a un lado el taburete de un puntapié—. Le ilusionaba mucho este día; hablaba de Murano como de un hermano y le gustaba estar con él. Quería ver a Agripina y pasar la noche entre sus brazos.

—¿Amaba a Agripina?

—Es una fresca sin vergüenza alguna, pero sí —Valens dio una palmadita a Claudia en la cabeza—, a su propia manera, creo que sí. Pero sus temores... —la voz de Valens se hizo más tenue, mientras se llevaba la mano a la entrepierna—. Los miedos de Espicerio le hicieron mucho daño. Había perdido la virilidad; decía que se retiraría sin dudarlo si consiguiese vencer a Espicerio.

—¿Su virilidad? —preguntó Claudia.

—Sí, temporalmente —sonrió Valens—. Suele ocurrir a los hombres, no es nada serio. Bueno, debo esperar a que lleguen los vigiles para ayudarles a levantar el cuerpo. Lo llevaré de vuelta a Sisia; es una pequeña aldea cerca de Capua, ¿habéis estado allí alguna vez?

—No.

Valens caminó hacia la puerta.

—Ahí vienen —dijo, y se giró.

Habían llegado los vigiles. Claudia escuchó el martilleo de sus pesadas botas en las escaleras y, poco después, entró en la habitación el jefe local de la policía, Saturnino, acompañado de sus acólitos, junto con Polibio, que indicaba a su sobrina con la cabeza que debía irse. Claudia sabía lo que iba a suceder. Los vigiles se agruparían en torno al cadáver, pedirían copas del mejor vino del tabernero, chantajearían a Polibio a cambio de una declaración favorable y se marcharían a rapiñar a otro sitio.

Claudia se deslizó escaleras abajo hacia el bullicio del comedor. Los clientes habituales se habían congregado alrededor de Murano, pero Claudia distinguió a un grupo de extraños en la esquina opuesta, sentados junto a Agripina y consolándola. Océano había bajado también y montaba guardia en la puerta, gritando que la taberna estaba abarrotada y que los demás clientes tendrían que esperar. Por el ruido que provenía del exterior, Claudia dedujo que se había alertado todo el callejón y la multitud se apiñaba para ver qué había sucedido, además de para tratar de sacar cualquier beneficio posible. Murano le dijo que se retirase, pero Claudia le ignoró y caminó directamente hacia Agripina, abriéndose paso entre el gentío.

—Señora —dijo, dándole unos golpecitos en el hombro—. Necesito hablar unas palabras contigo.

—No hablo con sirvientas ni taberneras.

Claudia se inclinó sobre ella y le susurró algo al oído. Agripina se puso en pie de un salto, con el rostro desencajado.

—Yo... yo... —tartamudeó.

—En el jardín —propuso Claudia, y se giró, sin esperar contestación.

La luz menguaba, el crepúsculo se extendía como la niebla. Claudia caminó por el césped, se sentó sobre una pila de turba y le hizo un gesto para que se sentara junto a ella.

—Nunca imaginé que conocías a la augusta —Agripina tomó asiento, inundando a Claudia con la esencia de su perfume, y se levantó la túnica para que la hierba no la manchase.

—Y lo que es más importante —replicó Claudia—, la augusta me conoce a mí. Ahora, hablemos de Espicerio. Siento mucho su muerte. Yo le apreciaba, y también le apreciaba Murano. Si comienzas a lanzar acusaciones que no puedas probar, hablaré con la augusta para pedir justicia.

—Eso me ofende —gimió Agripina.

—¡Cierra la boca! ¿Llegaste a descubrir qué le ocurrió a Espicerio en la arena? Me refiero a la causa —la otra mujer sacudió la cabeza—. ¿O lo que ha ocurrido esta tarde?

—Sé tanto como tú —Agripina se apartó un mechón de cabello negro de la cara—. Anoche estuve con Espicerio, acordamos encontrarnos aquí. Me sentía mal por llegar tarde. Cuando llegué, estaba muerto —su voz se quebró—. Asesinado.

—¿Cómo estás tan segura de eso?

—Era un hombre saludable, un gladiador... Vine a esta taberna a reunirme con un amante, no con un cadáver. Ya he respondido a tus preguntas, no puedo decir nada más.

Agripina se puso en pie. Claudia alzó la mano y dejó que se marchara. Qué utilidad tendría, pensó, esta insolente le contaría solo lo que ella quisiera. Claudia permaneció sentada, escuchando el murmullo de la taberna, dejándose acariciar por la brisa fresca del jardín. Un repentino barullo le hizo pensar que las cosas iban de mal en peor, y volvió apresuradamente al interior. En la puerta de la cocina estaban Murano y Polibio y, en el extremo opuesto, junto a la puerta de entrada, había un grupo liderado por un hombre vestido como una prostituta, que agitaba un abanico de un color rosa chillón. Aparentemente, los recién llegados habían entrado en la taberna justo después de que se hubieran marchado los vigiles. Su cabecilla permanecía en pie con aire de languidez, apoyando la mano sobre el hombro de Agripina. Alrededor de él se alineaban su banda de matones y sus acompañantes, proxenetas y chabacanas prostitutas de todas las nacionalidades. Polibio les gritaba para que abandonaran su local.

—¡Largo de aquí! —gritó—. ¿Me entiendes, Dacius? Tú y tu banda de degenerados.

—¿Y si no, qué? Dacius avanzó unos pasos con sus sandalias de tacón alto. Tenía un aspecto grotesco, no cómico, sino muy peligroso; un hombre de sombras cambiantes, con el rostro masculino y su muy femenina peluca. Caminaba con aire arrogante y descarado y su cuerpo era esbelto y musculoso. Ceceaba al hablar,

aunque su tono de voz era frío y amenazador. Claudia ya se había encontrado anteriormente con los Dacianos; eran escoria de las alcantarillas, pululaban por los suburbios como el veneno, corrompiendo todo lo que tocaban. Le asustaba su presencia. Su llegada parecía quizá demasiado precipitada. ¿Estarían a la espera de noticias, o vendrían para provocar a Murano, cuyo temperamento agresivo era bien conocido? El gladiador llevaba en las manos un cuchillo de carnicero y la tapa de una olla. Cualquiera otro tendría un aspecto cómico, pero Murano era muy peligroso. A Claudia no le gustaba la forma en que Dacius se movía de lado a lado, provocando a Murano y mirando de vez en cuando a Agripina, que le devolvía una sonrisa boba. Cuanto más observaba Claudia, más convencida estaba de que Agripina había tenido algo que ver en el envenenamiento de Espicerio, tanto esta vez como la anterior; aunque, ¿cómo podría probarlo? Lo que era más importante, ¿qué cruel ardid habrían urdido para Murano? ¿Le acusarían de asesinato para distraerle y hacerle perder la concentración?

Dacius levantó la mano, abriendo y cerrando su ridículo abanico, y su banda guardó silencio.

—Ves, querido —dijo, arrastrando las palabras y señalando a Murano con el abanico—, hagas lo que hagas, querido muchacho, a pesar de tu mirada desafiante, la gente va a decir... —Echó el abanico hacia atrás y lo apoyó en el mentón y desvió la mirada hacia el techo—. Sí, eso es lo que dirán, que estabas asustado de Espicerio.

—Eso es mentira, ¡no eres más que mierda de camello!

La risa de Dacius sonó como el relincho de una yegua en su establo.

—Querido muchacho, dicen que fuiste el último hombre que bebió con él, tú le invitaste a venir aquí. Lo que me gustaría saber es qué planes tienes reservados para Meleager.

Avanzó unos pasos, remangándose la toga y dejando al descubierto el antebrazo. Claudia acertó a ver el tatuaje del cáliz púrpura coronado con un anillo. Iba a ponerse en pie de un salto, pero Murano la distrajo al arremeter contra Dacius, aunque Polibio y Océano se pusieron en su camino y le detuvieron. La tensión creció enormemente en la taberna, las manos se acercaron a los cuchillos; los que preferían rehuir la pelea abandonaban el local a toda prisa.

—Prueba que no tengo razón —dijo Dacius con socarronería—. Realiza alguna proeza, estrangula a un león con tus manos desnudas.

—¡Voy a estrangularte a ti!

—Prueba tu inocencia —continuó Dacius, y sus esbirros comenzaron a repetir sus palabras—. ¡Pruébalo! ¡Pruébalo! ¡Pruébalo!

—Lo probaré —replicó Murano, empujando a Polibio a un lado—. El día de la pelea, el mismo día en que me enfrente con Meleager, tomaré parte en una cacería; me enfrentaré y mataré a cualquier animal que elijas. Lo ofreceré como tributo a la memoria de Espicerio y como reivindicación de mi inocencia.

Una gran ovación saludó las palabras de Murano. Claudia hundió el rostro en sus

manos. La trampa se había cerrado, Murano había quedado atrapado en ella.

En la Galería de los Mártires, uno de los pasillos más extensos de las catacumbas que se extendían bajo el cementerio en el que acribillaron a San Sebastián, el presbítero Silvestre miraba estupefacto la tumba profanada. Este era un lugar sagrado, donde reposaban los restos de los ejecutados durante la reciente persecución de Diocleciano. Los muros, a ambos lados de la galería, eran como un panal de amplios nichos, de un metro de anchura e igual profundidad. Allí llevaban los restos de todos los caídos en el anfiteatro Flavio, trataban de identificarlos cuando era posible y les daban sepultura. Seguidamente, la tumba se sellaba con argamasa, sobre la que se escribía el nombre de su ocupante, su estatus, el año de su muerte y, sobre estas letras, se dibujaba el símbolo cristiano. Estos sagrados hombres y mujeres debían ser venerados y honrados hasta que Cristo les trajera de nuevo a la vida en el día del Juicio Final.

Silvestre escudriñó el pasillo, iluminado por linternas y antorchas: era un lugar sombrío y fantasmagórico, lleno de extraños ecos, como si los fantasmas de los muertos hablaran entre sí; un lugar de misterio en el que reinaba la paz, contrastando con las últimas horas de las vidas de sus ocupantes. Las catacumbas habían caído en desuso y se encontraban desiertas. Mucha gente era reacia a volver a un lugar tan cargado de recuerdos de los días de terror. ¿Quién habría entrado ahí para llevarse unos polvorientos huesos y calaveras?

—¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Quién?

Silvestre se dirigió exasperado al guardián de las tumbas, un anciano escriba de rostro amargado y tez pálida, pero que se tomaba muy en serio su responsabilidad. El amanuense se había disculpado profusamente por haber hecho ir al sacerdote, pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Por qué habían asaltado una simple tumba? No albergaba tesoro alguno. Ya le había expresado sus temores de que, aunque el cementerio era un lugar sagrado donde reposaban los mártires, era también un lugar de magia negra, donde las brujas y los hechiceros se reunían para celebrar sacrificios sangrientos bajo la luna llena.

—¿Cuánto tiempo hace? —preguntó Silvestre.

—Días, incluso semanas. Tengo demasiadas cosas que supervisar y muy poca ayuda.

—Ya, ya —Silvestre bajó la mirada hacia las placas de argamasa que había sobre el suelo—. Escucha —ordenó—, examínalas. Comprueba si tienen nombre, o alguna indicación de a quién pertenecían.

Silvestre se retiró unos pasos mientras el escriba y un ayudante se arrodillaban y comenzaban a ensamblar las piezas de argamasa, como si estuviesen ordenando un mosaico en el suelo. Silvestre se adentró aún más en la galería, recitando una breve oración en voz baja, pero se encontraba distraído. Estaba satisfecho con los acontecimientos acaecidos en la Villa Pulcra; lamentaba los asesinatos y la desaparición de la espada sagrada, pero eso era responsabilidad de Claudia. Atanasio

lo había hecho muy bien. Había ganado el favor de la emperatriz, que había accedido a reunirse con Miliciades, el obispo de Roma. Cuando el clima se suavizara y los vientos del otoño llevaran algo de paz a la enfervorizada ciudad, Silvestre trataría de persuadir a la emperatriz para que hiciera nuevas concesiones; principalmente, debía asegurarse de que la Iglesia de Roma obtuviese un asiento en el consejo de guerra, cuando las tropas de Constantino marchasen hacia el este.

—Maestro.

Silvestre retrocedió sobre sus pasos. Tomó una lámpara de aceite de un nicho y se agachó para examinar los restos del expolio. Faltaban algunas piezas, y muchas de ellas estaban muy fragmentadas, pero el amanuense había hecho un buen trabajo. Silvestre siguió las inscripciones con el dedo.

—*Lucius et Octavia ex Capua, Christiani* —leyó—. Cristianos de Capua —buscó la fecha en la inscripción y descubrió que databa del último año del reinado de Diocleciano, hacía unos cuatro años—. ¿Sabes quiénes eran?

El escriba se puso fatigosamente en pie.

—En mi oficina —explicó— tengo, como sabe, maestro, una lista de los cristianos de cada ciudad, y Criso nos ha entregado los nombres de los *proscripti*, los condenados por el Estado. Tendré que comprobarlos.

Silvestre asintió con la cabeza. Retrocedieron a lo largo de la galería hacia una pequeña cueva, que el amanuense denominaba su «oficina». Cuando se confiaron las catacumbas al cuidado del obispo de Roma, Silvestre se encargó de inmediato de poner guardias y escribas para cuidar ese santo lugar y recopilar cualquier documento que ayudase a identificar a todos los que reposaban allí. Durante la persecución, sacaban a la gente de sus casas en mitad de la noche, les condenaban sin juicio y les mataban inmediatamente, o los despachaban en el anfiteatro. Había solicitado documentos imperiales y, aunque una parte de estos había sido destruida deliberadamente, el resto se le entregó. El escriba jefe se sentía orgulloso de la forma en que los había organizado. Ahora se encontraban archivados en cestas rojas, largas cajas y arcones.

Se encendieron unas lámparas y el escriba organizó a sus ayudantes para buscar los documentos necesarios. Silvestre tomó asiento junto a la entrada y observó una rudimentaria pintura de Cristo en actitud triunfal. Aquella caverna fue una vez un lugar sagrado donde el pan y el vino se habían transformado en el cuerpo y la sangre de Cristo. De nuevo, Silvestre se maravillaba de lo rápido que habían cambiado las cosas. Cerró los ojos y trató de recitar el salmo de la tarde pero, en vez de eso, comenzó a dormitar. El escriba le devolvió a la realidad.

—Maestro, hemos encontrado algo muy extraño. No tenemos registros de ningún cristiano, marido y mujer, hermano y hermana, de Capua que llevasen estos nombres. Sin embargo, tenemos aquí una lista de prisioneros. Tiene cuatro años de antigüedad y contiene los nombres de Lucio y Octavia, granjeros. Y lo que es más importante, los documentos dicen que no tenían herederos ni familia.

—¿Así que sus bienes fueron confiscados?

—Precisamente, maestro. Por lo tanto, cuando se firmó el Edicto de Tolerancia, hace dos años, todas estas propiedades se entregaron a la Iglesia como compensación.

Silvestre taconeó el suelo con la punta de su sandalia.

—¿Qué tenemos aquí? —susurró—. Un hombre y una mujer, probablemente marido y mujer, de quienes no sabemos nada, aunque es obvio que los mataron por ser cristianos y que les confiscaron las propiedades. Les trajeron aquí para enterrarlos, y ahora alguien se ha llevado sus huesos. Escucha —dijo, poniéndose en pie—, ¿tienes un mensajero? Quiero que envíen esta información a la mujer conocida como Claudia, que se aloja en la taberna Las Burras, cerca de la Puerta Flavia...

Capítulo 11

«*Dux atque imperator vitae mortalium animus est*».

(«El alma es guía y gobernante de las vidas de los hombres»).

Salustio, *Yugurta*, I

Claudia reposaba en un banco del jardín. La neblina de la mañana aún desplegaba su débil velo blanco y los pájaros comenzaban su trinar, revoloteando sobre la larga hierba en busca de despojos y semillas. *Calígula*, el gato de la taberna, un asesino consumado, se acercó a hurtadillas, pero los pájaros reconocieron el peligro y *Calígula* tuvo que satisfacerse con alzar la vista hacia un árbol, desde el que un zorzal trinaba su canto de advertencia. Claudia observó al gato y se preguntó si la muerte actuaba así, agazapándose en la oscuridad en busca de su presa. La muerte había visitado la taberna la noche pasada y se había llevado a Espicerio; ¿habría aguardado oculta en una esquina mientras el pobre Murano le empujaba hacia esa trampa? Dacius estaba visiblemente satisfecho mientras provocaba a Murano para que repitiese su promesa, lo que, desde luego, hizo en varias ocasiones. La suerte estaba echada ahora, las noticias recorrerían Roma; ya no había vuelta atrás. Finalmente, Polibio había conseguido expulsar a Dacius y a su banda de vuelta a las calles y, solo después, se percató Murano de la enormidad del compromiso que le había forzado a contraer.

—Te has ofrecido a luchar dos veces el mismo día —dijo pesadamente Océano, mientras ahogaban sus penas en vino.

Polibio había intentado que Murano se retractase, pero el gladiador era demasiado testarudo. Popea, con lágrimas en los ojos, había preguntado el alcance de este compromiso, y Océano se lo había explicado. Los juegos comenzarían con la ejecución de los criminales y, seguidamente, durante la tarde, se celebraría la cacería, en la que el gladiador tendría que enfrentarse a los animales salvajes. Murano había aceptado hacer frente a alguna bestia feroz, y Dacius había elegido un toro, un animal fiero y mortífero que combina rapidez, astucia, fuerza y la determinación de dar muerte a quienquiera que se ponga delante de él.

Claudia se había quedado sentada, con el rostro hundido en sus manos, tratando de controlar sus temblores. Había contemplado anteriormente a esos bravíos toros de Hispania y el norte de África, de robustos músculos bajo pieles brillantes, poderosas patas que podían impulsarlos en feroz ataque y, sobre todo, unos grandes cuernos, afilados como cuchillos. Un toro bravo podía moverse tan velozmente como el viento, y girarse tan rápido como una moneda al caer al suelo. Océano, cargado de

vino, no había escatimado en detalles, describiendo minuciosamente cómo el toro podía embestir, amagar y usar sus cuernos como haría un experto espadachín con dos espadas. Murano tenía que luchar, escapar indemne y, una hora más tarde, volver a pisar la arena para enfrentarse a Meleager. ¡Esa era la trampa! Claudia reconoció su crudeza y su gran efectividad. Polibio había declarado que aquello era como lastrar a un corredor con piezas de plomo en los pies: la muerte de Espicerio, su efecto en Murano, el señuelo de las acusaciones, la sonrisa boba de Agripina y ahora la perspectiva de una batalla feroz, antes incluso de que Murano se encontrara con su oponente.

Claudia se enderezó y suspiró profundamente. Se sentía enferma, invadida por el miedo y la ira, aunque había algo más que le desagradaba afrontar. Había observado el tatuaje en la muñeca de Dacius y recordó lo que Espicerio le había contado a Murano. Si aquello era cierto, entonces Meleager y aquel degenerado de los suburbios eran aliados, incluso buenos amigos. Pretendían matar a Murano y habían urdido el plan para poder apostar en el futuro. Murano iba a morir, y Dacius y los suyos, Meleager y Agripina, podrían comer más manjares, beber vino a raudales y decorar sus cuerpos con mejores ropas y complementos. Todo se había planeado desde el principio. Espicerio había sido señalado para morir, y Murano era el segundo buey en desfilar hacia el matadero. ¿Entonces, qué? Claudia hundió el tacón de la sandalia en la hierba. Tenía que aceptarlo, su propio odio y deseo de venganza palpitaban con gran fuerza. Quería que Murano se enfrentase con Meleager; no podía desear mejor justiciero para ella y el pobre Félix. No existía vengador más implacable, ni más grande reparador de la justicia. Durante los últimos días, Claudia había tomado una decisión. Meleager debía morir. Murano debía matarle. No había otra alternativa, y si él no lo hacía, lo haría ella. Así que, ¿cómo podría ella ayudar? Pensó en Agripina, sentada como una gata mimada y alimentada con fina nata, haciéndose la víctima con sus quejidos y lamentos, y su mirada lastimera cuando pretendía provocar simpatía y ganarse el apoyo de los demás.

—¡Bruja! —gruñó Claudia—. ¡Arpía engalanada! ¡Perra asesina! Empezaré por ti.

Calígula se acercó, rozándose contra sus piernas. Claudia acarició al gato entre las orejas mientras reflexionaba acerca de los otros misterios. ¿La espada sagrada? «Bueno», pensó, sonriendo con una sonrisa forzada, «será cuestión de coger al culpable con las manos en la masa». ¿Y los asesinatos? Claudia frunció el ceño y observó a un mirlo, más atrevido que el resto, que avanzaba dando gráciles saltos por la hierba. Es posible que los asesinatos no fueran tal misterio; pequeñas evidencias comenzaban a levantar sus sospechas. Sabía dónde se encontraba Timoteo, y también decidió mantener vigilado a Narciso.

La puerta de la taberna se abrió tras ella y *Calígula* se coló por el resquicio.

—Claudia.

Polibio, con ojos enrojecidos y bastante afectado por la bebida, la llamaba desde

el pórtico. Al otro lado de la puerta había un grupo de personas, apiñadas como dolientes en un entierro.

—¿Salustio? ¿Salustio el Husmeador?

El hombre se quitó la capucha y deshizo el nudo de su toga. Claudia se quedaba siempre fascinada ante el rostro de este anciano. Parecía muy vulgar: sin afeitarse, ojos llorosos, nariz congestionada. Su maraña de pelo blanco estaba desordenada, llevaba la túnica de un campesino, las sandalias eran de segunda mano, compradas a algún intendente del ejército. Su tez era pálida y su nariz respingona; sus ojos marrones y oscuros, como los de un cachorro, confiables y atentos. No era el rostro de un buscador de cosas y, por lo tanto, era su mejor disfraz.

—¡Hola, Claudia! —La voz de Salustio era poco más que un susurro. La joven le tomó la mano—. Me alegro de verte. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Unos cuantos meses. ¿Te gustaría comer algo?

—Polibio va a darnos a mí y a mis muchachos una jarra de cerveza y un trozo de tarta de pera. Comemos muy poco, ya lo sabes.

Claudia se sentó junto a su buscador de cosas. A pesar de su apariencia, o quizá gracias a ella, Salustio era el más experto de todos los hombres y mujeres que se dedicaban a vigilar e informar. Durante la reciente guerra civil, se había alineado con el lado equivocado. Majencio había usado sus servicios y, cuando Constantino entró en Roma, tuvo que huir en busca de refugio. Era una larga historia, pero Salustio, que conocía a Polibio de su pasado militar, había pedido ayuda y Claudia había hablado con el presbítero Silvestre. Consiguió el perdón y la amnistía, le devolvieron las propiedades confiscadas y Salustio se convirtió en un fiel amigo y aliado de Claudia. Volvió inmediatamente a sus indagaciones, ayudado y secundado por su extensa familia de hijos, ahijados, amigos y parientes de todo tipo.

Salustio no trabajaba para el Estado, sino para personas individuales. Si no se pagaba una deuda, o huía un apostador, o un esclavo se daba a la fuga, se perdía un niño o desaparecía algún objeto de valor, Salustio y sus buscadores se ponían a trabajar enseguida. Había perdido una buena parte de sus riquezas durante la confusión que siguió a la guerra civil, y estaba dispuesto a recuperar esas pérdidas. Poseía ya una mansión palaciega a un corto paseo del Palatino, además de una villa de recreo en la Campania. Sin embargo, a Salustio le gustaba hacerse pasar por una persona pobre, anodina, alguien que podía sentarse en una taberna sin que nadie reparase en él.

Durante unos minutos, Claudia estuvo hablando de Las Burras y del jardín de Polibio, pero Salustio le hizo un crudo recordatorio de lo que había sucedido la noche anterior, susurrando que su familia y él sabían ya de la muerte de Espicerio y del desplante de Murano.

—¿Y bien, señora? —Se acabó la cerveza de un sorbo y miró a su corrillo de familiares, llenándose el estómago de tarta de pera.

—¡Son tan sigilosos! —murmuró Claudia.

—Son siempre así —declaró Salustio—. Así es como realizamos nuestro trabajo. Ahora, señora, creo que querías verme para algo.

—Sí —Claudia se acercó un poco más—. Quiero hablar de tres cosas contigo: prendas de amor, una espada sagrada y la ciudad de Capua. Bueno...

Hizo una pausa al escuchar un golpe en la puerta. Se levantó, la abrió y miró al granujilla con una pequeña bandeja colgada del cuello. Habría cerrado inmediatamente la puerta, pero el muchacho alzó la mano y mostró el anillo con el *ichthus* en el dedo corazón.

—Busco a la mujer llamada Claudia.

—Yo soy.

—¿Es usted? —dijo, acercándose a ella—. ¿Conoce la dirección?

—Cruzando el cementerio hasta la tumba dedicada a Servilio —Claudia proporcionó la respuesta acordada.

—Él le envía esto —el mozo le dio un pergamino, agitó los dedos y se retiró.

Claudia se excusó ante Salustio y salió al jardín, donde desenrolló el pergamino y leyó el mensaje de Silvestre. Se quedó tan sorprendida que volvió a leerlo.

—¿Qué es esto? —exclamó, releendo las palabras escritas con una perfecta caligrafía.

Silvestre había descrito un misterio relacionado con una tumba ultrajada y los restos mortales de un hombre y una mujer, conocidos como Lucio y Octavia. No estaban registrados como cristianos, aunque se habían convertido en mártires de dicha fe. Aparentemente, era una pareja sin hijos, cuyos bienes habían sido expropiados por el Estado, pero que ahora, en virtud del Edicto de Tolerancia, se habían devuelto a la Iglesia. Claudia reflexionó sobre sus propias sospechas y regresó con Salustio.

—Como he dicho —sonrió, mientras tomaba asiento—, prendas de amor, una espada sagrada y la ciudad de Capua.

Salustio escuchó atentamente el listado de problemas a los que se enfrentaba Claudia, haciéndole algunas preguntas mientras hablaba. Una hora más tarde, abandonó el local junto a su grupo, prometiendo hacer todo lo que estuviera en su mano. La taberna era un hervidero de gente y Claudia se abrió paso entre ellos. Narciso entró en el comedor y se sentó en una esquina, donde comenzó a saborear una bandeja con carne y cebollas del día anterior. Januaria se sentó junto a él, ofreciéndole la mejor de sus sonrisas. Poco después, Murano apareció bajando las escaleras, quejándose de un molesto dolor de cabeza. Deseaba estar solo para reflexionar acerca de lo que había sucedido el día anterior. Gruñó algunos saludos, pero dijo que tenía prisa, devoró algunos trozos de pan empapados en leche, tomó un largo sorbo de cerveza, besó a Claudia en la frente y se retiró apresuradamente. Narciso, cansado de Januaria, se acercó hasta la joven.

—Señora —preguntó con tono lastimero—, ¿qué vamos a hacer?

—Vamos a quedarnos sentados y a lamentarnos —replicó Claudia, remedándole

— de tener una cama blanda, libertad, un bolso lleno de monedas, buena comida y una mujer bella que te sonría.

—Lo siento.

—No lo sientas —replicó Claudia—. Ve a los establos y ensilla mi caballo. Si quieres, ensilla una montura para ti. Vamos a volver a la Villa Pulcra.

—Entonces, iré a pie, no me gustan los caballos.

—Como plazcas —dijo Claudia.

Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa antes de quedarse allí sentada, permitiendo que le rondaran los terrores. Claudia cogió su capa, cinturón y bolso, envolvió algo de pan y carne seca con un trapo, tomó prestado un zurrón de piel de la cocina y se despidió. Narciso no puso objeción a su propuesta; caminó junto a ella, contándole que los caballos le mareaban antes de preguntarle por qué quería regresar a la villa, añadiendo que no quedaría nadie allí; Timoteo y los demás estarían en el palacio imperial del Palatino.

—Bien, espero que así sea —murmuró Claudia, y volvió a sus propios pensamientos y a repasar la lista de sospechas que había elaborado la noche pasada en la cama, antes de que la venciera el sueño.

Su travesía por las calles fue rápida; solo se veían algunos viajeros madrugadores, decididos a aprovecharse del buen tiempo y de las calles medio vacías. Durante la mayor parte de su marcha hacia la Puerta Flavia les siguió una cohorte de legionarios, que se dirigía a una de las pequeñas fortalezas que había en los alrededores de Roma. Narciso comentó que parecía haber más movimiento de tropas, mientras Claudia se preguntó en silencio si Constantino había decidido tomar represalias contra su rival del este. Le agradaba alejarse de Las Burras. Murano se había puesto en grave peligro, pero ella no quería complicar más las cosas con advertencias severas y ásperos comentarios. Trató de adoptar la postura más cómoda sobre su silla de montar y comenzó a dormitar mientras cruzaba las concurridas calles, llenas de ruidos y olores, que conducían a la Puerta Flavia. Al pasar junto a la explanada de los muertos, Claudia reflexionó acerca del enigmático mensaje de Silvestre. Estaba segura de que Salustio podría ayudarla con eso. Junto a ella, Narciso tarareaba una canción de amor que Januaria le había enseñado, mientras golpeaba con su bastón las zarzas y malas hierbas que bordeaban el camino.

Avanzaron bastante deprisa, apartándose únicamente ante el paso de los mensajeros imperiales, que recorrían la calzada a toda prisa acompañados de su escolta militar. Pronto abandonaron la calle principal y siguieron los retorcidos caminos rurales. Pasaron junto a los piquetes que guardaban las proximidades de la villa, ahora reducidos a solo dos o tres hombres reunidos en torno al fuego, más interesados en su harina de avena que en un viajero con un pase imperial. Cuando alcanzaron la villa, un somnoliento guardián les abrió la puerta y les guio hacia el patio empedrado. Se acercó el criado principal para recibirlos, refunfuñando y protestando, pero sus quejas murieron en sus labios en cuanto reconoció a Claudia y

el pase que portaba. Escuchó atónito la demanda de Claudia de que reuniese a todos los sirvientes y guardias que quedaran en la villa a la mayor brevedad posible. El criado protestó al principio, pero sonrió enseguida ante la perspectiva de una moneda de plata y se retiró aprisa. Claudia sabía que, una vez que la corte hubiera abandonado la villa, los sirvientes disfrutarían haciendo lo menos posible, escondiéndose y tramando cualquier cosa que les apartara del aburrimiento. Pocos minutos después formaron en el patio, llenos de curiosidad ante la visitante y su curiosa orden: empleadas de cocina, pajes, jardineros, barrenderos y limpiadoras. Claudia les pidió que se acercaran. Abrió su bolsa y sacó cinco piezas de plata, prometiéndoles que cualquiera que encontrase un arma de guerra, así fue como la describió, oculta en la campiña, al sur de la villa, recibiría una espléndida recompensa.

—¿A qué se refiere? —dijo el sirviente—. ¿Un arma de guerra?

—Lo sabréis cuando la veáis —replicó Claudia. Se había puesto en pie sobre un tonel vuelto del revés; estaba algo inestable, así que chasqueó los dedos y le dijo a Narciso que lo sujetara—. Todos habéis oído hablar del ataque sobre la villa, y de la dirección de donde venía. Hay un camino que cruza el bosque. Quiero que lo sigáis, no más de doscientos metros tras las murallas, y que busquéis cualquier arma de guerra: una daga, una lanza, una flecha, una espada o un escudo. Cualquier cosa que parezca sospechosa. Ya sabéis a qué me refiero —hizo un gesto con la mano—. A la derecha del camino que parte de la puerta principal hay bosques, árboles, arbustos. Ignoradlos. Quiero que forméis una fila y que examinéis el terreno a la izquierda del camino. Como ya he dicho, no os alejéis más de doscientos metros.

—¿Y qué ocurre si no encontramos nada? —gritó un jardinero.

—Aun así, tendréis vuestra recompensa —sonrió Claudia—. Os dejaré algunas monedas para que organicéis un banquete. Ah, a propósito —añadió bruscamente—, no pienso tolerar ninguna tontería —dijo, mirando a los guardias que rodeaban al grupo—. No quiero que a nadie se le ocurra sacar algún arma de la armería y esconderla bajo un arbusto. No soy tan estúpida como pueda parecer —dijo, endureciendo el tono—. Estoy aquí siguiendo órdenes de la emperatriz. Aquellos que cumplan con su voluntad serán recompensados —dejó que la amenaza permaneciera en el aire.

El criado principal se apresuró a organizados, ayudado y secundado por algunos guardias. Hacía un buen día, tenían poco que hacer y todos estaban dispuestos a ganar la recompensa. Cuando se marcharon, Claudia se dirigió a la bodega y a la casa de duelos para examinarlas minuciosamente antes de regresar a la cocina, seguida a pocos pasos por Narciso, como una sombra espectral. Se sentaron en el exterior, en el pequeño patio, y dividieron la comida entre ellos. Claudia comía y escuchaba mientras Narciso le contaba cómo trabajaría en Las Burras, como preparación para su retorno al trabajo de embalsamados.

—Habrà mucho trabajo para ti —señaló secamente Claudia— entre aquellos que

viven cerca de la Puerta Flavia, aunque no estoy muy seguro de que puedan pagarte.

No obstante, Narciso no se sintió desanimado; en cambio, le proporcionó un dramático relato de cómo Polibio podría prestarle el dinero e, incluso, convertirse en su socio. Hablaba tan rápido que Claudia se preguntaba si se encontraba nervioso por lo que ella pudiera saber. Se echó algo de vino en la copa. Se lo había pedido al bodeguero de las cocinas, que estaba demasiado ocupado, como le dijo, «para salir con el resto y perder el tiempo en juegos de niños». Claudia descubrió una mosca flotando sobre su vino. La retiró y limpió otros objetos de su sucia copa. Removió el vino con el dedo, pero no lo tiró, así que se volvió pegajoso. Lo agitó, observando los endurecidos granos blanquecinos, y recordó la noche pasada, cuando permanecía junto al cuerpo de Espicerio.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué?

—No importa —replicó Claudia, y se apoyó contra la pared, observando a las blancas palomas que reposaban sobre el tejado rojo de la torre del patio.

El calor comenzó a apretar, así que decidieron trasladarse a los jardines para disfrutar de la frescura de su sombra, junto a una burbujeante fuente. El criado jefe les encontró allí; estaba visiblemente acalorado, embadurnado de polvo y no demasiado satisfecho con lo que habían encontrado.

—No había demasiado —gruñó—. Será mejor que lo vea por sí misma.

El resto de los sirvientes se arremolinaban en el patio de los establos, y habían depositado sus hallazgos sobre una sábana extendida sobre el empedrado. Había segmentos de correas, una hebilla, una funda de espada desgastada, la cabeza de una jabalina e incluso, la corroída empuñadura de una espada, además de trozos de cuero y porciones de armaduras. Claudia examinó estos artículos. Algunos llevaban años allí, pero otros eran pruebas evidentes del reciente ataque. Se aseguró de que habían explorado el área que había descrito. Los sirvientes, con los rostros enrojecidos por el calor, afirmaron ruidosamente que se habían abierto camino entre helechos y tojos, pero que no habían descubierto gran cosa. Claudia les dio las gracias y les entregó las cinco piezas de plata, más una de regalo. También autorizó al criado principal para que sacara vino y comida de los almacenes y organizara un festín, a cargo de la villa, entre todos los que habían participado en la búsqueda.

Acababa de pasar el mediodía pero, a pesar de las quejas de Narciso, Claudia decidió que la brisa soplaba suficientemente fresca como para volver a la ciudad. Tuvieron un tranquilo regreso de vuelta, uniéndose a una caravana de mercaderes de vino que habían oído hablar de los juegos y se apresuraban a llegar a Roma, a la espera de hacer un buen negocio. La taberna Las Burras estaba casi desierta. Claudia subió a su habitación, sacó una pequeña pizarra para escribir y, como si estuviera enumerando una lista de la compra, comenzó a anotar todo cuanto había descubierto. Después, durmió durante unos instantes y bajó junto a Polibio para la comida de la tarde. Su tío le anunció con aire triste que Murano se había quedado en la escuela de

gladiadores, decidido a entrenarse para el conflicto venidero.

El ambiente había cambiado en la taberna. El vino había dejado de correr, la excitación se había calmado. Muchos de los clientes sospechaban en secreto que Murano había caído en una trampa y que sus posibilidades de victoria se habían reducido ostensiblemente. Claudia sabía que tendría que esperar. Había apostado que Salustio el Husmeador haría un rápido descubrimiento, pero no regresó a la taberna hasta la tarde siguiente. A pesar del clima caluroso, seguía llevando su capa, e insistía en hablar con Claudia en el jardín exterior, donde nadie pudiera verles ni oírles. Solo entonces se desabrochó la capa y le entregó el paquete que ocultaba bajo ella.

—Creo que esto es lo que andas buscando —sonrió, le guiñó un ojo y se puso en pie—. No quiero permanecer aquí; después de todo, a mis muchachos y a mí nos podrían acusar de profanar una tumba —su sonrisa se hizo aún más amplia—. Tus sospechas eran fundadas.

—¿Y los otros asuntos? —preguntó Claudia.

—Me temo que nos llevarán más tiempo. Todos están nerviosos con los próximos juegos. Es difícil separar la paja del heno para descubrir la verdad.

Claudia le dio las gracias y el buscador se marchó, deteniéndose unos instantes para dar buena cuenta de una jarra de cerveza. Claudia se aseguró de que Narciso no se encontraba cerca y se retiró a sus aposentos. Abrió el fajo y examinó su contenido; después, lo escondió bajo la cama y se dirigió apresuradamente a la cocina, donde Narciso ayudaba a Popea. Claudia le pidió que se desplazase al Palatino, junto a uno de los muchachos de la taberna, para informar a Timoteo de que debía verle enseguida para tratar un asunto relacionado con la emperatriz. Polibio entró en la sala justo cuando Narciso se disponía a objetar.

—Creo que deberías ir —declaró Polibio—. Es lo menos que puedes hacer por alguien a quien debes tanto.

Sin dejar de protestar a regañadientes, Narciso cogió su bastón, se puso las sandalias y se marchó, acompañado de un mozalbete de la taberna a quien todos llamaban «Disculpa», pues era la única palabra que decía cuando se abría paso entre la multitud para servir a un cliente.

—Estás muy alterada —Polibio puso la mano bajo la barbilla de Claudia—. Tienes el rostro ligeramente enrojecido y los ojos brillantes como botones encerados.

—Tío, quisiera que me hicieras un favor. ¿Cuál es el menú del día para hoy?

—El mismo que el de ayer —respondió Polibio con una mueca—, y el de la semana pasada. Pescado, embutidos y verduras, aunque vamos a servir un poco de fruta.

—Quiero que me sirvas a mí y a mis invitados algo muy sabroso en el jardín. Narciso y Timoteo el maestresala apreciarán tu buena mano en la cocina. También quiero un cubo lleno de arena y un cuchillo de cocina.

Polibio, intrigado, replicó con una sucesión de preguntas, pero Claudia simplemente se rio, sacudió la cabeza y se retiró.

El mediodía acababa de pasar cuando Narciso hizo su entrada en Las Burras, acompañado de un Timoteo sudoroso y de rostro enrojecido. Claudia saludó afectuosamente al maestresala, le presentó a todo el mundo y, guiñando un ojo a su tío, se llevó a sus invitados a la huerta. Polibio había preparado una sábana sobre el suelo; el cubo de tierra y el cuchillo de cocina estaban ocultos tras el banco de piedra. Timoteo era todo preguntas y bravatas, protestando a Claudia por haberle sacado de sus numerosas ocupaciones, pero una copa del mejor vino blanco de Polibio y una bandeja de pescado recién capturado endulzó rápidamente su temperamento. Narciso, en cambio, estaba mucho más vigilante. Claudia se preguntaba si alguien de la taberna le habría advertido de sus preparativos. Durante unos instantes, estuvieron hablando de los cercanos juegos. Timoteo explicó que la salida de tono de Murano era ya conocida y comentada en todo el palacio.

—Las apuestas están en todo lo alto —exclamó—, y la gente se ha apresurado a reservar los mejores asientos. El maestro de la escuela de gladiadores se ha entrevistado con Rufino para organizar los eventos. Dicen que toda la gente importante de Roma estará allí; hablan de un combate a muerte, y afirman que aquel que caiga —añadió en tono lúgubre— caerá para siempre. A propósito, la augusta te manda un cariñoso saludo, al igual que Criso. Burrus ha dicho que no ha olvidado lo que hiciste por él, aunque la emperatriz —añadió con sagacidad— sigue esperando que hagas algunas cosas por ella.

—Me alegro de que te hayas acabado la comida —Claudia se sentó con las piernas cruzadas mientras dedicaba una resplandeciente sonrisa a Timoteo—. ¡Señores, he encontrado la espada sagrada!

Necesitó hacer uso de todo su entrenamiento durante su carrera dramática para mantener firme el gesto. Narciso estuvo a punto de atragantarse con una ciruela y tuvo que escupirla, mientras que la copa se deslizó de entre los dedos de Timoteo. Claudia la cogió en el aire con destreza y la depositó sobre la hierba, a su lado. Narciso comenzó a temblar como si sufriera un repentino acceso de fiebre; el color se había esfumado súbitamente del rostro de Timoteo.

—No te irás a desmayar, ¿verdad? —bromeó Claudia—. Es algo que los dos sabéis hacer muy bien, desmayaros. Ah, y no empieces a dar saltos, por favor; cuanta menos gente lo sepa, mejor.

Claudia se puso en pie, avanzó unos pasos y regresó con el paquete que le había entregado el buscador. Lo desenvolvió y todos contemplaron la vieja espada de legionario, con su empuñadura encerada, resplandeciendo azulada ante los rayos del sol, y el extraño brillo del rubí encastrado en el puño de marfil. Alzó la espada ante ellos, balanceándola con ambas manos.

—Creo que esto podría ser una espada —declaró con ironía—. Parece una espada de legionario. La hoja está pulida y es bastante antigua, aunque la empuñadura es nueva, lo que la hace quizá demasiado pesada, sobre todo por el marfil y el rubí.

—¿Dónde...? ¿Dónde?... —balbuceó Timoteo.

—¿Dónde? ¿Dónde? —se burló Claudia—. ¡Allí, allí! Sabía que habías robado la espada, Timoteo, pero eres un buen hombre, un cristiano devoto —añadió con socarronería—. Jamás la venderías; cometerías un sacrilegio y sería muy peligroso. No te la quedarías para ti; sería un acto muy egoísta y peligroso. Y, tercero, no podías devolverla a la Iglesia; se la devolverían inmediatamente a la emperatriz.

—¿Entonces? —Narciso habló como si le faltara el aire.

—Llegué a la conclusión lógica —sonrió Claudia—. Si esta era la espada responsable del martirio de San Pablo, ¿qué mejor lugar para ella que el sepulcro, el monumento que cubre ahora su tumba, en la calzada hacia Ostia, el lugar exacto en que ejecutaron al apóstol Pablo? Verás, volví antes que tú a Roma para poder prepararlo todo. Me reuní con un anciano, un amigo mío, Salustio el Husmeador. Literalmente, posee una legión de parientes y, simplemente, fue cuestión de que los organizara a todos para que vigilaran los lugares sagrados más famosos de la cristiandad en la ciudad, con atención especial a la tumba de San Pablo. ¡Salustio en persona se encargó de ella! Esta era la primera vez que volvías a Roma desde que robaron la espada. La sacaste clandestinamente de la Villa Pulcra y comprendí que tratarías de deshacerte de ella lo antes posible.

—Pensaba que me estaban...

—¿Vigilando? —preguntó Claudia—. Por supuesto que sí, al igual que tú ordenaste a Narciso que me vigilase a mí.

Timoteo tragó saliva.

—¿Sabéis una cosa? —Claudia colocó la espada a su lado y la cubrió con el trapo, se inclinó y dio una palmada a Timoteo y Narciso en la cara—. Si alguna vez decido volver a actuar y organizo mi propia compañía dramática, os pediré que os unáis a mí. ¡Qué actuación! Seguro que os preguntaréis cómo descubrí todo esto. ¿Que cómo lo averigüé? Vamos, no te asustes, Timoteo. No voy a pedir que te arresten.

Ambos hombres sonrieron aliviados. Claudia se puso en pie y cogió el cubo de arena y el afilado cuchillo de cocina.

—Erase una vez —sonrió— un muy devoto maestra cristiano de nombre Timoteo, completamente convencido por la doctrina de Cristo. Al no ser judío, y sí un antiguo pagano, sentía una especial devoción hacia el apóstol Pablo quien, según creo, fue el primero en acercar la palabra de Cristo a los gentiles. ¿No fue Pablo quien predicó en Antioquía? Ese es el primer lugar donde tu secta recibió el nombre de cristianos, ¿no es cierto? En cualquier caso, este Timoteo es también un leal servidor de la emperatriz; la adora. Gracias a ella y a su hijo, los cristianos han podido salir de las catacumbas, donde se mantenían ocultos. La emperatriz Elena coquetea con el cristianismo: terminará por convertirse, ¿no crees? También alberga un profundo interés por todos los objetos relacionados con esta fe. El Imperio se pone patas arriba durante la búsqueda de la augusta de la santa cruz, la corona de espinas, la lanza que atravesó el costado de Cristo, los clavos que penetraron en sus muñecas.

El gran hallazgo de Elena es la espada sagrada que seccionó el cuello del bendito Pablo y se regó con su sangre. Organiza un gran debate en la Villa Pulcra y decide mostrar la espada. Desde luego, en cualquier palacio real las cosas pueden extraviarse, así que ella elige esa bodega, donde colgará la espada de un garfio y una cadena, sobre un foso de arena. Si alguien trata de tocarla, sus huellas quedarán claramente marcadas en la arena. La cadena está suspendida del techo, así que habría que utilizar una larga vara para acercarla y poder desengancharla. La bodega no tiene ventanas, y está vigilada por los rufianes germanos de la augusta; además, la pesada puerta se mantiene cerrada con dos llaves diferentes. Una la guardas tú, y la otra Burrus.

Claudia levantó la copa de Timoteo y la presionó contra sus manos.

—Vamos —dijo—, bebe. Y tú también, Narciso —hizo una pausa y alzó la mirada hacia las ramas de un árbol—. Como he dicho, Timoteo, eres un devoto cristiano; además, tienes escrúpulos.

—¿Cuáles son? —intervino Narciso.

—Lo sabes muy bien: dudas, incertidumbres. Sentías bastante repulsa ante la idea de que unos paganos se apoderasen de una reliquia tan sagrada y la expusieran ante gente como Criso; y lo que es peor, ante los seguidores del arrianismo, Justino y su grupo. Lo considerabas una blasfemia, una especie de violación. Así que decidiste no robarla, sino ocultarla de la mirada de la gente vulgar y devolverla a un emplazamiento más sagrado. Lo harías de forma que nadie resultase castigado ni culpado, pero necesitabas ayuda. Ahora sé, claro, que Narciso es cristiano. Aseguró su puesto en la Villa Pulcra gracias a la influencia del poderoso Silvestre. Narciso es tu compañero de bebida, ¿no es cierto, Timoteo? Alguien en quien confías. Y, al ser el maestresala del palacio, también ejercías una fuerte influencia.

—¿Estás diciendo que ambos la robamos? —preguntó Narciso.

—Por supuesto que sí. Como he dicho, Timoteo tiene muchos escrúpulos. Rezó pidiendo inspiración divina. ¿Cómo podría llevarse semejante espada tan astutamente guardada? Supongo que los dioses respondieron a tus oraciones de una forma peculiar; en este caso, la respuesta fue Burrus.

—Él no ha tenido nada que ver con esto —interrumpió Timoteo.

—Precisamente —replicó Claudia—, pero se convirtió en la respuesta a tus oraciones. Burrus y sus guardias son muy supersticiosos. No se atreverían a entrar en la bodega, ni en ningún sitio cercano a la espada sagrada. Así que, Timoteo, pusiste en práctica tus planes. Simulaste tener una dolencia en la pierna y, el día anterior, caminaste hacia la bodega con un bastón, que dejaste allí, escondido en alguna oquedad, o junto a la pared. Recuerdo que uno de los centinelas te preguntó por la pierna, pero le despachaste enseguida. Volviste al día siguiente. Para entonces, Burrus y sus guardias se habían acostumbrado a tu rutina; no tenían inconveniente en dejarte entrar y salir. Te moviste deprisa, cogiste uno de los taburetes, lo situaste junto al foso de arena, cogiste tu bastón, te subiste al taburete y acercaste la cadena.

Desenganchaste la espada, bajaste, escondiste el bastón y devolviste el taburete a su sitio.

—¿Y la espada? —preguntó Timoteo.

Claudia cogió el cuchillo de cocina y lo hundió profundamente en la arena del cubo.

—La enterraste en la arena.

—Pero lo habrían notado.

—Vamos, no me digas que la arena quedaría revuelta. Ya te habías preparado para esa eventualidad. Observa cómo se hunde profundamente la hoja del cuchillo — Claudia lo presionó con fuerza, hasta casi hacer desaparecer la empuñadura—. Recuerdo haber caminado sobre esa arena —continuó—. Era tan fina que se me hundieron los pies hasta los tobillos. Podrías enterrar la espada, empezando por la empuñadura; o haberla ocultado primero y, después, cubierto de arena. Podrías incluso haberlo practicado en los días anteriores. Posteriormente, simulaste sufrir un desmayo. Tu mano y brazo removieron la arena, de manera que, si alguien observaba algún rastro de movimiento en la arena, lo achacaría a tu desmayo. ¡Pobre Timoteo, sobrecogido por el terror! Desde luego, a Burrus y sus guardias les invadió la curiosidad y se asomaron a la bodega. Descubrieron lo que había sucedido y dieron la alarma. La persona que debía haber estado solucionando la crisis yacía como muerto sobre el suelo de la bodega, y la augusta no había llegado todavía. Se produjo gran alboroto y consternación, la gente corría en todas direcciones y, mira por dónde, por pura casualidad —Claudia se inclinó y propinó una palmada a la mano de Narciso—, hay un esclavo de la casa de duelos que resulta ser cristiano y buen amigo del ahora inconsciente maestresala. ¿Qué hacías allí, Narciso?

Abrió la boca para responder, aunque solo acertó a suspirar y desviar la mirada.

—Me contaste en persona —continuó Claudia— cuáles eran tus deberes en la casa de duelos. ¿Qué hacías cerca de aquella bodega? Estabas esperando, ¿no es cierto? Ayudaste a llevar la camilla. Te aseguraste de pisar bien la arena y de que la espada quedaba bien oculta. Además, ¿quién se iba a percatar, mientras sacaban al pobre Timoteo de la bodega, de que recogías su bastón y te lo llevabas al exterior? La gente no buscaba un bastón, buscaba una espada.

—¿Entonces? —preguntó Timoteo, secándose el sudor de la frente.

—Burrus y sus chicos comienzan a temblar como arbustos ante una tormenta; creen que la espada es sagrada, y que tu Dios ha venido a reclamarla. Gayo Tulio es pagano y un cínico. Inspecciona la bodega, pero no encuentra nada. No le interesa demasiado, ¿no es cierto? No es su responsabilidad, ¿qué puede importarle a él una reliquia cristiana? Poco tiempo después, Timoteo, ya recobrado, vuelve a la ahora desprotegida bodega, saca la espada y la esconde —Claudia hizo una pausa, como si escuchara el trinar de los pájaros sobre las ramas del jardín—. Estuviste muy listo —añadió—, pero lo que excitó mi curiosidad fue que Narciso se encontrase tan cerca de la bodega cuando todo ocurrió; eso, y la lógica. La espada había desaparecido, pero

nadie la había visto salir, así que debía de seguir en el interior de la bodega. La pregunta era dónde.

—Sospechabas de mí —preguntó Narciso.

—Sí, por supuesto, es fácil sospechar de ti, Narciso. ¿Recuerdas la noche del fuego, cuando ardió en llamas la casa de duelos? Tú dormías junto a ella, bajo la sombra de un sicomoro. Dijiste que habías estado bebiendo. Ahora eres un hombre libre, pero entonces eras un esclavo. Cualquier sirviente de la Villa Pulcra y, desde luego, los esclavos, solo comen y beben después del banquete. Pero tú, según asegurabas, estabas probablemente tan borracho como cualquiera de los invitados de Constantino. Hice mis averiguaciones en las cocinas, pero nadie recordó haberte servido una sola copa.

—Lo hice yo —confesó Timoteo.

—Desde luego que sí —sonrió Claudia—. Una pequeña recompensa en pago de la ayuda de Narciso. ¿Qué le diste? Encontré los huesos: un buen trozo de capón, una jugosa porción de carne y una jarra del mejor vino de Falernia. Una recompensa adecuada para un esclavo que te había ayudado tanto, cuyo silencio debías comprar y que, conociéndote, Narciso, no pararía de lamentarse de lo nervioso que se sentía. Timoteo se introdujo en la cocina de la villa y te llevó algunos manjares y una gran jarra de vino. Tienes un apetito voraz, Narciso, te he visto comer. Estabas nervioso, agitado; comiste muy rápido y bebiste aún más deprisa. Te quedaste dormido. Cuando te despertaste, debiste de pensar que estabas en medio de una pesadilla. La casa de duelos estaba en llamas, se realizarían indagaciones y se harían muchas preguntas. ¿Qué hacía un esclavo responsable de la casa de duelos llenando la panza y bebiendo el mejor vino?

—¿Qué piensas hacer? —Timoteo apartó el rostro de las manos.

—¿Que qué voy a hacer? —Claudia se encogió de hombros—. Escucha, Timoteo, el mejor y más seguro lugar para esta espada es junto a la emperatriz. Buscarás una excusa y volverás a la Villa Pulcra, para colgar la espada de su gancho. No, no, ¡eso sería demasiado estúpido! —Claudia se rascó la barbilla—. Te la llevarás a la villa y organizarás una batida en los jardines. La encontrarás, se la entregarás a la emperatriz y recibirás su gratitud, además de una succulenta recompensa. Este ladrón holgazán —Claudia señaló a Narciso con el dedo— te ayudará. Os convertiréis en los héroes del momento.

Los dos hombres suspiraron aliviados. Timoteo se puso en pie, se estiró para desentumecer los músculos y se puso en cuclillas frente a Claudia. Cogió su rostro entre las manos y la besó suavemente en la frente.

—Me preguntaba... —dijo, haciendo una mueca—. Me hacías dudar, Claudia. Por la forma en que me mirabas, estaba seguro de que sabías que algo iba mal. Como has dicho, solía ir a observar la espada en la bodega. A veces, incluso, creía ver la sangre sagrada del bendito Pablo brillando en su hoja. Me convencí de lo fácil que sería subirse a uno de esos taburetes y descolgarla de allí. Utilicé el bastón para medir

la profundidad de la arena. Es muy suave y muy profunda. Burrus y sus germanos jamás entrarían en la bóveda, así que persuadí a Narciso para que me ayudara. Le dije lo que pretendía, y que haría su vida mucho más cómoda, y accedió. No planeé —añadió, mirando a su compañero de fechorías— emborracharle, ni imaginé que nadie quisiera prender fuego a la casa de duelos.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Narciso con tono lastimero.

—Bueno, creo que podréis ayudarme con unas cuantas cosas —respondió Claudia sonriente—. Pero antes, llevaos esta espada de vuelta hasta la Villa Pulcra, y cuando la hayáis encontrado, volved aprisa al Palatino y contadle a la augusta lo que habéis descubierto. Decidle que las pesadillas atormentaban vuestros sueños.

Los dos hombres se pusieron en pie.

—Por cierto, Narciso, haz algo más por mí. Durante tu camino de ida y vuelta a la Villa Pulcra, concéntrate bien y trata de recordar todo lo que viste aquella noche.

—¿Qué noche?

—La noche en que el fuego destruyó la casa de duelos. ¡Cualquier cosa que vieras! Debes ir con Timoteo a la villa, pero cuando mande a Disculpa a buscarte, ambos debéis venir aquí inmediatamente.

Claudia observó la marcha de los dos hombres. Timoteo llevaba la espada cuidadosamente envuelta en el trapo.

—Pídele una bolsa a Polibio —gritó—, un saco de cuero. Vosotros decidís si queréis ir a caballo o a pie.

Timoteo alzó la mano y desapareció en el interior de la taberna. Claudia se echó sobre la hierba y miró fijamente a las ramas. Timoteo haría todo lo que le había ordenado, al igual que Narciso...

—Todavía no he acabado con vosotros —susurró Claudia.

Sintió que el cansancio la dominaba y sus párpados comenzaron a pesarle hasta que, finalmente, se quedó dormida. Al despertarse distinguió una figura oscura de espaldas a la luz del sol. Se sobresaltó y se incorporó inmediatamente para coger su daga.

—¡Señora, soy yo!

Salustio el Husmeador permanecía ante ella, en cuclillas sobre la hierba. Claudia se disculpó mientras se frotaba los ojos con las manos.

—Llevas, al menos, dos horas dormida —gritó Polibio desde la entrada—. No quería molestarte, pero si duermes tanto...

Claudia levantó la mano. Le dijo a Salustio que se pusiera cómodo mientras visitaba las letrinas y el pequeño baño que había junto a ellas. Se lavó las manos y la cara, enjuagándose el sueño de los párpados, y se preguntó cómo habrían decidido Timoteo y Narciso hacer su viaje hasta la Villa Pulcra. Salió y volvió junto a Salustio.

—He dejado a los muchachos en la taberna —el buscador cogió un trozo de pan que quedaba en una bandeja, se lo llevó a la boca y comenzó con las frutas que habían dejado Timoteo y Narciso—. ¿Así que has encargado que devuelvan la espada

sagrada? —dijo con una sonrisa—. Fue muy fácil, ¿sabes? Puse el palacio bajo vigilancia. Tengo algunos amigos allí que me permitieron entrar y salir. Timoteo se comportaba como un gato escaldado, estaba muy nervioso. Salió a hurtadillas por una puerta lateral, en mitad de la noche, cuando pensaba que nadie le observaba. Cuando llegó a su lugar sagrado, la tumba de ese cristiano... —¿Cuál era su nombre? Ah sí, Pablo, había más gente observándole que espectadores a un actor durante una representación. La tumba está apartada de la calzada. Timoteo se acercó todo lo que pudo, cavó una fosa y la enterró.

—No le pedí que me diese detalles —confesó Claudia—. Se sentía tan aliviado que estaba deseando marcharse. ¿Lo mantendrás en secreto?

Salustio alzó su mano derecha.

—Claudia, Claudia... ¡Si contase a la policía todo lo que sé, arrestarían a media Roma! Por cierto, tengo noticias para ti. Tenías razón. Espicerio fue asesinado. Aún no sé cómo, pero la arpía que lo asesinó no era ninguna amiga, desde luego.

Capítulo 12

«*Crimine ab uno, disce omnis*».

(«De un solo crimen se aprende acerca de todos los demás»).

Virgilio, *Eneida*, II

«**N**o eres la más diestra de las asesinas de Roma», reflexionó Claudia bajo la sombra de los árboles de la huerta mientras observaba a Agripina, sentada en el banco de mármol que tenía enfrente. La mañana era aún fresca, gracias a una brisa que se había levantado durante la noche y que había traído algunos refrescantes chaparrones. El día anterior, después de que Salustio se retirase, Claudia había pasado el resto de la tarde preparándose febrilmente para esta confrontación. Narciso regresó cargado de noticias sobre su supuesto descubrimiento de la espada sagrada y se había ganado, para sí y para Timoteo, el favor y la generosidad de la emperatriz. A cada uno de ellos le habían entregado una bolsa de monedas, y habían recibido una invitación para acompañar al emperador en el palco imperial durante los próximos juegos. Narciso estaba tan exultante que Claudia tuvo que recordarle en secreto que, en realidad, no habían encontrado la espada, y le advirtió de que si la verdad llegara a descubrirse, el humor de la emperatriz cambiaría radicalmente. Claudia no pretendía ser desagradable; necesitaba toda la atención y la cooperación de Narciso. Tras su advertencia, el antiguo esclavo se recompuso abruptamente y adoptó un gesto serio y preocupado.

—¿Crees que la emperatriz sospecha algo? ¿No crees que nos pondrá a prueba más adelante?

—Jamás escuchará una palabra de mí —susurró Claudia—. Lo mejor será que aceptes su recompensa, que disfrutes de sus favores y que mantengas la boca bien cerrada. Sé que Timoteo sabrá hacerlo. Ahora escucha, Narciso, si hay algo que he aprendido de ti es que posees un talento natural para la interpretación, y tengo un trabajo para ti.

El desasosiego de Narciso se calmó en cuanto Claudia terminó de contarle lo que había planeado para su encuentro con Agripina. Narciso demostró ser un alumno aventajado y enseguida perfeccionó la mirada que debía adoptar y lo que debía decir. Valens también iba a participar en la conspiración. El anciano médico militar no necesitó argumento alguno para convencerle. Lloraba profundamente la pérdida de su amigo, y estaba decidido a buscar justicia para la prematura muerte de Espicerio. Se habían reunido todos en el jardín, y Valens había ayudado a Narciso enseñándole ciertos nombres y términos, cómo debía actuar y sentarse. Claudia insistió en que

ambos se aprendieran el papel al dedillo; su única preocupación era que Agripina reconociese a Narciso y se anticipara a la trampa que pretendían cerrar sobre ella. También atrajo a Polibio a su conspiración. Hizo prometer a su tío que guardaría silencio.

—No quiero que bebas —advirtió Claudia—, porque como abras la boca en el comedor, media Roma estará enterada en menos de una hora.

Polibio había prometido y jurado por sus testículos que de sus labios no escaparía ni una palabra.

Claudia se había esforzado a fondo para no distraerse y no pensar en Murano, o en su preparación para el combate que tendría lugar al día siguiente. Sin embargo, le había resultado muy difícil cuando Murano, ágil y en forma, escrupulosamente afeitado y con aspecto decididamente juvenil, había visitado la taberna la pasada tarde, justo antes de la caída del sol. Claudia pensó que se le iba a partir el corazón al observar la mirada triste en sus ojos, su sereno coraje y valentía, que enmascaraban su propia previsión sombría. Tan solo permaneció allí una hora, salió al jardín, la abrazó apasionadamente y la besó con dulzura antes de retirarse.

Claudia se había quedado llorando desconsoladamente hasta que se acercaron Narciso y Valens para reconfortarla, pero el dolor de la despedida de Murano aún hacía que se le encogiera el corazón, así que no iba a tener compasión, ni el más mínimo atisbo de misericordia, por esa traicionera y asesina arpía inmunda, que había revoloteado sobre su red hasta caer atrapada en ella. Agripina había llegado a media mañana, con su pelo ondeando al viento, la boca entreabierto y el tintineo de sus alhajas de color rojo carmín. No mostraba signo de culpa o miedo, sino más bien petulancia, sintiéndose respaldada por dos matones que, por su aspecto, debían de pertenecer a la banda de Dacius. Océano entretuvo a la peligrosa pareja mientras Claudia, charlando como un gorrión, se había llevado a Agripina hacia el jardín. La visitante de Claudia comenzaba a perder parte de su calmada pose, mirando nerviosamente hacia el pórtico, donde montaba guardia Polibio ante cualquier posible intromisión.

—Tu mensajero ha dicho —comenzó a decir Agripina a Claudia— que tienes en tu poder un objeto muy valioso que pertenecía a Espicerio.

—Sí, eso es lo que dijo el mensajero —Claudia se rascó la cabeza y se acercó más a ella—. Ahora, Agripina, escúchame. Quiero que mantengas cerrada esa boca tuya. No pretendo asustarte, pero si huyes hacia la taberna, mi tío te recordará que tengo amigos muy poderosos en la corte. Trabajo para los *agentes in rebus*, sabes quiénes son, ¿verdad? Los hacedores de cosas. Hombres y mujeres que pueden destrozarse a gente como tú, una inmunda y pomposa arpía; gente peligrosa que ha jurado su lealtad a la emperatriz, y a nadie más.

Agripina tragó saliva; sus labios comenzaron a temblar sin emitir sonido alguno. Claudia sintió que maldecía su propia arrogancia por haberse atrevido a ir.

—Podría marcharme ahora mismo —bravuconeó Agripina, tocándose las

sandalias rojas.

—Inténtalo —Claudia alzó su copa y brindó—. ¿Sabes lo que he estado pensando, Agripina? Que no eres la asesina más diestra de Roma. Eres, en realidad, una asesina torpe, que pensó que nadie descubriría sus engañosos y detestables trucos.

Agripina se puso en pie y se recogió la toga.

—Vamos, ¡siéntate! —Claudia sacó su puñal, agitándolo en el aire, de forma que Agripina retrocedió y volvió a quedarse sentada bruscamente. Temblaba ostensiblemente y miraba hacia la taberna con ojos aterrados.

—Eres una asesina —dijo Claudia, sonriendo dulcemente—. Eres también una estúpida. Trataste de matar a Espicerio una vez y fracasaste, pues suponías que Murano acabaría el trabajo. Así que lo intentaste de nuevo, pensando que eras sumamente lista.

—No sé de qué estás hablando —replicó Agripina—. No tienes pruebas.

—Tengo un montón de ellas —dijo Claudia—. Tío, haz entrar a nuestros visitantes y que se unan a nosotros.

Polibio se echó a un lado para dejar paso a Valens quien, acompañado de Narciso, cruzó el jardín hasta llegar junto a las dos mujeres. Claudia trató de mantener impasible el gesto. Valens y ella habían hecho un excelente trabajo. Habían conseguido transformar a Narciso. Llevaba el pelo corto, el rostro aceitado, su túnica y su toga eran lo mejor y nadie podría dejar de admirar los lujosos anillos con la insignia de Esculapio, además del perfilado bastón embellecido con las alas de halcón y el ojo que todo lo ve, del dios egipcio Horus. Narciso llegaba incluso a andar como el médico erudito que pretendía ser, ladeando ligeramente la cabeza, como abrumada por el peso de su conocimiento. Su rostro había adoptado un gesto de cínica superioridad; fruncía la boca como si estuviese chupando una ciruela y descubriese que se trataba de una pasa.

—Creo que ya conoces a Valens —dijo Claudia, agitando la mano—. Este es Narciso, un médico especialista de la Casa de la Vida, en el templo de Isis, en Alejandría. Es experto en toda dolencia que pueda sufrir un hombre.

Valens asintió con la cabeza ante Agripina y se puso en cuclillas junto a Claudia. Narciso, que parecía más interesado en sus uñas que en cualquier otra cosa, miraba a Agripina de arriba abajo, como si fuera algún síntoma desagradable; seguidamente, agitó los dedos fastidiosamente para que se echara a un lado y le permitiese compartir el banco del jardín. Apoyó el bastón entre las rodillas y sonrió a Claudia.

—Querida —arrastró tanto las vocales que Claudia tuvo que apretar los labios para ocultar la sonrisa—. Querida, me agrada mucho que no lleves maquillaje en el rostro —se giró y agitó un dedo ante la nariz de Agripina—. Y tú, querida mía, deberías ser más cuidadosa. Llevas más pintura en la cara que la que he visto sobre las paredes de la ciudad. Nunca se sabe lo que contienen esas cremas y aceites. Solía decirle lo mismo al querido Espicerio; seguro que habías caído en la cuenta de que el

muchacho había dejado de llevar la cara pintada, ¿verdad? Pero, querida, sabes tan poco sobre la medicina... Me refiero a que es bastante obvio —continuó, mientras pestañeaba—. ¿Qué diantres te hizo pensar que el zumo de almendras es un filtro de amor, una cura para la impotencia, cuando, en realidad...? —Narciso echó la cabeza atrás y soltó una carcajada que sonó como el relincho de un caballo—. Bueno, siendo honestos, se trata de una cura, ¿no crees? Todo desaparece —su gesto se volvió serio—, incluyendo la propia vida.

Agripina le miró horrorizada.

—¿De qué estás hablando? —chilló—. Eres, eres...

—Médico —sonrió Narciso—. Soy médico. ¿No te habló Espicerio nunca de mí? —Narciso se dio unas palmaditas en la entrepierna—. El pobre, tenía problemas aquí abajo; es bastante común. Muchos soldados, luchadores y atletas se quejan de que se seca la fuente de su hombría. Generalmente, no les pasa absolutamente nada —se dio unos suaves golpes en la cabeza—. Es más un problema de la mente y del corazón que otra cosa. Un desarreglo de la conducta —dijo, dando un suspiro—. ¡El pobre Espicerio estaba tan agitado! Te deseaba, querida, pero albergaba negros pensamientos.

—¿Qué es todo esto? —Agripina hizo un intento por levantarse, pero Narciso se acercó a ella y le cogió la muñeca.

—Yo de ti no me iría, querida. Verás, soy tu amigo. Es posible que necesites mi ayuda, porque esta buena gente de aquí piensa que envenenaste a Espicerio. Creo que deberías sentarte y escucharles, como pienso hacer yo, antes de tomar una decisión.

—He hecho que te siguieran —declaró Claudia—. Suelen visitar la casa de Dacius. Además, te han visto con sus hombres. Sospecho que también has abierto las piernas para Meleager. Eres una puta desalmada, Agripina, que busca la compañía de los gladiadores para que la saquen de su aburrimiento. Tienes buen olfato para los asuntos sucios; así es como te arrastró Dacius a su conjura. Dacius piensa que controla la mayoría del negocio de las apuestas en Roma, de los préstamos con intereses altos y, de vez en cuando, le gusta presenciar alguna muerte, ¿no es cierto? Ya sea durante una pelea de gallos, un combate de lucha libre o la pelea a muerte de dos hombres sobre la arena. Dacius y Meleager... —Claudia hizo una pausa—. Dacius y Meleager —repitió— son amigos. Dacius ha urdido una trama para que Meleager sea el campeón, el *victor ludorum*. Meleager es un buen luchador, quizá, uno de los mejores. Dacius y sus amigos organizaron... ¿cómo podríamos denominarlo? ¿Una apuesta doble? Espicerio pierde, Murano gana; Murano pierde, Meleager gana. ¿No te imaginas las enormes ganancias, Agripina? Grandes sumas de dinero, acumulándose con rapidez y moviéndose deprisa de una apuesta a otra. Creo que podrías ganar millones, una auténtica fortuna. ¿Me estoy expresando con claridad? Al menos, eso es lo que dice Salustio el Husmeador.

—¿Quién? —Los labios de Agripina apenas se movieron.

—¿No conoces a Salustio? —Claudia movía su puñal de mano a mano—. No le

conoces, pero él sí te conoce a ti. Te ha estado siguiendo de cerca.

—Soy una ciudadana libre, puedo ir donde me apetezca. No soy una esclava ni una fulana de taberna.

—No lo niego —replicó Claudia con una sonrisa—. Y puedes quedarte ahí sentada e insultarme cuanto te plazca. Cuando la gente te ve dice «esa es Agripina». Lo que seguro encontrarán más interesante es tu afición por las pócimas de amor —metió la mano en su bolsa y sacó un trozo de pergamino—. ¿Reconoces esto? —preguntó, acercándose a los ojos para que pudiera verlo—. Es de tu puño y letra. «Que el amor conquiste a Agripina. Que el amor conquiste a Espicerio».

—Yo se lo entregué, ¡eso no es ningún crimen!

—No, pero sí lo hay en el envenenamiento. Primero, lo intentaste en el anfiteatro, pero fallaste. Mezclaste la poción con las pinturas para la cara de Espicerio; después, mientras nadie miraba, vertiste un poco en su copa para atraer la sospecha hacia Murano e, incluso, Polibio. Supuestamente, Murano iba a matar a Espicerio, pero no lo hizo. La pócima que usaste, como puede confirmarte el médico Valens, no era lo suficientemente fuerte. Se suponía que debía absorberla por la piel; no sé cómo funciona —Claudia agitó la mano en dirección a Valens—. Quizá puedas explicárselo tú a nuestra amiga.

—Es cierto —Valens necesitaba un poco de empuje; su intensa aversión hacia Agripina era vibrante y apasionada—. Un médico —comenzó, manteniendo bajo el tono de voz— va descartando todas las posibles causas para una enfermedad o infección, hasta que se queda con el auténtico origen de la dolencia. Hice muchas preguntas a Espicerio sobre aquel día, en el anfiteatro. Había comido la noche anterior, y bebió un poco de agua antes de salir a la arena. Sin embargo, insistió en que se sentía fuerte y animado hasta poco antes de comenzar la lucha.

—Bebió el vino —intervino Agripina.

Valens sacudió la cabeza.

—Lo que Espicerio me contó a mí, y a nadie más, fue que sintió los primeros síntomas antes de probar el vino.

—¡Mientes! —chilló Agripina.

Aunque Agripina estaba en lo cierto, Valens le mantuvo la mirada.

—Lo que hiciste, perra asesina, es exactamente lo que Claudia ha descrito. Hay mujeres en Roma que se han envenenado con sus cremas, polvos y aceites. Algunas de las pinturas que usan para realzar sus ojos contienen belladona, y los polvos contienen un mortífero derivado del plomo e, incluso, del arsénico, que puede corroerles la piel del rostro. Tú misma debes de haberlo comprobado. Tales pócimas nocivas se introducen en el cuerpo, carcomen las entrañas y polucionan la sangre. Durante la mañana en la que Espicerio iba a luchar con Murano fuiste a verle y le llevaste las pinturas para la cara mezcladas con veneno. Espicerio estaba siempre muy preocupado por su aspecto. Decía que se pintaba como una mujer para desconcertar a su oponente. ¿Recuerdas esa mañana, Agripina? Llevaba mucha

pintura en el rostro. Sintió los primeros efectos al llegar al anfiteatro, pero los achacó a la tensión. Se bebió el vino y caminó hacia la arena. Cualquier médico te dirá que la mezcla del vino, la intensa excitación, de miedo o placer, y la actividad física aceleran sensiblemente el flujo sanguíneo. Fue entonces cuando el veneno comenzó a hacer efecto. Sin embargo, como no se había absorbido completamente a través de la piel —Valens agitó el dedo a pocos centímetros del rostro de Agripina—, y gracias a su extraordinaria forma física, Espicerio consiguió sobrevivir. Se retorció y vomitó, y eso le salvó la vida. Mientras tanto, en la antesala de la Puerta de la Vida, cuando los demás estaban distraídos por el alboroto causado en el exterior, te acercaste y administraste el mismo veneno en la copa de Espicerio.

—En realidad, no creo —dijo Valens con una sonrisa forzada— que pretendieses matarlo, sino solo debilitarlo y facilitarle las cosas a Murano, para que hiciera el resto.

El rostro de Agripina había palidecido y estaba empapado de sudor.

—No tienes ninguna prueba, te lo estás inventando.

—No ocurrió así con Espicerio —continuó Valens, manteniendo la misma sonrisa—. Me aseguré que se encontraba en perfectas condiciones hasta que se pintó el rostro. Comenzó a preguntarse por el origen de su malestar, pero estaba tan cegado por ti que no podía creer que su querida Agripina le quería muerto. Le advertí, como ya había hecho en otras ocasiones, que no debía pintarse la cara; hasta las cremas y aceites más inocentes pueden contener un veneno mortal —Valens dio un taconazo en el suelo—. Al principio, pensé que había sido un accidente, pero... —la voz se le apagó durante unos instantes— empecé a preguntarme... —Valens chasqueó la lengua—. Espicerio se volvió inquieto, retraído, profundamente atribulado. Me juró que no había sospechado de Murano en ningún momento, y deseaba enfrentarse a él por segunda vez. También se quejó de que sufría impotencia. Así era, ¿no es cierto? Me dijo que tú le habías administrado pócimas de amor; estaba convencido de que hacían efecto. Hay drogas en Roma que pueden librar a un hombre de ese problema, al menos, transitoriamente. ¿No es cierto, Narciso?

—Lo que no sabías, querida —Narciso retomó la historia, agarrando fuertemente a Agripina del brazo—, es que mi buen amigo Valens había enviado a su paciente a verme. Examiné minuciosamente a Espicerio, su entepierna, su ano. No encontré síntoma ni señal alguna del origen de su mal. Creo que el día de su muerte había ido a la escuela de gladiadores para ver a Murano. Antes de eso te había visitado a ti, pero también me visitó a mí. Me mostró ese filtro de amor: el trozo de pergamino y las dos pastillas que contenía. Estaban muy comprimidas, pero se deshacían al mezclarlas con agua o vino. Desde luego, le dije que eran una patraña, pero Espicerio se mantuvo firme. Me dijo que, en varias ocasiones, le habías dado pociones de amor mezcladas con vino, y que jamás había sufrido ningún efecto negativo. Cogí un poco de esa poción, la corté con el cuchillo y la dejé sobre la balanza. Tenía intención de examinarla, pero —Narciso se encogió de hombros con elegancia—, ya sabes lo que

pasa, querida, ¡llevo una vida tan ajetreada! No volví a pensar en ello hasta que Valens me contó cómo había muerto Espicerio.

—Agripina —Claudia le dio una palmadita en la rodilla—, Agripina, mírame.

—La asesina la miró a los ojos. El labio inferior no dejaba de vibrar y la mano derecha temblaba tanto que podía escucharse el tintineo metálico de sus pulseras y brazaletes.

—Le dijiste a tu amante que viniese aquí —exclamó Claudia—, que no comiese ni bebiese demasiado y que te esperase en la cámara de Venus; que descansara y se relajase, y que, por supuesto, se tomara su pócima con el vino. Así lo hizo. Cuando mi colega Valens examinó el cuerpo de Espicerio descubrió que el dedo índice de su mano derecha estaba muy pegajoso, pues lo había usado para mezclar la pastilla con el vino blanco dulce de tío Polibio. Además —Claudia continuó con su engaño—, como Narciso la había cortado un poco para estudiarla, una de las tabletas se empezaba a deshacer. Encontramos algunos restos en las sábanas. Pobre Espicerio —suspiró Claudia—, se sentó allí, henchido de dulces pensamientos sobre Agripina, con su mensaje de amor en una mano y su vino envenenado en la otra.

—El jugo de almendras es una pócima letal —declaró Valens—. La muerte le sobrevino de prisa, como un flechazo en el corazón.

—¡Yo no lo hice!

A Claudia se le encogió el corazón al contemplar el rostro de Agripina.

—Sí que lo hiciste —replicó con rapidez—, Narciso tiene aún en su poder parte de esa sustancia, Valens sabe lo que vio; hay suficientes pruebas como para llevarte a juicio. ¿Has visto alguna vez cómo muere una mujer en la hoguera? Tan solo piensa, Agripina, en Narciso hablando con la acusación, en Valens corroborando las pruebas, en mi tío y los demás declarando que Espicerio estaba convencido de que Murano era su amigo. Después, comenzaremos a registrar Roma. Para ello he solicitado los servicios de Salustio. Él averiguará dónde compraste la pócima.

—Yo no la compré —Agripina cayó en la trampa. Hundió el rostro entre las manos entre profundos sollozos—. ¡Yo no lo hice!

Gritó tan fuerte que Polibio salió del pórtico. Claudia le hizo una señal con la mano para que se retirase.

—¡Yo no lo hice! —repitió Agripina. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, mezclándose con la pintura y manchándole la cara.

—Por supuesto que no —dijo Claudia con voz calmada—. Fue Dacius, ¿verdad? Compró esa sustancia y te dijo que era un afrodisíaco; te dijo lo que debías hacer. Tú no sabías nada, ¿verdad?

Agripina terminó de caer en la trampa.

—No, no lo sabía —dijo, alzando el rostro—. No sabía nada de esto. Vine aquí suponiendo que Espicerio estaría esperándome, tan sano como un toro. Deseaba lo mejor para él.

Claudia se puso en pie y envainó su daga.

—Pero le llevaste las pinturas para la cara, ¿no es cierto?

—Sí, sí —Agripina se enredaba cada vez más en sus propias mentiras—. ¡Así es! Quería algo que le ayudase a luchar mejor. Dacius me dio esa pócima. La mezclé con mis pinturas, pero cuando vi que se desplomaba en el anfiteatro me asusté y puse un poco en su copa. No pretendía que Murano cargara con la culpa.

—¿Ocurrió lo mismo con las dos pastillas? —preguntó Claudia—. ¿La cura de Dacius contra la impotencia?

—Así es.

Claudia ocultó su repugnancia hacia esta mujer traicionera que mentía para salvar su vida. Agripina se puso en pie de un salto. Narciso se dispuso a retenerla, pero Claudia le hizo un gesto con la cabeza.

—Si deseas irte, mejor será que lo hagas cuanto antes.

Claudia se hizo a un lado. Agripina pasó junto a ella, atravesó corriendo el césped y se internó en la taberna.

—¿Vas a dejar que se marche? —preguntó Narciso.

Claudia se pasó el dedo por los labios.

—No creo que debamos hacer nada. Dentro de esa taberna hay dos dacianos. Agripina no solo se ha inculcado a sí misma, sino también al hombre que la controla. ¿Qué opinas, Valens? Irá a buscarle y le contará que lo sabemos todo. No creo que a Dacius le guste mucho escuchar eso. —Claudia elevó la mirada al cielo—. Creo que Agripina va a pasar su último día en la tierra.

—Estoy de acuerdo —dijo Valens, poniéndose en pie y agitando la toga para sacudir las briznas de hierba adheridas—. Pero, con tu permiso —suspiró—, voy a agilizar un poco las cosas. Tengo un buen amigo que es comandante de policía. Creo que voy a ir a visitarle y contarle todo lo que hemos descubierto.

—No conseguirán pruebas suficientes para arrestar a Dacius.

—No —Valens esbozó una sonrisa—, creo que tendremos que abordar el asunto de Dacius de distinta manera. Espicerio tenía muchos amigos. Se ocuparán de él, al igual que él lo hará de Agripina. Simplemente, me limitaré a ayudar un poco. Tu tío ha hablado de Mercurio el Mensajero —Claudia sonrió al descubrir las intenciones de Valens—. Le voy a contar a Polibio todo lo que ha sucedido aquí. Para cuando Murano ponga un pie en la arena mañana, casi toda Roma conocerá la historia.

El sol brillaba en el cielo del mediodía. El calor era tan opresivo que los ingenieros imperiales habían corrido completamente los toldos que protegían a la multitud en el anfiteatro; otros trabajaban duro bombeando agua perfumada, para refrescar a los espectadores. Claudia se había sentado en la zona trasera del palco imperial y miraba con ojos entrecerrados a Constantino y su familia. Estaban todos allí: el emperador, la augusta Elena, Rufino y Criso. Gayo Tulio permanecía en pie, tras el trono imperial, con su resplandeciente armadura de gala. Esposas, amigos, clientes e invitados de todo tipo completaban el palco. Los sirvientes corrían de uno a otro lado, cargados de jarras y copas rellenas de bebidas frías y bandejas de plata

colmadas de frutas heladas. La mujer de Rufino soltó una risotada que se asemejaba más al relincho de una yegua en celo. Estaba inclinada sobre el trono de la emperatriz, dispuesta a compartir algún chisme. Escribas y amanuenses trabajaban sin descanso, mostrando rollos de pergamino al emperador y a su madre para que los leyeran, estudiaran y sellaran. El aire que corría por el palco imperial, sobre el podio central del anfiteatro Flavio, se espesaba con la mezcla de olores de tinta, pergamino, perfume, cera y, desde luego, el penetrante hedor de la sangre que se derramaba algo más abajo, sobre la arena.

La suave arena, importada especialmente, brillaba como polvo de oro. Unos operarios la estaban removiendo y alisando, y limpiaban las manchas de sangre que pudiera contener. Los fragmentos de carne humana dispersos sobre el terreno se recogían en cubos llenos de salmuera, para más tarde alimentar con ellos a las bestias que se hacinaban en las galerías interiores del anfiteatro. El eco de los rugidos y alaridos de estas bestias hambrientas se escuchaba a través de las tenebrosas galerías. Hoy no había demasiadas; la mayoría de los tigres, panteras, leones y osos habían sido exterminados en la matanza de la mañana. Las decenas de miles de espectadores, que ocupaban sus localidades en las empinadas gradas del anfiteatro, aprovechaban el descanso en este ritual de sangre para comprar porciones de carne condimentada, frutas y zumo helado de sandía. Los vendedores ambulantes, sudando sobre sus productos, recorrían los pasillos escalonados chillando los precios. Claudia siempre había tenido muy claro que jamás les compraría nada de comer; Polibio le había contado desagradables historias sobre cómo sazonzaban fuertemente la carne, el pan y la fruta para ocultar todo rastro de moho o putrefacción.

La gente deambulaba por los diferentes sectores del anfiteatro, aunque nunca se alejaban demasiado de sus localidades. Los sectores estaban separados por altos muros, para diferenciar claramente las distintas clases sociales de la ciudad. En el fondo, a ambos lados del palco imperial, los espectadores vestían togas blancas y lujosas túnicas que los señalaban como senadores, nobles, oficiales de alto rango, mercaderes y banqueros. Por encima de esta línea blanca se extendía, como una bulliciosa, oscura y sucia oleada, la mezcla de tonos verdes, azulados, amarillentos y marrones de las clases inferiores. Los ricos no eran hostigados por los vendedores. Llevaban sus propios parasoles, toldos y viseras, además de cestas y canastas repletas de deliciosas carnes, pan tierno y vino fresco. Los espectadores ignoraban el sangriento desorden de la arena; en cambio, observaban el palco imperial, decorado con un elegante drapeado. Se esforzaban por obtener una imagen del emperador y su madre, dos siluetas distantes vestidas con ropajes púrpuras, tocadas con coronas de laurel y rodeadas de toda la majestuosidad y pompa del Imperio. Contemplaban a los guardianes, ataviados con sus armaduras de gala y sus cascos emplumados. Sus protecciones pectorales brillaban al sol y, a ambos lados del palco, los abanderados, vestidos con pieles de pantera, oso, león y lobo, portaban águilas imperiales y las insignias de las legiones. En la parte más alta se situaban los trompetistas imperiales

con sus cornetas engalanadas, que se elevarían al cielo para exigir silencio cuando el emperador decidiese recomenzar los juegos.

La multitud se agitaba estremecida; su excitación era palpable. Se había apoderado de ellos una creciente lujuria de sangre, y aguardaban impacientes el momento glorioso de los juegos: la lucha de Murano por defender su vida y su honor. Claudia degustaba una porción de granada mientras observaba a la aristocracia romana. Se felicitaba silenciosamente por lo que había conseguido el día anterior. Valens había acertado. Agripina había desaparecido y Dacius parecía estar muy ocupado con sus asuntos. Los rumores aseguraban que había abandonado Roma esa misma tarde, decidido a embarcarse rumbo a Siracusa para visitar a ciertos socios.

Claudia había estado aguardando en la taberna Las Burras con la esperanza de que apareciera Murano, pero su tío le susurró que se estaba entrenando en secreto, preparándose bien para los juegos. Polibio envió a Disculpa en busca del gladiador con un mensaje, pero todo lo que llevó el muchacho de vuelta fue una palabra: «Recordadme». Claudia había tratado de no llorar mientras permanecía sentada en el comedor, escuchando cómo Mercurio el Mensajero les regalaba a todos la noticia de que Espicerio había sido asesinado por su degenerada novia y que era posible que Dacius hubiese tenido también algo que ver en ello. Las palabras se habían extendido como el fuego sobre la paja seca. Polibio había usado a todos sus conocidos de los apestosos callejones y calles de los suburbios para que susurraran las noticias. Salustio el Husmeador también había ayudado, y Valens había visitado a algunos viejos amigos de las varias guarniciones que rodeaban la ciudad de Roma.

Claudia se había esforzado por dormir, y mucho antes del amanecer la había despertado un mensajero imperial con una invitación que no podía rechazar: la augusta requería su presencia en el palco imperial, al comienzo de los juegos organizados para celebrar el cumpleaños de su hijo. Claudia se había lavado y vestido y había recorrido apresuradamente las calles, sujetando el bastón con una mano y la daga que llevaba en el cinturón con la otra. Incluso a esa hora tan temprana pudo observar las pancartas y los improvisados carteles que anunciaban no solo los juegos y las particularidades de los diferentes luchadores, sino también las escandalosas noticias relacionadas con el envenenamiento de Espicerio. A pesar de sus propias congojas, Claudia comprendió que estas noticias no eran tan solo la demostración de la afición de la ciudad por las habladurías y los chismes; también reflejaban la seria naturaleza del negocio de las apuestas, de las grandes sumas de dinero cambiando rápidamente de manos.

El séquito imperial apenas había llegado al anfiteatro y había tomado sus asientos, entre el estruendo de las trompetas, el entrechocar de címbalos y el rugido de la multitud, cuando Elena chasqueó los dedos para que se acercase Claudia. La emperatriz se encontraba en buena forma, pletórica ante el retorno de su preciada espada. Dirigió una extraña mirada a Claudia mientras le describía el gran hallazgo de Timoteo, y Claudia se preguntaba si sospecharía la auténtica verdad.

—Pero eso no importa ahora —dijo Elena—. ¿Qué son esas noticias sobre Espicerio? ¿Son auténticas? ¿Lo sabe Murano? ¿Cómo se siente? ¿Se siente victorioso?

Claudia trató de responder lo más directamente posible. Elena llamó enseguida a Rufino para que se acercase y le susurró apresuradamente unas palabras mientras gesticulaba con los dedos. Claudia sospechó que la emperatriz estaba cambiando sus apuestas. Rufino llamó a un escribiente con un libro de cuentas en la mano. Justo después de que se retirara el banquero, la augusta volvió a llamar a Claudia para continuar con una oleada de preguntas sobre los asesinatos en la Villa Pulcra. ¿Tenía alguna noticia? ¿Había hecho algún progreso? Los ojos de Elena parpadearon airados cuando Claudia se encogió de hombros y musitó una respuesta, pero la emperatriz también le dijo que era una buena ratoncita y le entregó una pequeña bolsa de monedas por sus molestias antes de dejarla volver a su sitio, en la parte trasera del palco. Rufino se acercó para procurar enterarse de algo más, seguido por Criso. El rollizo y sudoroso chambelán se había mostrado muy agitado, y Claudia le consideraba aún mejor actor que a Narciso, a quien acababa de despedir en la Puerta de la Vida con un mensaje para Murano.

Criso le había agitado la mano frente a los ojos para atraer su atención.

—¿Por qué —siseó el chambelán en su cara— sigue insistiendo Murano en enfrentarse al toro? Puede repudiar las acusaciones. He oído lo que sucedió...

—No lo sé —respondió Claudia, susurrando entre dientes—. He enviado algunos mensajes a Murano, pero se ha recluso en soledad. Quiere reivindicarse. No soy responsable de tus apuestas.

Claudia respiró profundamente y estiró las piernas, esforzándose por relajarse. Observó a su alrededor. Silvestre, Atanasio y los demás oradores estaban presentes, aunque se habían situado de espaldas a la arena, mostrando en público su repulsa a estos sangrientos juegos. Claudia compartía la misma opinión. Había permanecido oculta durante el espectáculo matinal, en el que habían ejecutado a los criminales condenados, sembrando el terreno de cuerpos ensangrentados y vísceras tras el ataque de feroces tigres y panteras. La arena del ruedo se había abierto como una horripilante flor, crepitando y escupiendo sangre; el aire transportaba los rugidos de las bestias y los gritos y alaridos de sus víctimas. A Claudia se le hacía difícil decidir qué era más aterrador, las macabras escenas sobre la arena o la auténtica falta de interés mostrada por los ocupantes del palco imperial. Constantino charlaba con sus amigos; Elena dictaba a sus escribas y amanuenses, o demandaba a gritos que le llevaran un pergamino.

Claudia se sentía como una lunática en una casa de necios. La sangre fluía a borbotones, los criminales eran masacrados, devorados o quemados, pero a nadie le importaba; sin embargo, ¿era ella diferente? Los problemas que la atenazaban eran como los hombres y mujeres que morían en la arena, algo que había que aceptar. Llegó a la conclusión de que el corazón humano podía admitir una cierta cuota de

miedo, y sentir una cantidad relativa de compasión, antes de centrarse en sus propios problemas. En esos instantes, solo una cosa le preocupaba: ¿sobreviviría Murano o no? Lo que sucediese en las próximas horas decidiría su vida y, quizá, la cambiaría para siempre. El pasado y el presente convergían como unas cortinas que se cerraban alrededor de una cama. ¿Quién era ella ahora mismo? Había dejado de ser la agente de Elena, su espía, la sobrina de Polibio, la amiga de esta u otra persona. Su mente estaba tomada por las imágenes de Félix, Murano y Meleager. Quería justicia por un asesinato y una violación, quería purgar tales pensamientos, quería librarse de sus fantasmas. Solo entonces conseguiría ser libre. Se sentía como si estuviera representando un papel en una de sus obras. La gente hablaba y se movía a su alrededor, pero no eran ya parte de ella.

Claudia hizo un esfuerzo por serenarse. Los trompetistas comenzaban a moverse, Constantino había alzado la mano. Narciso se deslizó hacia el interior del palco, sacudiendo la cabeza con gesto triste.

—¿Estás bien? —Gayo Tulio estaba en pie frente a ella, con una mirada de preocupación en el rostro—. ¿Estás bien, Claudia? Estás pálida. ¿Quieres una fruta, o un poco de vino?

No esperó la respuesta; se desplazó hasta una mesa que había en un lateral, llenó una copa, volvió junto a ella y se la puso entre las manos.

—¡No pienses —susurró—, límitate a observar! El destino decidirá.

Sus palabras se ahogaron entre un clamor de trompetas. Claudia escuchó un horrible crujido, tomó un sorbo de vino, se puso en pie, de puntillas, y miró hacia la arena. Unos operarios empujaban hasta el centro la *cochlea*, una enorme puerta de vaivén montada sobre una plataforma móvil. Al menos, la habían lavado después de la última masacre. Dejó la copa sobre el suelo. Querían ofrecer a Murano una oportunidad; aquellos que luchaban contra animales salvajes podían utilizar la puerta giratoria para distraer a su oponente, tomar un respiro y descansar unos instantes.

Finalmente, la *cochlea* ocupó su lugar. De nuevo, bramaron las trompetas y la multitud se puso en pie, saludando con un impresionante rugido a Murano, que salía por la Puerta de la Vida. Claudia se sintió desfallecer mientras escuchaba los gritos y jadeos a su alrededor. El gladiador no llevaba sandalias, ni armadura, ni casco, ni protección para el pecho, ni grebas; nada excepto un taparrabos blanco, fuertemente ajustado. En una mano llevaba una espada corta y, en la otra, un largo escudo oblongo de legionario.

—¿Qué está haciendo? —susurró Gayo Tulio.

Murano, moviéndose lentamente, caminó hasta situarse frente al palco imperial, y levantó escudo y espada en señal de saludo. Constantino alzó la mano como réplica. Claudia comenzó a llorar, su cuerpo se estremecía entre sollozos. Murano, con la cabeza afeitada y el rostro aceitado, le dedicaba una tierna sonrisa, como si fuera a llevarla a nadar, o a un paseo por el jardín de Polibio, a sentarse a la sombra de algún árbol. Le habría llamado a gritos, pero las trompetas comenzaron a rugir de nuevo; la

gran trampilla de hierro que había en el lado opuesto se estaba abriendo y emergió de ella el toro. Era un animal magnífico, negro como la noche, esbelto y musculoso, de largas patas y poderosos cuartos traseros y delanteros. Su lustroso pelaje brillaba al sol. Echó la cabeza bruscamente hacia atrás, resoplando y mugiendo, agitando al viento unas impresionantes astas afiladas como cuchillas. Durante unos instantes, el toro permaneció desconcertado, escarbando en la tierra, agitando la cabeza ante la brillante luz del día. El toro golpeó el suelo con la pezuña, bajó la cabeza y comenzó a mirar a ambos lados, como buscando a su presa.

Murano comenzó a andar despacio hasta situarse frente a la *cochlea*, agitando su escudo rojo para atraer la atención del toro. El animal, sin embargo, comenzó a retroceder muy despacio, mugiendo y agitando la cabeza, como si planeara sus movimientos. Claudia observó la gracilidad con que se movía, como un corcel de batalla, tocando apenas el suelo con sus puntiagudas pezuñas. Claudia chasqueó la lengua con gesto airado. No sabía nada de animales, pero alguien había elegido muy bien, seguramente Dacius. El toro era un espécimen soberbio, probablemente victorioso en muchos combates.

Murano se movió hacia delante, tratando de citar al animal. El toro comenzó a avanzar. La multitud jadeó como una sola voz cuando se lanzó, en poderosa y veloz carga, directamente hacia Murano. La muchedumbre rugió cuando el gladiador lanzó al suelo su escudo y se retiró apresuradamente tras la *cochlea*. El toro se giró ligeramente y lanzó los cuernos hacia el escudo, golpeándolo con la cabeza y pisándolo con sus fuertes pezuñas. Seguidamente, retrocedió, escarbando y mugiendo, como si estudiara la *cochlea* y se preguntase qué era semejante objeto.

Los ánimos cambiaron en el anfiteatro. Claudia sintió cómo se le tensaban los músculos de las piernas y muslos. Una parte del público comenzó a abuchear, burlándose de los esfuerzos de Murano. El toro le había visto y comenzó a rodear la *cochlea*, buscando el enfrentamiento. El juego continuó de igual forma: el toro embestía y Murano retrocedía, usando el escudo que había recogido del suelo y buscando la protección de la *cochlea*. Los huéspedes del palco imperial discutían tácticas acaloradamente. Algunos susurraban «cobardía», otros opinaban que Murano podría estar tratando de fatigar al animal.

Claudia no entendía lo que sucedía. Parecía que Murano acusaba el esfuerzo: su cuerpo estaba empapado de sudor, mientras que el toro se mantenía igual de agresivo e impetuoso. Lo que sí advirtió fue que el toro había dejado de retroceder y se dedicaba a girar alrededor de la *cochlea*, para lanzar poderosas embestidas contra la plataforma o emprenderla a golpes con el escudo que, de vez en cuando, Murano arrojaba al suelo. En algunas ocasiones, Murano no se movía lo suficientemente rápido; una vez tropezó, teniendo que rodar rápidamente por la arena para eludir las pezuñas y afilados cuernos del animal.

La lucha comenzó a bajar de intensidad. La gente abucheaba, aunque estaba completamente absorta. El toro comenzó a mostrar signos de cansancio y resoplaba

con furia. Las embestidas se hicieron más cortas, pero mantenían su vigorosidad. Entonces ocurrió. Murano, de nuevo armado con su espada y su escudo, se situó frente a la *cochlea*, provocando al animal para que volviera a embestir. El toro escarbó nuevamente en la arena con las pezuñas y lanzó una carga veloz como una flecha. Esta vez, Murano no se retiró. En cambio, tiró el escudo y corrió hacia el animal. La multitud jadeó y gritó atronadoramente. El toro trató de frenar su ímpetu. Murano, moviéndose como un bailarín, como un atleta, dio un espectacular y grácil salto, que le situó tras la grupa del animal. El toro, desconcertado, no consiguió detenerse a tiempo y se estrelló contra la plataforma de madera que sostenía la *cochlea*. El golpe pareció dejarle aturdido; se tambaleó y trató de girarse. Murano se movió con rapidez, medio agachado. Recogió su espada y le infligió un profundo corte en la pata izquierda, desgarrándole músculos y tendones. Se retiró con rapidez y le produjo un segundo corte en la otra pata, aunque no tan profundo ni peligroso. El toro se giró, rugiendo de dolor, pero había quedado seriamente mermado y sus movimientos eran mucho más lentos ahora. Parecía que no acusaba el tremendo daño causado hasta que trató de lanzar una nueva embestida. Sus cuartos traseros cedieron ante el dolor. De nuevo Murano entró en acción, clavando la espada y causando tremendos cortes, como el que le hizo en la pata delantera, que terminó por seccionarla justo por encima de la pezuña. El toro, herido de gravedad, se tambaleó y cayó al suelo. La multitud rugió con fuerza, elogiando la destreza y la bravura de Murano. El gladiador alzó la espada, presionando la hoja contra la cara, como si saludara a su oponente. El toro se tambaleó hacia delante, pero sus patas delanteras cedieron. Murano se deslizó ágilmente a un lado y hundió la espada en la parte posterior del cuello del toro. La sangre fluyó a borbotones de la herida. El toro salivó, bramó y se desplomó, mientras las masas se ponían en pie y daban rienda suelta a su aprobación.

Capítulo 13

«*Quod demonstrandum*».

(«Lo que quería demostrar»).

Euclides, *Los Elementos*

— ¡ **N**o sabía que fueras citador de toros! —Claudia confiaba en poder disfrazar sus temblores mientras permanecía sentada en un banco de la pequeña y cavernosa taberna situada junto al túnel principal del anfiteatro.

—Ni yo tampoco —respondió Murano con una sonrisa y, obedeciendo las palabras de Polibio, extendió los brazos para que el tabernero y Océano pudieran secarle el sudor y untarle aceite en el cuerpo. Le quitaron el taparrabos. Claudia, avergonzada, se giró hacia la entrada, donde dos fornidos mercenarios mantenían a raya a seguidores y curiosos.

El túnel tenía una luz muy pobre; era un lugar de sombras, que bailaban sobre las paredes, y de llamas oscilantes, en el que resonaban los ecos de distantes voces, los rugidos de las bestias enjauladas y los gritos de la multitud, que ahora aguardaba el momento estelar del día. El clamor que procedía del túnel crecía en intensidad. Claudia se acercó a la puerta. Estaban limpiando la arena del rastro de sangre que había dejado el cuerpo del toro mientras lo arrastraban hacia el matadero.

Claudia volvió a su asiento. Se sentía ligeramente aliviada, aunque temerosa ante el inminente duelo con Meleager, que se armaba en una habitación contigua, en el túnel. La multitud se había quedado extasiada tras la actuación de Murano, verdaderamente estupefacta ante sus astutas tácticas y la destreza de ese magnífico salto. Desde luego, muchos habían visto actuar a los citadores de toros de Creta, pero muy raramente se había representado semejante habilidad en los anfiteatros de Roma. Hasta el mismo emperador se había puesto en pie para aclamarle. Claudia se puso a dar saltos como loca, y su tío Polibio tardó varios minutos en calmarla antes de susurrarle el mensaje de que Murano quería verla.

—Ya está —Claudia se giró. Murano se dio unas palmadas en el nuevo taparrabos—. Limpio y lustroso —dijo, guiñando un ojo a Claudia— como un novio en el día de su boda.

Polibio y Océano comenzaron a preparar la armadura, apilada en el suelo: la protección plateada de filigrana para el pecho, la falda de cuero, el escudo oblongo, el bordado cinto para la espada, las grebas y una resplandeciente armadura para el brazo.

—¿No era esa de Espicerio? —preguntó Claudia.

—Así es —murmuró Murano—. Hoy la llevaré en su honor.

Se puso la protección en el pecho y Océano se apresuró a ajustar los correaes.

—Pareces poco interesado por las habladurías —Polibio alzó el elaborado casco tracio de ala ancha y una robusta coraza para el rostro. Atusó el penacho escarlata de crin de caballo con sus dedos—. ¿Seguro que no te interesa saber —Polibio lanzó el casco a las manos de Océano— lo que dicen de Meleager?

—No me interesa —Murano no dejaba de mirar a Claudia—. Me importan muy poco las habladurías. ¿Qué pueden importar, si podría estar muerto dentro de una hora?

—No digas eso —exigió Polibio.

—He dicho que podría ser —Murano le dio unas palmadas en la espalda—. He sacrificado al toro. Voy a derrotar a Meleager, pero ahora, caballeros, os agradezco vuestra atención y vuestros cuidados —hizo un gesto hacia la entrada—. En la Grecia antigua, los héroes de Homero siempre se armaban para la batalla con la ayuda de una preciosa dama.

Polibio y Océano comprendieron la indirecta, le dieron la mano, le abrazaron, le desearon buena suerte y se retiraron. En el exterior, unas voces retumbaron contra las paredes del túnel. El heraldo anunciaba que Meleager estaba dispuesto. Murano se acercó a Claudia, la abrazó dulcemente y la besó en la frente.

—Citador de toros —susurró, mientras se inclinaba sobre él.

—No quería decírtelo —Murano la besó de nuevo—. He estado practicando. No estaba seguro de que ese truco fuera a funcionar. No pude verte antes, y no quería alarmarte.

—No debes morir —susurró.

—Reza al Dios que deseas, Claudia. Yo invocaré al fantasma de Espicerio y a todos los muertos para que estén conmigo. En un momento como este sientes que tus difuntos queridos están contigo.

—Hay otros fantasmas —Claudia había tomado una decisión. Se separó de él y caminó hacia el banco, tomó asiento y le hizo un gesto para que se sentara junto a ella.

—¿A qué te refieres, Claudia?

—Hay otros fantasmas aquí —declaró Claudia—. Mi padre y mi madre y, sobre todo, el pequeño Félix. Murano, voy a contarte algo que estoy completamente convencida que debes saber.

Tomó su callosa mano entre las suyas. Al principio, comenzó midiendo las palabras pero, poco después, estas comenzaron a salir de forma acalorada y acelerada. Le describió su encuentro con Meleager, su amistad con Dacius y su certeza de que era el hombre que la había violado y que había matado a su hermano.

Murano escuchó atentamente. Tan solo el movimiento de un músculo de su mejilla y la fría y mortal mirada de sus ojos indicaban la enorme ira que se apoderaba

de él. Cuando Claudia terminó su relato la tomó en sus brazos, presionándole la cabeza contra su pecho mientras le acariciaba los cabellos. Claudia deseó que ese momento no pasara jamás, pero ya había hablado demasiado.

—Murano, ¿estás listo?

El heraldo, vestido como el dios Mercurio, aguardaba en la entrada, agitando su bastón blanco.

—Murano —la voz del mensajero resonaba hueca tras la grotesca máscara—, el emperador aguarda, las gentes de Roma aguardan.

Murano echó a Claudia a un lado con suavidad y se puso en pie. Ella le ayudó a tensar las correas. Cuando acabó, el gladiador estiró y flexionó los músculos, la besó una vez más, se puso el casco, cogió la espada y el escudo y salió hacia el pasillo. Meleager, con una armadura similar y el casco bajo el brazo, también aguardaba. Mientras Murano se acercaba se puso el casco. Claudia observó que el gran penacho de crin de caballo parecía un reguero de sangre sobre su cabeza. Meleager se dispuso a darle la mano, pero el otro gladiador pasó junto a él, empujando a un lado a los oficiales y sirvientes que se interponían en su camino hacia la brillante arena. Meleager no tuvo otra opción que seguirle. Los trompetistas, sorprendidos por la repentina aparición de los luchadores, hicieron sonar sus instrumentos. El público se puso en pie y lanzó una ovación como reconocimiento de que lo mejor de los juegos estaba a punto de comenzar.

Claudia no regresó al palco imperial. Permaneció en la Puerta de la Vida. Murano y Meleager cruzaban ahora el terreno en dirección al palco. Se quitaron los cascos y alzaron la espada y el escudo en señal de saludo, emitiendo el grito habitual: «Los que van a morir te saludan».

Constantino alzó la mano en respuesta. Los gladiadores se separaron. Murano depositó su escudo y su espada sobre la arena, haciendo la señal acordada de que deseaba hablar. No se percató de lo silencioso que se quedó el anfiteatro; solo quería ver el rostro de Meleager, decirle directamente que iba a morir.

—¿Qué es esto? —Meleager se quitó el casco y se limpió las gotas de sudor del rostro—. ¿Quieres darte por vencido? La multitud lo entenderá, especialmente después de tu suerte con el toro.

Murano le sonrió burlescamente. Quería estudiar su rostro, recordar el aspecto de Meleager. La multitud comenzó a gritar, pero a Murano no le importaba. Levantó su casco y sacudió la arena del penacho.

—Tu amigo Dacius —observó en la expresión de Meleager que su oponente sabía perfectamente lo que había sucedido— ha huido de Roma —Murano le guiñó un ojo—. No estará presente para verte morir.

La rígida sonrisa se borró del rostro de Meleager.

—Porque vas a morir —continuó Murano—. En un túnel que tienes a tu espalda aguarda una joven, Claudia, el amor de mi vida. Hace dieciocho meses, ella y su hermano caminaban por un lugar solitario, junto a las orillas del Tíber. Un extraño les

atacó. Mató al niño y violó a la joven. Su asaltante era fornido y musculoso, y llevaba en su muñeca el tatuaje de un cáliz púrpura, la misma insignia que lleva Dacius. Tú has hecho que te borren la tuya —Murano comprobó que su oponente respiraba entrecortadamente, pestañeando constantemente con gesto de incredulidad—. Has hecho que te la borren —repitió Murano—, pero no podrás borrar el crimen, y vas a pagar por él ahora.

Murano se puso el casco y ajustó la correa mientras escuchaba los gritos, silbidos y algunos abucheos de la cada vez más impaciente multitud. Había elegido bien su momento. Meleager estaba desconcertado. Murano fue el primero en rearmarse y se retiró, dando la espalda al podio imperial. La curiosidad del público se había avivado. Se preguntaron qué podía haber ocurrido, y se quedaron sorprendidos ante la furia del ataque de Murano. Normalmente, los gladiadores profesionales solían danzar y amagar, tratando de medir la agilidad y las fuerzas de su oponente. Murano no estaba haciendo nada de eso. Con el escudo en alto se lanzó contra Meleager, agitando la espada como la lengua de una serpiente, buscando la nuca. Meleager, tomado por sorpresa, se retiró con rapidez, girándose ligeramente para que la mortal hoja de la espada tan solo rebanara una porción de su armadura del hombro. Murano lanzó un nuevo ataque, utilizando a la vez su escudo y su espada, como un ariete de guerra, pateando la arena, obligando a su oponente a retroceder. Meleager cayó al suelo, rodando por la arena y perdiendo su espada. Murano se acercó y lanzó el arma hacia su oponente de una patada, un gesto lleno de desprecio con el que parecía querer indicar que ya había decidido que era el vencedor, y que era solo cuestión de tiempo. Las masas mostraban a gritos su aprobación.

Murano se giró, buscando con la mirada a esa pequeña figura que le aguardaba en la Puerta de la Vida. Levantó el arma en señal de saludo y continuó con su acoso, luchando como un poseso. Había dejado ya de pensar en tácticas. Tan solo observaba a su oponente: sus gruñidos, su olor, el rostro tras el visor, el cuerpo protegido por la armadura, la espada y el escudo. No sentía dolor ni miedo; estaba decidido a destrozarse a su oponente; a despojarle a la vez de la vida y del honor.

El fin llegó rápido. Meleager, completamente sorprendido por la velocidad y la furia del ataque de Murano, trató de frenar la arremetida de su contrincante haciéndole un corte en la pierna. Durante unos segundos, dejó expuesto el hombro, y Murano bajó su espada con fuerza. Meleager se movió, evitando la fuerza letal del golpe, aunque la afilada hoja de la espada de Murano se hundió profundamente en su carne. Meleager soltó su arma y retrocedió, seguido de cerca por Murano, que utilizó el filo de su escudo para golpear a su adversario. Meleager trató de librarse de la embestida rodando por la arena, pero Murano le siguió, plantando finalmente el pie sobre el pecho de su oponente. Se inclinó sobre él, le arrebató el casco y lo lanzó a unos metros. Todo el anfiteatro se puso en pie, agitando telas y trapos. Se escuchaban gritos de «¡Mátalo!» y «¡Acaba con él!».

Meleager se quedó inmóvil, mirando a Murano con ojos entrecerrados. No pidió

clemencia, aunque Murano ni siquiera le miró a la cara; se giró hacia el palco imperial, espada en alto, esperando la decisión del emperador. Constantino se inclinó sobre la balaustrada púrpura, con la mano derecha y el pulgar extendidos. Si inclinaba hacia arriba el pulgar, Meleager moriría; si lo mostraba hacia abajo, Murano debería mostrar clemencia. El gladiador aguardaba. Alguien cruzó unas palabras con Constantino, la mano cayó y volvió enseguida a elevarse, mostrando el pulgar hacia abajo. Meleager salvaría la vida. Murano se apartó a un lado, presionando la punta de la espada contra la garganta de su oponente.

—Luchas como un mono —siseó—, y morirás como un perro viejo.

Al comenzar a retirarse de Meleager, le acercó la espada de un puntapié.

—Utilízala —le dijo burlonamente— para levantarte y volver con tus amigos degenerados.

Murano comenzó a retirarse. Claudia, que aún permanecía en la entrada de la Puerta de la Vida, observó la escena como si fuera parte de una obra de teatro. Murano había tirado al suelo su escudo, pero seguía sosteniendo la espada mientras se dirigía hacia ella, removiendo la arena con su paso firme. Los ocupantes del palco imperial permanecían en pie; la multitud seguía mostrando a gritos su aprobación, aclamando al héroe de los juegos. Claudia observó que Meleager comenzaba a moverse. Recogió su espada del suelo y se puso en pie, dirigiéndose con el cuerpo encorvado hacia Murano, apuntándole con su arma. La joven abrió la boca para gritar, pero no consiguió emitir sonido alguno. Murano se giró repentinamente y alzó su espada. Apartó el brazo de su oponente de un golpe antes de clavar profundamente su espada en el estómago de Meleager y moverla de izquierda a derecha, acercando el rostro para observar cómo la vida se escapaba de sus ojos. Solo entonces, usó el pie para sacar la espada y dejó que el cuerpo se desmoronase en la arena sobre un charco de sangre, que manaba de la profunda herida que le había abierto en el estómago.

El gentío pataleaba y chillaba, multitud de monedas y flores caían desde las gradas, las trompetas sonaban atronadoramente. Murano se quitó el casco, lo tiró a la arena y se giró, alzando la espada ensangrentada para recibir el aplauso del emperador y de las gentes de Roma.

Claudia permanecía inmóvil, con los músculos tensos, estremecida por la excitación, observando a este hombre que giraba una y otra vez, gritando al público su propia canción de victoria. El emperador había concedido que Meleager conservara la vida y el gladiador derrotado había contravenido tanto la voluntad imperial como la única regla que existía sobre la arena: un hombre se ganaba la vida por su coraje, pero la cobardía le llevaba irremediabilmente a la muerte. El ataque de Meleager había sido traicionero. Si Murano no le hubiese matado, Constantino habría enviado a sus soldados para acabar la tarea. Muy pocos espectadores se habían percatado de cómo había provocado Murano a su oponente antes de retirarse lentamente. Claudia le había visto torcer el brazo izquierdo, usando la brillante protección de Espicerio para ver reflejada en él la imagen de lo que ocurría a su

espalda. Meleager era hombre muerto desde el momento en que cogió la espada y decidió lanzar su cobarde ataque.

Cualquier esperanza que pudiera albergar Claudia de que la dejaran estar a solas con Murano se esfumó enseguida. Tan pronto como el gladiador entró en la Puerta de la Vida, los oficiales imperiales se acercaron apresuradamente, con la demanda del emperador de que apareciese en el palco imperial para recibir la condecoración de la victoria. Constantino parecía estar encantado, satisfecho de que su imagen se asociara a la de este nuevo campeón de Roma, aunque la memoria de las masas era voluble y las hazañas de Murano pronto pasarían a un segundo plano tras lo que ocurriría en los juegos durante los días venideros. Murano abrazó y besó a Claudia. Los oficiales le despojaron de sus armas y le escoltaron a través de túneles y pasadizos, conduciéndole en presencia de Constantino. Claudia le observó mientras se marchaba. No podía dejar de temblar, y sintió que los pocos alimentos que había tomado se cortaban en su estómago. Suspiró aliviada cuando volvió a los túneles y vio a Narciso salir de entre las sombras.

—¡Justo la persona que quería ver! ¿Tienes mi bastón y mi capa?

Narciso señaló hacia una repisa que había a su espalda.

—Bien —suspiró Claudia—. Me retiro a casa, Narciso, y tú vienes conmigo. Voy a olvidarme de Meleager y a dormir bajo los árboles de la huerta mientras tú montas guardia.

El sol comenzó a ocultarse, y la brisa se había cargado de frescor cuando Claudia se despertó por los sonidos de los preparativos de Polibio y Popea, que preparaban el jardín de la taberna para lo que su tío denominaba orgullosamente una «fiesta de medianoche». La joven se frotó la cara, luchando por despertarse.

—Estoy demasiado ocupado para hablar contigo —dijo Polibio, agitando un dedo—. He colocado a Océano y a algunos muchachos en la puerta; si no lo hiciera, tendríamos aquí a media Roma. Lo que vamos a hacer es organizar una fiesta en honor a Murano, para brindar por su victoria y emborracharnos como cubas.

—¿Ha venido algún visitante a verme? —preguntó Claudia.

—¿Algún visitante? —Popea se acercó corriendo desde el lado opuesto del jardín, con los brazos cargados de platos—. ¿Dónde está esa maldita mesa? —gritó.

—¿Algún visitante? —repitió Claudia.

—No lo creo —suspiró Popea—. ¿Tenemos a media Roma aquí y tú preguntas por visitantes?

Claudia comprendió enseguida lo que pasaba. Popea y Polibio no solo estaban de celebración, también trataban de liberar la tensión. Polibio adoraba a Murano, le veía como el hijo que siempre había querido, y durante los preparativos no dejó de hacer comentarios acerca de lo que había visto en el anfiteatro ese día. Claudia decidió echar una mano a su tío, llevando cojines y taburetes, lámparas de aceite y candiles; seguidamente, se metió en la cocina para ayudar a organizar lo que Polibio denominaba «un festín digno de un emperador». Océano montaba guardia en la

puerta, dejando pasar únicamente a un pequeño grupo de clientes elegidos. Una vez que estuvieron todos dentro, incluyendo a Simón el Estoico y Petronio el Proxeneta, Popea les adjudicó inmediatamente una tarea.

La puesta de sol apuntaba a su fin cuando unos gritos del exterior anunciaron que Murano había vuelto. Se abrió paso hasta el comedor, llevando una argéntea copa de vino en una mano y una jarra con incrustaciones de oro en la otra.

—El mismísimo emperador me las ha entregado —dijo, con voz emborronada—. ¡Me voy a casar con su madre!

Entonces, miró hacia el techo, perdió el equilibrio y se cayó de espaldas al suelo, lanzando la copa y la jarra a algunos metros de distancia. Claudia le ayudó a salir al jardín, donde le acomodó sobre un improvisado colchón de cojines, y pidió a Disculpa que se arrodillara junto a él, para que mantuviese alejadas a las moscas.

—Estará bien —gritó Polibio—. Un par de horas de sueño y se encontrará en plena forma.

Claudia se quedó susurrando unas palabras a Disculpa hasta que Popea hizo entrar a Salustio el Husmeador en el jardín.

—Tengo noticias para ti —dijo, mientras observaba al desvanecido Murano—. Me habría gustado verte mucho antes, pero tu hombre tiene la culpa, el incontestable héroe del día.

Claudia se llevó a Salustio a la bodega y escuchó atentamente las noticias que traía de la ciudad de Capua. Cuando concluyó su relato, Claudia se ofreció para pagarle, pero el buscador sacudió la cabeza, haciendo un gesto hacia los preparativos.

—Si Polibio me invita a participar en esto, lo consideraré una buena paga por mi trabajo.

Claudia lo organizó con su tío, y mientras Popea se llevaba a Salustio a las cocinas para cortar unos trozos de carne, se retiró a sus aposentos, sacó su bandeja de escritura y apoyó la espalda contra la puerta mientras anotaba en una lista todo lo que había descubierto. Estaba convencida de sus conclusiones, pero se preguntaba cuál debía ser el próximo paso. Bajo su habitación, en el jardín, alguien comenzó a cantar una triste y dulce canción sobre un amor no correspondido.

—Esa es la causa de todo —murmuró Claudia—. El amor distorsionado se convierte en odio.

Tomó una decisión y llamó a su habitación a Disculpa. Le puso en la mano un pequeño trozo de pergamino y una moneda.

—Has de ir al palacio del Palatino —insistió—. Debes buscar al capitán de la guardia; su nombre es Gayo Tulio —Claudia golpeó suavemente el trozo de pergamino.

—¿Disculpa? —dijo el muchacho.

—Gayo Tulio. Dile que debe buscar la ayuda de... olvídale —dijo—, puedes quedarte con la moneda.

—Disculpa —gimoteó el muchacho.

—No, no —replicó Claudia—. Es un mensaje complicado. Se lo encomendaré a Salustio. Vamos, Disculpa, ¿quién cuida de Murano? Debemos procurar que esté listo para la fiesta.

Murano se despertó una hora más tarde y se encontró el banquete dispuesto para él como invitado de honor. Se puso en pie con esfuerzo, estirándose y bostezando; demandó una jarra de agua clara, y pidió por favor que los músicos dejaran de tocar tan alto. Al final, el banquete fue un completo éxito. De vez en cuando hacían preguntas a Murano, sobre todo acerca de su ágil salto, y solo Océano pudo refrenarle cuando se ofreció para repetirlo. Salustio el Husmeador volvió del Palatino musitando a Claudia que, a la mañana siguiente, Gayo Tulio visitaría la taberna Las Burras en compañía de Burrus y Timoteo.

—Le dije que era muy importante. ¡Un asunto urgente!

—Sí, sí, y así es —replicó Claudia—. Toma, Salustio —le puso una copa en las manos—, este es un momento de celebración.

La fiesta se alargó hasta altas horas de la noche. Muchos invitados se quedaron dormidos sobre sus cojines. Claudia tuvo mucho cuidado con lo que comía y bebía. Se limitó a quedarse sentada, observando a Murano mientras le aclamaban como a un campeón. Una cuestión que la tenía muy intrigada era por qué había mostrado misericordia el emperador hacia Meleager. Había estado reflexionando acerca de esto desde que abandonó el anfiteatro; aunque, desde luego, no había nadie cercano a la familia imperial que pudiera decírselo, al menos, hasta la mañana siguiente. Pasadas unas horas, le dio un beso de buenas noches a Murano y se retiró a sus aposentos, donde permaneció sobre la cama escuchando los ecos de la fiesta del jardín, rumiando todo lo que había descubierto acerca de los asesinatos de la Villa Pulcra. Había atrapado a Agripina y, ahora, se preguntaba si podría hacer lo mismo con el asesino. Una y otra vez, repasó la secuencia de los hechos.

—Primero, Sisia; segundo, el fuego en el cielo; tercero, las cuerdas; cuarto, Capua; quinto, el caminante silencioso; sexto, silencio y sigilo —continuó murmurando estas palabras hasta que se quedó dormida.

Se despertó justo antes de despuntar el alba. Miró a través de la ventana y supo que iba a ser un día precioso. Se desnudó, se bañó, se vistió y se dirigió rauda escaleras abajo, hacia la cocina, donde desayunó con un mendrugo de pan y aceitunas y una jarra de cerveza algo floja. Océano estaba ya despierto y había empezado a limpiar la basura del jardín y a llamar a los clientes que se habían quedado dormidos en los lugares más sorprendentes. Encontró a Simón el Estoico en el pequeño viñedo, descansando sobre el camino de guijarros, con el mismo gesto de satisfacción que si yaciese sobre un colchón de plumas. Petronio el Proxeneta y dos de sus chicas dormían profundamente en el interior de la huerta, apoyados contra el tronco de un árbol. Océano los despertó echándoles agua en el rostro y sacudiéndolos vigorosamente.

—¿Dónde está Murano? —preguntó Claudia.

Océano hizo un gesto con el pulgar.

—Profundamente dormido, en la cámara de Venus. ¿Por qué?

—Espero visitas —confesó.

—¡Vaya! —gruñó el exgladiador—. Polibio ya se ha quejado de que uses su jardín como tu sala de reuniones.

—Esta va a ser la última vez. Cuando lleguen mis visitantes quiero que traigas jarras de vino, agua, un poco de pan fresco y fruta cortada. Lo encontrarás todo en la cocina. Después, ve a despertar al tío y a Murano; deben venir armados.

Océano la cogió por los hombros.

—No, Océano, escucha. Quiero que mis huéspedes entren aquí confiados. Sin embargo, una vez que sirvas la comida, necesito que vayas a buscar a Polibio y a Murano. Polibio tiene un arco y una aljaba repleta de flechas. Dile que la busque y que se prepare para usarlos. Finalmente, nadie, y quiero decir nadie, debe salir a este jardín sin mi permiso.

Sorprendido, Océano prometió que haría todo lo que le había pedido Claudia. Volvió al jardín, para asegurarse de que no quedaran clientes durmiendo la borrachera de la noche anterior, y sacó algunos cojines para que sus huéspedes pudieran sentarse a la sombra de los árboles. El sol estaba alto, y ya se escuchaban claramente los ruidos que provenían de las calles. Popea se acercó corriendo nerviosamente, y preguntó a Claudia qué estaba ocurriendo. Su sobrina le dio un beso en la mejilla y le pidió educadamente que se dedicara a sus propios asuntos, repitiéndole las indicaciones que ya había dado a Océano. Seguidamente, volvió a su dormitorio y cogió una daga y un bastón, que se llevó al jardín y escondió bajo una pila de cojines. Se quedó allí sentada, con las piernas cruzadas y un paño de tela sobre las rodillas, mientras recogía margaritas y tejía con ellas una guirnalda.

Había realizado la mitad de la tarea cuando llegaron sus huéspedes. Burrus cruzó el jardín, con su capa y su piel de oso sobre los hombros y su armadura completa, como si estuviese marchando a través de los nevados bosques de Germania. Rugió un saludo para todos, y se disponía a levantar a Claudia para abrazarla cuando vio la guirnalda de margaritas, así que se contentó con darle un rápido beso en la frente. Quería hablar sobre la pelea de Murano, pero Claudia le ordenó que se sentara junto a ella. Timoteo tenía un aspecto bastante somnoliento, se mordía el labio y se rascaba el rostro sin afeitarse. Sin embargo, Gayo Tulio parecía sereno y compuesto. Vestía una túnica blanca nívea con bordes rojos y llevaba la espada colgada de un hombro. Saludó a Claudia con un amistoso apretón de manos y observó el jardín, lanzando algunos cumplidos antes de tomar asiento frente a ella.

Océano se acercó con una jarra y una bandeja con copas. Miró con gesto inquisitivo a Claudia, que le dio las gracias y le pidió que Narciso se uniera a ellos, sacándole a rastras de la cama si era preciso. Sirvió el vino. Narciso apareció algunos minutos después, bostezando y rascándose, eructando suavemente y disculpándose en alto, aduciendo que había comido y bebido demasiado la noche anterior. Se puso lo

más cómodo que su estado físico le permitió. Claudia interceptó la mirada de advertencia que le lanzaba Timoteo.

—¿Por qué estamos aquí? —Burrus se dio una palmada en el muslo—. Es agradable volver a verte, Claudia, pero ¿por qué estamos aquí? ¿Dónde está Murano? Todos hablan de su gesta heroica. Lo que hizo sería difícil incluso para un germano, para un jefe como yo.

Claudia tiró a un lado su guirnalda de margaritas.

—Gayo —dijo, inclinándose—, necesito tu cinturón y tu espada.

Hizo un gesto extraño, pero se los entregó. Claudia se los pasó inmediatamente a Burrus; Gayo se disponía a protestar, pero Claudia extendió la mano.

—Gayo, quiero que escuches lo que tengo que decir, porque te he sacado de la corte, ya sea del Palatino o de la Villa Pulcra, para acusarte de asesinato. Eres responsable de las muertes de Dionisio, Justino y Séptimo.

—Eso es una estupidez —respondió mirando hacia Burrus, que sujetaba ahora el cinturón.

Narciso y Burrus jadearon sorprendidos; Burrus parecía perplejo, aunque el astuto alemán conocía bastante bien a Claudia para saber que no haría acusaciones sin estar completamente convencida. Claudia señaló hacia la taberna.

—Mi tío y otros aguardan en el interior, armados. Polibio —dijo, mintiendo— es un hábil arquero y, desde luego, Burrus hará todo lo necesario para evitar que escapes de este jardín. Eres un asesino, Gayo, un pagano que profesa un intenso odio hacia los cristianos y, especialmente, a la comunidad cristiana de Capua. La primera vez que te vi te transmití los saludos y mejores deseos de parte de Espicerio. Tú y él erais amigos de la infancia; corríais juntos por los campos, cerca de Sisia, una pequeña villa en las afueras de Capua. En aquel momento, cambiaste de tema y no volviste a mencionarlo. Estoy convencida de que dijiste en una ocasión que no conocías nada de Capua, de sus cristianos o de las persecuciones que tuvieron lugar allí. Desde luego, mentías, y puedo probarlo. Mi amigo Salustio el Husmeador ha investigado minuciosamente; no en Capua, sino entre la comunidad de granjeros de los alrededores de la ciudad. Se topó con la pista de Lucio y Octavia Quatis. Eran una pareja sin niños que había adoptado a un chico huérfano, el único hijo de una gente que había trabajado para ellos. Creo que el padre era el capataz de su granja. Los padres murieron a causa de unas fiebres; su hijo, el pequeño Gayo, creció con esta pareja de gran corazón, que le trató como a un hijo. La gente siempre recordaría a Gayo y, desde luego, a Espicerio, jugando a los soldados en los campos y bosques. Aún en su adolescencia, el muchacho se alistó en el ejército, y aquella fue la última vez que la comunidad local le vio. Pensaban que le habían destinado al extranjero. Para cuando había alcanzado su mayor rango, Diocleciano decidió lanzar su feroz persecución contra los cristianos, y Capua se sometió al escrutinio de los agentes del emperador. Capua era peligrosa porque sus cristianos no solo eran esclavos o sirvientes, sino también hombres importantes que comenzaban a controlar las

escuelas y otras instituciones de la ciudad. Aquella fue una época de terror, ¿no es cierto, Gayo?

Claudia hizo una pausa. Timoteo y Narciso estaban sentados el uno junto al otro, como buscando protección. Burrus había arrojado el cinto de Gayo a cierta distancia, y descansaba una mano sobre la empuñadura de su daga. Gayo había palidecido; solo una gota de sudor que resbalaba por su mejilla revelaba su agitación.

—Yo era huérfano —tartamudeó—, pero jamás estuve en Capua, yo...

—No mientas —replicó Claudia en tono suave—. Puedes haber alterado tu nombre, pero si hay algo que hace bien el ejército es guardar sus propios informes y archivos. En algún sitio, entre esos archivos, hallaré tu auténtico nombre, tu edad y tu procedencia.

Claudia hizo una pausa de nuevo y bebió un sorbo de su vino. Estudió a Gayo de arriba abajo, pero no detectó ninguna arma oculta.

—Una época de terror —repitió—. Acorralaron a los cristianos de Capua y a todos los demás; era el momento perfecto para resolver rencillas y agravios. Dionisio y Séptimo eran eruditos cristianos a los que aterrorizaron para que revelaran otros nombres. Lucio y Octavia no eran cristianos pero, de alguna forma, se vieron envueltos en la persecución. Tan solo eran unos pobres granjeros, sin nadie que les ayudara, mientras que su hijo adoptado debía estar a miles de kilómetros de allí. No sabemos quién les traicionó, o por qué; pudo haber sido Dionisio, o Séptimo. Estoy seguro de que tú mismo has comprobado los informes, aunque hay muchos hombres, como Criso, que están deseando destruir todo lo que tenga que ver con esos días en los que se cazaba a los cristianos como si fueran ratas de cloaca.

Claudia recogió la guirnalda de margaritas, balanceándola en la mano.

—Un anciano y una anciana —continuó—, inocentes de todo crimen, conducidos hasta Roma. Y, desde luego, cuanto más negaban su crimen, peor. Eran gente agradable, ¿no es cierto, Gayo? ¿Habían permitido a los cristianos que mantuvieran reuniones en sus tierras? ¿Habían ofrecido cobijo a algún cristiano? Sea lo que fuere, aquella pobre gente fue asesinada, y el estado confiscó su granja. Tardarías meses en enterarte de la noticia; por entonces, eras un ambicioso oficial del ejército, un miembro de confianza de las fuerzas de Constantino en el este. Diocleciano abdicó y estalló la guerra civil, pero tú no habías olvidado —Claudia rompió la guirnalda de flores—. Volviste a Roma con el ejército vencedor y realizaste una investigación exhaustiva. Eres un buen soldado, sabes cómo planear una emboscada. Decidiste no entrar en Sisia o Capua; en vez de eso, buscaste entre los archivos y escuchaste rumores y habladurías. Tú no eres cristiano, ¿verdad, Gayo?

—Los odio, siempre lo he hecho —respondió con serenidad—. Es una secta de esclavos y anarquistas. Como muchos otros oficiales, creo que Constantino ha tomado el camino equivocado.

—¿Sientes que te ha traicionado? —preguntó Claudia—. ¿Es por eso por lo que también eres el traidor del campamento del emperador? ¿Has vendido ya tu alma,

espada y lealtad a los agentes de Licinio? ¿Estás tan encrespado por la muerte de tus padres adoptivos, tan furioso con la fe católica, que has perdido toda fe en Constantino y su madre?

Gayo la miró con aire solemne.

—Observabas y hervías de indignación —continuó Claudia—. Trataste de descubrir todo lo posible acerca de los horripilantes detalles de la cruel captura y muerte de tus padres adoptivos. Lo que ocurrió en la casa en la que solías jugar cuando niño, en su granja, fue como echar sal en tu herida. La había confiscado el Estado, pero Constantino se la devolvió a la secta cristiana. Insulto tras insulto, herida tras herida. Descubriste que a Lucio y Octavia los habían enterrado en las catacumbas cristianas, incluyendo únicamente sus nombres de pila en la lápida. Las catacumbas están desiertas ahora; no sería difícil para un soldado como tú deslizarse hasta allí, abrir la tumba y llevarse sus restos para darles lo que tú consideras un entierro honorable.

—No sabía nada de esto —dijo Timoteo—. Gayo, siempre me has parecido muy tolerante.

—Desdeñoso es una descripción más acertada —interrumpió Claudia—. Odiabas al emperador y a los hombres como Silvestre; estabas dispuesto a respaldar a Licinio.

—Pero forma parte de su guardia personal —dijo Burrus—. Podía haber matado al emperador cuando quisiera.

—¿Estás seguro? ¿Rodeado del resto de la Guardia? ¿Y si Constantino fuera asesinado pero su familia sobreviviese, sobre todo la augusta? Además, Gayo quería vivir. Quería presenciar el retorno del nuevo emperador pagano, que plantaría cara y alzaría su mano contra la Iglesia católica. Estoy segura de que, si comenzara una nueva persecución, Gayo Tulio demostraría ser el más entusiasta cazador de cristianos —expuso Claudia sin alterarse.

—Continúa —dijo Gayo bruscamente—. Te escucharé, jovencita, y después decidiré.

—No tienes elección —replicó Claudia—. Puede que esto no sea un tribunal judicial, pero ¿imaginas si lo fuese? Después de todo, eres un soldado; te juzgarán frente a un tribunal militar, donde la ley no se observa tan escrupulosamente.

Claudia desvió una mirada furtiva hacia la taberna. Una cortina se entreabrió ligeramente y observó el rostro preocupado de Murano. Se volvió hacia Gayo Tulio, extendiendo las manos.

—Los astrólogos dicen que, a veces, las estrellas y los planetas se mueven hasta formar una conjunción favorable. Esto es lo que sucedió con los sucesos en la Villa Pulcra. Sabías que el emperador se desplazaría hasta allí; no el día exacto, pero podías conjeturar la fecha aproximada de su llegada; después de todo, eres uno de sus oficiales de mayor confianza. Les pasaste esa información a los agentes de Licinio y este preparó la galera de guerra. Todo lo que debía hacer el enemigo era esperar la señal convenida. Tú mismo la darías desde la villa, y los agentes de Licinio,

escondidos en el bosque, la seguirían transmitiendo. Pasaste por alto una cosa: el caminante del bosque, ese anciano inquisitivo que conocía el terreno como la palma de la mano. Debió de suponer que algo iba mal y se acercó a la villa a incordiar a Timoteo. Decidiste que era demasiado peligroso, ¡así que le mataste!

—¡Eso no es cierto! —replicó airado Gayo Tulio.

—Sí lo es —habló de nuevo Timoteo—. El día que encontramos a ese anciano, habías abandonado la villa temprano; dijiste que querías salir a pasear.

—Estabas ocupado conspirando —continuó Claudia, jugueteando con la hierba y mirando de vez en cuando hacia la ventana de la taberna—. No solo planeabas traicionar a tu emperador, también buscabas el mejor momento para llevar a cabo tu venganza. Los cristianos iban a reunirse en la Villa Pulcra, los oradores de Capua; albergabas sospechas de que fuesen renegados, al menos de dos de ellos. Esos oradores eran hombres solitarios, muy dados a reflexionar y rumiar sus ideas; les gustaba estar solos. No te importaba quien muriese, siempre que pudieras vengarte y presentar a estos cristianos ante el emperador como gente tan asesina, pendenciera y vengativa como el resto de sus súbditos.

—Caminas muy sigilosamente —interrumpió Burrus—. Así es como mataste a Dionisio...

Gayo Tulio le desacreditó con un movimiento despectivo de la mano.

—Tú los mataste —acusó Claudia—. Los cogiste desprevenidos y en solitario, como una liebre atrapada en un cepo. A Dionisio le dejaste sin sentido, y después lo despellejaste hasta morir. Después le tocó a Séptimo y, finalmente, a Justino. Debiste de quedar satisfecho al utilizar los cuerpos de Dionisio y del caminante como parte de tu señal luminosa.

—Estaba contigo mientras ardía la casa de duelos.

—Desde luego que sí —sonrió Claudia—, pero también sabías que Narciso estaba profundamente dormido. Es fácil tomar un trozo largo de tela, empaparla de aceite, prenderlo con yesca y lanzarlo al interior, dándote tiempo suficiente para estar junto a un testigo cuando se produzca la conflagración. La casa de duelos estaba descuidada, Narciso había bebido demasiado, no supuso demasiado problema.

—¿Por qué la quemaste? —preguntó Narciso enojado.

—Como ya he dicho, era la señal luminosa —acusó Claudia—. La señal acordada para que se lanzara el asalto sobre la villa. También procuraste ocultar tu obra, por si acaso habías cometido algún error: el modo en el que habías atado esas cuerdas alrededor del cuerpo de Dionisio, quizá; además yo podría examinar el cuerpo de aquel anciano y sospechar que se trataba de una nueva víctima de asesinato. En realidad, no te importaba. Si el ataque hubiese tenido éxito, los hombres de Licinio te habrían llevado con ellos, supuestamente cautivo, aunque pronto habrías cambiado de bando.

Gayo Tulio hizo ademán de levantarse, pero Burrus se llevó rápidamente la mano al cinto y el soldado volvió a sentarse. Su rostro había recuperado algo de color, pero

su mirada penetrante y la forma en que se humedecía los labios hacían patente su agitación.

—Disfrutaste matándolos —continuó Claudia—. Te esforzaste al máximo para confundirme, tratando de convencerme de que el asesino de Justino debía de ser alguien poco diestro en el manejo del arco; de igual modo, trataste de asustarme con la pintura de la pared y, también, bajando hasta la bodega envuelto en una vieja capa y con el rostro cubierto por una máscara. Al advertir que no me dejaba intimidar, lanzaste la lámpara en mi habitación. Tenías paso franco a las dependencias imperiales; no te resultó difícil ocultar la lámpara bajo tu capa y, una vez que el pasillo quedó expedito, abriste la puerta y la lanzaste al interior. El resto de la villa estaba durmiendo; pensaste que yo estaría haciendo lo mismo —Claudia se inclinó y tocó la mano de Narciso— pero, alabados sean los dioses, ¡estaba charlando con mi recién hallado amigo!

—Cuando desapareció la espada sagrada —Timoteo le señaló con el dedo— tú te alegraste de la confusión creada.

—Aquello favoreció su plan —confirmó Claudia—. El emperador se sentía cansado, la augusta estaba preocupada por el inminente debate, los oradores de Capua se peleaban entre ellos, la espada sagrada había desaparecido; tanta confusión provoca el desconcierto de la gente. Cuando descubrí las señales luminosas decidiste acentuar aún más la confusión, haciéndonos creer que habías hallado ese arco y las flechas incendiarias —Claudia se inclinó hacia él—. Las encontraste cerca del muro, ¿no es cierto?

El acusado le devolvió una mirada de desprecio.

—Esperabas que el incendio de la casa de duelos se interpretara como un accidente, o como el resultado de una flecha incendiaria perdida. Sin embargo, durante esa noche —Claudia asintió con la cabeza mirando a Narciso—, nuestro avisado exesclavo permanecía sentado en lo alto de una colina, rumiando acerca de su futuro. No vio ninguna flecha incendiaria. Además, después de que la corte hubiera abandonado la Villa Pulcra, regresé y organicé una batida por el bosque.

—Sí, sí, ya he oído hablar de eso —interrumpió Timoteo.

—Le dije a los sirvientes que lo registrasen todo en busca de cualquier arma —dijo Claudia, esbozando una sonrisa—. Como ya sabes, Gayo, si disparas al cielo una flecha, la llama se apaga pasados unos instantes, pero permanece la parte emplumada del astil. No obstante, nadie encontró nada. La aljaba que supuestamente habías encontrado estaba vacía; habrían hecho falta, al menos, cuatro o cinco flechas para captar la atención de los agentes de Licinio —continuó, apuntándole con un dedo—. Fue ahí cuando empecé a sospechar de ti.

—No tienes ninguna prueba real —replicó Gayo, secándose las manos en la túnica.

—¿Tú crees? —rebatió Claudia—. Todo lo que he dicho sigue una lógica. Podemos revisar los informes militares. Podemos establecer una fuerte relación entre

Capua y tú. Podemos probar que, como oficial que eres, podías moverte libremente por la villa, y así lo hiciste: me llevaste ese pergamino que encontraste en la habitación de Dionisio, un elemento más para intensificar la confusión y avivar la rivalidad entre tus enemigos. Además, para zanjar cualquier duda, podemos mantenerte prisionero aquí mientras registran tu habitación y tus posesiones...

Gayo Tulio cerró los ojos y giró la cabeza, una señal evidente de que reconocía su derrota.

—Encontraremos algo —insistió Claudia— que te relacione con Licinio, que pruebe que eres tú el traidor.

—No soy un traidor —Gayo alzó la mirada hacia el cielo—. Al menos, no hacia Roma, sino hacia los necios que visten la púrpura —respiró profundamente—. Como tú misma dices, se trata de una convergencia de factores —dijo, mientras se acomodaba en el césped, hablando suavemente, como si estuviera solo—. No podía creerme mi buena suerte. El ataque sobre la villa estaba planeado. Constantino y la arpía de su madre no merecían mi lealtad, ni llevar la púrpura que hombres como yo habían ganado en el fragor de la batalla. Más tarde supe que los oradores iban a reunirse allí. Sí, desde luego, he examinado los informes de Criso. Eran todos unos alfeñiques, que ni siquiera podían soportar el peso de su propia fe; hombres como Séptimo habían traicionado a las únicas dos personas que he amado. Me sentía como un zorro en un corral. Tan solo era cuestión de buscar la oportunidad, de crear el caos; y si el ataque hubiese tenido éxito, no lo dudes, ratoncita, me habría asegurado de que todos muriesen —hizo un gesto hacia la taberna—. ¿Me está observado Murano? ¿Quieres que te cuente una cosa? Cuando venció a Meleager, aconsejé al emperador que le perdonase la vida, ¿sabes por qué?

—Sí, sí, creo que sí —respondió Claudia con una sonrisa forzada—. Había aparecido la espada sagrada, el ataque sobre la villa había fracasado; eres muy astuto, Gayo, y frío. Me viste retirarme del triclinio la noche que me encontré con Meleager. Dijiste que lo sabías todo de mí. Sospecho que eras una de las pocas personas en aquella habitación que sabía que había encontrado al hombre que me violó y mató a mi hermano. Meleager era también un gladiador, ¿cómo se llamaba a sí mismo? El Asombro de un Millón de Ciudades —Claudia utilizó los dedos para enfatizar sus palabras—. Meleager había luchado en muchas ciudades del este. Podrían haberle reclutado al servicio de Licinio. Segundo, tenía una buena razón para temerme, de ahí tu ataque sobre mí en la villa; podrían culpar a Meleager. Tercero, Meleager podía relacionarse con Capua; podría perfectamente haber sido torturador durante la persecución de los cristianos, así que le verían como a un hombre que tenía motivos para silenciar a gente como Dionisio y Séptimo. Finalmente, se encontraba en la villa cuando tuvieron lugar todos los asesinatos, y cuando se lanzó el ataque. ¿Pensabas utilizarle en tu propio beneficio, como chivo expiatorio de todos los asesinatos? Eres un oficial poderoso, Gayo, podrías haberlo hecho con facilidad.

Gayo bajó la cabeza y esbozó una tímida sonrisa.

—Solo te pido un favor —dijo, alzando la mano—, ¡en la cruz, no! No quiero morir clavado a un pedazo de madera —le hizo un gesto a Burrus—. Tus hombres aguardan ahí fuera; no muy lejos de aquí hay un extenso páramo —dijo, mirando a Claudia con ojos suplicantes—. Soy un soldado, merezco una mejor muerte.

Claudia miró a Timoteo, que asentía imperceptiblemente con la cabeza.

—Permitámosle que muera con su espada —Burrus se puso en pie, y le hizo un gesto a Gayo Tulio para que hiciera lo propio—. Me llevaré a tu Murano conmigo; él será el testigo oficial.

Gayo Tulio se sacudía la hierba de la túnica, despacio, como si se preparase para salir a pasear.

—¿Y bien, señora? —dijo, mirando a Claudia.

—¡Adelante! —Claudia hizo una señal hacia la taberna—. Llevaos a Murano, hacedlo rápido.

Las manos de Gayo se deslizaron hasta la pequeña bolsa que llevaba alrededor de la cintura. Deshizo el nudo del cordón y le lanzó el monedero a Narciso.

—Ocúpate de mi cuerpo.

Seguidamente, girando sobre sus talones, se dejó guiar por Burrus hasta la taberna.

Claudia se sentó y escuchó. Oyó la exclamación de Polibio. Murano salió a la puerta y levantó la mano; Claudia asintió con la cabeza.

—No pensé que... —comenzó Narciso.

—Calla ahora —susurró Claudia.

Se puso en pie y caminó hacia el enrejado de la viña para observar las uvas maduras. Cogió una, la estrujó entre sus dedos y observó cómo resbalaba el jugo púrpura. Cerró los ojos. En algún lugar cercano, sobre la tierra yerma, Gayo Tulio estaría postrado de rodillas, sujetando con fuerza la empuñadura de su espada, preparado para clavarla profundamente entre sus costillas. Recordó su bello y juvenil rostro. «Demasiada sangre», susurró. Abrió los ojos y observó de nuevo el enrejado. También se sentía aliviada. Meleager estaba muerto. Había conseguido justicia para ella y para Félix. Ahora debía reflexionar sobre ello, abrir su corazón a Murano y cerrar la puerta a la horda de fantasmas que acechaban desde el pasado.

—¿Señora? —Claudia se giró. Narciso la miraba con ojos tristes—. ¿Cambiarán nuestras vidas?

—Desde luego que sí —sonrió Claudia—. ¿Aún no lo has aprendido? ¡Nuestras vidas están en constante cambio! Ahora ven conmigo —dijo, cogiéndole del brazo—. ¡Creo que ya es hora de que los dos tengamos unas palabras con el tío Polibio!

FIN



PAUL C. DOHERTY. (Middlesbrough, Inglaterra, 1946). Durante 3 años estuvo en un seminario católico en Durham pero finalmente no se ordenó. Estudió Historia en las universidades de Liverpool y Oxford donde obtuvo el doctorado con una tesis sobre Eduardo II e Isabel I. Trabajó como profesor de secundaria en varias ciudades de Inglaterra. Durante 25 años, ha sido director de la Trinity Catholic High School de Essex, una de las más prestigiosas escuelas de Inglaterra, y compagina su faceta de profesor con la de escritor. Es autor de aproximadamente 60 libros. Actualmente vive con su mujer Carla, 6 hijos y 2 caballos en un pueblo entre Essex y Londres.

Ha escrito con varios seudónimos (Michael Clynes, Paul Harding, C. L. Grace...), utilizando últimamente su nombre original.

En 1987 empezó a publicar series de novela histórica de misterio: la Edad Media, el Antiguo Egipto, Roma y Grecia. En total ha superado las 12 series de novela histórica, 11 novelas y 7 libros de historia. Sus obras están bien ambientadas y documentadas, con desenlaces imprevistos. Paul Doherty utiliza un lenguaje sencillo y comprensible que hace de la lectura un ejercicio placentero.